

MATT BROLLY

Suerte Muerta

SERIE POLICÍACA DEL DETECTIVE
EN JEFE MICHAEL LAMBERT, LIBRO 2



SUERTE MUERTA

MATT BROLLY



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Agradecimientos](#)
[Acerca del Autor](#)
[Sobre El Autor](#)

Intentó estirarse. Tenía la espalda apretada contra la pared y la cabeza cubierta entre dos perchas. Cada respiración traía consigo el hedor del olor de los pies y las bombas contra polilla.

Llevaba tres horas en el apartamento, las dos últimas en el armario. La preparación era importante. La mujer era previsible, volvería después del trabajo, pero el marido no tanto. Su comportamiento era errático en los últimos días. Pasaba más tiempo en el bar que en el trabajo.

Se estiró una vez más y saboreó la soledad, repasando el plan una y otra vez hasta que estuvo tan grabado en su mente que casi era un recuerdo.

La mujer llegó puntual. Su pulso no se alteró mientras la escuchaba moverse por la habitación, los extraños ruidos que hacía al pensar que estaba sola.

Al final salió de la habitación. Tras darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración, la soltó de golpe y sus pulmones se llenaron del aire atrapado y mohoso de su celda.

Pasaron otras dos horas antes de que llegara el marido. Oyó el chasquido de la puerta al abrirse, los pasos pesados del marido al entrar en el salón, las voces apagadas de la pareja al intercambiar cumplidos.

Estaba a punto de salir de su encierro cuando oyó a la mujer entrar en el cuarto de baño. Abrió el armario. La puerta del baño estaba entreabierta, y él cruzó de puntillas el suelo del dormitorio a tiempo para ver a la mujer sacarse la ropa.

Cuando salió de la habitación, le puso la mano derecha en el hombro. Ella dio un respingo y se acercó a él pensando que era su marido. Se le quedó mirando un segundo, con la boca abierta. Una expresión de confusión se dibujó en su rostro y, durante un instante, fue como si hubiera estado esperando su llegada. Luego, al darse cuenta de que lo que estaba ocurriendo era demasiado real, gritó.

Con un hábil movimiento, él alargó la mano y le tapó la boca antes de que la mujer pudiera alertar de su situación.

Lambert sintió la decadencia al entrar en el edificio.

Ya había estado aquí antes.

En el interior, el empalagoso hedor a antiséptico y lejía apenas enmascaraba los sutiles olores a enfermedad y muerte que impregnaban las paredes de la hueca zona de recepción.

Sabía a dónde iba, había visitado la misma sala en numerosas ocasiones hacía muchos años. Su cuerpo lo guiaba por la ruta sin que tuviera que pensar, un instinto que creía extinguido desde hacía tiempo. Intentó ignorar a las personas con las que se cruzaba. Un anciano, con mechones de pelo gris y seco sobre un cráneo arrugado, llevaba una bolsa llena de un líquido amarillento que se le colaba por las venas. Una adolescente obesa, empujada en una silla de ruedas por dos jóvenes de tamaño similar, con una pierna escayolada que sobresalía en el aire como un arma. Y, por último, un hombre al que esperaba evitar, que salía del ascensor cuando Lambert estaba a punto de entrar.

El hombre, inmaculado con un traje a rayas y el pelo repeinado, se quedó inmóvil. Lambert tuvo que reprimir una sonrisa cuando el color se le fue literalmente de la cara. Su saludable bronceado de Saint-Tropez se desvaneció en un blanco fantasmal.

—Michael —dijo el hombre y le tendió la mano.

Lambert hizo caso omiso de la mano tendida, aún no estaba preparado para afrontar la situación como un adulto. Entró en el ascensor y se giró para ver cómo Jeremy Taylor, socio de Price Barker Solicitors, se sacudía como si saliera de un aturdimiento y se alejaba.

—Michael Lambert —anunció en el palco fuera de la sala—. Vengo a ver a Sophie Lambert —recordó una vez, doce años atrás, cuando dijo lo mismo en lo que parecía el mismo escenario. Solo que entonces había estado de visita en términos más felices.

Los gritos empezaron en cuanto lo hicieron entrar en la sala, el sonido de mujeres torturadas y carne desgarrada. El mostrador de las enfermeras estaba vacío. Lambert pensó en recorrer los pasillos en busca de Sophie, pero no quería molestar a los demás pacientes. Al final, una enfermera sonriente le indicó cómo llegar a la habitación de Sophie. La mujer le sonrió como si fuera el mejor día de su vida.

Deambuló por el pasillo y se debatió entre darse la vuelta y huir de la escena, hasta que llegó a la entrada de la habitación de Sophie.

Respiró hondo y cruzó el umbral. Se quedó estupefacto por un segundo, olvidándose de respirar. Sophie estaba sentada en la cama, con las mejillas enrojecidas y una pequeña figura pegada al pecho. Sonrió y le hizo señas para que se acercara.

Era demasiado tarde para irse. Se sentó junto a la cama.

—¿Cómo está todo? —preguntó, sin saber qué más decir.

Lambert llevaba tres años prácticamente separado de su mujer, Sophie, tras la muerte de su hija Chloe, aunque habían seguido compartiendo casa. Durante ese tiempo, Sophie había tenido un breve romance con Jeremy Taylor, el abogado que Lambert acababa de encontrarse, que era el padre de la bebé que su mujer tenía en brazos.

La bebé se soltó de Sophie con un ruido seco y miró en dirección a Lambert.

—¿Quieres cogerla en brazos? —preguntó Sophie, tan insegura de la situación como él.

—No, gracias. Estoy bien.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esta cosita es la hermana de Chloe —susurró, acariciando la cabeza del bebé.

Lambert contuvo las lágrimas. La bebé era lo más parecido que habría jamás a Chloe, pero no podía ignorar el hecho de que no era suya. Se sirvió un vaso de agua y se tomó un tiempo para pensar.

—¿Tienes un nombre para ella? —preguntó con la voz entrecortada, como la de un adolescente.

—Quería llamarla Jane —Sophie dudó y miró a la bebé en busca de apoyo—. Si me das permiso, Jane Chloe.

Lambert apartó la mirada, conteniendo las lágrimas e imaginándose a su niña antes del accidente. Su sonrisa curiosa y su alegría infinita por el mundo, y cómo él lo había destruido todo al perder el control de su coche. No sabía si era buena idea ponerle el nombre de Chloe a la nueva niña. No quería que la persiguiera su hermana muerta ni que creciera sintiéndose una sustituta, pero sabía que Sophie nunca le permitiría sentirse así.

—Si crees que es lo mejor —dijo.

—¿Qué piensas, Michael?

—Creo que sería maravilloso —dijo él. Se pasó la mano por los ojos y giró hacia ellas. La niña le devolvió la mirada como había hecho Chloe todos aquellos años atrás.

Se marchó diez minutos después, y se negó a dejarse abrumar por su creciente sensación de soledad. Hacía tres meses que había abandonado el hogar familiar e informado a Sophie de que no sería apropiado que él se quedara. Incluso había hablado de divorciarse de ella, pero quería superar el embarazo antes de tomar ninguna decisión. Aunque se alegraba por ella, sabía que debería haber sido el padre de aquella niña en el hospital. Mientras tomaba el ascensor, imaginó un futuro sin Sophie. La imaginó criando a Jane sin él.

Su visión se nubló al entrar en el vestíbulo principal del hospital. Luces ardientes bailaban ante sus ojos. Los colores vertiginosos, parpadeos de brasas ardientes en una multitud de tonos y tamaños, indicaban el comienzo de un episodio alucinatorio. Tras investigar en Internet, se había auto diagnosticado una forma de narcolepsia alucinatoria. Era el mismo tipo de episodio que había sufrido cuando conducía junto a Chloe.

Los episodios habían sido más frecuentes en los últimos meses, desde el embarazo de Sophie y el caso del Cazador de Almas. El desencadenante solía ser la falta de sueño o el estrés. En ese momento, sufría ambas cosas.

Se sentó en un banco, el material frío y duro en contacto contra su carne, y cerró los ojos. Se dijo a sí mismo que estaba en un buen lugar. Por lo general, los episodios ocurrían en casa, en la cama, como un suave precursor del sueño. Sabía que no era prudente luchar, así que apoyó la cabeza contra la pared de textura rugosa y se quedó dormido.

—Señor, señor —dijo una voz con acento extranjero y una mano tiró de su hombro—. Lo siento, señor, tengo que limpiar aquí.

Lambert se despertó de golpe y observó su entorno. Seguía en el hospital. Consultó su reloj: llevaba dormido tres horas.

—Lo siento, señor —repitió el limpiador, antes de encender una pulidora de suelos que zumbaba con un ruido ensordecedor.

Lambert se levantó y se estiró. El lugar se había vaciado al terminar el horario normal de visitas. Los pacientes solitarios caminaban por las plantas como fantasmas, y de vez en cuando se cruzaba un médico o una enfermera apresurados. Las tres horas lo habían refrescado y habían evaporado sus preocupaciones por Sophie y la nueva bebé, al menos por un momento. Eran las once de la noche. Pensó en llamar a Sarah, pero decidió que era demasiado tarde, pues debía estar durmiendo o trabajando en el caso. En cualquier caso, no sabría qué decirle. No entendía muy bien cómo se sentía respecto a la situación en ese momento y no estaba de humor para analizar sus sentimientos. Sabía que no volvería a dormir esa noche, por lo que no le quedaba más remedio que volver al trabajo.

Hacía dos meses que Lambert había reanudado su trabajo en la Agencia Nacional contra el Crimen, tras la persecución y captura extraoficial del famoso asesino en serie, apodado el Cazador de Almas. Desde su regreso, había estado trabajando en un caso internacional de drogas. El caso había resultado difícil y aún quedaban meses de trabajo por delante.

Lambert formaba parte de un pequeño equipo especializado, su equipo de la NCA, que trabajaba con la Asociación contra el Crimen Organizado de la Met. Hasta el momento, habían detenido a varios traficantes de poca monta y de a poco se iban abriendo paso entre los principales distribuidores.

Cogió el metro hasta Westminster y recorrió el corto trayecto hasta la sede de la NCA, con el aire de la noche de junio todavía cargado del calor del día.

Su despacho estaba desierto. Lambert sobrevivía a menudo con tres o cuatro horas de sueño por noche, por lo que a menudo estaba solo en la oficina diáfana iluminada con luces de neón. Abrió El Sistema, una base de datos no oficial que reunía los sistemas informáticos de la policía, los sistemas de tráfico, las imágenes de los circuitos cerrados de televisión y las redes sociales. El Sistema había sido creado para la desaparecida organización El Grupo y solo estaba a disposición de determinados agentes de la NCA. Estaba a punto de conectarse cuando las puertas del despacho se abrieron de golpe.

—Justo la persona que buscaba —dijo el corpulento hombre con aspecto de bulldog que había irrumpido por las puertas como si fueran un obstáculo innecesario.

El Comisario en Jefe Glenn Tillman estaba de pie frente a él, con las manos en las caderas como un superhéroe envejecido. Tillman había dirigido el Grupo hasta su disolución hacía seis meses y había vuelto a reclutar a Lambert para la NCA.

—¿Señor?

—Siéntate —dijo Tillman—. Ha surgido algo importante.

Lambert, que ya estaba sentado, giró su silla.

—Estaba a punto de conectarme.

Tillman acercó una segunda silla.

—¿El caso de las drogas? No, quiero que lo pases por alto. Dale tu carga de trabajo a Bryant. Te necesito en otra cosa.

Le entregó a Lambert un trozo de papel. Lo dio la vuelta y leyó una dirección en Dulwich.

—¿Conoces al periodista Eustace Sackville?

Lambert asintió. Había conocido al hombre, especialista en crímenes de un periódico nacional, en varias ocasiones.

—Su esposa acaba de ser asesinada y el caso nos ha sido asignado. Quiero que trabajes con Kennedy. Ve de inmediato y encárgate del caso. El cuerpo fue encontrado hace tres horas, así que mejor que seas rápido. Un tal Inspector Wright está en la escena en este momento, pero sabe que pasará a nosotros. Eso le debe haber caído bien —Tillman se encogió de hombros.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Lambert, que ya sospechaba la verdad.

—Ya sabes a qué tipo de información tiene acceso Sackville. Queremos a los mejores en esto, y tu nombre surgió como alguien adecuado para llevar el caso.

Él asintió.

—Una cosa más —dijo Tillman, y le entregó un iPad—. Moira Sackville —dijo, señalando una foto de una mujer de sesenta años atada a una silla.

Lambert pasó a una segunda imagen. Mostraba la figura sin vida de Moira Sackville, sin color, con marcas de cuchilladas en cada muñeca y un charco de sangre junto a los tobillos.

Tillman se frotó la barbilla. Lambert lo conocía desde hacía diez años. En ese tiempo, el único signo de inseguridad que había visto en el hombre era la extraña propensión a frotarse la barbilla en momentos de estrés.

—La señora Sackville tardó algún tiempo en desangrarse —dijo Tillman, bajando el volumen de su voz mientras Lambert seguía desplazándose por las imágenes hasta llegar a la foto de una segunda silla que estaba vacía, salvo por dos ataduras que colgaban sueltas de los reposabrazos —... y a su marido le hicieron ver cada minuto.

La Sargento Matilda Kennedy lo esperaba en la escena del crimen, al merodear fuera del cordón policial como un miembro del público demasiado interesado. Llevaba vaqueros y una chaqueta oscura sobre una camiseta. Tenía el pelo pelirrojo suelto sobre los hombros y Lambert se preguntó si habría salido esa noche cuando recibió la llamada.

—Señor —dijo a modo de saludo.

—¿Aún no ha entrado? —preguntó Lambert.

—Pensé que era mejor esperarlo. Los SOCO aún no han limpiado el lugar, y creo que hay un Inspector molesto en pie de guerra.

Lambert estaba seguro de haber visto cómo le brillaban los ojos. No había trabajado directamente con la joven Sargento antes, pero solo había escuchado buenas cosas sobre ella. Por lo visto, era una oficial muy aguda y tenía buen ojo para los detalles.

—Será mejor que vaya a hablar con él —dijo Lambert al ver al Inspector Wright más allá del cordón. Mostró al agente uniformado su tarjeta de identificación y se escabulló bajo la cinta.

—James —dijo Lambert, que le ofreció la mano.

—Ah, Detective en Jefe Lambert. He oído que se hará cargo de mi caso —dijo Wright y estrechó la mano que le tendía.

—¿Qué puedo decir? Órdenes.

—Órdenes —repitió Wright, resignado a la situación—. ¿Estás al tanto?

—Hasta cierto punto. ¿Dónde está Sackville ahora?

—Ha sido escoltado al hospital para un chequeo. Sufre un shock, como es de esperar.

Era el mismo hospital en el que estaba Sophie.

—¿Cómo se las arregló para llamar a las autoridades? —Lambert había escuchado la llamada al 999 en el camino. La voz atormentada de Sackville en tanto informaba al operador que su esposa había sido asesinada.

—No hemos conseguido información de su parte. Usted verá la escena cuando lo dejen subir. Tenía marcas en las muñecas de haber estado esposado y atado. Murmuró algo sobre ser desatado. Es posible que el asesino lo dejara ir para poder dar el aviso.

Pasó otra hora antes de que los SOCO liberaran el apartamento. Lambert tuvo una sensación de déjà vu al ver la escena, después de haber visto las imágenes en el teléfono de Tillman. El incidente había tenido lugar en el comedor de Sackville. Estudió las dos sillas, una frente a la otra, e imaginó la horrible naturaleza de lo que había ocurrido. Se imaginó a Eustace Sackville suplicando clemencia al asesino y ofreciéndose en lugar de su esposa, la expresión de terror en el

rostro de Moira Sackville al ver los ojos suplicantes de su marido. La desesperación y la pérdida en los rostros de ambos mientras la vida de ella se desvanecía.

—¿Alguna señal de que hayan entrado a la fuerza? —preguntó Lambert.

Wright negó con la cabeza.

—Hemos comprobado las cerraduras de la puerta, las ventanas e incluso el desván. El asesino fue invitado a entrar o ya estaba en la casa.

El comedor estaba húmedo y sofocante, pero sintió un escalofrío al mirar a su alrededor.

—Se desangró por las muñecas —pensó en voz alta para sí mismo.

—No hay otras marcas notables en ella hasta ahora. El patólogo está bastante seguro de que las heridas de las muñecas son la causa de la muerte. Claro que sabremos más después de la autopsia —dijo Wright.

—¿Hemos descartado el suicidio? —preguntó Kennedy.

—No he descartado nada hasta ahora —dijo Lambert. Empujó la silla donde se había sentado Moira y notó que era más ligera de lo que había imaginado por las fotos del iPad. Probó la silla donde supuestamente se había sentado Eustace. A menos que le hubieran atado las piernas, el hombre debería haber sido capaz de levantarse por la fuerza desde la posición sentada. Aún estaba por determinar si eso significaba algo.

—Supongo que hemos pedido imágenes de las cámaras de los alrededores.

—Sí, he hecho la mayor parte de su trabajo —dijo Wright, y añadió un pícaro “señor” cuando Lambert lo miró fijo.

—Gracias por su ayuda, James. Lo llamaré si necesitamos algo más.

Se dieron la mano y Wright se fue.

—Parece contento con esto —dijo Kennedy, inexpresiva.

—¿Tuvo algún trato con Eustace Sackville antes? —le preguntó Lambert.

—No. Hice una comprobación rápida en el camino. Ha estado un poco callado en este último tiempo. No he encontrado artículos en los últimos nueve meses. Lo he comprobado con el periódico y aún forma parte del equipo —dijo Kennedy, que se apartó un mechón suelto de pelo rojo de la cara.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Lambert.

—Es presuntuoso mirar más allá del Sr. Sackville por el momento. No hay señales de que hayan entrado a la fuerza. Me interesaría ver la póliza de seguro de su esposa. Podría haber sido un pobre intento de suicidio, o podría haber sido un elaborado montaje del Sr. Sackville. Demasiadas incógnitas, como diría Tillman.

Lambert quedó impresionado por la rapidez mental de Kennedy. Aunque era una agente experimentada, la mayor parte de su trabajo anterior había estado relacionado con el crimen organizado. Ella había visto escenas de asesinatos antes, pero nada como esto. El equipo de Tillman no solía involucrarse en crímenes de esta naturaleza. En general, algo así se dejaba en manos de las brigadas de homicidios de la policía metropolitana o de los equipos de incidentes graves. El Grupo se había formado para trabajar en operaciones más encubiertas y, desde su disolución, Lambert se había dado cuenta de que su trabajo era cada vez más ágil. A pesar de lo que había dicho Tillman sobre que había sido pedido por las autoridades, era difícil no sentir que trabajar en el caso era una especie de degradación o, si no eso, una posible prueba para ver si estaba preparado para volver al trabajo.

—Voy a ver a Sackville. Tillman está preparando una sala de incidentes. Reúne al equipo a las 7:00 a.m. y habla con Wright sobre las imágenes de videovigilancia. Quiero saber de todos

los que pisaron este edificio en las últimas veinticuatro horas.

Lambert cogió un taxi de vuelta al hospital. Se sentó en la parte de atrás y volvió a escuchar la llamada de Eustace Sackville al 999 con los auriculares, en busca de pruebas de que el hombre había mentido. Su voz era susurrante, pero su tono era grave. Lambert recordaba a Sackville como fumador, y los años de nicotina habían afectado a sus cuerdas vocales. “Es mi esposa, ha sido asesinada”. Las palabras eran inquietantemente simples y la voz de Sackville estaba vacía de emoción... como si la lucha lo hubiera abandonado.

El operador pasó por los preliminares, como averiguar la localización y si el intruso seguía allí.

—La vi morir —añadió Sackville—. Me ató y me hizo verla morir. No pude hacer nada.

El resto de la conversación, entrecortada por sollozos y una profunda tos gutural de Sackville, fue ininteligible.

El hospital estaba aún más desolado que antes. Lambert deambulaba por los laberínticos pasillos e intentaba no pensar en Sophie, que dormía varios pisos más arriba. Mostró su carné a los dos policías uniformados que estaban sentados frente a la habitación de Sackville.

—Nos han dicho que no puede ser interrogado hasta mañana, señor —dijo uno de los dos, un agente de aspecto nervioso que apenas aparentaba edad suficiente para haber terminado el bachillerato.

—¿Nadie ha hablado con él?

—Un miembro del equipo del Inspector Wright lo hizo, señor, pero parece que lo dijo no tenía sentido.

—¿Quién es el médico a cargo?

—El Dr. Nitesh Patel. Me temo que se ha ido a casa —dijo el agente, que sorprendió a Lambert al sonrojarse.

—Ha sido sedado —añadió el otro agente.

—Genial —replicó. Eran las cinco de la mañana y el único testigo de la muerte de Moira Sackville estaba inconsciente—. Necesito saber el momento exacto en que despierte o que el médico haga su aparición. No dejen entrar a nadie que no sea personal médico a esa habitación. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Lambert caminó por las calles en búsqueda de algún lugar donde comprar café. Encontró una gasolinera con una de las nuevas máquinas de café que usaban granos de verdad. Llamó a Kennedy, e hizo una mueca de dolor mientras sorbía el amargo líquido.

—Todo listo en la sala de incidentes —dijo ella.

—Vale, voy a retrasar la reunión hasta que Sackville esté lúcido. ¿Alguna noticia sobre las imágenes de videovigilancia?

—Hay dos cámaras en la fachada del edificio de Sackville... y más a lo largo de la calle. Estamos revisando las imágenes ahora, pero me temo que es un lugar muy concurrido. Mucha gente yendo y viniendo.

—No necesitas que te diga que busques algo inusual. Céntrate en la gente que tiene que llamar para entrar al edificio más que en los que tienen llaves, aunque no descartes a nadie. Con suerte, sabremos más cuando hable con Sackville.

Lambert volvió al hospital justo cuando abría la cafetería y pidió su segundo café americano del día. El lugar se llenaba de gente: personal médico que volvía al turno de día, trabajadores de la tienda y personal auxiliar, y pacientes que escapaban de los confines carcelarios de su habitación. Sophie tenía que marcharse hoy y Lambert escudriñó a la creciente multitud, desesperado por no toparse con Jeremy Taylor. Se quemó la lengua con el café mientras volvía sobre sus pasos hacia donde residía Sackville. Uno de los agentes uniformados había sido sustituido por una agente vestido de civil. La acompañaba ante la puerta de Sackville el agente que había hablado con él la noche anterior, que había sonado nervioso. Ambos se pusieron de pie cuando Lambert se dirigió hacia ellos, quien se sacudía la mano para librarse del líquido caliente que había derramado.

—Jefe de Detectives Shah —saludó la mujer, casi poniéndose firme.

—Me acuerdo de ti, Shah —dijo Lambert—. Solo han pasado unos meses, ¿por quién me tomas? —había trabajado brevemente con la joven detective durante el caso del Cazador de Almas. Ella le había ayudado a recrear la imagen de uno de los sospechosos, un hombre conocido solo como Campbell. Shah sonrió y luego, insegura de si él estaba bromeando o no, cortó la sonrisa de forma brusca.

—El Dr. Patel está ahora con Sackville —dijo el agente, que sonaba nervioso y había ganado confianza desde la llegada de su compañera de trabajo. Temiendo que Lambert estuviera a punto de reprenderle, continuó—. Acaba de entrar, estábamos a punto de llamarlo.

—Siéntense, los dos —Lambert se asomó a la habitación de Sackville a través de una pequeña ventana rectangular. La gran figura del periodista estaba momentáneamente oscurecida por el médico que lo estaba examinando—. ¿Alguna otra visita?

—No, señor.

—¿Qué te ha dicho el Dr. Patel?

—Nada, señor —dijo Shah—. Nos ignoró, ni siquiera reconoció nuestra presencia.

—Bueno, no dejes que hiera tus sentimientos, agente. ¿Qué sabe él sobre el incidente?

—Fue informado sobre la Sra. Sackville anoche —dijo la nerviosa oficial—. No había manera de evitarlo. El Sr. Sackville estaba bastante incoherente en ese momento. Después de que se lo dijéramos al Dr. Patel, decidió sedarlo.

El médico salió de la habitación cinco minutos después. Tampoco reconoció la presencia de Lambert, y estaba a punto de marcharse por el pasillo cuando él le tocó el hombro.

—¿Dr. Patel?

—¿Sí? —dijo el hombre, que se giró hacia Lambert con una expresión de desagrado grabada en el rostro.

—Detective Inspector en Jefe Michael Lambert. A cargo del caso de la sospechosa muerte de la Sra. Sackville —el doctor se encogió de hombros, como si la posición de Lambert no le interesara—. Necesito hablar con el Sr. Sackville.

—Lo siento, no es posible.

Lambert tenía suficiente experiencia para no perder los estribos. Se había topado muchas veces con burócratas como Patel.

—Me temo que es imperativo que hable con el Sr. Sackville. Fue la última persona que vio a su mujer con vida. Es posible que presenciara un asesinato.

—El Sr. Sackville ha sufrido graves dolores mentales y físicos —dijo Patel, y se alejó una vez más.

Lambert trató de apaciguar al hombre.

—Lo entiendo a la perfección, doctor, pero debe comprender la urgencia de la situación. Si queremos tener alguna posibilidad de atrapar al responsable de la muerte de la señora Sackville, tenemos que actuar lo más rápido posible, y no podemos actuar hasta que oigamos lo que el señor Sackville tiene que decir. Lo prometo, cinco minutos como máximo. Puede interrumpir la interrogación en cualquier momento.

El médico asintió, considerando lo que Lambert había dicho como si de verdad fuera la persona que estaba a cargo de la situación.

—Cinco minutos —aceptó—, pero debe detenerse si el señor Sackville se agita de alguna manera.

—Gracias, Dr. Patel. Antes de entrar, ¿puede ponerme al día sobre el estado del Sr. Sackville?

El doctor suspiró, como si le estuviera pidiendo un favor imposible. Lambert se metió las manos en los bolsillos del pantalón y apretó los puños.

—Ingresó con un shock y graves traumatismos en los antebrazos y las muñecas.

—¿Puede darme más detalles sobre sus lesiones en las muñecas?

Patel movió los labios como si hubiera mal olor en la habitación.

—Tuvimos que tratar y vendar sus muñecas. Había graves marcas de ligaduras y daños en los tejidos de ambos lados. Le hemos hecho radiografías. No había huesos rotos y estoy seguro de que no habrá daños duraderos. Lo que más me preocupa es su estado mental. He llamado a un psicólogo clínico, que estará aquí en breve.

—Estoy seguro de que no le gusta formular hipótesis, Dr. Patel, pero si tuviera que adivinar, ¿qué diría que causó las lesiones?

—En eso tiene razón, Sr. Lambert. Diría que las marcas son consistentes con algo atado a sus muñecas, pero la presión debe haber sido inmensa al considerar el daño causado.

—¿Podría haber sido una cuerda, ataduras, o incluso esposas?

—De nuevo estoy suponiendo, pero las heridas son consistentes con esposas de algún tipo. No había marcas de quemaduras que pudieran resultar del uso de una cuerda.

—¿Ha visto este tipo de herida antes? —preguntó Lambert.

—No hay mucho que no haya visto. ¿Vamos?

El doctor abrió la puerta de la habitación de Eustace Sackville. Reconoció la figura del hombre que yacía en la cama, a pesar del entorno desconocido. Se había cruzado con Sackville en numerosas ocasiones durante las dos últimas décadas. Lambert lo recordaba jovial, gregario y

con una vena respetuosa que no siempre había encontrado en otras personas de la profesión de Sackville. Ahora parecía un cascarón pálido y vacío, con más años encima de los que debería tener.

Fue entonces que el hombre posó sus ojos en Lambert y algo cambió. Aún había un brillo, una ligereza en sus penetrantes ojos verdes.

—Detective en Jefe Lambert —saludo el hombre en un graznido—. Veo que están sacando la artillería pesada para mí.

—Sr. Sackville, me alegro de verlo de nuevo. Lamento que sea en circunstancias tan horribles.

Sackville giró la cabeza en señal de rechazo.

—Nada de formalidades, Lambert. Llámame Eustace o Sackville, cualquier cosa menos Sr. Sackville. ¿Podrías traerme un poco de agua?

Lambert cogió la jarra de cristal que había junto a la cama de Sackville y llenó dos vasos de plástico.

—El Sr. Lambert no le quitará mucho tiempo —dijo el Dr. Patel.

Sackville despidió al doctor con un gesto de la mano.

—Hay que hacer esto —bebió un sorbo de agua y las gotas cayeron sobre su barbilla, decorada con motas de barba incipiente—. Siéntate. Pregúntame lo que tengas que preguntarme.

Lambert giró la silla hacia él. Tuvo que estirar el cuello para mirar a la figura reclinada. El Dr. Patel seguía de centinela, con los brazos cruzados al borde de la cama.

—Entiendo por lo que estás pasando, Eustace. Sé que no será fácil, pero, en tus propias palabras, ¿puedes contarme todo lo que pasó anoche?

Sackville asintió.

—Supongo que en realidad tienes una idea de lo que estoy pasando —dijo. El hombre había informado sobre varios casos de Lambert en el pasado y conocía sobre la muerte de su hija. Bebió otro sorbo de agua—. El atacante ya estaba en la casa —dijo, y la ligereza inicial que Lambert había visto en sus ojos desapareció, su cara carente de emoción al recordar lo que había sucedido—. Al menos eso creo. Salí del baño y estaba allí. Tenía un cuchillo, eso era todo, pero lo tenía apretado contra la garganta de Moira —el sonido del rechinar de dientes inundó la silenciosa habitación—. No oí el timbre, así que estoy seguro de que Moira no había dejado entrar a nadie. Él debía haber estado allí todo el tiempo.

—¿Puedes describirlo? —preguntó Lambert.

Los ojos de Sackville se clavaron en el techo.

—Imagina tu versión cliché de un ladrón novato y ese es él. Vestido de negro de pies a cabeza. Máscara en lugar de pasamontañas. Cuero, creo. Incluso sus ojos parecían negros a través de las rendijas de la máscara.

—¿Altura? ¿Complexión?

—Metro ochenta, aproximadamente. En un momento se apoyó en nuestra estantería, y su cabeza estaba a la altura del segundo estante superior. Si lo mides, obtendrás su altura. Es curioso lo que piensas en esas circunstancias, cómo tu mente te distrae. Tenía un aspecto fuerte, delgado. Cuando me esposó en la silla, pude sentir su fuerza.

—Dime qué pasó antes de eso.

—Me pidió que acercara dos sillas —vaciló Sackville, que se frotaba el cuello—. Me dijo que me asegurara de que estuvieran enfrentadas, y luego me dijo que me sentara.

Lambert se estremeció. Hacía dos meses, había estado en una situación parecida. Atado a una

silla, con una compañera atada a la silla de enfrente. Pensó que había superado los recuerdos de ese altercado, pero ahora no estaba seguro.

—Sr. Lambert, no estoy seguro de que debamos continuar —interrumpió el Dr. Patel.

Salió de su ensueño y se dirigió al hombre.

—Continuamos —dijo, volviéndose hacia Sackville—. Continúa, Eustace.

—Me dijo que me sentara en la silla frente a la ventana, que pusiera las manos detrás de mí. Dijo que cualquier movimiento hacia él, por leve que fuera, resultaría en la muerte instantánea de Moira seguida de la mía. Pensé que era un simple robo, Michael. Pensé que el tipo había metido la pata, que se había equivocado. Pensé que nos ataría, tomaría lo que quisiera y nos dejaría en paz. No pude ver su cara, entonces por qué...

Por primera vez desde que Lambert había llegado, Sackville perdió la compostura. Era milagroso que la hubiera mantenido por tanto tiempo.

—No es tu culpa —le aseguró—. Yo habría hecho exactamente lo mismo en tu situación.

—Lo dudo. Sacó un par de esposas. Moira se colocó detrás de mí y me esposó las manos a la espalda. Luego, le dijo a Moira que se sentara frente a mí. En cuanto me senté, pareció relajarse. Se acercó y me apretó las esposas a las muñecas. Siguió clavándomelas hasta que no pudo más. Dios, grité como un maldito niño.

Sackville se pasó la manga por los ojos.

—Moira gritó que se detuviera y, por alguna razón, lo hizo. Jesús.

Lambert sabía que el tiempo apremiaba. Recordar el incidente estaba teniendo un gran impacto en Sackville, como era de esperarse, y temía que volviera a derrumbarse y que Patel se viera obligado a sedarlo.

—Bebe un poco más de agua.

—Gracias —Sackville tosió—. Es el no saber. Ese maldito bastardo se paseó por la habitación, y se negó a responder a nuestras preguntas sobre qué quería. Creo que se estaba armando de valor para hacer lo que...

—Dímelo —dijo Lambert.

Sackville se balanceaba sobre la almohada, con el cuello y los músculos faciales tan tensos que parecían a punto de romperse en cualquier momento.

—Se detuvo y me miró, y pensé que estaba a punto de atacar. Lo hizo, solo que no a mí.

—Esto no puede continuar —dijo Patel, casi tan agitado como Sackville.

Lambert levantó la mano.

—Por favor, continúa, Eustace.

—La amordazó. Fue jodidamente lamentable. Tiré de las esposas y me dolieron aún más, pero seguí luchando. La mirada en sus ojos, Michael. No te lo puedes imaginar. Lo vi todo: miedo, dolor, pérdida, acusación. Vi toda nuestra maldita vida juntos desapareciendo y no pude hacer nada al respecto. Ella me suplicaba, Michael. Quería que la ayudara —Sackville negó con la cabeza—. Nunca lo sabrás, joder —empezó a sollozar, y Lambert tuvo que apartar la mirada cuando Patel estuvo por intervenir.

—Por favor, Eustace, dímelo —dijo, mientras miraba a la pared blanca de hospital de la habitación de Sackville.

—Se acabó —dijo Patel.

Lambert se volvió y miró a Sackville. Sabía que ya lo había presionado demasiado.

—Está bien —el hombre intentó serenarse—. Le hizo un corte en la muñeca izquierda y luego en la derecha. Era casi tierno, ese bastardo enfermo. Moira vio la sangre y se desvaneció.

No me miró más. Seguí preguntándole por qué, ¿por qué carajo? Le dije que me matara, pero se quedó sentado en otra silla mirándome e ignorando mis gritos. Observando.

El monitor cardíaco de Sackville empezó a pitar con rapidez, su ritmo cardíaco se disparó a ciento diez.

—Basta —gritó Patel, pulsando un botón de alarma.

Mientras dos enfermeras entraban en la habitación, Lambert preguntó.

—¿Quién era, Eustace?

—No lo sé, Lambert. Tienes que decírselo a Prue. Prue McKenzie —dijo Sackville en un susurro. Una de las enfermeras le tapó la boca con una mascarilla y Lambert salió de la habitación a regañadientes.

—Debes estar haciendo algo bien. Acabo de recibir mi primera queja sobre ti.

Lambert estaba sentado en el despacho de Tillman, con las persianas bajas.

—Déjeme adivinar, ¿del Dr. Patel?

Tillman asintió.

—¿Valió la pena?

—A menos que sea un actor a la altura de los Oscar, entonces podemos descartar a Eustace Sackville. Directamente, al menos.

Tillman, que estaba recostado en su silla giratoria, enarcó las cejas.

—Pero creo que había algo que no me estaba contando.

La silla de Tillman crujió cuando se incorporó.

—¿Crees que ordenó el ataque, de alguna manera?

—No, pero aún no descarto nada. ¿Por qué estamos trabajando en este caso, señor? Incluso si no es un asesinato rutinario, no es nuestro departamento.

—Te lo dije, hay muchas partes interesadas en este caso. Fuiste requerido. Parece que tu trabajo en el asunto de los Cazador de Almas te ha convertido en una celebridad. Pero hay que contenerlo. No quiero que se filtre a la prensa.

—¿En serio? ¿Ha informado a los uniformados que vigilan su habitación?

—Sí, y a los amigos que has estado haciendo en el hospital.

—Sackville es periodista.

—Nada de prensa —interrumpió Tillman.

—Lo que usted diga. ¿Cuál es mi equipo?

—Serás el OSI (Oficial Superior de la Investigación) y dirigirás nuestro equipo. Usaremos ayuda externa cuando sea necesario. Necesitarás esto —Tillman le entregó un libro de normas.

Lambert sonrió satisfecho. Tillman no tenía fama de seguir las normas. Cuando formaban parte del Grupo, la mayoría de las investigaciones eran tan secretas que apenas quedaba constancia de ellas.

—Puedes reírte, pero hay mucha atención en el caso, así que hazlo bien.

Salió de la habitación, aún confuso por la importancia que se daba al caso. Su equipo estaba reunido en el despacho, estudiando sus portátiles y las notas del caso. Kennedy se acercó.

—¿Cómo te fue con el Sr. Sackville?

Le transmitió la conversación y se dio cuenta de la atención con la que Kennedy escuchaba. Sus grandes ojos verdes rara vez se apartaban de los suyos.

—¿Reúno a todos? —preguntó.

Lambert asintió.

Era extraño dirigir un equipo después de tanto tiempo. Se puso delante de los seis miembros del equipo y pidió silencio. El equipo lo miró fijo, con una mezcla de apatía y curiosidad. Les habló de su reunión con Sackville.

—¿Qué sabemos sobre los miembros de la familia? —preguntó a la sala en general.

—Es raro, señor —dijo Kennedy—. No parece haber nadie en la familia inmediata. Ambos padres han fallecido hace tiempo. El Sr. y la Sra. Sackville son hijos únicos. Se casaron hace veinticinco años, pero no tienen hijos.

Él hizo una pausa.

—Eso podría ser relevante. ¿Amigos cercanos, colegas?

—He concertado una reunión con el editor del periódico de Sackville para esta mañana —dijo Kennedy.

—Bien. Averigüemos en qué estaba trabajando y conozcamos a sus colegas. ¿Qué hay de nuestra víctima?

El joven Jefe de Detectives Steve Devlin, el miembro más nuevo del equipo, se puso de pie.

—La Sra. Sackville trabajaba como bibliotecaria —dijo—. En la Biblioteca Dulwich. Estoy planeando ir allí después de esta reunión, señor.

—Dáselo a Kennedy —dijo Lambert, que notó la expresión de decepción en la cara de Devlin—. Sackville me dio el nombre “Prue McKenzie” cuando hablamos. Kennedy, averigua quién es y lo que piensa de lo que pasó. Si el recuerdo de Sackville es correcto, parece que tenemos un asesino que no teme tomarse su tiempo. ¿Por qué hizo que Eustace viera el ataque? —pensó en voz alta.

—No es tan raro —intervino Kennedy—. Podría ser un juego de poder. Le excita que observen su obra.

—Busquemos en el sistema casos similares donde alguien fue forzado a presenciar el asesinato de otro.

—¿Por qué las muñecas? —preguntó Devlin.

—Buena observación. La causa de la muerte fueron dos incisiones verticales, una en cada muñeca. La autopsia puede darnos más información. Fue una muerte larga y lenta. Sackville parecía pensar que ésa era la intención del asesino. De nuevo, eso podría ser significativo.

—Es evidente que recuerda a un suicidio —dijo Kennedy.

—Sí —estuvo de acuerdo Lambert—, pero lo más importante por ahora es averiguar todos los detalles sobre el Sr. y la Sra. Sackville. Es imperativo que tengamos alguna idea sobre el motivo.

—¿Qué está pensando, señor? —preguntó Kennedy.

—Por lo que Eustace Sackville me dijo, estamos buscando a alguien profesional. Un asesino que entró en el apartamento sin ser detectado, que tuvo la paciencia y la confianza de quedarse en la escena mientras Moira moría. Esto fue planeado con antelación, y Moira no fue un objetivo al azar.

—Kennedy, ven un momento —la llamó Tillman justo cuando terminaba la sesión informativa—. Cierra la puerta.

—Sí, señor —dijo Matilda.

—Siéntate.

Matilda tomó asiento frente a su superior. El hombre se había quitado la chaqueta y su camisa azul pálido estaba ceñida al cuerpo, como constriñendo la carne. Su cabeza se erguía sobre los hombros más anchos que jamás había visto. Era como el delantero de un equipo de rugby, con músculos llamativos cubiertos por una capa de grasa.

—Actualízame.

—¿No debería hablar con Lambert sobre eso, señor? —ella ladeó la cabeza, jugando con él y preguntándose hasta dónde podía presionar.

Tillman miró al frente.

—Como hemos hablado antes, quiero que lo vigiles. Este es el primer caso importante que dirige desde que volvió con nosotros. Conoces su pasado.

Matilda conocía parte de su pasado. Lambert había estado fuera de la fuerza durante los últimos dos años. Hacía unos meses, había capturado a un asesino en serie que llevaba más de veinte años en activo, casi sin ayuda de nadie.

—No voy a espiarlo, Glenn, si eso es lo que quieres. Jesús, es por eso que...

Tillman la interrumpió con un gesto de la mano.

—No seas tan ridícula, Kennedy —parecía agraviado por su comentario. Se sentaron uno frente al otro en un silencio incómodo y Matilda recordó la otra noche en la que ambos se quedaron hasta tarde en el bar local: su ridícula invitación de que volviera a su apartamento y la aún más ridícula aceptación de él—. Solo quiero que estés atenta —rompió el silencio—. Avísame si hace algo fuera de lo normal. Tiene la costumbre de hacer las cosas a su manera. Mantenme informado.

—¿Algo más, señor? —dijo Matilda, poniéndose en pie.

Tillman se frotó la barbilla, con una gota de sudor en su frente. Quería preguntarle por la otra noche, pero no era el lugar ni el momento adecuados.

—¿Lo dejamos para otro momento, Matilda?

Ella asintió y salió del despacho, dejando la puerta entreabierta.

Lambert seguía en el despacho, sentado solo y mirando atentamente la pantalla de su ordenador, pero ella sabía que la había visto salir del despacho de Tillman. Se acercó y notó con

sorpresa lo fresco que parecía estar, a pesar de haber estado despierto toda la noche para esperar la llegada de Sackville.

—Kennedy —dijo.

—¿Señor?

—¿Algo nuevo que decirme?

—No.

—¿Cuál es tu próximo movimiento?

—Tengo la dirección de Prue McKenzie. Voy a verla. Me temo que será una de esas visitas. Ella no sabe de la muerte de Moira.

Lambert volvió a concentrarse en su laptop.

—Bien, averigua todo lo que puedas.

—Enemigos potenciales, némesis, ese tipo de cosas. Alguien a quien acaban de multar por un libro atrasado de la biblioteca... —dijo Matilda y enarcó una ceja.

—Cualquier cosa por el estilo —respondió él sin apartar la vista de la pantalla.

Matilda pensó en Lambert mientras conducía hacia Dulwich. Los rumores y susurros sobre él eran legendarios en el departamento, aunque parecía mantener una relación incómoda con Tillman. El hombre había rescatado a Tillman de una situación con rehenes que acabó con la muerte de uno de los captores. Luego estaba el caso del Cazador de Almas, en el que durante un tiempo Lambert había sido sospechoso de una serie de asesinatos cometidos a lo largo de veinte años.

Más que eso, se hablaba de la hija de Lambert. Chloe Lambert había muerto a los nueve años en un accidente de tráfico cuando él conducía. El incidente había tenido lugar hacía tres años y Lambert había sido hospitalizado, obligado a entrar en coma inducido. Nunca había sido procesado por su participación en el accidente, pero seguían existiendo rumores poco amables de que él era el culpable, de alguna manera.

Prue McKenzie vivía en una casa adosada cerca de Dulwich Park. Matilda detuvo el coche a dos casas de distancia. No sabía nada de la mujer que estaba a punto de conocer. Como Moira Sackville no tenía familia directa a excepción de su marido, McKenzie sería la primera persona en enterarse de su muerte, aparte de los profesionales asignados.

Los zapatos de Matilda crujían sobre las piedras sueltas de la entrada de McKenzie. Un BMW azul claro con la matrícula de este año ocupaba el centro del escenario, pulido a la perfección. Se detuvo junto a la puerta, respiró hondo y tocó el timbre. Odiaba este tipo de visitas; la reacción que recibía era imprevisible, pero nunca agradable.

Una mujer delgada y enjuta de unos sesenta años abrió la puerta y sonrió a Matilda.

—¿Prue McKenzie?

—Sí —dijo la mujer, y sorprendió a Matilda por la profundidad de su voz.

—Sargento Matilda Kennedy, ¿puedo pasar, por favor?

La jovial bienvenida inicial se desvaneció en un instante y la apariencia tranquila de la mujer se desvaneció en una mirada de pánico y consternación.

—¿Es Jeffrey? Dios mío, dime qué ha pasado. ¿Es uno de los niños? —la voz grave de la mujer había sido reemplazada por un chillido agudo parecido a la histeria.

—Entremos, Sra. McKenzie. Se trata de su amiga, Moira Sackville.

Matilda puso su mano sobre la mujer, cuyo cuerpo temblaba.

—¿Moira? ¿Qué pasó?

—Entremos.

Siguió a la mujer al espacio inmaculado de su casa. Tenía relucientes suelos de madera pulida y paredes blancas adornadas con pinturas originales. La Sra. McKenzie la condujo a una gran sala de estar. Dos sofás estampados estaban uno al lado del otro y formaban una L.

—Por favor, tome asiento, Sra. McKenzie.

La mujer se desplomó en una silla como una adolescente rebelde.

—Me temo que la Sra. Sackville murió anoche en su apartamento.

La cara de la mujer se quedó sin color.

—Murió —dijo, su voz en un susurro—. ¿Cómo? No estarías aquí si no fuera grave.

—Me temo que estamos tratando su muerte como sospechosa —dijo Matilda, que se sentó junto a la mujer.

—¿Y Eustace?

—El Sr. Sackville está bien, aunque ha recibido algunas heridas.

La mujer murmuró y se llevó la mano a la boca.

—¿Heridas? Dios mío, ¿ha sido asesinada? —sus temblores se intensificaron.

Matilda puso las manos sobre los hombros de la mujer, en un intento de calmarla.

—¿Le traigo un poco de agua?

Negó con la cabeza.

—Por favor, cuénteme qué ha pasado.

—Me temo que no puedo entrar en demasiados detalles —dijo Matilda, recordando las estrictas instrucciones que había recibido de Tillman de no revelar la naturaleza del asesinato.

—En otras palabras, ha sido asesinada —concluyó McKenzie.

—Lo siento —dijo ella—. Por favor, permítame ofrecerle algo de beber.

La mujer asintió hacia una puerta. Matilda encontró un vaso de cristal en una cocina dos veces más grande que su apartamento. Dejó correr el grifo e intentó calmar el temblor de sus manos. Regresó junto a la mujer.

—Aquí tiene, beba esto. ¿Puedo llamarla Prue?

La mujer, que bebía a grandes tragos, asintió.

—Gracias, Prue. Necesito hacerle unas preguntas. Intentaré no tardar mucho. Tengo entendido que era muy amiga de la señora Sackville.

Ella sonrió.

—Éramos como hermanas —dijo—. No tenía otra familia, sabes. Solo estaban ella y Eustace. Se llamaban huérfanos. Los padres de ambos habían muerto antes de que se conocieran en la universidad. Se encontraron y han estado juntos desde entonces. Ella no podía tener hijos, así que solo éramos ellos y yo.

—¿Usted conoció a la Sra. Sackville en la universidad?

—Sí, las dos estudiábamos inglés juntas. Es bibliotecaria... —estuvo por corregir el tiempo verbal, y Matilda volvió a ponerle la mano en el hombro.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar por usted? —le preguntó.

—Está bien, llamaré a Jeffrey en un minuto. ¿Qué más necesitas saber?

Le impresionó el cambio de tono de la mujer, que intentaba retrasar su propio dolor para poder ayudar.

—Solo necesito saber algunos detalles más sobre la señora Sackville... Moira. No sabemos mucho de ella por el momento. Su esposo aún está en el hospital.

—Dios mío, ¿es grave?

—No, estará bien.

—Necesito visitarlo, ¿es posible?

Matilda anotó la dirección y el número de pabellón donde estaba ingresado Eustace.

—Tal vez quiera dejarlo para esta tarde, ya que aún está un poco somnoliento.

—Gracias.

—¿Qué puede decirme de Moira? ¿Qué clase de persona era?

—Era una mujer encantadora. Haría cualquier cosa por ti. Hago mucho trabajo de caridad y Moira siempre estaba ahí para ayudar: horneando pasteles, asistiendo a funciones, siempre brindándome todo el apoyo posible. Era una de esas personas a las que le podías contar cualquier cosa.

—Imagino que parece una pregunta loca, pero ¿tenía algún enemigo? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?

Prue se rio con un bufido corto y agudo, un sonido sin gracia.

—Era bibliotecaria. Por lo general, no ganas muchos enemigos en ese oficio. Aunque incluso en lugares pequeños como ése hay política, jerarquías, ese tipo de cosas. Solía hablarme de los pedantes que trabajaban allí. No todos, solo uno o dos. Algunos de los empleados del ayuntamiento que hacían visitas, la loca burocracia. Odiaba todos esos aspectos. Lo único que le importaban eran los libros. Creo que por eso se llevaba tan bien con Eustace. Ambos amaban las palabras.

—¿Así que nunca le habló de ningún problema? ¿Que se sintiera amenazada físicamente?

—Dios, no. Solo cosas sin importancia. Nadie querría hacerle daño, ¿por qué iban a querer hacerlo?

—¿Qué hay de Eustace? ¿Usted se llevaba bien con él?

—Es un tipo bastante agradable. No he podido socializar mucho con él, a pesar de estar casado con mi mejor amiga. Era, es, cómo decirlo... torpe en el tipo de situaciones sociales en las que nos movemos.

El comentario pretendía ser inofensivo y sin importancia, pero Matilda vio un atisbo de la verdadera Prue McKenzie en sus palabras.

—¿En qué sentido es torpe? —preguntó.

—Mi marido es un Abogado de la Reina, ya sabes, un QC.

Ella asintió.

—Así que muchos de nuestros amigos son, cómo decirlo, de las altas esferas de la sociedad. Moira podía lidiar con ese lado de las cosas, su familia era acomodada y a ella le dejaron mucho dinero. Eustace no viene de ese tipo de mundo y nunca trató de unirse.

—¿En qué sentido? ¿Es callado durante las reuniones?

—Sí, y suena ridículo, pero nunca se esforzó en su apariencia. Moira estaba harta, pero se había resignado.

—¿Dirías que tuvieron un matrimonio feliz?

—Supongo que sí, pero la dinámica cambia con los años. Te darás cuenta cuando llegues a nuestra edad.

Matilda no necesitaba llegar a ninguna edad para entender eso.

—¿Cree que Eustace podría haber tenido enemigos?

—Es posible, dado el tipo de mundo en el que se movía, investigando criminales y todo eso. No sabía mucho sobre su trabajo, y a Moira no le gustaba hablar al respecto. ¿Por qué lo preguntas?

—Es solo el primer día de nuestra investigación. Estamos buscando por todas las vías, por

ahora.

La mujer parecía haber recuperado la compostura, como si la muerte de su amiga más cercana hubiera sido un simple shock que ya había superado. Matilda se dio cuenta de que tenía algo más que decir, pero en lugar de preguntar, esperó. El doloroso silencio se vio aliviado por el tic-tac del antiguo reloj de pie y el sonido lejano de los albañiles trabajando en la construcción del desván más cercano.

—Hubo una cosa —dijo McKenzie con falsa desgana, clásico de los chismosos—. No puedo creer que te lo esté contando, pero en algún momento saldrá a la luz: Moira salía con alguien. No lo escuchaste de mí, pero era uno de los abogados del bufete de mi marido, Charles Robinson. Es muy apuesto y se conocieron en una de mis reuniones.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Cinco años.

Matilda se recostó en el sofá e intentó controlar la oleada de adrenalina que se había apoderado de ella.

—Pero Charles no lastimaría a nadie.

La agente sintió que había más.

—Háblame de ellos.

Prue puso una cara extraña, como si estuviera chupando un caramelo agrio. Ella sabía que la mujer no podía contenerse.

—Moira me contó algunas cosas sobre él, ya sabes, cosas sexuales.

El corazón de Matilda se aceleró, desesperada por la información y pensando que podría haber hecho un gran avance tan pronto en el caso.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó, en un tono neutro.

—Digamos que hizo cosas que Eustace no haría. No sé cuál es el término... ¿Algo de S y M? Le pedí que dejara de hablarme al respecto, no podía mirar a Charles a la cara.

La agente trató de no reírse de la amargura que se extendía por el rostro de la mujer.

—Sería de gran ayuda que me diera más detalles —dijo con suavidad—. Podría ayudarnos.

—Solía callarla cuando me contaba esas cosas, pero él solía atarla. No creo que fuera nada demasiado serio, pero ella siempre hablaba de cuerdas, ataduras y demás. Una vez incluso mencionó que había comprado un par de esposas.

Lambert se bajó del DLR en la estación de Canary Wharf. Unas imponentes estructuras de cristal lo rodeaban por todas partes mientras caminaba junto al río. Kennedy lo había llamado cuando estaba en el tren, pero aún no había consultado su buzón de voz. Seguía sospechando de su anterior encuentro con Tillman. Había algo en la forma en que ella había dejado su oficina que le había molestado. Si la reunión tenía algo que ver con el caso, Lambert debería haber sido informado. No era el protocolo adecuado, y tenía la clara sensación de que su antiguo colega y superior, Tillman, aún no confiaba en él del todo.

Tillman le había ayudado a resolver una serie de discrepancias en el caso del Cazador de Almas, entre ellas el hallazgo de un cadáver en casa de Lambert. El hombre lo había interrogado exhaustivamente antes de permitirle reincorporarse a la NCA. Le había dicho que era el momento adecuado para volver, pero él lo conocía lo suficiente como para no tomarse al pie de la letra todo lo que decía. El sol del mediodía rebotaba en los cristales y una gota de sudor caía por la frente de Lambert. Por un momento, se sintió completamente aislado. El trabajo había contribuido a distraer su atención, pero sus pensamientos volvían a su mujer y a su hija recién nacido. Pensar en la hermana de Chloe le hizo sentirse aún más solo. Intentó deshacerse de la sensación de que Sophie empezaría una nueva vida lejos de él y que él se quedaría con su desolado apartamento y lo que quedaba de su carrera.

Atravesó las puertas giratorias del edificio de prensa y, tras registrarse, tomó el ascensor hasta la cuadragésima planta. Las puertas se abrieron en un hervidero de actividad: un amplio espacio de trabajo diáfano, repleto de periodistas trabajando con sus portátiles y ordenadores. Era un marcado contraste con las salas de prensa de antaño, aquellos lugares de trabajo llenos de humo y alcohol en los que los periodistas solían redactar artículos entre bromas obscenas. Nadie le prestó atención a medida que caminaba por la oficina. Sonrió satisfecho al pasar junto a una hilera de periodistas que trabajaban de pie y golpeó a la puerta de un despacho en el otro extremo de la sala.

Una mujer joven, de unos veinte años a lo sumo, abrió la puerta y lo evaluó con una mirada rápida, como si pudiera ver directo dentro de su alma.

—¿Detective en Jefe Lambert? —dijo, y le tendió la mano.

Él estrechó la mano, esforzándose por ocultar su confusión.

—Mia Helmer. Parece sorprendido, Sr. Lambert.

—Lo siento, vieja costumbre. Me avergüenza decir que esperaba a alguien...

—¿Qué luciera como un hombre? —dijo la mujer al hacerle pasar a su despacho.

—En realidad no. Iba a decir mayor, pero supongo que tampoco es apropiado.

La mujer tomó asiento detrás de un enorme escritorio de cristal que estaba adornado solo por un ordenador portátil. Su rostro esbozó una sonrisa durante unos brevísimos segundos antes de volver a su aspecto habitual, una máscara ilegible.

—¿Quería hablarme de Eustace? —le dijo, mientras señalaba al asiento de enfrente.

—Sí, gracias por recibirme con tan poca antelación. Me temo que es crucial que esta conversación sea extraoficial por el momento.

Mia enarcó las cejas. Helmer era la redactora de sucesos criminales del periódico, jefa directa de Sackville.

—Entonces, ¿qué tienes que decirme? —dijo ella, sin comprometerse.

—Me temo que la esposa del señor Sackville fue encontrada muerta en su apartamento ayer por la tarde.

Si la mujer estaba sorprendida, lo disimuló bien. Lambert había conocido a jugadoras de póquer profesionales que daban más muestras de emoción. Ella no respondió, así que él siguió hablando.

—Por el momento, estamos tratando la forma de muerte como sospechosa —dijo, incapaz de borrar las imágenes de Moira Sackville atada a una silla, con su pálido cuerpo goteando sangre en el charco de líquido negro junto a sus tobillos.

—Bueno, es la primera vez que lo oigo, así que debes estar haciendo algo bien. Imagino que piensas que Eustace está involucrado de alguna manera, o no estarías aquí. ¿Estoy en lo cierto?

Lambert estaba estupefacto por la frialdad de la mujer.

—Sí y no. No queremos que esto se haga público por ahora, así que tengo que insistir en que se mantenga extraoficial antes de darle más detalles.

—¿Así que me estás ofreciendo una exclusiva?

—Algo así, pero necesito que espere antes de publicar la historia —Lambert solo llevaba cinco minutos en la oficina, pero ya entendía cómo la mujer había llegado a su alto cargo en tan poco tiempo: tenía una autoridad natural. Un carisma frío que, imaginó, la ayudaba a controlar incluso a los tipos más duros.

—Dame todos los detalles y podremos decidir el momento de la liberación. Pero ya te digo que no esperaré más de veinticuatro horas, sobre todo al tener en cuenta que uno de mis periodistas está implicado.

—Bien —dijo Lambert. Le sorprendió que la noticia no se hubiera filtrado todavía. Le contó todos los detalles del asesinato de Moira Sackville, cómo Eustace había estado presente, esposado a una de las sillas y obligado a mirar.

—Dios —dijo Mia, que perdió la compostura por una fracción de segundo—. ¿Dónde está ahora?

—En el hospital. Tenemos un oficial de policía con él.

—No crees que él...

Lambert negó con la cabeza.

—No, pero claro que no podemos descartar nada por completo todavía.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie, aparte de los profesionales implicados —dijo Lambert, dudando de sus propias palabras. Matilda Kennedy había entrevistado a una de las amigas de Moira, así que lo más probable era que ya se hubiera corrido la voz.

—Tengo que publicar esto —dijo Mia.

Era inevitable que la historia se hiciera pública en cuestión de horas.

—Todavía no. Responda a mis preguntas y veremos qué podemos hacer.

—Necesito hablar con Eustace también.

—Eso no es posible.

—¿Está bajo arresto?

—No, pero está bajo estricta supervisión médica. No se le permitiría hablar con él. Pero trabaja conmigo y le haré saber cuando esté libre para hablar.

—¿Qué necesitas saber?

—Todo lo que pueda decirme sobre Eustace. ¿En qué ha estado trabajando recientemente?

—No mucho. Mira, Eustace es un tipo especial. Es muy respetado aquí.

—¿Pero? —adivinó Lambert.

—No ha estado enviando muchas copias en estos últimos tiempos. Me dijo que estaba trabajando en un proyecto a largo plazo, el tráfico de personas dentro y fuera de Londres. Tenía un problema con un empresario local que creía que trabajaba con un grupo de Croacia. Todo bien, pero no nos ha enviado nada en nueve meses y aun así le pagamos.

—¿Quién era el tipo local?

Helmer miró su portátil. Estaba claro que conocía la respuesta y se debatía entre compartir o no la información con Lambert.

—Estaba investigando a un empresario local llamado Curtis Blake. Por lo que he podido averiguar, es legal. Es todo lo que puedo decirte. Si quieres más detalles, tendrás que hablar con él.

—¿Algo más que pueda decirme sobre Eustace? ¿Es amistoso con alguien de la oficina?

—Casi nunca lo veíamos. Me han contado alguna vez que lo han visto en bares locales, pero aparte de eso, ha sido muy reservado en los últimos años. Hubo rumores, rumores, eso sí, sobre problemas matrimoniales. Pero a la gente le gusta crear historias sobre personas a las que no ve habitualmente, sobre todo aquí.

Lambert le dio su tarjeta. No le creía. Estaba seguro de que Mia sabía con exactitud lo que Eustace estaba haciendo y la verdad de cualquier rumor.

—Por favor, hágame saber si recuerda algo más.

La editora asintió y dejó caer la tarjeta sobre su escritorio.

—Tal vez podamos trabajar juntos en esto —dijo—. Puedo enviar a alguien para que se reúna contigo.

—Cuando esté lista para ser más comunicativa, hágamelo saber —dijo él—. Hasta entonces, le sugiero que hable con nuestra oficina de prensa.

Llamó a Kennedy fuera de las oficinas del periódico. Su reunión con Prue McKenzie había sido un éxito. Ya había concertado una cita con Charles Robinson, abogado penalista, en su despacho de Holborn.

Lambert cogió el metro y llegó a Holborn antes que Kennedy. La esperó en una cafetería cerca de la estación de Holborn.

Iba por la mitad de su bebida cuando la mujer llegó. Ella le hizo un gesto con la mano para preguntarle si quería otra copa.

—Pareces satisfecha de ti misma —dijo él, al notar su enérgico caminar mientras se acercaba.

—Ocurre de vez en cuando. ¿Qué tal la reunión con la editora?

—Improductiva. Creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que el caso ya es noticia.

Kennedy se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Eso complacerá a Tillman —dijo.

—No se puede evitar. La idea de que ocultaran detalles del caso a la prensa era ridícula, teniendo en cuenta la profesión del marido de Moira.

—¿Qué sabemos de este Charles Robinson?

—He investigado un poco. Realiza trabajo de defensa criminal principalmente, comenzó su carrera trabajando para el CPS.

—¿Qué sabemos de sus gustos extracurriculares, aparte de los descritos por la Sra. McKenzie?

—Nada todavía. Devlin está trabajando en ello, pero pensé que era mejor ir primero a la fuente —Kennedy dio un sorbo a su capuchino. Lambert se dio cuenta de que no sabía mucho más de su colega que lo que le habían contado de segunda mano. Estaba claro que era muy inteligente, y ya se había dado cuenta de que tenía un sentido del humor seco. Era atractiva de un modo poco convencional. Alta y enjuta, tenía rasgos afilados y prominentes y ojos color avellana de mirada profunda. Lo que la distinguía era su pelo. Ahora lo llevaba recogido, con rayas de un rojo intenso tirantes que resaltaban su pálida frente.

—Sígueme —dijo Lambert, poniéndose en pie.

Fue un corto paseo hasta el despacho de Robinson. La hora del almuerzo estaba llegando a su fin y los reticentes trabajadores regresaban a sus despachos desconsolados por tener que abandonar el sol abrasador. Kennedy le siguió a un paso mientras daban el corto paseo. Un hombre inmaculadamente vestido, de unos cuarenta años y pelo castaño corto, los saludó cuando entraron en el despacho. Se paró y los evaluó con una mirada curiosa.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó con voz de barítono resonante.

—Soy el Detective en Jefe Lambert, y ella la Sargento Kennedy. Tenemos una cita con Charles Robinson.

—James Latchford, Secretario Jefe —dijo el hombre. Sorprendió a Lambert, que lo había confundido con uno de los abogados. Latchford miró el folio que tenía sobre el escritorio y les dedicó una sonrisa—. Sí, por favor, tomen asiento y el señor Robinson los atenderá enseguida.

Lambert paseó por la pequeña recepción, admirando las estanterías repletas de antiguos textos jurídicos, libros de derecho consuetudinario y estatutos. Dudaba que los tomos con lomo de cuero salieran alguna vez de sus estantes, dado que todas las palabras impresas habían sido codificadas y estaban disponibles en Internet. Aun así, daban un aire decorativo de autoridad.

Su concentración se vio desviada por una estruendosa voz galesa.

—¿Detective en Jefe Lambert?

Él se giró para mirar a Charles Robinson. Vestido con un traje de tres piezas y una corbata de seda tan apretada al cuello que casi lo ahorcaba, el hombre aparentaba poco más de cincuenta años. Tenía una melena plateada y el tipo de sonrisa que uno esperaría ver en una revista de moda.

—Y tú debes de ser la Sargento Kennedy —dijo Robinson, tras dirigir su atención a Matilda.

—Señor Robinson.

—Por favor, llámame Charles. ¿Entramos? —los condujo a su despacho a través de unas puertas con paneles de roble—. Por favor, siéntense. ¿Puedo ofrecerles café, té?

—No, gracias, Charles —dijo Lambert.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Me temo que tenemos malas noticias —dijo Matilda. Habían acordado en el camino que

ella hablaría primero.

—¿Ah, sí? —dijo Robinson, sin perder la sonrisa y sus ojos brillantes.

—Me temo que ayer por la tarde encontraron el cadáver de Moira Sackville en su apartamento. Ha sido víctima de un presunto asesinato.

El rostro de Robinson se descompuso y Lambert vio otra cara del hombre. Un Robinson mayor y asustado, con la fachada de su profesionalidad desvanecida.

—¿Moira? ¿Por qué? ¿Qué pasó? —dijo, su voz en un susurro. Se dio la vuelta en su silla giratoria, frente a una estantería que reflejaba la de la recepción. Lambert le dio un momento.

—¿Conocía bien a la señora Sackville? —preguntó.

Robinson no contestó. Permaneció frente a la estantería.

Lambert estaba a punto de volver a preguntar cuando el hombre se pasó la mano por la cara y se volvió a enfrentarlos.

—Lo siento. Estoy en shock —su cara roja y brillante resaltaba las leves arrugas de su tez, envejeciéndolo diez años—. ¿Hasta qué punto la conocía? La conocía bien. Es una buena amiga de Prue, Prue McKenzie. Lo siento, Prue es amiga de la compañía, hace muchas obras de caridad. Conocí a Moira a través de ella en una de las funciones. Y a su marido, Eustace —añadió como una ocurrencia tardía—. ¿Cómo está Eustace?

—Tan bien como se puede esperar —dijo Lambert, no dispuesto a divulgar más detalles por el momento.

—¿Qué tan cercano a Moira era, Sr. Robinson? —preguntó Kennedy. El hombre juntó las manos y la miró fijo.

—Supongo que saben algo o no estarían aquí —dijo—. Sinceramente espero que esto no se sepa, por el bien de Eustace. Pero sí, Moira y yo fuimos amantes durante un tiempo.

Lambert dudaba que la preocupación del hombre fuera por el viudo de Moira.

—¿Por cuánto tiempo?

—Cinco años, con idas y vueltas.

—¿Con qué frecuencia la veía? —preguntó Kennedy, con frialdad en su tono.

—Escucha, fue su elección. Nunca instigué nada, y nunca la contactaba. Solo la veía cuando ella me lo pedía. Así funcionaba y yo lo respetaba.

—¿Le importa que le pregunte si tiene una pareja formal? —preguntó Lambert.

Robinson frunció el ceño.

—No. Mi mujer murió hace quince años y desde entonces no ha habido nadie serio —se pasó las manos por el pelo y dejó un mechón suelto que sobresalía del cuero cabelludo—. No me siento muy bien por lo que pasó. Por lo general, no me aprovecho de las mujeres de los demás. Me temo que Moira no era muy feliz con Eustace, y eso fue mucho antes de que yo llegara. Yo no la robé. Le faltaba algo en su vida que yo le proporcioné.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —dijo Kennedy.

El hombre apretó las manos y miró hacia arriba.

—Hace un año.

—¿Hace un año? ¿Está seguro?

—Aproximadamente, sí. Decidí ponerle fin. Me temo que había empezado a ser bastante aburrido.

—¿Y cómo respondió la Sra. Sackville a esta noticia? —preguntó Lambert.

—Estaba angustiada. Recibí alguna que otra llamada. Lágrimas, ese tipo de cosas, pero estoy seguro de que lo superó.

Lambert pensó en lo que Kennedy le había contado, el S y M que Prue McKenzie había detallado a regañadientes.

—Nadie está juzgando su moral, Sr. Robinson. Nuestra preocupación es rastrear al asesino de Moira. Me temo que la escena del crimen no fue agradable.

Robinson respiró entrecortadamente.

—¿De verdad necesito escuchar eso?

—Solo entraré en los detalles necesarios. Hubo un allanamiento de morada. La señora Sackville estaba esposada a una silla —dijo Lambert.

Robinson se llevó la mano a la boca. Como abogado penalista, habría oído cosas mucho peores, y como abogado defensor, habría defendido a los acusados de tales actos. O era una actuación, o de verdad estaba angustiado por la muerte de su amante.

—Creemos que el intruso le cortó las muñecas y que la Sra. Sackville se desangró lentamente hasta morir.

—¿Lentamente? —dijo Robinson, con un graznido de angustia en la voz.

Lambert miró al hombre, en busca de cualquier indicio de que estuviera actuando.

—¿Y Eustace? —preguntó.

Lambert miró a Matilda, con el rostro impasible.

—Lo hicieron mirar.

—¿No le hicieron daño?

—También lo esposaron a una silla.

Robinson dirigió su atención hacia el techo, parecía imaginarse la escena.

—¿Ellos lo soltaron?

—¿Ellos? —dijo Matilda.

—¿Él, ella, ellos?

—El señor Sackville confirmó que solo había un intruso —informó Lambert.

—¿Por qué hirieron a Moira y no a Eustace? —Robinson estaba más concentrado, y los interrogaba como si estuvieran en juicio.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Sr. Robinson. Es un asunto delicado, pero ¿podría explicarnos su relación con Moira Sackville?

—¿Explicar?

Lambert dudó. Pensaba en la mejor manera de abordar el tema, cuando Matilda intervino.

—¿Usted y la Sra. Sackville se involucraron en alguna práctica sexual inusual?

Robinson enrojeció. Al principio, Lambert pensó que estaba avergonzado, pero pronto se dio cuenta de que era otra cosa.

—¿Y cómo demonios es eso de tu incumbencia? —preguntó, con su voz atronadora muy acentuada.

—Tiene que ver con nuestra investigación —dijo Matilda, impasible ante las protestas del abogado.

—¿Tiene que ver con su investigación? ¿Por qué, porque estaba atada a una silla?

—Esposada —dijo Lambert.

—¡Qué vínculo tan tenue y endeble! ¿Quién se lo ha dicho? —dijo Robinson, pero se dio cuenta de la respuesta—. Prue McKenzie, qué sorpresa. Sabía que Moira se lo diría, aunque le advertí que no lo hiciera. Tan juiciosa y sin discreción.

—Creía que usted era buen amigo de la señora McKenzie —comentó Kennedy.

Lambert se sorprendió de lo rápido que Robinson se había desenvuelto. Había revelado más

de sí mismo en los últimos treinta segundos que en el resto de la entrevista.

—Nadie es buen amigo de ella, excepto quizá Moira —sacudió la cabeza, como si hubiera olvidado la muerte de su amante—. ¿Crees que hace todas esas obras de caridad por una buena causa? No me hagas reír. Es todo un espectáculo, una forma de congraciarse. Apuesto a que ella nunca pone un centavo de su propio bolsillo, solo utiliza el dinero recaudado en el catering de lujo y los organizadores de fiestas para poder verse bien entre sus amigos.

—¿Pero ella los presentó? —dijo Lambert, deseoso de explotar a Robinson en su estado emocional.

—La verdad es que no. Los dos estábamos en una de sus fiestas y nos conocimos. Nos presentamos —todavía tenía la cara roja y respiraba con dificultad. Se echó hacia atrás en la silla, con el color desapareciendo de su rostro—. No voy a hablar de lo que hicimos. No dejaré que manchen su memoria.

Lambert asintió.

—Necesitaré una nota de su paradero anoche.

Los ojos de Robinson se abrieron de par en par y adoptó un tono sardónico.

—Siempre es un placer ayudarlos. Estuve en la cena de una posada. Estuve allí hasta pasada la medianoche. Pedí un taxi. Latchford les dará el número de la empresa que usamos para que puedan comprobarlo con el conductor.

Robinson se puso de pie, lo que envió una señal a Lambert y Kennedy para hacer lo mismo.

—Escuchen, lo siento si he perdido los nervios —dijo el abogado, en particular a Kennedy—. Ayudaré en todo lo que pueda.

Lambert estaba intrigado por el repentino cambio de comportamiento del hombre. Era claro que la noticia de la muerte de Moira le había afectado.

Llovía cuando salieron del bufete, un repentino aguacero había alcanzado los desagües y dejado en el aire un tenue olor sulfuroso.

—Verifica lo que nos ha dicho —dijo Lambert al tiempo en que se oyó un grito detrás de él.

La figura de Charles Robinson trotó hacia ellos, con el rostro enrojecido por el esfuerzo.

—He recordado algo —dijo, con la respiración entrecortada—. Estoy seguro de que no es nada, pero pensé que deberían saberlo. Un antiguo cliente mío utilizó el mismo modus operandi, o al menos parecido, a lo que me acaban de contar.

Lambert no respondió. Sacó su cuaderno y esperó a que Robinson se revelara.

—Claro que no puedo contarles nada confidencial, pero llegó a la corte. ¿Me permite? —dijo, mirando el cuaderno de Lambert.

Él se lo entregó y el abogado garabateó unas palabras en el papel.

—Lo encontrarán todo ahí —dijo Robinson. Escribió “R v. Whitfield CJ (2008)” en el papel.

—¿Usted representó a Whitfield? —preguntó Lambert. El hombre asintió.

—¿Cuál fue el veredicto?

Robinson frunció los labios.

—Inocente.

Observaron a Robinson regresar hacia el despacho.

—Parece preocupado —dijo Kennedy.

—Quizás. Vuelve y ponte a leer sobre el caso y todo lo que tenemos sobre él. Llámame cuando tengas algunos detalles y decidiremos si vale la pena seguir esta pista.

—¿No crees que valga la pena?

—Sería conveniente, pero veamos. Voy a visitar a Eustace otra vez. Quiero saber si sabía lo de Robinson y en qué había estado trabajando en estos tiempos.

—Tengo una cita con el jefe bibliotecario de la biblioteca de Moira. Pospuse la reunión después de las revelaciones de McKenzie sobre Charles Robinson.

—Bien. Deberías tener tiempo para revisar el caso primero, o pon a alguien más en él para que al menos tengamos un resumen.

Lambert cogió el metro de vuelta al hospital. Rara vez utilizaba el coche si podía evitarlo, y en el centro de Londres solía ser más rápido desplazarse en transporte público. Pensó en los cambios de personalidad de Robinson: la tristeza que había expresado al enterarse de la muerte de Moira, seguida de la ira por la insinuación que había interpretado en las preguntas de Kennedy. Vio que el caso se abría ante él, hebra tras hebra, ramificándose en infinitas posibilidades. Quería una teoría, pero hasta ahora se le escapaba.

Esperaba que la muerte de Moira fuera personal. Así sería más fácil encontrar al asesino. Si había sido al azar, lo que parecía improbable, tendrían que confiar en que el asesino se había equivocado.

De momento, tenían que averiguar más cosas sobre Moira Sackville. Se dio cuenta de que sabían muy poco, aparte de su amistad con Prue McKenzie y su relación con el abogado galés. Con suerte, la reunión de Kennedy con los colegas de Moira arrojaría algo más de luz sobre la mujer.

Después de comer en un pequeño restaurante italiano de Lordship Lane, llamó a Sarah.

—Detective en Jefe May.

—Muy formal —dijo Lambert.

—Me gusta cómo suena. ¿Cómo estás, forastero?

—Bien. Pensé en ver si te acordabas de mí, tú sabes —el almuerzo le había dado energía y, a pesar de la tensión del caso, se sintió optimista por un momento. Estaba sentado al sol, tomando un expreso y hablando con Sarah.

La Detective en Jefe Sarah May había sido la OSI en el caso del Cazador de Almas y habían

acabado trabajando juntos, aunque de manera extraoficial. Después del caso, se habían hecho muy amigos, y Lambert había pasado algún tiempo en su apartamento de Bristol antes de regresar a Londres. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos oír su voz.

—Puedes llamarme cuando quieras, Michael, lo sabes. No necesitas una excusa.

—¿En qué estás trabajando? —dijo Lambert, cambiando de tema.

—En lo mismo. Seguimos encontrando cadáveres —se refería al legado del Cazador de Almas. Tras su muerte, se publicó un libro en formato electrónico en el que se daban a conocer los detalles de una serie de asesinatos. May había recibido el encargo de hacer un seguimiento y, hasta el momento, había descubierto cuatro tumbas sin nombre—. ¿Y tú? ¿Sigues con el caso de las drogas?

—No, me han ascendido. Dirijo una investigación de asesinato.

—Mírate, volviendo a las andadas.

Lambert resumió el caso, pero omitió los detalles confidenciales.

—Algunas pistas prometedoras —dijo May—. ¿Crees que es un caso aislado?

—Supongo que todo se reduce al motivo. Si iba tras ella por alguna razón, entonces podría terminar aquí. Aún no lo sé.

—Bueno, avísame si necesitas ayuda —dijo May, con un tono pícaro en la voz.

Estaban eludiendo el verdadero problema. Él había vuelto a Londres para empezar a trabajar y no se había resuelto nada sobre su relación. Prometieron mantenerse en contacto y visitarse, pero nada más definitivo. Le habría encantado verla, pero ambos estaban demasiado ocupados.

También había algo más que lo presionaba, que se le escapó.

—Sophie ha tenido a la bebé.

Sarah no respondió y él pensó por un segundo que la línea se había cortado.

—Ah —dijo al final—. ¿Cuándo?

—Hace tres días. Tuvieron que ingresarla para hacerle algunas revisiones. Hubo algunas dificultades, pero debería irse a casa hoy. Lo siento, Sarah, debería habértelo dicho antes.

—No seas tonto. ¿Cómo está ella? ¿Cómo estás tú?

—Ella está bien. La bebé se llama Jane.

No se atrevía a decir las palabras: Jane Chloe.

—¿Cómo estás, Michael? —insistió Sarah.

—Estoy bien. Es un poco surrealista. Mira, no puedo hablar de eso en este momento.

—Iré a verte —dijo Sarah.

Lambert resopló, con el pulso acelerado.

—¿Vienes a rescatarme?

Sarah se rio por la línea, y el sonido melódico le envió ondas de sentimiento a través de su cuerpo.

—Sí. Estás solo, y Sophie tiene un nuevo bebé, y...

La interrumpió.

—Tengo el caso. Estaré bien. Cuando tengamos más tiempo, podemos reunirnos. Sería bueno verte.

—Qué persuasivo —ella dudó—. Sabes que debería ir a verte, pero bueno. Llámame cuando lo necesites.

—Lo sé. Mira, mejor me voy. El deber me llama.

—Cuídate.

—Tú también.

Se preparó para ver a Sophie y a la bebé al entrar en el hospital. Era posible que aún estuvieran arriba, en la sala de maternidad, pero no se atrevía a averiguarlo. No sabía si ése era ya su lugar.

El subidón de adrenalina que había sentido al hablar con Sarah había desaparecido y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Compró otro café en la tienda del hospital y se dirigió a la zona segura donde trataban a Sackville.

El tipo nervioso se había marchado y un agente de policía se había unido a la joven detective Shah. Lambert no se molestó en presentarse.

—¿Alguna novedad?

—Unas cuantas idas y venidas —dijo Shah, que le entregó una hoja de informe—. Enfermeras, comida, el Dr. Patel y un psiquiatra, el Dr. Byatt. Quieren darle el alta, señor.

Lambert entró en la habitación. Sackville estaba sentado en la cama viendo la televisión diurna.

—¿He oído que ya se siente mejor?

Sackville levantó la cabeza. Tenía peor aspecto que ayer: su pálida piel moteada y manchada, sus ojos hundidos y sin vida.

Lambert no lo envidiaba. No le quedaba familia y su carrera se estaba desvaneciendo. El resto de su vida estaría atormentado por los recuerdos del asesinato de su esposa. Ni toda la terapia del mundo cambiaría eso.

—¿Recuerda nuestra conversación de ayer?

—En la guerra, lo llamaban interrogatorio —dijo Sackville, con un amago de sonrisa en la cara.

—¿Puedo? —dijo Lambert mientras tomaba asiento—. Lo siento, necesitaba toda la información posible.

—¿Se lo has dicho a Prue?

—Sí. También he hablado con su editora.

—Lo sé.

Sackville señaló un ramo en la esquina de la habitación.

—Su editora es joven.

—¿Mia? Joven en edad tal vez, pero tiene un alma vieja. Un alma vieja e inmortal.

—Sí, parecía feliz y afortunada —dijo Lambert, en broma—. Mencionó que usted estaba trabajando en algo, pero no dio muchos detalles.

—No le haga hablar de fuentes periodísticas, aunque tengo que decir que estoy de acuerdo con ella. ¿Por qué querías saberlo?

—Tenemos que mirar todos los ángulos, claro. Mia mencionó que ha estado investigando a la familia Blake.

La cara de Sackville se transformó.

—¿Qué le diste por eso, una exclusiva?

—No me reveló nada. Me dijo que hablara directamente contigo si quería más detalles.

—He estado investigando a Curtis Blake toda mi vida.

—Mia mencionó algo sobre tráfico de personas. ¿Blake está actualizando su imperio?

—Ella no lo ha entendido del todo, y me temo que no hay mucha historia.

—¿Con quién trabaja él?

—Escucha, no me gusta Curtis Blake, y no lo respeto. De hecho, desprecio lo que hace y lo que ha hecho.

—¿Pero?

—Algunos de estos tipos nuevos. No tienen límites. Debes saberlo.

Lambert había visto muchas cosas que deseaba no haber visto a lo largo de los años. En lo que a él concernía, nunca había habido límites para la mayoría de la gente con la que había tratado. La idea del criminal británico idealista era pura ficción. Estaba seguro de que Eustace lo sabía tan bien como él.

—La justicia es ciega, Eustace. Si se equivocan, se equivocan.

—Hay grados de maldad, como bien sabes.

—Va a tener que ser más específico.

Sackville acomodó las almohadas en su cama.

—Necesito salir de aquí. Lo que sea: el contrabando de personas, el tráfico, la violencia sin sentido. Cuanto más veo, peor es.

—Siempre ha sido así, Eustace. Dígame lo que sabe. ¿De quién tiene detalles, quién querría hacerle esto a Moira?

—No lo entiendes, ¿verdad?

Lambert levantó las palmas.

—Ilumíneme.

—He dejado de trabajar. Blake es solo una excusa. Tuve algunas reuniones, tomé algunas notas y eso es todo. Suficiente trabajo para convencer a Mia de seguir pagándome hasta que me jubile. Estoy acabado, no me queda estómago para aguantarlo.

Lambert se puso de pie.

—¿Quiere agua?

El hombre sacudió la cabeza, con una expresión de desdén en el rostro.

—¿Así que no tiene ni idea de quién haría esto?

—Escucha, Lambert.

Se paseó por la habitación, reacio a decir lo que había que decir.

—¿Qué hay de Moira?

Sackville se tensó y el color se extendió a sus mejillas.

—Necesito preguntar. ¿Tenía enemigos, Eustace?

—No seas ridículo.

—Necesito algo, Eustace. Si no hay una razón para este ataque, si fue al azar, entonces nunca sabremos quién le hizo esto a Moira. Necesito un motivo.

—Era una maldita bibliotecaria.

El hombre no estaba escuchando.

—Mira, siento preguntarle esto, Eustace. ¿Conoce a Charles Robinson?

Sackville volvió a tensarse y, por un momento absurdo, Lambert creyó que iba a atacarlo.

—Eso se acabó hace tiempo —dijo, con los dientes apretados.

—Así que sabe lo de él y Moira.

—Sí, lo sé, joder. Ella no podía ocultar su culpabilidad.

—¿Cuándo terminó?

—Hace un par de años.

Lambert ocultó su sorpresa, pues recordaba que Robinson había dicho que había terminado hace un año.

—¿Alguna vez se enfrentó a él?

—No, pero nunca estuvimos juntos en la misma habitación después de que me enteré —

Sackville bebió un trago de agua—. No me vendría mal algo más fuerte —dijo, y se secó una gota de la cara.

—¿Él sabe que usted ya lo sabe?

—Imagino que sí, joder —Eustace arrugó la cara, el recuerdo de la infidelidad de su mujer lo animaba más que su muerte. Algo cambió en su rostro y empezó a tirar de las mantas de la cama—. ¿Ese cabrón es sospechoso? —trató de ponerse en pie y se tambaleó.

Lambert le puso la mano en el hombro.

—Vamos, vuelva a la cama. Robinson tiene coartada para la noche del ataque.

El hombre volvió a taparse con las sábanas y se pasó la mano por los ojos llenos de lágrimas.

—Dejémoslo por ahora, Eustace. Descanse un poco. ¿Hay alguien a quien pueda llamar por usted?

Negó con la cabeza.

—No hay nadie —dijo.

Devlin la detuvo cuando volvía a la oficina.

—¿Has visto a Lambert hoy?

—Acabo de verlo. ¿Por qué?

—Quería revisar las imágenes de videovigilancia con él.

—Bueno, puedes revisarlas conmigo primero —dijo Matilda. A ella le gustaba el nuevo Jefe de Detectives, pero a veces estaba demasiado interesado en mostrar su valía.

—No hay mucho que mostrar, por desgracia. No hay cámaras en la fachada del edificio. Hay una cámara en el vestíbulo del apartamento. He editado todos los fotogramas que me han parecido interesantes y los he revisado con el conserje. Todo el mundo está registrado durante las veinticuatro horas.

Matilda frunció el ceño. No esperaban nada, pero no dejaba de ser una decepción.

—No creo que sea necesario molestar al Detective en Jefe Lambert sin noticias, ¿verdad?

Devlin pareció cabizbajo por un momento.

—No, Sargento.

Ella se apiadó de él.

—Necesito comprobar un nombre. Noel Whitfield —ella le entregó el pedazo de papel con el nombre del caso en él—. Necesito todos los detalles de este caso. ¿En treinta minutos?

Devlin asintió y se apresuró a volver a su escritorio.

Ella actualizó el expediente en tanto esperaba a Devlin. Pensó en el abogado adúltero y en su respuesta de pánico a la investigación. Le habría gustado que fuera un signo de mala conciencia, una forma de distraerlos de su investigación, pero temía que solo evidenciara la clase de hombre que era. Acababan de informarle de que su amante de muchos años había sido brutalmente asesinada, y su principal preocupación era protegerse a sí mismo.

—Caso interesante —dijo Devlin, cuando volvió con un expediente veinte minutos después—. En mi opinión, un grave error de la fiscalía.

—Dame lo más destacado —dijo Matilda.

—Whitfield, de treinta años, fue acusado de intento de asesinato. Había entrado y esperado en la residencia de la supuesta víctima, Andrew Haynes. La novia de Haynes, Rebecca Pritty, estaba presente en ese momento. Whitfield ató a ambas víctimas a dos radiadores distintos en la habitación de Haynes. Obligó a la novia a mirar mientras torturaba a Haynes, y lo dejó morir después de apuñalarlo repetidas veces en el torso.

—¿Sobrevivió?

—Si puedes llamarlo sobrevivir. Está permanentemente discapacitado.

—Y la novia vio todo esto.

—Era la ex de Whitfield. La hizo mirar, sin disfraces; el motivo es claro. La dejó en la escena. Por suerte, un vecino oyó sus gritos pronto y llevaron a Haynes al hospital a tiempo.

—¿Qué pasó en el juicio? —preguntó ella, pero ya sabía la respuesta.

—Whitfield estuvo representado por un tal señor... —Devlin miró sus notas.

—¿Charles Robinson?

El hombre ladeó la cabeza.

—Sí. Robinson encontró varias discrepancias en la recopilación de pruebas. El juez declaró a regañadientes que no había caso que responder. Le dio a la fiscalía una reprimenda completa.

—¿Qué pasó con Whitfield desde entonces?

—Estuvo apartado por un tiempo, pero fue liberado. Ha estado limpio desde entonces. Su última dirección conocida es en Finchley.

—¿Y Haynes?

—Estuvo con atención psiquiátrica por un tiempo. Su novia lo dejó. Lo último que sabemos de él es que vive con su hermano en Tottenham.

—Buen resumen, Devlin.

Él no pudo ocultar su satisfacción y una amplia sonrisa llenó su rostro.

—¿Vale la pena seguir esta pista?

—Primero tendremos que comprobar todas las fichas, por si acaso. A mí me parece un incidente aislado. Intenta localizar a Whitfield, pero no te acerques a él sin hablar conmigo. Se lo comentaré a Lambert —leyó los archivos que Devlin había impreso en busca de discrepancias, pero no encontró nada. Había que dar un gran salto para vincular el caso Whitfield con Sackville. A menos que hubiera un vínculo claro entre él y cualquiera de los Sackville, era difícil que los casos estuvieran relacionados, a menos que fuera pura coincidencia.

Se conectó al Sistema y ejecutó distintas rutinas para localizar a los Sackville, Whitfield y Haynes, pero no se encontró ninguna conexión. Decidió esperar hasta que Devlin localizara a Whitfield. Era un vínculo demasiado tenue como para molestarse en seguirlo por el momento.

Almorzó en la cantina, donde encontró un pequeño rincón con vistas al río. Echó un vistazo al periódico que tenía delante mientras comía bocados de patatas fritas, pero no pudo concentrarse en el texto. No paraba de darle vueltas al caso. Había pensado tanto en ello en las últimas horas que era como si hubiera presenciado el incidente. Tenía su propio video de lo que había pasado en su cabeza, y seguía lo que Eustace Sackville le había dicho a Lambert. Un intruso solitario que obligó a la mujer a esposar a su marido y luego fue esposada ella misma. Se imaginó al hombre cortando a Moira Sackville, y podía oír el sonido del cuchillo desgarrando su carne.

Matilda comprendió que esta forma de pensar era peligrosa. Por lo que sabían hasta el momento, la descripción de los hechos por parte de Eustace podía ser una invención. Aún no lo habían descartado como sospechoso, era posible que fuera el responsable de la muerte de Moira: que la hubiera atado y que, de algún modo, hubiera sido capaz de hacerse las marcas de las esposas en las muñecas como defensa. Era posible que la escena que Matilda repetía en su mente fuera una mentira.

Pensó en el abogado Charles Robinson y en su aventura con Moira Sackville. De nuevo, las imágenes se reproducían en su cabeza como recuerdos. Las citas secretas, los juegos sexuales que tanto habían horrorizado a Prue McKenzie. Intentó imaginarse a Robinson como el intruso,

pero no pudo. Le había causado una mala primera impresión, pero era demasiado cobarde para haber matado a Moira. La forma en que había intentado distanciarse de su asesinato al ofrecer a un antiguo cliente para distraerlos. Incluso la forma en que hablaba, la confianza practicada, el carisma. Era como una quimera, pero de nuevo, no podían descartarlo. Tenía que sacarse las imágenes del asesinato de la cabeza y seguir los hechos.

—No te molesta, ¿verdad? —el Jefe de Detectives Donald Walker tomó asiento frente a ella —. ¿Qué tal todo, Sargento?

Walker era miembro de su equipo desde hacía más de dos años. El año pasado, ambos habían competido por un puesto vacante de Sargento. Matilda estaba segura de que él nunca le había perdonado que ganara.

—¿Qué quieres, Walker?

—Solo comprobar cómo va tu trabajo con Lambert. ¿Te está tratando bien?

Ella suspiró y decidió ir al grano.

—¿Esto tiene que ver otra vez con el examen de Sargento?

Walker se revolvió en la silla y se tocó la barba cuidada a la perfección.

—Todos sabemos cómo conseguiste ese puesto, Kennedy.

Matilda sonrió. Había conseguido el puesto a base de trabajo duro y resultados. La tendencia de Walker a abrir la boca antes de pensar era una de las razones por las que aún no lo habían ascendido. Adoptó su tono más condescendiente, porque sabía que molestaría al hombre.

—Mira, Don, no puedo evitar que me hayan considerado la más adecuada para el puesto. Quizá la próxima vez lo consigas, ¿sí? —puso los ojos en blanco, disfrutando de la incomodidad de Walker.

Él asintió varias veces con la cabeza.

—Deberías haber aceptado mi oferta. Si lo hubieras hecho, no me estarías hablando así.

Matilda miró al hombre. Se refería a la última fiesta de Navidad, en la que él había bebido demasiado vino caliente y se le había insinuado.

—Tuviste suerte de que no te denunciara. Yo tendría cuidado con lo que digo, si fuera tú.

—Oh, vete a la mierda, Kennedy —susurró entre dientes.

Matilda dio un mordisco a su patata y miró el periódico.

Él esperó un momento y acabó por captar la indirecta.

Lo observó alejarse en su visión periférica, sin levantar la cabeza hasta estar segura de que había abandonado la cantina. Tensó el brazo y notó que le temblaba la mano. Debería denunciarlo. Un par de agentes le habían comentado que la fiesta de Navidad no había sido un incidente aislado, pero tenía que tener cuidado. Por muy progresista que se presentara la Met, seguía estando dominada por los hombres. Las denuncias de acoso sexual se trataban con seriedad, pero siempre existía el riesgo de caer en el ostracismo. Lo peor que le había hecho era insinuarse, lo cual no le había molestado demasiado. No era suficiente para ir más allá, pero no podía evitar pensar que su comportamiento podría empeorar, si no con ella, con otra persona.

Lambert llamó, y eso la distrajo. Quedaron en verse en Lordship Lane dentro de dos horas. Volvió al despacho, y estaba a punto de empezar a investigar a Charles Robinson cuando una voz atronadora la llamó desde el otro extremo de la habitación.

—Sargento Kennedy. A mi despacho. Ahora —dijo Tillman.

Lambert se detuvo en un quiosco de Lordship Lane y compró una botella de agua. El clima era implacable. La breve tormenta que había caído antes no había servido de mucho para amortiguar el calor. La camisa de algodón se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Se bebió el agua de un trago y se dirigió a la biblioteca. Seguía teniendo la sensación de que el caso se fragmentaba en numerosas direcciones, ninguna de las cuales le ayudaba. En casos como éste, la familia cercana era donde empezaba y terminaba el caso, por lo general. La única familia de Moira era Eustace y, por el momento, Lambert no lo veía implicado. Era un montaje demasiado complicado. Si hubiera querido eliminar a su mujer, por la razón que fuera, podría haberlo hecho de una manera más fácil. Como periodista criminal, Eustace habría arreglado las cosas de otra manera.

No es que pudieran eliminarlo por completo. Eustace sabía del adulterio de su esposa, así que había un motivo potencial. Era posible que hubiera pagado a alguien para cometer el crimen, y pagado extra para poder observar. Lambert ya se había encontrado con situaciones similares. Eustace estaba lleno de dolor, pero Lambert había visto a muchos hombres culpables lamentarse por sus acciones.

Kennedy se había cambiado de ropa desde esta mañana. Atrás había quedado el sencillo traje pantalón, y en su lugar llevaba un vestido verde de verano. Su pelo rojo seguía recogido en un moño, y cuando lo saludó, se dio cuenta de que llevaba más maquillaje de lo habitual.

—¿Algo que debería saber?

Ella frunció el ceño, confundida.

—No sabía que debíamos vestir bien —dijo él.

—Oh.

Un destello de color se extendió por sus mejillas y se desvaneció.

Lambert levantó las manos.

—No voy a hacer ningún comentario, Sargento —dijo, con una sonrisa.

—Voy a ver a un amigo después. A menos que tengamos más trabajo —añadió, a regañadientes.

—Estoy seguro de que podemos prescindir de ti una noche —dijo él, que pasó junto a ella hacia la entrada de la biblioteca y trató de ignorar el leve aroma de su perfume.

Se sorprendió al ver que la biblioteca estaba llena de gente. El ambiente era sofocante. La gente estaba sentada en sus mesas trabajando con sus portátiles o leyendo periódicos y revistas. Lambert se dirigió al mostrador de información, y se esforzó por ignorar el hedor corporal que

desprendía un anciano que leía un libro de tapa dura de gran tamaño.

—Vengo a ver a Sandra Levinson —le dijo al hombre con gafas que estaba detrás del mostrador.

El hombre se apretó el puente de la nariz, como si la presencia de Lambert fuera una distracción inoportuna.

—Creo que está en su despacho. Subiendo las escaleras, por la puerta que dice “no entrar”. ¿Te está esperando?

—Sí, gracias.

Kennedy había llamado antes para informar a la bibliotecaria sobre Moira Sackville. Parecía que la mujer aún no había informado a su personal sobre la trágica y violenta muerte de su colega. O eso, o la muerte de Moira no había conmovido al hombre tras el escritorio de ninguna manera.

—Tú diriges —le dijo a Kennedy mientras llamaban a la puerta.

Una mujer llamativa con grandes ojos de ópalo abrió la puerta.

—¿Hola? —dijo, con una sonrisa cálida y compasiva. Solo las finas arrugas bajo los ojos delataban su edad.

—¿Sra. Levinson? Soy la Sargento Matilda Kennedy, hablamos antes por teléfono. Este es el Detective en Jefe Michael Lambert.

La sonrisa desapareció cuando Levinson se dio cuenta de por qué estaban allí.

—Pasen —dijo.

La mujer los condujo a un pequeño despacho, poco más grande que un armario de escobas, y les pidió que se sentaran.

—Me temo que todavía estoy asimilando lo que me has dicho esta mañana, Sargento Kennedy. He vivido en Londres toda mi vida y es la primera vez que conozco a alguien... —sus palabras se desvanecieron, como si hubiera terminado la frase en su mente.

—Nuestras sinceras condolencias, Sra. Levinson. Algo así es siempre un gran shock. Podemos ponerla en contacto con profesionales para ayudarla a usted y a sus colegas en este momento.

—Gracias.

—¿Conocía bien a Moira? —preguntó Lambert.

—Sí —dijo Levinson, mirándolo fijo—. Llevo cinco años trabajando aquí. Moira estaba aquí cuando empecé. De hecho, me sorprendió que no le hubieran ofrecido mi puesto. Tenía una gran experiencia y una pasión por el trabajo que no ha tenido comparación desde entonces. Más tarde, me confesó que no se había presentado para el puesto porque no quería la carga añadida de tanta responsabilidad. La echaremos mucho de menos.

—¿Podría hablarme un poco más de cómo era ella como persona? —preguntó Kennedy.

Levinson se volvió para mirar a Kennedy. Su mirada era intensa. Se centró en Matilda como si fuera la única persona de la sala. Si Kennedy se sintió intimidada por la mirada, no lo demostró.

—Como ya he dicho, era una apasionada de la biblioteca. Era una ávida lectora, la mayoría de nosotros lo somos, como tal vez puedas imaginar. Le encantaba ayudar a la gente. Había un pequeño grupo de ancianas que venían a verla todas las semanas para que les aconsejara qué leer.

—¿Cómo se llevaba con los demás miembros del personal? —preguntó Lambert.

La mujer volvió la mirada y le clavó los ojos.

—Muy bien. Somos un equipo muy unido.

—¿No hay animosidad? ¿Problemas con algún cliente de la biblioteca? —preguntó Kennedy.

—¿Moira? No podrías desear conocer a una persona más encantadora. En todo el tiempo que llevo aquí, nunca he oído una mala palabra sobre ella, o dicha por ella —la mujer había subido el tono, y sonaba a la defensiva.

—¿Alguna vez se reunió con ella fuera del trabajo? —preguntó Lambert.

—La verdad es que no. Nos reuníamos de vez en cuando, en Navidad y ese tipo de cosas.

—¿Alguna vez conoció a sus amigos o familia?

—Conocí a su marido una vez. Un tipo muy alegre. Es periodista, lo ayudé con una investigación sobre la historia local.

—¿Alguna vez confió en usted? —preguntó Kennedy.

—¿Sobre qué?

—Cualquier cosa.

—En verdad no teníamos ese tipo de relación, me temo. Éramos colegas primero, amigas después. Desearía poder ayudarlos, de verdad. No puedo creer que alguien le hiciera esto a Moira a propósito. Quiero decir, nadie la elegiría para lastimarla. Solo puedo imaginar que fue al azar.

Lambert se puso de pie, sin interés en las opiniones de la mujer sobre el caso.

—Gracias, Sra. Levinson, ha sido de gran ayuda. Estaremos en contacto mañana. Algunos oficiales vendrán a hablar con los miembros de su equipo. Mientras tanto, por favor, hágame saber si se le ocurre algo que pueda ser de ayuda —dijo en tanto le entregaba su tarjeta.

—Bueno, ha sido una pérdida de tiempo —dijo Kennedy, una vez afuera.

—Nada es una pérdida de tiempo. Ahora sabemos que no socializaba con sus colegas. Le encantaban los libros. Eustace investigaba la zona. Cualquiera de esos puntos puede ser relevante.

—Esperemos que así sea —dijo Kennedy, que estaba casi saltando en el lugar con ganas de escapar.

Lambert hizo una pausa.

—Bueno, no dejes que te entretenga.

Ella abrió la boca y la cerró.

—Nos vemos mañana a las siete de la mañana.

Kennedy frunció el ceño.

—Sí, señor —dijo, y extendió la mano hacia un taxi que pasaba.

Lambert cogió un taxi a casa, ya que estaba demasiado cansado para el transporte público. Ahora vivía en un apartamento en Lewisham. Sophie se quedaba con la casa por el momento, hasta que formalizaran los detalles de la separación. Una oleada de humedad y moho le invadió al abrir la puerta principal. Casi podía ver cómo el aire caliente atrapado escapaba por la puerta principal. Subió las escaleras con cansancio hasta su habitación y se dijo a sí mismo que solo era temporal.

Su habitación era opresiva. Aunque había dejado la ventana cerrada, la habitación seguía siendo sofocante. Abrió la ventana del todo y dejó que la minúscula brisa le refrescara. Miles de pensamientos se agolpaban en su mente. Necesitaba tiempo para cotejarlos, analizarlos y organizarlos, como era su costumbre, pero antes necesitaba descansar.

Su ritmo de sueño nunca había sido normal, pero ahora estaba destrozado. La última vez que durmió fue ayer por la noche, en el frío banco del hospital. Las luces habían aparecido entonces, pero a pesar de su cansancio, no creía que fuera a alucinar esta noche.

Se preparó un té de arbusto rojo, se sentó en la única silla de la habitación y escuchó a Andy

Shauf cantar sobre cómo dormirse. Intentó atacar cada pensamiento furioso de uno en uno, pero las imágenes de las últimas veinticuatro horas se agolpaban en su cabeza en un grotesco collage: la escena del crimen de Moira Sackville, Eustace Sackville solo y angustiado en una cama de hospital, Sophie y la nueva bebé, Matilda Kennedy saliendo por la noche. Imaginó que Sarah May estaba en Londres, y deseó poder llamarla y que apareciera.

Se desvistió y se metió en la cama, mientras sus pensamientos volvían a Eustace Sackville. Pensó en lo que había pasado aquel hombre, la muerte de su única familia, y trató de imaginarse cómo debía de sentirse solo en la cama del hospital. Luego pensó en Sophie y en la nueva bebé, en cómo la hermana de Chloe nunca formaría parte de su vida, y se dio cuenta de que su situación y la de Eustace Sackville no eran tan diferentes.

Ella se dio cuenta de que era un error. Se daba cuenta cada vez que lo hacía. Anoche, había tenido la esperanza de que Lambert le hubiera pedido trabajar más tarde para poder evitarlo.

Entró desnuda en el baño y abrió la ducha. Buscó en los armarios, pero solo encontró los artículos de tocador más rudimentarios. Era poco profesional en más de un sentido. Desde que se puso el vestido verde, que incluso había recibido una nota de aprobación de Lambert, supo que pasaría la noche aquí. Sin embargo, ni siquiera había traído una muda de ropa. Ahora tendría que ir a casa a cambiarse. Cerró la ducha, volvió al dormitorio y se vistió.

Tillman se sentó en la cama y la miró.

—¿Ya te vas?

—Lambert ha convocado una reunión a las siete y no puedo presentarme con la ropa de anoche.

Su tono era breve y resumía su relación. Las noches de pasión, seguidas por las mañanas de arrepentimiento. Tillman apenas estaba cubierto por una fina sábana. Ella lo observó mientras se vestía, intrigada por la inmensidad de su pálido cuerpo. Su corpulenta figura, con sobrepeso pero a la vez musculosa, distaba mucho de su elección habitual de hombres. Se acostaba con el jefe, algo por lo que siempre había menospreciado en secreto a otras mujeres, pero había algo en aquel hombre que la atraía.

Tillman se frotó los ojos. Por un momento, ella pensó que iba a decir algo ridículo, como que debería dejar algo de ropa en su apartamento.

—Te veré allí —dijo, y se dio la vuelta. Ella luchó contra una oleada de deseo y se marchó.

Condujo hasta su casa, con la evidencia de los excesos de la noche anterior filtrándose por sus poros. Necesitaba comida y café. En casa, puso la cafetera en marcha y se duchó de nuevo, empapándose de gel de ducha y champú y lavándose los dientes con celo evangélico. Tostó un panecillo y se quemó la garganta al pasarlo con el café hirviendo.

Devlin la saludó cuando entró en la sala de incidentes cinco minutos antes de lo previsto.

—Sargento, la señora Levinson llamó anoche. Quiere hablar contigo. Dice que olvidó mencionarte algo ayer.

Kennedy asintió y tomó la nota. Se sentó en su escritorio y miró a Lambert, que parecía no haberse dado cuenta de su llegada.

—Bien, empecemos con esto —dijo Lambert, que se puso en pie. Llevaba un traje que ella no había visto antes. Tenía un aspecto sorprendentemente fresco, bien afeitado y con los ojos brillantes, como si hubiera descansado bien por la noche. Repartió las tareas con una precisión

casi militar. Ordenó que se volvieran a examinar las grabaciones de las cámaras de seguridad, comprobó que se seguía la pista de Whitfield y ordenó a dos miembros del equipo que empezaran a buscar en los periódicos las historias anteriores de Eustace Sackville—. Notifíqueme de inmediato sobre cualquier cosa, por pequeña que sea, que llame la atención —dijo.

La reunión duró menos de veinte minutos.

—¿Pasaste buena noche? —le dijo a Matilda, después de que todos hubieran abandonado la sala de conferencias. Sus cejas se arqueaban y le daban un aire cómico.

—Ha estado bien, gracias —respondió ella, inexpresiva. Le dijo que planeaba volver a ver a Levinson esa mañana.

—Quiero que visites a Sackville después de verla, a ver si puedes sacarle algo. Quizá se abra contigo. Trata de averiguar más sobre su investigación y su relación con la familia Blake. Planeo ver a Blake hoy y presionarlo un poco más sobre Robinson.

Matilda dudó.

—¿Irás a ver a Blake a solas?

Lambert vaciló. Le pareció ver algo en él que no había visto antes, como si hubiera bajado la guardia por un segundo.

—Creo que estaré a salvo. Mantenme al tanto sobre lo que diga la bibliotecaria.

SANDRA LEVINSON MERODEABA por la planta de no ficción de la biblioteca cuando Matilda llegó. Ella la observó desde la distancia, impresionada una vez más por la belleza de la mujer: la perfecta simetría de su rostro y la elegante gracia de su cuerpo. No era exagerado sugerir que la mujer podría haber tenido una carrera como modelo. Como si supiera que Matilda la había estado observando todo aquel tiempo, la bibliotecaria se volvió hacia ella con un movimiento lento y pausado. Su rostro esbozó una sonrisa al verla, y unas leves líneas aparecieron a los lados de sus ojos.

—Sargento Kennedy, hola —llevaba una edición de “Una habitación propia” de Virginia Woolf, que volvió a colocar en una de las estanterías—. ¿Puedo invitarte a un café? Me muero por un poco de caféina. Hay una cafetería encantadora al final de la calle.

—Me parece bien —dijo Matilda.

Se dio cuenta de las miradas positivas que recibía Levinson mientras caminaban por Lordship Lane, y era como si acompañara a alguien famoso. La mujer no se dio cuenta de las miradas, o estaba tan acostumbrada a ellas que no se molestó en comentar al respecto.

—Sentémonos fuera, ¿qué te pido?

—No se preocupe —dijo Matilda.

—No seas tonta, insisto.

Matilda pidió un café simple y disfrutó del sol en tanto esperaba el regreso de Levinson. Suponía que el viaje sería en vano, ya que no podía imaginar que la mujer tuviera una noticia devastadora que contarle, pero al menos podía disfrutar de ese momento de placer.

—Aquí tienes. He comprado algunos pastelillos de hojaldre, espero que no te importe.

A Matilda se le hizo la boca agua al contemplar los copos desmenuzados de los pains au chocolat.

—Gracias, se ven deliciosos. ¿Cómo van las cosas en la biblioteca, cómo se han tomado

todos la noticia?

—Es un poco surrealista. Todo el mundo se sorprendió, como es de esperarse, pero creo que es difícil para ellos aceptar por completo lo que ha sucedido. Me temo que para mí también. Sigo mirando a la entrada, en espera de que Moira pase por la puerta.

—La entiendo a la perfección. Estas cosas llevan su tiempo —Matilda le dio un mordisco al pastel, y una oleada de culpa la invadió mientras saboreaba el chocolate derretido.

—Espero no haberte hecho perder el tiempo. Anoche, cuando le conté al equipo lo de Moira, me acordé de algo que pasó hace unos meses. En realidad, no fue nada, pero pensé que podría ayudar.

—Cualquier cosa que pueda contarnos podría ayudar. Por trivial que parezca.

Levinson guardó silencio, con el rostro tenso por la concentración.

—Había un hombre. No habría pensado nada al respecto, si no hubiera sido por lo que llevaba puesto.

Matilda puso una mano en el brazo de la mujer, sorprendida por la sensación de músculo enjuto.

—Más despacio. ¿Dónde estaba ese hombre?

—Estaba fuera de la biblioteca, casi todas las mañanas cuando venía a trabajar. No directamente fuera, sino al otro lado de la carretera.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses. Marzo, o tal vez abril. Estuvo allí todas las mañanas durante una semana. Debería haber avisado a la policía, pero en realidad no hacía nada, salvo merodear. Lo veía cuando entraba en la biblioteca y luego lo vigilaba desde la ventana de mi despacho. A veces se iba, pero un día estuvo allí por un par de horas.

—¿Y qué le llamó la atención de lo que llevaba puesto?

—Esa era la cuestión —dijo Levinson, con un brillo encendiéndole los ojos—. Soy un poco snob con los zapatos, y me di cuenta de que llevaba unos de Barker and Co. A mi marido le gustan esos zapatos. Y llevaba unos pantalones muy bien confeccionados. Nada inusual en eso, pero llevaba una sudadera con capucha sobre la camisa. Una sudadera vieja y negra con la capucha puesta. No me pareció normal.

—¿Se lo dijo a alguien del personal?

—No, no quería preocuparlos demasiado. Aquí entra y sale mucha gente extraña. Es probable que ni se habrían inmutado.

—¿Podría darme una descripción más detallada? ¿Le vio bien la cara?

—Solo una vez. Quizá pensó que nadie lo miraba, pero lo espí a través de las persianas de mi despacho. Se quitó la capucha un momento y entonces lo vi. Era mucho mayor de lo que imaginaba, aunque bastante guapo. Tenía una buena cabellera, gris plateada. Me temo que debí tocar las persianas, porque miró hacia la ventana y se volvió a poner la capucha. No ha vuelto a aparecer desde entonces.

Matilda sacó su teléfono del bolsillo del pantalón.

—Un momento, Sandra —dijo en tanto buscaba en Google. Encontró la imagen que buscaba y le pasó el teléfono a Levinson.

—Sí, es él. ¿Cómo lo has sabido?

La agente suspiró.

—Es una larga historia, pero muchas gracias, esa información puede serme útil.

Guardó la imagen y se la envió a Lambert. Debajo, escribió: “Tenemos que volver a

entrevistar a Charles Robinson.”

Había tardado quince minutos en cruzar la primera puerta. Ahora, Lambert esperaba fuera de la segunda. Tenía la chaqueta húmeda bajo el traje, y el sol de primera hora de la mañana era ya abrasador.

—¿Quién dijo que era? —dijo la voz del interfono.

Sabía que se burlaban de él, pero siguió el juego. Seguro que había más de una salida de la casa y, si no era educado, sabía que Curtis Blake no estaría disponible de manera repentina.

—Detective en Jefe Michael Lambert. Tengo una cita con el Sr. Blake.

—Por favor, espere —dijo la voz del interfono.

Lambert esperó otros diez minutos antes de que se abriera la puerta principal. Un hombre delgado y musculoso vestido con un traje negro se dirigió hacia él por el camino de piedra, flanqueado a ambos lados por dos hombres que casi le doblaban en estatura y vestían versiones más baratas del mismo traje. El hombre se detuvo, se quitó un par de gafas de sol de aspecto caro y lo evaluó con una mirada severa.

—Will Atkinson, jefe de seguridad del Sr. Blake. ¿Puedo ver su identificación, señor Lambert? —dijo con voz fuerte y autoritaria.

Él le entregó su tarjeta de identificación.

Atkinson miró por más tiempo del necesario. Estaba claro que era un ex militar. Hizo un gesto con la cabeza a uno de sus colegas y la puerta de acero se abrió.

—Vaya dispositivo de seguridad tienen —dijo Lambert. Atkinson asintió.

—Es importante estar seguros —dijo.

Lambert extendió los brazos mientras uno de los hombres lo registraba en busca de armas.

—Gracias. Por favor, sígame —dijo Atkinson.

La casa, una vivienda unifamiliar en Hampstead, valdría millones. Blake poseía una serie de negocios legítimos en la capital, relacionados con la propiedad en particular. Era factible que se granjeara algunos enemigos en semejante línea de trabajo, pero el nivel de seguridad de la casa era desproporcionadamente alto. La puerta principal era de acero. Atkinson tuvo que marcar un código de seis dígitos para entrar. Los dos guardias se dieron la vuelta cuando él introdujo el código, y Lambert recibió instrucciones de hacer lo mismo. La puerta conducía a otra zona cerrada. Atkinson abrió tres cerraduras para entrar en la zona principal de la casa y dejó a uno de los guardias vigilando la puerta principal.

—Nunca se es demasiado precavido —dijo Lambert a medida que seguía a Atkinson hasta un amplio comedor donde había un hombre sentado tomando café y hablando por el móvil. Levantó

la vista y señaló una silla.

—Tome asiento —dijo Atkinson.

Lambert se sentó y esperó a que Curtis Blake terminara su llamada. El hombre tenía unos cincuenta años pero parecía mayor, con la cara curtida y surcada de profundos surcos. Llevaba un traje de lino blanco y una camisa impecable con el botón superior hundido en la carne suelta del cuello. Habló por teléfono antes de dejarlo sobre la mesa.

—Detective en Jefe Lambert —dijo, más para sí mismo que a Lambert. Se reclinó en la silla y continuó—. Sí, Detective en Jefe Lambert. Lo sé todo sobre usted. ¿Cómo está Glenn Tillman?

Lambert había revisado el expediente de Blake en el Sistema la noche anterior y sabía que Tillman lo había investigado varias veces a lo largo de los años, sin éxito.

—Tendrás que preguntárselo tú mismo. Estoy aquí por otro asunto.

Blake levantó su taza de café.

—¿Dónde están mis modales? ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Agua, tal vez? Parece que hubieras venido corriendo.

—Estoy bien.

Lambert le contó sobre Moira Sackville.

El hombre bebió su café, sumido en la contemplación.

—Pobre Eustace. Nunca tuve el placer de conocer a su mujer.

—Usted conocía bien a Eustace.

—Por supuesto. Eustace Sackville, un reportero extraordinario. ¿Por eso querías hablar conmigo?

—Tengo entendido que usted y Eustace tienen una historia.

Una sonrisa cruzó los labios de Blake, pero no le dio humor a su rostro.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Sabía que lo estaba investigando?

—Seguro que ya has hablado con él. Tuvo una idea absurda. Sigue pensando que tengo veinte años, que soy una especie de delincuente de poca monta. Incluso tuvo la osadía de llamarme.

—No creo que crea que usted es un delincuente de poca monta —dijo Lambert, que miró a su alrededor la ostentosa decoración del comedor.

Blake miró su móvil.

—Exactamente. Esto me lo he ganado a pulso. Trabajo quince o dieciséis horas al día, nunca estoy lejos de este maldito teléfono.

—¿Tengo entendido que Eustace estaba investigando a algunos grupos de la competencia?

La sonrisa había desaparecido de la cara de Blake.

—Cierta competencia percibida. Le dije a Sackville entonces, y te lo digo ahora, que no tengo nada que temer a los rusos, albaneses, kosovares, o quienquiera que sea el chico popular del momento. No tengo nada que ver con ellos, y ellos no tienen nada que ver conmigo.

—¿Por qué tanta seguridad?

Blake sacudió la cabeza como si estuviera hablando con un imbécil.

—No se tiene éxito en este mundo sin hacer enemigos, Lambert, debes saberlo. Todo esto es por precaución —tomó otro sorbo de café—. Sé por qué quieres hablar conmigo, Lambert. Déjame ver, ¿crees que Moira Sackville fue asesinada como una advertencia o qué?

El detective puso cara de piedra.

—No, no como una advertencia. ¿Por qué molestarse en ir tan lejos sin liquidarlo a él

también? Crees que Eustace estaba siendo castigado por algo. Algo que sabía, o algo que hizo. Bueno, siento decepcionarte, pero creo que estás equivocándote, por así decirlo. Al menos, si me concierne a mí. ¿Por qué iba a importarme lo que hiciera ese periodista? Quizás molestó a la gente equivocada en algún sitio. En realidad, todo el asunto es un poco, bueno, desordenado.

—¿Y no tiene nada que ver con usted, supongo?

Blake frunció los labios y su cara se agrietó en un mosaico de líneas como un mapa desconocido.

—Por supuesto que no. Ahora, si no te molesta, Atkinson te acompañará a la salida. Por favor, transmite mis saludos a tu superior.

Lambert sintió que le tocaban el hombro y se volvió hacia Atkinson, que se le había acercado de manera sigilosa.

Dejó que el jefe de seguridad lo acompañara a la salida. No podía discutir la lógica de Blake, que había resumido muy bien. El caso era complicado. La búsqueda de un móvil estaba resultando difícil y cabía la posibilidad de que se tratara de un ataque aislado, que no existiera un motivo o una razón y que nunca descubrieran quién era el asesino, a menos que volviera a atacar.

Lambert se dirigió a la estación de tren y pensó que tal vez había llegado el momento de empezar a utilizar un coche compartido. Había evitado viajar en coche en la medida de lo posible desde el accidente que se había llevado a su hija, pero se estaba convirtiendo en algo inevitable. Viajar en transporte público podía darle tiempo para pensar, pero también le robaba tiempo. Mientras no condujera a altas horas de la noche, estaba seguro de que no le pasaría nada.

Consultó su teléfono. Kennedy había llamado y dejado un mensaje de texto. Era algo sobre el ex amante de Moira Sackville, el abogado Charles Robinson. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando alguien le dio un golpecito en el hombro.

Fue un golpe firme, más bien un agarrón, y Lambert se puso a la defensiva de inmediato. Se dio la vuelta en un instante, al tiempo que retrocedía unos pasos para evitar cualquier contacto con un posible atacante.

—Quieto ahí —dijo el hombre que le había tocado el hombro, quien levantaba las manos en señal de defensa.

—¿Puedo ayudarle? —dijo Lambert, aún preparado para el ataque.

El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su raída chaqueta y mostró a Lambert una tarjeta de orden judicial.

—Sargento Harrogate. Tenemos que hablar.

Harrogate lo condujo a un pequeño bar de la calle principal. Las paredes estaban decoradas con pantallas de televisión de varios tamaños que mostraban diferentes deportes. El aire acondicionado funcionaba a toda máquina y era una grata distracción del calor exterior. Harrogate pidió una pinta de Guinness y un vodka doble.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

—Agua —respondió Lambert.

Tomaron asiento en una pequeña mesa reservada en una esquina del bar, Lambert de cara a la salida del bar. Harrogate se bebió el vodka de un trago y dio un gran trago a la Guinness. Se limpió una línea de espuma blanca del labio superior y bebió un segundo trago. Tenía la cara picada por la barba de unos días y los ojos cansados e inyectados en sangre.

—¿Qué hacías en casa de Blake? —preguntó. Lambert trató de no reaccionar ante la pregunta inicial del hombre.

—¿Cómo sabes que estuve en casa de Blake y eso qué te concierne a ti, Sargento?

Harrogate soltó una carcajada, un sonido áspero y profundo.

—No seamos formales, Lambert. Sé que estabas allí porque he estado trabajando en Blake durante los últimos cinco años y puede que hayas fastidiado todo ese trabajo.

—No vi nada en su expediente.

—No lo harías, ¿verdad? —se bebió el resto de la Guinness y le pidió al camarero que se la llenara.

—Si estás dirigiendo algún tipo de operación encubierta, te pido disculpas, pero ¿cómo podría saberlo? Ahora, si te repones, quizá podamos intercambiar información.

El camarero volvió y Harrogate le dio sin palabras un billete de diez libras.

—¿Por qué estabas allí?

Él cedió y le habló de Sackville.

—Me sorprende que llegaras a verlo —dijo Harrogate.

—Tuve que pasar por seguridad antes de que me concedieran una audiencia. Luego, fue lo más evasivo posible.

—Suenas como un vínculo muy tentativo entre Blake y Sackville.

—Es más o menos lo que dijo Blake.

—¿Lo estás tratando como un callejón sin salida? —Harrogate estaba a la mitad de la segunda pinta, aunque el alcohol no parecía tener ningún efecto notable. Tenía un cuerpo similar al de Tillman, aunque donde Tillman era músculo, Harrogate era flacidez.

—Tendremos que ver con qué vuelve Sackville, pero no veo a Blake poniéndose en esa situación. ¿Y tú?

—Solo trata de quitarse la fachada del hombre de negocios legítimo. Se protege a sí mismo a través de líneas de burocracia y abogados. Claro que tiene una pirámide de lacayos que le hacen todo el trabajo sucio.

—¿Drogas? —preguntó Lambert, pensando en el caso en el que había estado trabajando antes de Sackville.

—Es posible, pero estamos investigando otra cosa: tráfico de personas. Creemos que su organización ha estado trabajando en línea con una banda de Europa del Este, croatas, y estableciendo casas por toda la ciudad.

—¿Por qué usarían a Blake? Normalmente, no trabajan con extranjeros —Lambert pensó en los dos guardaespaldas que habían flanqueado al jefe de seguridad de Blake, Atkinson. Se preguntó si serían de Europa del Este.

—Contactos. Esto va más allá de que lo se ve en la calle. Mucho dinero, de todos los gustos... ¿Sabes?

Lambert lo sabía muy bien.

—¿Has hablado con Sackville antes?

El hombre asintió.

—Sabes que se conocen desde hace mucho, ¿no? Desde que era periodista. Me atrevería a decir que eran amigos, si es que se puede ser amigo de alguien como Blake.

Lambert se puso de pie e intentó ocultar su sorpresa por el último dato.

—Compartiré cualquier información relevante.

Harrogate asintió sin comprometerse y miró al camarero para que le sirviera más.

DE VUELTA A LA OFICINA, Lambert se reunió con Kennedy. Le explicó lo que le había dicho la bibliotecaria.

—¿Así que el Sr. Robinson nos ha estado mintiendo?

—Eso parece. ¿Lo citamos?

—No, esperemos. Trata de averiguar algo más sobre él. En qué casos ha estado trabajando, a quién ha representado en el pasado. Tenemos que averiguar algunos detalles personales también. Habla con su jefe, Latchford. Quiero saber si estaba viendo a alguien más, qué sabe de Moira.

—Estaba pensando que deberíamos investigar la muerte de su mujer —dijo Kennedy.

Lambert pensó que era un callejón sin salida, pero asintió de todos modos.

—¿Dónde estás en el caso Whitfield?

—Sigo intentando localizar a Noel Whitfield. Devlin ha estado en su última dirección conocida. Quedamos en ver a la víctima del ataque hoy más tarde.

Él la puso al tanto de lo ocurrido con Blake y su reunión con el Sargento Harrogate.

—¿Vamos a dejar a Blake en paz entonces? —preguntó Kennedy. Él frunció el ceño.

—Intentaré no arruinar su investigación, pero aún no he terminado con Blake. Ni con Eustace Sackville. Hay algo que los dos están ocultando. Parece que se conocen desde hace mucho. Alguien me oculta información, y voy a averiguar quién y por qué.

Tillman apareció cuando estaban terminando. Lambert notó que Kennedy se tensaba ante la llegada de su superior.

—¿Informe de situación? —el cuerpo de Tillman estaba cubierto por una camisa al menos una talla más pequeña que la suya. Lambert le dio un breve informe de situación, pero omitió su reunión con Harrogate. Kennedy permaneció en silencio durante todo momento.

—¿Así que no estamos centrando nuestras energías en ninguna dirección? —dijo Tillman, que negó con la cabeza.

—Demasiados cabos sueltos por ahora.

—Estoy de acuerdo contigo, Lambert. Ponte a ello. La gente espera grandes cosas de ti. A su vez, eso significa que confían en mí. Kennedy, ven un momento —dijo, y regresó a su despacho. Lambert sonrió para sus adentros. Había visto a Tillman marcharse enfadado tantas veces a lo largo de los años que su mirada había perdido toda su fuerza. La sonrisa se desvaneció cuando recordó que era la segunda vez en muchos días que Kennedy había sido llamada a su oficina sin su presencia. No era inaudito, pero le molestaba no estar al tanto de lo que tuvieran que discutir. Intentó no pensar en la posibilidad de que Tillman estuviera pidiendo información sobre su rendimiento.

Sería el típico comportamiento de Tillman. Haciendo evidente de forma deliberada que estaba hablando con Kennedy. Poniendo dudas en la cabeza de Lambert, y no tratando de ocultar el hecho.

Había quedado antes con Sophie para comer cerca de su casa de Beckenham y aún le quedaban cuarenta minutos para irse. Abrió El Sistema y empezó a buscar sobre Curtis Blake y su equipo. Las investigaciones sobre Blake se remontaban a treinta años atrás y habían tenido poco éxito. Si se hubiera podido relacionarlo con una cuarta parte de los delitos que se le atribuían, habría pasado toda su vida en prisión. En su expediente figuraba de todo: extorsión, robo a mano armada, homicidio, asesinato e incluso secuestro de niños. Cuando la policía había conseguido cerrar casos, siempre era uno de los miembros del amplio equipo de Blake el que cargaba con la culpa. Lambert pensó en lo que le había contado Harrogate sobre el tráfico de personas y sobre Blake trabajando junto a los croatas para montar burdeles en la ciudad. Aunque no podía demostrarse, parecía que siempre había formado parte del imperio de Blake. Varias investigaciones a lo largo de los años habían incluido redes de prostitución, a menudo con menores.

Lambert dedicó el tiempo que le quedaba a investigar a los distintos miembros del equipo de Blake. Hojeó una lista de las alianzas conocidas de Blake, y cada una de ellas tenía un hipervínculo en el que se detallaban las historias personales. Todo el mundo, desde su contador hasta su chef, aparecía en la lista. Lambert buscó en el equipo de seguridad de Blake. Harrogate había elaborado un informe detallado sobre cada uno de los miembros, desde Will Atkinson, el jefe de seguridad, hasta una serie de guardaespaldas que Blake utilizaba en ocasiones. Lambert imprimió varios expedientes antes de informar a Devlin de que se marchaba.

Sophie estaba sentada en la puerta de una cafetería cerca de Beckenham Junction. Estaba mortalmente pálida, con un gran sombrero que la protegía del sol. Lambert le dio un beso en la mejilla y se sentó, mientras echaba un vistazo a la bebé que dormía en el cochecito a su lado. A su pesar, sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿No te deja dormir?

—¿Cómo sabes? ¿Estás diciendo que no luzco bien? —Sophie lo miró con dureza, pero su rostro se suavizó cuando se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Recuerdo esta fase —dijo Lambert, tentando a la suerte—. ¿Estás sola en casa? —dijo, pero se sorprendió por la celosa idea de que el padre de la bebé se quedara a dormir.

—Mi mamá está allí ahora. Me está volviendo loca, aunque se ofreció a cuidar de Jane.

—¿Todo está bien?

—Sí —dijo Sophie, con una pizca de impaciencia—. Duerme bien y no tiene problemas para comer, así que no me puedo quejar.

—¿Hablas de tu madre o de la bebé? —dijo él, en un esfuerzo por hacerla sonreír.

Sophie frunció el ceño.

—¿Pedimos?

Comieron pescado a la parrilla bajo el sol. Sophie se relajó y, por un momento, él se olvidó del caso Sackville. Incluso consiguió olvidar que la figura diminuta y dormida en el cochecito no era suya. Se sentía bien: disfrutar del calor, hablar con la mujer que seguía siendo su esposa.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Sophie.

—Estoy bien.

Ella miró hacia arriba y suspiró.

—No esperaba otra cosa. Sé que esto debe ser raro para ti. Estoy segura de que es molesto. He intentado ponerme en tu lugar, pero es imposible. Yo misma estoy luchando con ello. Jeremy se ofrece a ayudar, pero no va a ser parte de mi vida, aunque tendrá que ser parte de la de Jane. No sé qué hacer, Michael. Nunca planeé ser madre soltera, y cada vez que miro a Jane, pienso en Chloe, y... —empezó a llorar y se obligó a parar al pasarse la mano por los ojos en señal de desafío—. Dime cómo te sientes, Michael.

No sabía qué quería de él. Nunca era bueno en estas circunstancias. Ella siempre se había lamentado de que a veces él fuera incapaz de compartir sus sentimientos, y ahora no se le ocurría nada que pudiera mejorar la situación entre ellos. Podía decirle que se sentía traicionado y completamente solo, que el nacimiento de Jane lo distanciaba aún más de su hija muerta y de la propia Sophie. Podía describir con detalle su odio hacia Jeremy Taylor y lo que le había hecho a su familia. Todo lo hacía parecer egocéntrico, así que se limitó a encogerse de hombros.

—Me va bien. El trabajo me mantiene ocupado. Mira, Soph, haré lo que pueda por ti y por ella —miró el cochecito, a la figura aún dormida de la bebé que se parecía tanto a Chloe que le causó malestar físico.

—Vale, Michael, lo que tú digas —dijo Sophie y se puso de pie.

—Vamos, Soph. No seas así.

—Tengo que volver, le dije a mamá que no tardaríamos mucho. Adiós.

Mientras Sophie empujaba el cochecito colina abajo, él tuvo una sensación de déjà vu, al recordar un momento, doce años atrás, en el que la había visto llevarse a Chloe. Entonces, había sentido la soledad de tener que regresar a un caso cuando hubiera preferido pasar tiempo con su hija recién nacida.

Ahora, estaba impaciente por volver al trabajo.

El aire frío del apartamento era un agradecido alivio al calor del día. Las persianas de las ventanas estaban bien cerradas para que el aire fresco permaneciera en el interior. El hombre se desvistió y colgó su traje en una percha junto a seis prendas idénticas. Colocó su camisa en una de las cestas de lino blanco de la habitación, su ropa interior en la segunda, y se cambió de ropa.

La habitación principal tenía todo lo que necesitaba. La cama que había hecho aquella mañana con precisión de hospital, y la pequeña cocina inmaculada donde preparaba los alimentos básicos de su dieta. Los únicos muebles de la habitación de paredes blancas eran un solitario escritorio y una silla donde comía. Al lado, había un cuarto de baño que limpiaba a diario.

Todo iba más rápido de lo que esperaba. Podía ser una coincidencia, pero había esperado demasiado para ponerlo todo en peligro. Preparó la cena: proteínas, verduras y carbohidratos. Lavó los platos y los guardó. Limpió la mesa y apagó la luz.

En la oscuridad, se dirigió a una tercera habitación.

Desbloqueó la puerta y la abrió un poco mientras sus ojos se adaptaban al resplandor. Una multitud de pantallas de televisión lo esperaba del otro lado, su puerta de acceso a las vidas de los demás.

Había retirado las cámaras de la residencia Sackville, cuando aceptó a regañadientes que era demasiado arriesgado presenciar de primera mano el declive de Eustace Sackville. Las imágenes de cada residencia cambiaban cada pocos segundos.

Una alerta parpadeó en la pantalla dos, y una mujer entró por la puerta principal de su residencia. Comprobó las demás cámaras de la residencia y observó con satisfacción que todo el mundo estaba en casa.

Eran casi demasiado mayores para darles un beso de buenas noches, sobre todo el chico que estaba a punto de cumplir los dieciocho. Jake tenía una rabia casi incesante, intercalada con momentos ocasionales de compasión y ternura que hoy en día la sorprendían y la reconfortaban, y la llenaban del temor de que no continuaran por mucho tiempo.

—¿Puedo subir? —le preguntó a su marido, Sam, que trabajaba en la cocina para preparar una de sus creaciones cada vez más elaboradas.

—Es mejor que no, llevan una hora durmiendo y estaban cansados. No tiene sentido despertarlos porque llegan tarde.

Suspiró. El último comentario era innecesario, pero decidió no responder. Se sirvió un vaso de vino tinto de la botella abierta y llenó el vaso de Sam. Sam era cinco años mayor que ella, pero tenía la energía y la exuberancia de un hombre de la mitad de su edad. Se movía por la cocina como un profesional, añadiendo toques de condimento y dando vueltas a los ingredientes en las sartenes calientes.

—Huele delicioso —dijo.

Se llevó los pulgares y el índice a la boca y lanzó un beso de chef.

—Esperemos que sepa igual de bien.

—¿Terminó Hannah sus deberes? —preguntó ella, mientras se sentaban a cenar. Hannah tenía diez años, y en septiembre empezaría el último curso de primaria.

—Creo que sí.

—Oh, vamos, Sam. Es importante.

—Lo sé, lo sé. No quiero presionarla demasiado. Son casi las vacaciones de verano y está agotada.

Sam se frotó la barba, la cual se había dejado crecer hacía poco para estar a la altura de los “chicos populares”. Sam era fotógrafo y tenía un pequeño estudio en Covent Garden.

Ella suspiró y probó un bocado del cordero que Sam había preparado. Su estrés desapareció al saborear la humedad de la carne rosada.

—¿Qué tal el día? —dijo Sam.

—Bien. Igual que cualquier otro, con enfermos y heridos. El Sr. Peartree se fue, al final.

—¿Se fue de irse, o de morirse? —dijo Sam, que se pasaba la mano por el cuello en un movimiento cortante.

Ella giró la cabeza y puso mala cara.

—Sí, de morirse. Fue muy triste, en realidad.

—Lo siento, ¿cuántos años tenía?

—Noventa y cuatro.

—Tuvo una larga vida entonces.

—Sí, pero no tenía a nadie, el pobre hombre. Lo último que vio fue al equipo de reanimación. Nadie vino a verlo, aparte de una señora aburrida de su residencia.

Sam sacó una segunda botella de vino del estante y movió las cejas de arriba abajo.

—Es miércoles —dijo.

—A tu edad, deberías cortar por lo sano —dijo ella.

—Mi edad —dijo él, con fingida indignación, al acercarse a ella. Empezó a hacerle cosquillas, la barba le rozaba el cuello y le producía cosquillas por todo el cuerpo. Ella se acercó para besarlo cuando los interrumpió el timbre de la puerta.

—Dios, ¿qué hora es? —dijo Sam y dejó la botella de vino sobre la mesa—. Quienquiera que sea, va a recibir toda la fuerza de mi ira —volvió a mover las cejas arriba y abajo antes de fingir que se marchaba enfadado.

Ella guardó el vino, pues decidió que tenía otros planes para la noche. Oyó a Sam intercambiar unas palabras con alguien mientras empezaba a recoger la mesa. Sam volvió, y la mirada jovial que había visto cuando se dirigía a la puerta había desaparecido. Su atención se centró en el hombre sin rostro que estaba detrás de él y en la gruesa hoja que apretaba el cuello de su marido, y comprendió por qué.

Tras reunirse con Sophie, Lambert regresó a la oficina frustrado por la falta de avances durante el día. Salió de la oficina temprano, pero se pasó la noche y la madrugada en El Sistema y revisando viejos artículos de periódico escritos por Eustace Sackville. Al final, se acostó a las tres, lo que para variar le facilitó el sueño, y se despertó a las cinco y media. Ahora eran las seis y cuarenta y cinco, y estaba de vuelta en la sala de incidentes en espera de que llegaran todos para la reunión informativa de las siete de la mañana.

Kennedy apareció justo a tiempo, con un café gigante. Tenía la cara desencajada y el pelo despeinado recogido en una coleta desordenada. El equipo se reunió a su alrededor expectante. Tanto el informe forense como el de la autopsia habían sido devueltos, sin revelar nada que no supieran.

Moira Sackville había muerto desangrada. La mejor estimación era que había tardado tres horas en morir, aunque era posible que haya perdido la consciencia después de la primera hora, lo que coincidía con el testimonio de Eustace.

En la pizarra, Lambert había enumerado una serie de nombres: Eustace Sackville, Charles Robinson, Curtis Blake, Noel Whitfield. Debajo de ellos, añadió los nombres de Prue McKenzie, la mejor amiga de Moira, y de la bibliotecaria, Sandra Levinson. También podría haber añadido los nombres de cualquier otra persona con la que hubieran hablado en los últimos dos días, dadas las pocas pistas reales que habían descubierto.

—He pasado la noche revisando los recortes de prensa de Sackville, que me temo que son muchos —dijo a los presentes—. Nada salta a la vista, pero creo que nos vendría bien un segundo par de ojos. Como saben, ayer visité a Curtis Blake. Cualquier otro acercamiento debe ser aclarado con el Sargento Harrogate, aunque acudan a mí primero si es urgente.

—Charles Robinson ha accedido a verme de nuevo hoy —dijo Kennedy.

—De acuerdo. No seas dura con él. Si estaba acosando a Moira, estoy seguro de que tendrá una razón de mierda para haberlo hecho. Deberíamos traer a la bibliotecaria para que haga una identificación formal, aunque solo sea una foto.

—¿Señor? —uno del equipo, el Sargento Walker, levantó el dedo. Lambert se dio cuenta de que Kennedy se agitó al oír la voz y se preguntó por qué—. No quiero sonar fuera de lugar, señor, pero ¿hemos considerado que esto no tenga motivo? ¿Un asesinato sin motivo por un loco de la calle?

Tillman le había advertido sobre Walker. “Valiente y arrogante” fueron las palabras exactas que usó.

Lambert había pensado lo mismo desde que le asignaron el caso.

—¿Y si abordáramos todos los casos así? —dijo. Sabía que a veces acababa siendo la única opción, que algunos crímenes quedaban sin resolver, que ciertas personas hacían cosas terribles sin motivo aparente.

—Sí, señor, pero...

—Vaya con Kennedy a hablar con Charles Robinson —interrumpió Lambert.

Kennedy miró, y su rostro cansado fue animado con fastidio.

—A ver qué piensa de él.

Estaba a punto de terminar cuando su móvil empezó a sonar. El ruido resonó en la habitación, mientras el resto del equipo recibía la notificación. Lambert miró a Kennedy.

—¿Qué pasa?

—Jesús —dijo Kennedy.

—Jesús, sí —dijo Tillman, que irrumpió por las puertas de cristal de la sala de incidentes.

Lambert hizo una señal a Kennedy y ambos siguieron a Tillman hasta su despacho a medida que la charla nerviosa se extendía por la sala.

—Tienes que ir allí ahora —dijo Tillman—. Un equipo de uniformados está allí, y se ha llamado a los SOCO, pero no podemos permitirnos que se contamine la escena del crimen.

—¿Seguro que es nuestro hombre?

—Eso parece. Las tres víctimas tienen las mismas marcas en las muñecas, según el informe. Hay una sobreviviente, como la última vez: Laura Dempsey. Sigue en la escena. Seguía atada cuando llegó la señora de la limpieza esta mañana. Será mejor que te des prisa, porque va de camino al hospital. No han conseguido sacarle una palabra coherente. Es posible que haya pasado las últimas horas sola, presenciando el daño que ha causado este bastardo.

Los SOCO se les adelantaron y ya habían acordonado la escena.

Lambert encontró al primer oficial en la escena, y se sorprendió al ver que era el agente de aspecto nervioso que había estado vigilando la habitación de Eustace Sackville el otro día.

—Estás teniendo unos días muy ocupados, oficial —dijo Lambert.

—Se podría decir que sí, señor.

—¿Qué puedes decirme sobre el hecho?

—Estaba patrullando a la vuelta de la esquina cuando entró la llamada.

—¿La señora de la limpieza?

—Sí, señor, está allí —señaló una de las ambulancias donde estaba sentada una mujer, envuelta en una manta de papel de aluminio a pesar del calor del sol matutino.

—Estaba esperando fuera, temblando, y me dijo que ayudara a la Sra. Dempsey. Estaba en tal estado que entré solo, pensé que podría necesitar ayuda. Entré en el salón y la vi —el joven emanaba sudor, su rostro tenía una palidez mortal y sus ojos estaban bajos.

El alguacil se sacudió e impresionó a Lambert al continuar.

—Al principio, pensé que los cuatro estaban muertos. Estaba claro que el marido y los dos hijos lo estaban, pero comprobé que la señora Dempsey tenía buen pulso. No conseguí que recuperara el sentido y tuvimos que esperar a que llegaran los bomberos para quitarle las esposas. Todavía estaba en estado de shock cuando la metimos en la ambulancia. No es de extrañar, si se tiene en cuenta por lo que ha tenido que pasar.

A Lambert se le permitió ponerse el uniforme de la SOCO y acudir al lugar de los hechos. La patóloga, la Dra. Rachel Walsh, habló con él antes de que se le permitiera entrar en el edificio.

—No hace falta que te lo diga, pero lo haré: no muevas nada. Busca un sitio y no te muevas.

Se preparó para entrar en la casa. El ambiente siempre le parecía el mismo en los casos de asesinato. Es posible que todo estuviera en su mente, pero sintió la frialdad al atravesar el umbral de la casa. La sensación de que algo irrevocable había cambiado entre las paredes de ladrillo y que ningún tipo de limpieza podría erradicar.

Si había visto una escena del crimen peor en sus años de servicio, no la recordaba.

No eran los cadáveres en sí lo que le preocupaba, sino la forma en que estaban dispuestos: cinco sillas estaban colocadas en un círculo improvisado. Dos sillas, una donde se había sentado Laura Dempsey y otra donde presumiblemente se había sentado el asesino, estaban vacías. Las otras tres estaban ocupadas por la familia muerta de Laura Dempsey. Lambert había leído sus nombres en el camino.

Samuel Dempsey estaba sentado entre sus dos hijos, Jake y Hannah. Las tres víctimas tenían las muñecas cortadas de forma idéntica a Moira Sackville.

Los agentes estaban ocupados sacando fotos desde todos los ángulos posibles y examinando la sangre que se acumulaba alrededor de cada una de las víctimas. Lambert sabía que tardarían algún tiempo. De mala gana, se colocó detrás de la silla donde se habría sentado Laura. Intentó imaginar cómo se habría sentido al ver cómo asesinaban a su familia delante de ella, pero era algo que superaba su imaginación. Recorrió la habitación en busca de algo fuera de lo común que pudiera darles alguna pista sobre lo ocurrido. El salón era un caos desordenado. Filas y filas de libros llenaban cada centímetro de espacio, y un pequeño televisor estaba colocado en una esquina de la habitación como fuera de lugar. A pesar de la frialdad que se extendía ahora por la habitación, las numerosas fotos familiares de caras sonrientes sugerían un hogar feliz. ¿Por qué alguien acabaría con eso, y de una manera tan brutal?

Una vez fuera de la habitación, tuvo que resistir la tentación de enviar un mensaje a Sophie. Ella y la bebé ya no eran su familia. Puso al tanto a Kennedy una vez afuera.

—Es el mismo modus operandi en las tres víctimas. Solo que parece que está intensificando su trabajo.

—Tenemos dos oficiales con Laura Dempsey —dijo Kennedy.

—¿Vas a verla?

—Sí, pero no creo que pueda sacarle nada que valga la pena por el momento. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre ella y su familia. Cada detalle sobre su trabajo y el de su marido, pasado y presente. Comprueba El Sistema y busca cualquier vínculo, por tenue que sea, con los Sackville y con cualquier otra persona que estemos investigando. Esto no puede ser al azar.

—¿Y Charles Robinson? —preguntó Kennedy.

—Déjame a mí. Comprueba los detalles en El Sistema, como te dije. Luego, si tienes tiempo, ve con Walker a ver a Whitfield, si puedes localizarlo.

Kennedy puso los ojos en blanco, pero él prefirió ignorar sus protestas. La casa de los Dempsey había sido acordonada y la cinta policial había atraído a un buen número de visitantes, vecinos y público en general atraídos por una morbosa curiosidad. Lambert hizo una mueca mientras levantaban sus teléfonos móviles y tomaban fotos y vídeos del edificio. Esas imágenes estarían en todas las redes sociales en cuestión de segundos. Odiaba este tipo de voyerismo, y no podía entender qué conseguía la gente al entremeterse en el dolor ajeno. Llamó a Tillman y lo puso al tanto.

—Los problemas te persiguen, Lambert —dijo su jefe.

—Eso parece.

—¿Supongo que no tenemos absolutamente nada de información para seguir en este momento?

—Solo las pistas que mencionamos esta mañana. Buscamos un vínculo entre Dempsey y Sackville. Estamos buscando a un asesino que se está volviendo más confiado...

—Encontrarán una conexión —dijo Tillman—. Esto fue planeado, orquestado. Es claro que estaba enviando un mensaje. Si no, ¿por qué las marcas en las muñecas?

—Estoy de acuerdo, solo tenemos que averiguar cuál es ese mensaje. Podría haber cualquier número de razones por las que los mata de esta manera.

—Gracias por decirme eso, Lambert. Es algo que no me había planteado después de treinta años en la policía. No te imaginas la pena que me da esto. Arréglalo, rápido.

—Sí, señor —dijo Lambert, y colgó. Ya estaba acostumbrado al sarcasmo de Tillman, pero le sorprendió oírlo tan estresado. Hacía muchos años que no lo oía preocuparse por sus superiores. Tillman era una fuerza de la naturaleza. Por lo general, no dejaba que sus preocupaciones por otras personas afectaran a sus decisiones o acciones. Lambert volvió a preguntarse por qué Tillman sufría tanta presión en este caso concreto. Era cierto que los asesinatos eran brutales y se habían intensificado de manera considerable, pero eso seguía sin explicar el interés y las exigencias que Tillman parecía estar experimentando por sus superiores.

Lambert llamó al agente de aspecto nervioso.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo al joven, y notó las gotas de sudor que se habían formado en su frente—. Vuelve a la oficina y redacta el informe. Luego vete a casa, puede que te esperen días largos.

Ordenó a Devlin que se quedara en el lugar.

—Llárame si pasa algo, por mínimo que sea —dijo.

—Sí, señor.

Se dirigió a la estación de metro. Se aflojó la corbata al pasar junto a un grupo de turistas sudorosos, aletargados y sonrojados por el calor. Estaba a punto de entrar en la estación cuando sonó su teléfono. Era un número desconocido. Normalmente los ignoraba, lo más probable era que se tratara de una llamada comercial o de un periodista oportunista que intentaba encontrar una ruta no oficial hacia él, pero decidió coger la llamada de todos modos. Contestó y se detuvo de golpe en la calle. Una mujer que empujaba un cochecito tuvo que dar un volantazo para esquivarlo.

—Lo siento —le dijo en silencio mientras contestaba al teléfono.

—Lambert.

—¿Michael Lambert? —dijo la voz.

—Correcto.

—Pensé que era hora de que nos conociéramos.

—¿Quién es? —dijo él.

—¿Quién crees que soy?

Lambert se acercó el teléfono a la oreja y se concentró en la voz. Era un barítono masculino. Si tuviera que adivinar la edad, diría que oscilaba entre los treinta y los cincuenta, con buena dicción. No parecía utilizar ningún programa para modificar la voz.

—No tengo ni idea —dijo Lambert.

—Yo creo que sí —dijo la voz, dándole tiempo para la reflexión.

—¿Tienes alguna información sobre lo que acaba de pasar en...?

La voz lo interrumpió.

—Estás en la puerta de la estación de metro de East Finchley. Pareces alterado, Sr. Lambert, deberías acomodarte la corbata.

Él miró a su alrededor. Sus ojos iban de un edificio alto a otro, en busca de un par de ojos sobre él. Era una tarea imposible, pero siguió buscando a medida que hablaba.

—¿Quién eres? ¿Y qué quieres?

La voz se rio.

—No me vas a encontrar —dijo—. Yo puedo verte, pero tú no puedes verme.

—Dime algo que valga la pena oír o cuelgo —dijo Lambert, fanfarroneando. Sabía que el hombre quería una audiencia, pero lo último que quería era colgar. Necesitaba obtener toda la información posible. Si se trataba del asesino, como parecía sugerir la voz al otro lado de la línea, esta podía ser su única oportunidad.

—Oh, no creo que quieras hacer eso, Sr. Lambert. Tienes que escucharme con atención. Primero, nadie debe saber de esta conversación. Esto es entre tú y yo. En segundo lugar, tienes que saber que tú no tienes la culpa.

Fue el turno de Lambert para reírse.

—¿Y por qué demonios tendría yo la culpa?

—Bueno, tú adelantaste las cosas, Lambert. Esto ya iba a suceder, pero aceleraste mis planes.

—¿Cómo? ¿Qué he hecho para acelerar tu proceso?

Pensó en la gente con la que había hablado en los últimos días: Eustace Sackville, Charles Robinson, la bibliotecaria, Sandra Levinson, Curtis Blake, incluso el oficial que le había advertido que se mantuviera alejado, el Sargento Harrogate. Ninguno de ellos se parecía al hombre con el que hablaba ahora.

—No te preocupes por el cómo, nunca los sabrás. Lo que va a pasar, va a pasar, pero hay cosas que puedes evitar. Laura y Eustace están solos. Seguro que tú sientes lo mismo, pero no estás tan solo como ellos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú y yo somos muy parecidos, Lambert. Puede que aún no entiendas por qué, pero lo somos. Pero podríamos llegar a ser idénticos —Lambert oyó un clic en su teléfono, y la línea se cortó.

Lambert observó a su alrededor a los transeúntes y turistas, a los estudiantes con sus pantalones cortos de gran tamaño y sus sandalias, a los oficinistas que escapaban de sus confines para fumar un cigarrillo. Se fijó en un par de personas que hablaban por teléfono y buscó cualquier señal de que alguno de ellos le hubiera hablado. Intentó memorizar la conversación. El hombre había dicho que eran parecidos. Las palabras parecían una amenaza, pero aún no entendía cómo. Cogió el metro y decidió guardarse la llamada para sí mismo por el momento.

Primero fue a casa. Comprobó su teléfono mientras se conectaba al Sistema y descubrió con satisfacción que una aplicación instalada por el departamento técnico había grabado la conversación. Cargó el archivo en su portátil y lo encriptó. Lo reprodujo una y otra vez, escuchando las palabras del hombre, el tono y la cadencia de su voz al hablar con Lambert. En ningún momento habló de los asesinatos ni aludió al hecho de que él fuera el asesino. Todo estaba implícito. Incluso si Lambert se lo dijera a Tillman, es posible que se rieran de él como si fuera una broma. Recibían llamadas de esa clase todo el tiempo, pero Lambert estaba convencido de que ésta era diferente. Reprodujo la conversación por última vez.

—Tú y yo somos parecidos —dijo la voz—, pero podríamos llegar a ser idénticos.

Borró el archivo de su teléfono y se puso ropa nueva, pues la camisa que llevaba estaba empapada de sudor.

Kennedy lo llamó cuando estaba a punto de salir de su dormitorio.

—Solo para ponerlo al día, señor. Hemos investigado a Laura Dempsey. Aún no hay coincidencias. La Sra. Dempsey trabajaba como enfermera practicante. Era la ayudante del Jefe de Enfermería del Hospital General de Watford.

—¿Y el marido? —preguntó Lambert.

—Era artista. Se dedicaba principalmente a la fotografía, pero tenía bastante éxito. Tenía un pequeño estudio en Covent Garden. No tenía antecedentes penales.

—¿Hemos hablado con su familia inmediata?

—Al Sr. Dempsey se le murió su padre. Tenía 94 años y sufría demencia. Hemos informado a su residencia. Aún no hemos podido contactar con los padres de Laura Dempsey. Una de sus amigas del hospital ha sido informada. Le hemos aconsejado que no la visite aún.

—Bien, sigue buscando —dijo Lambert. Sabía que debía contarle a Kennedy la llamada que había recibido, pero necesitaba guardarse la información para sí mismo por el momento. Cerró la puerta de su apartamento y bajó las escaleras. Abrió la puerta principal del edificio y salió al sol abrasador. Eustace Sackville ya había abandonado el hospital y, como no tenía adónde ir, había

vuelto al apartamento donde presencié el asesinato de su esposa. Lambert detuvo a un taxi negro y le dijo la dirección al conductor.

Sackville abrió la puerta en bata. Miró a Lambert con los ojos muy abiertos, como si no lo reconociera.

—¿Cómo está todo, Eustace?

El hombre parpadeó.

—Será mejor que entres —dijo. En lugar de ir al salón, Sackville lo condujo a una pequeña cocina. Las persianas estaban bajadas y la única iluminación provenía de las líneas de luz que se escapaban por las rendijas del plástico.

—¿Está seguro de que no hay nadie que pueda venir a quedarse con usted, Eustace? —preguntó Lambert. La cocina estaba desordenada, el fregadero lleno de ropa sucia. Había una botella de whisky vacía en un aparador, y su sustituta, un cuarto vacía, en la mesita de la cocina.

—Han venido un par de personas del periódico. No querían quedarse, lo veo en sus ojos. No puedo culparlos.

—Tenemos gente vigilando el edificio.

—Si estoy bajo amenaza, que así sea —dijo Sackville. Fue a servirse una medida de la botella de whisky—. ¿Quieres que te sirva? —Lambert negó con la cabeza, era mediodía.

—Escuche, Eustace, tengo noticias para usted.

—¿Ah, sí?

—Me temo que esto no será agradable de escuchar.

—Con lo que he visto en los últimos días, ¿crees que eso importa?

Le habló de la familia Dempsey. Cómo la madre, Laura Dempsey, había sido la única superviviente. Cómo la obligaron a mirar, al igual que lo había hecho Eustace.

—Por Dios, esa pobre mujer —dijo Eustace, que rellenaba el vaso con manos temblorosas. Lambert quería que dejara de beber, pero ¿qué podía decirle? ¿Que no ganaba nada con beberse la vida?

—El señor Dempsey era artista. La Sra. Dempsey trabaja como enfermera en Watford. Sé que no quiere responder a ninguna pregunta, Eustace, pero esto es importante. ¿Conoce a alguno de ellos?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo. Hablo con mucha gente por mi trabajo, a menudo en la profesión médica. No puedo decir que me haya cruzado con ningún artista. Puedo revisar mis archivos y decírtelo más tarde.

—¿Y el nombre Laura Dempsey no le suena?

—Para nada. Mi mente está frágil en este momento —tomó otro trago de whisky y sus ojos rojos empezaron a humedecerse.

—Tiene que salir de aquí, Eustace. Veré si puedo conseguirle un lugar donde quedarse, un B&B. Algún sitio donde pueda olvidarse de esto.

—Gracias por la oferta, pero esta es mi casa, Michael. No sería justo para Moira darle la espalda.

Lambert dejó a Sackville con su botella de whisky. Se detuvo frente a la entrada de su apartamento y observó la zona, preguntándose si lo estarían vigilando en ese mismo momento. Llamó a Devlin para confirmar que la residencia Sackville estaba siendo vigilada.

—Quiero que lo vigiles constantemente —dijo Lambert—. Asegúrate de que no beba hasta

morir. También quiero que vea algunas fotos de Laura Dempsey y su familia. Te las enviaré por correo electrónico. Asegúrate de que las vea, busca una reacción.

Lambert llamó al despacho de Charles Robinson. El abogado debía estar en la corte en las próximas horas. Quería sorprenderlo, tomarlo desprevenido.

Llamó a un taxi negro. Necesitaba hablar con Laura Dempsey, pero sabía que aún no se lo permitirían. Volvió a preguntarse qué le habría hecho a su cordura ver cómo asesinaban a sus hijos y a su marido. Era posible que nunca se recuperara del todo. También era poco probable que el asesino hubiera sido tan tonto como para mostrar la cara. Sin duda, habría seguido su *modus operandi* del asesinato de Sackville y se habría mantenido enmascarado.

El taxi tardó una hora en llegar al tribunal, el Old Bailey, en el corazón de la ciudad. Lambert recorrió los pasillos del viejo edificio. Conocía muchas caras. Abogados, asistentes sociales, incluso algún que otro villano con el que se había cruzado a lo largo de los años. Se dirigió a la cantina, donde encontró a Charles Robinson con una bebida mientras estudiaba un expediente. Lambert se pidió un café y tomó asiento a cierta distancia, en espera de un momento en que Robinson estuviera menos relajado. Se sentó de espaldas a Robinson, con los ojos clavados en él. Al final, el hombre se levantó para marcharse. Lambert lo siguió a cierta distancia. Se dirigía a la zona de togas, donde los abogados se ponían su parafernalia. Dejó que el hombre cruzara la puerta, seguro de que estaba donde lo quería, y estaba a punto de cruzar la puerta cuando un guardia de seguridad lo detuvo.

—Lo siento, señor, no puede pasar por ahí.

Lambert le mostró su tarjeta de autorización.

—Lo siento, señor, está fuera de los límites. Tendrá que esperar a que salga la persona a la que quiere ver.

Sonrió.

—Si quieres detenerme, adelante, pero voy a pasar por esa puerta.

El guardia de seguridad levantó su radio de mano y pidió ayuda. Lambert lo ignoró y cruzó las puertas. Encontró a Robinson inmerso en una conversación con un colega. Una peluca blanca tradicional adornaba su cabeza. Alteraba su aspecto, enmarcaba su rostro. Miró a Lambert. Primero le sonrió, pero luego su rostro se alteró y empezó a asustarse.

—¿Has venido a verme, Detective en Jefe Lambert? —dijo, y frunció el ceño.

Su colega se apartó, cogió algo de una de las taquillas y salió de la sala.

—No deberías estar aquí —continuó.

—Tenemos que hablar —dijo Lambert.

—Me temo que no hay tiempo. Tengo una reunión con un cliente y debo ir al tribunal en breve.

—Esto no tomará ni un momento —dijo Lambert.

—Debo insistir —dijo—, es un caso muy importante y debo prestar toda mi atención a mi cliente.

—¿Vas a defender?

Robinson asintió.

—¿Tal vez después?

—No sé cuándo podría.

—Me temo que debo insistir —dijo Lambert.

El abogado suspiró.

—Bien. Habrá un receso, aunque no sé con seguridad cuándo será, así que espérame.

Podemos hablar entonces, si realmente es tan importante.

La puerta se abrió. El guardia que había detenido a Lambert entró en la sala, seguido por otros tres.

—¿No es un poco exagerado? —preguntó Lambert.

—Tiene que irse —anunció el guardia.

—Ya me iba de todos modos. Charles, antes de irme. Puede que no te hayas enterado, pero parece que el amigo de la Sra. Sackville ha atacado de nuevo.

A Robinson se le fue el color de la cara y su piel se tornó del mismo color que su peluca.

—¿Qué quieres decir?

—Tres más anoche. Una cuarta persona fue testigo.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó Robinson.

—Pensé que debías saberlo —dijo Lambert, y le dio la espalda—. Te veré en el receso.

Quizá se metería en problemas, pero había valido la pena. Quería que Robinson se alterara y se pusiera nervioso, y a juzgar por la reacción del hombre, lo había conseguido. Había parecido sorprendido por el mensaje en clave sobre la familia de Laura Dempsey, pero Lambert había visto antes actuaciones dignas de un Oscar de sospechosos, y algunos de los actores más consumados que había conocido compartían la profesión de Robinson. Había plantado una semilla en el cerebro del abogado. Cuando su caso entrara en receso, Lambert planeaba preguntarle sobre su actividad de acecho fuera de la biblioteca de Moira Sackville.

—Necesito que abandone el edificio —dijo el guardia.

—Con mucho gusto —dijo Lambert, que tomó nota de los casos listados en el tablón de anuncios.

Aunque el edificio tenía aire acondicionado, la ola de calor tenía a todo el mundo en vilo. Se compadeció del cliente de Robinson, pues sabía que la atención del abogado estaría en otra parte durante el juicio. En una cafetería local, se sentó junto a la ventana y llamó a un contacto suyo que trabajaba en Old Bailey para pedirle que siguiera de cerca el caso de Robinson. Mientras esperaba, cargó El Sistema en su ordenador portátil, utilizando su dongle 4G seguro, y empezó a buscar entre los datos que su equipo ya había recopilado.

Las páginas ya se contaban por cientos. Se habían añadido todos los casos de Eustace Sackville que se podían consultar en Internet, así como los detalles de los casos penales en los que estaba implicado Charles Robinson. Lambert intentó ejecutar algunas subrutinas, como buscar coincidencias entre ambos. Por desgracia, Sackville había pasado gran parte de su carrera trabajando en Old Bailey, por lo que había más de cincuenta casos de los que había informado en los que Robinson había actuado como abogado defensor. Ahora, todo lo que necesitaba era alguien que los leyera. Llamó a Devlin y le dio la mala noticia.

Lambert trabajó hasta que sintió que había extraído toda la información posible del Sistema. La calidad del Sistema dependía de la información que se le proporcionaba, y por el momento, todo era inespecífico. En consecuencia, la información obtenida en las búsquedas era demasiado general para ser útil.

Su contacto de Old Bailey llamó instantes después. Lambert compró un pan con pasas y lo devoró en tanto regresaba al juzgado. Desde la llamada desconocida de aquella mañana, no había dejado de sentirse vigilado. Miraba a todos los que se cruzaban con él, en busca de un atisbo de reconocimiento. La mayoría de la gente apartaba la vista de su mirada, aunque alguna que otra le respondía como si fuese un reto.

En el interior del edificio, se unió a la multitud y se escabulló entre los guardias de seguridad.

Encontró a Robinson en la cantina hablando con un tipo con cara de frijol que, por el aspecto de su piel llena de acné, no era más que un adolescente. Lambert estaba a punto de acercarse al par cuando pensó en el Sr. Dempsey padre, solo con su demencia en la residencia. Recordó lo que Kennedy le había contado sobre los padres de Laura Dempsey, cómo no había conseguido ponerse en contacto con ellos desde el incidente. Se los imaginó en algún lugar de la ciudad, siguiendo con su vida cotidiana ajenos al hecho de que sus nietos y su yerno habían sido asesinados ante la mirada de su hija. No tenía sentido. En estos tiempos, deberían haber sido localizados. Habrían comprobado sus teléfonos o sus correos electrónicos.

Lambert pensó en Eustace Sackville solo en el apartamento que una vez compartió con su esposa. Se olvidó de Robinson y huyó del edificio.

La carretera estaba llena de coches, pero no había ni un taxi a la vista. Lambert recorrió la calle de arriba abajo, desesperado por ver un taxi negro. Mientras esperaba, llamó a Devlin para conseguir la dirección. Le dijo a Devlin que pidiera refuerzos y que avisara a Kennedy si estaba cerca. A unos cien metros, un taxi negro estaba dejando a dos ocupantes. Lambert cruzó la calle corriendo y esquivó por poco a un ciclista que circulaba en sentido contrario. Al acercarse al taxi, vio con consternación cómo una joven pareja subía a la parte trasera. Aceleró el paso y alcanzó el taxi antes de que se alejara. Abrió de un tirón la puerta del pasajero y, sin aliento, sacó su tarjeta de autorización. La pareja le miró como si estuviera loco.

—Calma, colega —dijo el hombre, un joven de pelo de punta vestido con pantalones cortos y camiseta rosa, con unas sandalias muy gastadas en los pies.

—Salgan del taxi —dijo Lambert.

—¿No podemos ir nosotros también? —preguntó la acompañante del tipo de sandalias.

—No. Fuera, rápido.

—Maldita desgracia —dijo el de sandalias, mientras ambos salían por la puerta. El joven de pelo de punta lanzó a Lambert una mirada que le pareció amenazadora y se quedó de pie junto a su novia cogidos de la mano en tanto Lambert subía.

—Sabes que no tengo por qué llevarte a ningún sitio —dijo el conductor, que miraba a Lambert por el retrovisor.

—Agradecería tu ayuda en esto —dijo él, suspirando interiormente por las vueltas que estaba dando solo para iniciar el viaje—. Estoy investigando un asesinato y necesito llegar a un sitio con urgencia.

El conductor torció la cara e hizo un elaborado ademán de girar sobre el mostrador. Lambert le dijo la dirección y se pusieron en marcha.

—¿Ya no les dan coches?

—Toma la ruta que quieras —dijo Lambert, que ignoró la pregunta—. Puedes saltarte semáforos en rojo siempre que sea seguro. Solo llévame allí tan rápido como puedas.

—Sí, claro. Eso lo dices ahora, pero cuando lleguen las multas no te veré por ningún lado.

—Por el amor de Dios, conduce —dijo.

El conductor se apresuró a pasar un semáforo en amarillo, pero pronto se vio atrapado en el tráfico. Lambert se echó hacia atrás, con la chaqueta pegada al asiento de piel sintética. Estaba seguro de que se habían equivocado. Recordó lo que el asesino le había dicho por teléfono, que Eustace y Laura estaban solos, y suspiró por el tiempo perdido. Al final, el coche se detuvo

frente a la residencia. Dos coches patrulla estaban esperando y Lambert se sorprendió al ver a Matilda Kennedy ya en el lugar, con Walker y Devlin. El conductor dio unos golpecitos en la cifra del mostrador. Lambert sacó algo de dinero y dio una generosa propina al conductor.

—¿Qué ha pasado? —le gritó a Kennedy mientras salía del coche.

—No hemos probado la puerta por orden tuya. Hemos hecho varias llamadas a los móviles de ambos, pero cada vez salta el buzón de voz —Kennedy se acercó a él a medida que subían los escalones de piedra de la casa. Tenía la cara sonrojada y su cuerpo irradiaba calor—. ¿Le importa que le pregunte qué hacemos aquí, señor?

—Es solo una idea. Se me ocurrió cuando me habló del padre del Sr. Dempsey. Espero que estén de vacaciones o fuera de casa.

Llamó al timbre. Estaban en casa de los padres de Laura Dempsey, el Sr. y la Sra. Patchett. Lambert abrió el buzón y los llamó por sus nombres. Entrecerró los ojos a través de la estrecha rendija en busca de cualquier signo de perturbación. Llamó al timbre otra vez y volvió a golpear la puerta. No contestaron.

—Devlin, por detrás. Llévate a uno de los uniformados.

El agente asintió y llamó a uno de los uniformados.

—Bien, abramos esta puerta.

Lambert asintió a uno de los uniformados que sostenía un ariete. El hombre se acercó a paso ligero, y parecía encantado con su trabajo. Palpó la puerta en busca de la cerradura y dijo a todos que retrocedieran. Con un solo golpe, la puerta se abrió y una oleada de aire viciado se precipitó sobre ellos.

—Fíjate arriba —le dijo a Kennedy—. Tú, conmigo —ordenó a un agente uniformado.

—¿Qué esperamos encontrar, señor? —preguntó el agente.

—Estén preparados.

La casa estaba inmaculada. Las impolutas paredes blancas del vestíbulo estaban adornadas con fotos familiares. En una de ellas, dos figuras que supuso que eran el señor y la señora Patchett estaban rodeadas por el clan Dempsey. Laura, su marido ya fallecido y sus hijos lo miraban sonrientes, atrapados para siempre en un recuerdo feliz.

La primera puerta a la que llegaron daba a un espacio abierto. Parecía como si dos habitaciones se hubieran convertido en una. Una gran cocina con superficies de granito oscuro conducía a una hermosa mesa de comedor de roble. Lambert imaginó los almuerzos de los domingos y las comidas de Navidad, los momentos felices que la familia nunca volvería a ver. No había señales de alteración y, por un momento, el ánimo de Lambert se aligeró. Era posible que su corazonada hubiera sido errónea y que ambos padres estuvieran fuera, ajenos a la trágica noticia que les esperaba. El agente uniformado pasó a una puerta lateral que daba a un salón ovalado. Al fondo de la habitación, unas puertas corredizas de cristal daban a una zona ajardinada bastante amplia. Lambert estaba a punto de abrir las puertas para ver lo que les esperaba en el jardín cuando el sonido de la voz de Matilda Kennedy lo llamó desde el piso de arriba.

El familiar hedor de la sangre lo alcanzó mientras subía las escaleras. Pensó en la primera escena del crimen que había vivido, la de su amigo de la universidad Billy Nolan, y en la letanía de cadáveres que había visto desde entonces, y se dio cuenta de que el olor nunca lo había abandonado.

Kennedy estaba en el rellano de arriba, con el Jefe de Detectives Walker pálido a su lado.

—Por ahí —dijo—. Aún no hemos entrado.

Lambert se asomó a una habitación que parecía treinta años anticuada. Un grueso y florido papel pintado adornaba las paredes, y unas cortinas de terciopelo rosa atrapaban la penumbra de la habitación. Lambert se puso un guante de látex y encendió la luz. Una cama matrimonial ocupaba la mayor parte de la superficie. Bajo un edredón de aspecto antiguo, empapado en sangre, se sentaban dos figuras. Los cadáveres sin vida de los padres de Laura Dempsey, el señor y la señora Patchett, se desplomaban contra el cabecero de la cama como si estuvieran descansando un domingo por la mañana. La figura de la Sra. Patchett contra su marido. Con cuidado de no alterar la escena del crimen, Lambert no entró en la habitación. Una mirada a las muñecas del Sr. Patchett bastó para confirmar su temor.

Al final de la cama, una silla de madera curvada miraba a la pareja asesinada, como si estuvieran siendo observados por un fantasma.

—¿Esperabas esto? —preguntó Kennedy. Ella estaba de pie detrás de él, con la respiración más acelerada de lo normal—. ¿Cómo?

Lambert se retiró de la escena.

—Walker, asegura la casa y llama a los SOCO. Empieza a organizar visitas casa por casa. Quiero saber sobre todos los que entraron y salieron en las últimas cuarenta y ocho horas.

Walker fue a protestar, pero una mirada a Lambert le convenció de lo contrario.

Esperó a que Walker se marchara para hablar.

—Después de que me contaras lo del señor Dempsey padre, me quedé pensando. Laura no tiene hermanos. Sus únicos parientes vivos eran sus padres. Pensé en Sackville, en cómo con su mujer muerta no le quedaba familia. Laura aún tenía a alguien, o eso creíamos.

Kennedy dejó que la información se asentara. Él deseó poder contarle sobre la conversación con el asesino, pero entendió la amenaza implícita en las palabras del asesino.

—¿Así que crees que el objetivo del asesino era matar a las familias de Sackville y Dempsey?

Lambert asintió.

—Quiere que estén solos. A ambos no les queda nadie.

—Jesús. ¿Por qué?

Aunque estaba seguro de que era una pregunta retórica, Lambert pensó que la pregunta ponía de relieve una sensación de ingenuidad en Kennedy. Venía con la edad. Solo tenía veintitantos, y a pesar de las cosas que sin duda había visto en su tiempo, todavía se aferraba a un nivel de inocencia. No pasaría mucho tiempo antes de que se destruyera por completo. Le habría dicho que se aferrara a esa inocencia el mayor tiempo posible, pero no le correspondía hacer ese tipo de comentarios.

—Puede ser importante o no. Puede que tenga algún tipo de rencor contra ambos, o puede que simplemente le guste el poder que siente al acabar con una línea familiar. Es lo que tenemos que averiguar.

Kennedy se estremeció como si volviera a la realidad. La chica ingenua desapareció y la agente de policía profesional regresó. Llegaron los SOCO y ellos salieron de la casa. Walker había organizado bien a los uniformados y la zona estaba llena de actividad.

—También he llamado al equipo que cuida de Laura. Sigue fuera de sí —dijo Kennedy unos minutos después.

—Tendremos que hablar con ella pronto, antes de contarle lo de sus padres. Puede que no sea capaz de aportar nada significativo, pero necesitamos que lo intente.

—Estoy tratando de entender el motivo de esto. ¿Podría ser solo una coincidencia? ¿Quizás mantuvo vivos a Eustace y Laura como testigos de su trabajo?

Lambert se encogió de hombros.

—No lo creo. No habría ninguna razón real para matar a sus padres. Nadie estaba allí para presenciar la muerte de sus padres. Creo que es el castigo definitivo. Un castigo muy específico y calculado. El asesinato es definitivo, pero esto... Piensa en lo que tendrán que vivir Eustace y Laura. No solo la muerte de su familia inmediata. Tuvo que ver cómo asesinaban a sus hijos delante de ella, por el amor de Dios. Ese es el último recuerdo de sus hijos y de su marido.

La cara de Kennedy estaba enrojecida, y gotas de sudor caían de su frente a sus mejillas como lágrimas.

—Sackville y Dempsey deben estar relacionados de alguna manera. Tenemos que reunirlos —dijo Lambert.

La agente se balanceó en el sitio. Dudaba, como si quisiera decir algo.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí, iré a ayudar a Walker.

Lambert notó como Kennedy casi escupía el nombre de su colega.

—Bien. Oh, y Kennedy, ¿me das las llaves de tu coche?

Era extraño estar de nuevo al volante de un coche. La última vez que condujo, volcó y se despertó en una zanja. Dos años antes, había estrellado su coche mientras conducía junto a Chloe. Se dijo a sí mismo que, si experimentaba algún síntoma de cansancio, detendría el coche. No volvería a arriesgarse.

El aire acondicionado estaba a tope. Lambert agarró el volante y trató de organizar los pensamientos aleatorios que pululaban por su mente. Era una forma horrible de pensar, pero el asesinato del señor y la señora Patchett le permitiría eliminar a algunos sospechosos y reduciría la búsqueda. Ahora era vital que hablara con Laura Dempsey.

Londres no respondía bien a las olas de calor. Era tan poco frecuente que la gente nunca modificaba su comportamiento para adaptarse al calor, salvo para desprenderse de la ropa. Los

coches atascaban las carreteras y los cuerpos rosados pululaban por las aceras aprovechando al máximo el sol abrasador. Lambert se detuvo en un semáforo. Su teléfono sonó, y rebuscó en los bolsillos hasta localizarlo. La pantalla le indicó que se trataba de una llamada desconocida. Respiró hondo y aceptó la llamada. Un policía cruzó la calle delante de él. Miró a Lambert en su teléfono y apartó la mirada fingiendo que no había visto nada. Lambert puso el teléfono en altavoz y lo pegó al salpicadero.

—Lambert.

—Estoy impresionado. Mucho más rápido de lo que esperaba.

—¿Te interrumpimos?

—No fueron tan rápidos —dijo la voz.

Se concentró en el sonido de la voz y buscó alguna pista de su origen. El hombre hablaba bien, sin rastro perceptible de acento.

—Solo pregunto porque esta vez no hubo testigos.

—Hubo un testigo.

El semáforo se puso en verde y Lambert hizo avanzar el coche.

—Supongo que sería demasiado fácil preguntarte cuál es tu motivo.

—Creo que lo sabes, Sr. Lambert. He estado leyendo sobre ti. Como dije antes, creo que somos más parecidos de lo que te imaginas. Incluso más ahora.

—¿Ahora? No nos parecemos en nada, maldito enfermo —dijo Lambert, y lamentó haber perdido los estribos de inmediato.

—No estoy seguro de que tus víctimas piensen lo mismo.

Agarró el volante con más fuerza y giró el coche a la izquierda.

—No tengo víctimas.

—Has matado antes.

No podía contener la adrenalina que salpicaba su torrente sanguíneo. Sabía adónde conducía la conversación. Lo lógico sería colgar, pero quería que el asesino se equivocara.

—Solo he matado en el cumplimiento del deber.

—Asesinato sancionado.

—Esto no va a ninguna parte.

—No lo niegas.

—Nunca he asesinado a nadie —dijo Lambert, que se odiaba a sí mismo por meterse en una discusión.

—Técnicamente, lo has hecho. Te propusiste matar a alguien y lo lograste.

Lambert había matado a dos personas en servicio.

—No estoy seguro de dónde crees que sacas tu información, pero solo he matado en el cumplimiento del deber en defensa propia. Que yo recuerde, no he atado a nadie y lo he desangrado durante varias horas mientras obligaba a un miembro de la familia a mirar.

—Semántica. Tú tienes tus razones y yo tengo las mías.

—¿Debo entender por lo que dices que no has terminado?

—¿Por qué parar, cuando hay tanto por hacer?

El camino se había despejado, y Lambert pisó el acelerador como si estuviera en una persecución.

—Te detendré, maldi...

—Michael, ya has perdido una hija. No te arriesgues a perder otra.

Lambert tiró el teléfono al suelo del coche cuando el asesino colgó. La amenaza no podía

haber sido más clara. No pensó en otra cosa en tanto conducía el resto del trayecto hasta el hospital. Laura Dempsey estaba ingresada en el Royal Free Hospital del norte de Londres. Al igual que Eustace Sackville, estaba custodiada por dos agentes, aunque estaba seguro de que no corría peligro inminente. Ya le habían hecho todo el daño que podían hacerle. Imaginó que, en su estado actual, la muerte sería una distracción bienvenida.

El aire acondicionado del hospital era un alivio al calor exterior. Sintió que el sudor se secaba a medida que su piel se enfriaba. Laura estaba en una habitación segura de la octava planta. Lambert se alegró de encontrar a uno de los agentes vigilando la entrada de la sala y al segundo fuera de la habitación de Dempsey.

—Jefa de Detectives Shah, nos volvemos a encontrar.

—Señor —dijo Shah al ponerse en pie.

—Tranquila, agente. ¿Cuál es el estado de la Sra. Dempsey?

—No está muy bien, como puede imaginar. No paran de sedarla. Cada vez que vuelve en sí, se asusta, tira del gotero y hay que sujetarla. No es agradable.

—No puede volver a pasar. Tengo que hablar con ella. ¿Quién está a cargo?

—La hermana Reece administró la inyección la última vez. La Dra. Hughes está a cargo. Creo que se ha ido por hoy.

—¿Ya?

—Tuvo que hacer una consulta en otro hospital. El despacho de la hermana Reece está al final del pasillo.

Encontró a Reece sentada detrás de un mostrador con dos enfermeras. Estaban leyendo varios expedientes médicos y, por lo que Lambert oyó, estaban preparando el horario del día siguiente. Ninguna de ellas prestó atención a Lambert.

Él sacó su tarjeta de autorización y la dejó sobre el mostrador.

—¿Hermana Reece?

La enfermera terminó su conversación antes de mirarlo.

—Sí —dijo. Hablaba con la seguridad de alguien que conocía su importancia.

—Detective en Jefe Lambert. ¿Puedo hablar con usted sobre Laura Dempsey?

Reece suspiró. Tenía una cara redonda enmarcada por un flequillo recto negro. Sus ojos pequeños y estrechos estaban hundidos en su rostro.

—Estamos en una reunión —dijo.

—Y yo estoy tratando de llevar a cabo una investigación de asesinato.

Sacudió la cabeza como si él no fuera razonable.

—Sally, hazte cargo, por favor. Sígueme —le dijo a Lambert, y se dirigió hacia la oficina de atrás—. Cierra la puerta detrás de ti y toma asiento.

—Laura Dempsey —dijo Lambert.

—Sí.

—¿Qué puede decirme sobre su situación actual?

Lambert luchaba por mantener su temperamento bajo control. No podía entender lo que la mujer estaba tratando de lograr siendo tan obtusa.

—Me temo que tendrás que hablar con la Dra. Hughes.

Había pasado suficiente tiempo en hospitales como para saber lo importantes que eran las enfermeras para el buen funcionamiento de las salas. A veces tenían tanto poder y conocimientos como algunos de sus colegas más cualificados.

—¿Está sedada?

—Correcto.

—¿Tiene idea de cuándo volverá en sí?

—Cuando le quitemos la medicación —dijo Reece, como si estuviera hablando con un simplón.

—Es imperativo que hable hoy con la señora Dempsey —dijo Lambert, que decidió ignorar la burla.

—No va a suceder hoy.

Lambert apretó los dedos de manera involuntaria. Sucedería hoy, pensó, aunque tuviera que quitarle el gotero a Dempsey él mismo.

—Tiene que ser hoy. Ha habido algunas novedades.

La mujer cedió.

—Mira, entiendo la situación, pero tendrás que hablar con la Dra. Hughes. No tengo autoridad y no puedo arriesgar la salud de la Sra. Dempsey. Me temo que la Dra. Hughes no volverá hasta mañana.

A lo largo de los años, Lambert había encontrado que la profesión médica era útil. Siempre tenían su propia agenda, cosa que él podía respetar, pero por lo general ayudaban en lo que podían.

—¿Sabe por qué está bajo guardia policial?

—No es asunto mío.

—Tomaré eso como un sí. Lo que no sabe es que acabamos de encontrar a los padres de la Sra. Dempsey. También fueron asesinados, igual que el marido y los hijos de la Sra. Dempsey. Hay un peligro muy real de que este asesino ataque de nuevo, y Laura puede tener información que sería vital para detener al asesino. Ahora, ¿podría vivir con el hecho de que otro asesinato podría ocurrir debido a su falta de voluntad para dejar que la Sra. Dempsey nos ayude? ¿Le hace feliz ser cómplice del asesinato de otra familia, de más niños? —las acusaciones eran excesivas, pero Lambert había llegado al límite.

Reece se frotó la cara.

—Solo necesitaré una firma.

—Estaré esperando fuera de su habitación.

La Dra. Hughes había asistido a una clase de relaciones públicas diferente a la de la hermana Reece. Era veinte años menor que la enfermera, y recibió a Lambert con una sonrisa.

—Comprendo la situación, Detective en Jefe Lambert, pero debo insistir en que la Sra. Dempsey no está en condiciones de responder a estas preguntas —Hughes tenía una voz suave, con un acento casi melódico de Geordie.

—No estaría aquí si no fuera necesario. Hay vidas en peligro y la Sra. Dempsey puede ayudarnos a evitar más muertes. Estoy seguro de que ella no querría que esto le pasara a nadie más.

—Déjeme verla y le avisaré.

Lambert se asomó por la puerta, y le sorprendió ver a Laura Dempsey sentada en su cama.

Hughes regresó diez minutos después.

—He hablado con la Sra. Dempsey. El reposo le ha sentado bien, pero está somnolienta. Puedo darle unos minutos.

—¿Puedo hablarle de sus padres?

Hughes se pellizcó la nariz.

—Creo que deberíamos evitarlo por ahora. Le voy a quitar los tranquilizantes. Veamos si

descansa, y luego podemos decirle. No ha recibido visitas. ¿Hay alguien a quien pueda contactar por ella?

De eso se trataba, pensó Lambert.

—Hablaemos con sus amigos. Tuvimos que mantenerlo en secreto.

Hughes asintió.

—Cinco minutos.

Lambert hizo una señal a Shah para que lo acompañara. Dempsey seguía sentada en la cama, con los ojos ausentes mirando a la pared. La habitación era claustrofóbica: un techo bajo con una pequeña ventana rectangular cubierta por un conjunto de persianas beige. El silbido del aire acondicionado era el único sonido en la habitación confinada.

—Sra. Dempsey. Soy el Detective en Jefe Michael Lambert. Esta es la Jefa de Detectives Shah. Siento mucho su pérdida. Tenga la seguridad de que estamos haciendo todo lo posible para atrapar a la persona que hizo esto.

La cabeza de Laura se movió un centímetro y una ráfaga de aire escapó de su nariz.

—Siento mucho tener que pedirle esto, pero por favor, ¿podría decirme qué ha pasado? —mientras lo decía, se dio cuenta de lo absurdas que sonaban las palabras. Le estaba pidiendo a una madre y esposa que describiera la matanza de su familia.

Laura retrocedió visiblemente ante sus palabras, como si el recuerdo de aquella noche se repitiera en su mente.

—Los mató a todos. Uno a uno —dijo, con voz seca—. Me hizo mirar.

—¿Le vio la cara? —preguntó Lambert. Recordó su entrenamiento y trató de librar la situación de emoción.

—Tenía máscara.

—Sé que es una pregunta espantosa, pero ¿se le ocurre por qué alguien le haría esto a su familia?

Ella retrocedió de nuevo y su cuerpo empezó a temblar. Shah se acercó a la mujer y le tocó el brazo. Laura miró a la agente como si fuera un espejismo.

—No —dijo Dempsey.

Lambert solo podía imaginar lo insoportables que eran sus preguntas para ella, pero sabía que tenía que continuar.

—¿Puedo preguntarle si su marido ha tenido algún problema recientemente? ¿De clientes, quizás, o contactos de negocios?

—Todo el mundo quiere a Sam.

—¿Y usted? ¿Alguien le guardaría rencor, Sra. Dempsey?

Laura giró la cabeza un centímetro, sus ojos se desviaron hacia arriba y luego hacia Lambert. No contestó. Él estaba desesperado por saber qué estaba pensando. Sus ojos empezaron a humedecerse e imaginó que la idea de que ella era la culpable nunca se le había ocurrido.

—¿Conoce a alguien llamada Moira Sackville? —le preguntó. Ella negó, con los ojos llenos de lágrimas— ¿Y a Eustace Sackville?

Un observador menos experimentado no lo habría notado, pero Lambert vio un destello de reconocimiento antes de que ella volviera a negar con la cabeza. Estaba a punto de volver a preguntar cuando la Dra. Hughes regresó.

—Bien, es suficiente —dijo, con su acento Geordie.

Walker no tuvo que decir nada, pero cada segundo del viaje le recordaba que estaba en su coche. Apenas podía respirar sin que él la mirara. El interior estaba tan limpio como si acabara de salir del concesionario. Walker hizo caso omiso de las indicaciones del navegador por satélite, y parecía que quisiera presumir de su superior conocimiento de las carreteras.

Matilda no quería quejarse de ser su compañera, pero no estaba segura de cuánto tiempo podría aguantar. Solo con mirarlo se le erizaba la piel. Tenía una mirada de suficiencia permanente, como si supiera algo que ella ignoraba. Recordó la conversación en la cantina del cuartel general y deseó haberla grabado o que alguien la hubiera escuchado. Sabía que, tarde o temprano, él volvería a meter la pata y que esta vez ella estaría preparada.

Condujeron durante otros treinta minutos en un silencio doloroso. Walker rompía la monotonía de vez en cuando sonriendo para sí mismo con alguna ocurrencia interna.

El hospital donde trabajaba Laura Dempsey había sido informado del asesinato de su familia, pero aún no sabían sobre la muerte de los padres de Laura.

Una enfermera los esperaba en la recepción del hospital. Walker se animó al verla. Aunque era quince años mayor que él, era la típica fantasía masculina: alta, delgada, rubia y de ojos azules. Se presentó como Lucy Marshall. Sonrió a Walker, pero apenas miró a Matilda.

—Es una noticia difícil de creer —dijo, con rostro impasible—. No he podido hablar con Laura. ¿Cómo está?

—Está físicamente ilesa —dijo Matilda—. De momento, la tenemos vigilada. Le avisaremos en cuanto pueda hablar.

—¿Bajo vigilancia? ¿Por qué? ¿Está en peligro?

—Es solo precaución. Vamos a tomar un café y podemos hablar con más detalle.

Era la hora de comer, y la cafetería del hospital estaba casi vacía. Tomaron asiento cerca del fondo y Walker se dirigió a pedir las bebidas.

—¿Cuánto hace que conoce a Laura? —preguntó Matilda.

—Trabajamos juntas aquí desde hace quince años.

Walker volvió con los cafés y a Marshall se le iluminó la cara.

—Así que Laura trabaja aquí desde hace tiempo —confirmó Matilda.

Marshall asintió, con los ojos fijos en Walker.

—Creo que trabajó en algún sitio antes que aquí. En una residencia o algo así. Decidió que ya estaba harta y que quería estudiar para obtener un título profesional. Es un poco mayor que yo —dijo, en tanto se pasaba la mano por el pelo largo.

—¿Qué puedes decirnos de Laura? —preguntó Walker.

A Matilda le sorprendió la capacidad interpretativa de su colega, la mirada de cuidado y preocupación en sus ojos al hablar con la enfermera.

—Laura es una buena persona. Como ya he dicho, somos amigas desde que empezamos a trabajar aquí. Es una mujer maravillosa, muy trabajadora. Concienzuda. También es muy divertida, o al menos solía serlo.

—¿Solía serlo? —preguntó Matilda. La mujer frunció el ceño y bebió un trago de su café.

—No me malinterpretes, sigue siendo divertida. Es que, bueno, las cosas cambiaron un poco cuando se casó, como era de esperar.

—¿En qué sentido?

—Bueno, dejó de salir tanto y pronto quedó embarazada. Solía ser salvaje. Eso de sentar cabeza no va conmigo —dijo, y miró al agente con timidez.

—¿Qué tan salvaje era antes? —preguntó Walker. Jugueteaba con su barba y coqueteaba con la enfermera, que tenía edad suficiente para ser su madre.

—Digamos que era una chica popular —dijo Marshall.

—¿Y ahora? ¿Tenía enemigos? ¿Algún interés masculino?

—¿Enemigos? No. Claro que está la mierda política normal que todos tenemos que soportar. Y los pacientes —la enfermera se detuvo y miró alrededor de la cafetería para comprobar que nadie pudiera oírla—. Los pacientes hacen que este trabajo sea una pesadilla. Ha recibido algunas quejas en su contra, todos las hemos tenido, pero ningún problema disciplinario, que yo sepa.

—¿Y los hombres? —preguntó Walker.

Marshall sonrió y dio un sorbo a su café.

—Ella está felizmente casada... Oh —el rostro de la mujer palideció al recordar la razón por la que estaban allí: la brutal matanza de la familia de Laura—. Dios, lo siento, lo olvidé.

—No, está bien —dijo Walker, que puso su mano en el brazo de la enfermera.

La paciencia de Matilda se estaba agotando.

—¿Tenía algún interés masculino? —preguntó Matilda, desesperada por terminar la entrevista.

La enfermera Marshall sonrió y miró a Matilda. Se enfocó en ella por primera vez desde que se conocieron. La mano de Walker seguía en su brazo.

—Bueno, Laura es un poco atractiva, y ya sabes cómo son estos sitios. No le faltaban pretendientes, pero no había nada, si a eso te refieres —la mujer le sostuvo la mirada como si de alguna manera la estuviera desafiando.

Matilda se levantó y dio por terminada la reunión.

—Gracias por su tiempo. Por favor, avísame si se le ocurre algo más que pueda ayudarnos a nosotros y a Laura.

—¿CONSEGUISTE su número? —preguntó Matilda, cuando estaban de vuelta en el coche.

—No seas así, Kennedy. Los celos son una aflicción terrible.

—La única aflicción terrible es tu propensión a hablar mierda y el hecho de que fuiste demasiado amistoso con esa enfermera.

—Solo la estaba consolando. Su mejor amiga acaba de sufrir una experiencia traumática. No

habría tenido que hacerlo si no hubieras sido tan fría.

—Si estás tan interesado, puedes buscar información sobre Laura cuando volvamos a la oficina. También con su apellido de soltera.

Walker la miró por el retrovisor. Podía ver que le carcomía recibir una orden de ella. Se sentaron en silencio hasta que fue demasiado para Walker.

—De acuerdo, jefa —dijo al final, y levantó los brazos en señal de indignación—. Me pondré a ello.

Encontró a Kennedy en la cafetería a dos calles de la estación, con la mirada perdida.

—¿Dónde está Walker? —preguntó Lambert.

—En la oficina. Hice que busque en El Sistema.

Lambert se sentó frente a ella y la espalda de Kennedy se enderezó en respuesta.

—¿Cómo van las cosas con Walker?

—Solo ha pasado un día.

—Lo sé, pero ya has tratado con él antes.

Kennedy bajó los párpados cuando una ráfaga de sol se filtró por la ventana.

—Se podría decir que sí. ¿Cuánto tiempo va a estar en el equipo?

Estaba claro que no estaba preparada para discutir sus verdaderos sentimientos hacia su colega.

—Para este caso, al menos. O mientras Tillman lo quiera.

—¿Tillman? —la palabra salió como un chillido, y él notó un sutil cambio en la postura de su cuerpo.

Sonó su teléfono. Número desconocido.

Lambert agarró el teléfono y miró por la ventana. Al otro lado de la calle, un hombre vestido con camiseta y chaqueta de alta visibilidad sostenía un teléfono junto a su oreja. Miró fijo a Lambert a través del cristal y empezó a hablar. Pasó un grupo de estudiantes. Dos de ellas, chicas jóvenes con vestidos de verano y botas Doc Martens, llevaban teléfonos en la oreja. Kennedy le lanzó una mirada de desconcierto mientras el teléfono seguía sonando.

—Hablamos luego —dijo, al levantarse de la mesa. Pulsó el botón verde de la pantalla de su teléfono mientras salía de la cafetería—. Lambert.

—No estoy ahí —dijo la voz.

—¿Dónde estás, entonces?

La voz se rio.

—¿Cómo van tus investigaciones?

—¿Qué te importa?

—Me importa mucho. Aún no he terminado.

—¿Hay un punto final? —preguntó Lambert.

—Eso depende de ti.

Era un leve consuelo saber que el hombre planeaba terminar cualquier misión que emprendiera. También significaba que habría más víctimas.

—¿Qué sigue?

—No estropeemos las cosas haciendo preguntas estúpidas. ¿Qué piensa Matilda Kennedy de todo esto?

Lambert hizo una pausa, sin saber qué decir. Abrió su coche, que estaba aparcado en la calle lateral junto a la tienda, y se sentó en el asiento del conductor. Empezó a imaginarse a todos los que había visto dentro. Había mucha gente, pero recordaba las caras. Un grupo de cuatro hombres de negocios, con sus trajes de chaqueta y corbata. Dos madres, con sus hijos recién nacidos en cochecitos de gran tamaño a su lado. Recordó a cinco personas sentadas solas: tres hombres, dos leyendo el periódico y uno con su iPad, y dos alumnas trabajando en sus portátiles.

—Ella piensa lo mismo que yo. Que estás desesperado por llamar la atención.

—Espero que ella piense más allá que eso, Lambert. Con sus raíces, estoy seguro de que lo hará.

—¿Raíces? —preguntó Lambert, a su pesar.

—Debes conocer a papá Kennedy, ¿no?

—Ilumíname.

—Asistente del Jefe de Policía Kennedy. North Shields. Vaya familia. Eso debe explicar su fijación con la autoridad.

Cada palabra del hombre estaba medida a la perfección, como si hubiera planeado la conversación y aprendido sus líneas como un actor.

—Dime lo que quieres, o cuelga —dijo Lambert.

—Te lo he dicho antes, Lambert. Somos parecidos, tú y yo. No del todo, pero casi.

—No me parezco en nada a ti.

—Tal vez. De todos modos, debo irme. Deberías tomarte un descanso, Lambert. Aprovechar al máximo el sol, tal vez ir a la playa. Saluda a Eustace cuando llegues.

La línea se cortó.

Lambert arrancó el coche y se lanzó al tráfico. Se odió a sí mismo por reaccionar a la llamada, pero tenía que ver a Eustace Sackville. Golpeó el salpicadero con el puño al quedar atrapado en un semáforo provisional a un kilómetro y medio del apartamento de Sackville.

—Vamos —gritó, y subió la sirena magnética al techo. Los vehículos de delante se detuvieron y Lambert maldijo, pues sabía que tendría que informar de sus actos.

El timbre del apartamento de Sackville no respondió. Golpeó la puerta acristalada y el conserje se acercó a paso de tortuga. Lambert mostró su tarjeta de autorización y, segundos después, ya estaba en el ascensor. Recorrió a toda velocidad la corta distancia que lo separaba de la puerta principal de Sackville y se dio cuenta de que estaba abierta, con la cerradura destrozada.

Sacó la porra extensible de su cinturón y empujó la puerta. Una mujer buscaba en los cajones del aparador del salón. Miró a Lambert como si tuviera todo el derecho a estar en la habitación.

—Mierda —dijo ella.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy sola, Detective en Jefe Lambert. ¿Por qué no me acompañas?

La mujer era Mia Helmer, la editora del periódico de Sackville.

—Te arrestaré si no aclaras la situación a mi gusto —dijo Lambert, que entraba por la puerta. Echó un vistazo a la habitación y comprobó que Helmer estaba sola—. Y deja lo que tengas ahí.

Helmer miró unos papeles que tenía en la mano como si acabara de verlos por primera vez.

—La puerta estaba rota cuando llegué.

—¿Por qué estás aquí, para empezar?

—Quería ver a Eustace. No supe nada de él desde el incidente, y pensé que le vendría bien ver una cara amiga.

Lambert recordó la reacción sin emoción de la periodista ante el asesinato de Moira Sackville; su único interés real era la historia.

—Toma asiento, Mia. Empieza desde el principio.

Ella todavía tenía el archivo en sus manos. Lo llevó hasta el sofá y se sentó. Lambert se lo quitó.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Quince minutos. Vi que la puerta estaba rota y entré para comprobar que todo estaba bien.

—¿Llamaste a la policía?

Ella tensó la cara.

—Todavía no. Lo siento, me distraje.

—Y esperas que crea que es una coincidencia. Mira el lugar, no parece que alguien más haya estado aquí antes. ¿Por qué estás aquí?

Mia levantó las manos.

—Hablo muy en serio. La puerta estaba rota cuando llegué, busca huellas o lo que sea que hagas. No me he acercado a la cerradura. De todos modos, ¿por qué estás aquí?

Él recordó lo que había dicho el asesino.

—¿Tiene Eustace otro lugar?

—¿Para vivir? —preguntó Mia, sorprendida por el cambio de tema de conversación.

—¿Algún lugar junto al mar?

—No que yo sepa, ¿por qué?

Lambert estaba seguro de que el asesino había estado aquí y que había roto la cerradura.

—¿Por qué has venido aquí?

Mia hizo una pausa, a punto de entrar en modo de defensa.

—Una pista anónima. Me dijo que viniera aquí sola.

—¿Y lo hiciste?

—Le dije a mi asistente que llamara a la policía si no tenía noticias mías en una hora.

—¿Y qué esperabas encontrar?

—Una historia.

—Bueno, estás en una ahora.

Lambert sacó su móvil.

—Espera, estamos a punto de hacer públicos los asesinatos de los Dempsey. También sabemos lo de los padres de Laura Dempsey. No querrás que publiquemos estas revelaciones.

—Si tú lo sabes, los demás lo sabrán.

Mia hizo una pausa. Respiró hondo.

—No estoy tan segura.

—¿Por qué? ¿Quién habló contigo?

Mia no contestó. Miró a Lambert.

—¿El asesino?

La mujer hizo una pausa y luego asintió.

—¿Qué más dijo?

—Me dijo que escuchara y enumeró todos los asesinatos, desde Moira en adelante. Me dijo que lo hiciera público.

Si estaba conmovida por las revelaciones, lo disimulaba bien. Miraba a Lambert con la

misma fría compostura que había mostrado la primera vez que se reunió con ella en su despacho. Si todo era un espectáculo, era una gran actriz.

—¿Dio alguna razón?

Mia negó con la cabeza.

—Solo me dijo que viniera aquí para averiguar lo que sabe Eustace.

—Entonces, ¿qué estás ofreciendo?

—No vamos a publicar nada todavía, pero el tiempo se acaba.

No era el mejor de los tratos, pero no quería que la noticia se supiera aún, y estaba seguro de que Tillman tampoco.

—De acuerdo, pero quiero una declaración completa. Necesito saber todo lo que el asesino te dijo —le aclaró—. Bien, vacía todos sus bolsillos y todo lo de tu bolso sobre la mesa.

Confiscó el teléfono de la periodista.

—¿Te dijo que buscaras algo en concreto?

Mia frunció los labios, como un niño revoltoso castigado.

—No.

—¿Y lo has encontrado?

—¿Quieres registrarme desnuda? —la mujer ladeó la cabeza.

—No lo descarto.

Empezó a buscar donde Mia había estado por última vez. Los cajones del aparador eran un caos. Hojeó montones de facturas y extractos que se remontaban a años atrás, manuales de instrucciones obsoletos, talones de billetes, pilas sueltas y monedas. Si había información importante en el apartamento, dudaba que Eustace la hubiera escondido en un lugar tan abierto.

Kennedy, Walker y Devlin llegaron veinte minutos después.

Lambert señaló a Devlin.

—Arresten a esta mujer por allanamiento de morada —dijo.

Por primera vez en el poco tiempo que la conocía, Mia mostró emoción.

—Teníamos un trato.

—No recuerdo haber acordado nada. Me pusiste a pensar, Mia. ¿Por qué el asesino entraría aquí y luego te lo contaría? Se habría llevado todo lo que necesitaba.

—Debes estar bromeando. Esto estará en primera plana en cuanto salga.

—Dile a mi equipo todo lo que sabes y partiremos de ahí.

Devlin levantó a la periodista del sofá y recibió una bofetada en la cara.

—No puedes tocarme —dijo Mia, con los tendones del cuello a punto de romperse.

El agente esposó a la mujer.

—Añade agresión a los cargos —dijo Lambert, mientras Devlin se llevaba a la periodista.

—Vale, vale —dijo Mia—. Quítame estas malditas cosas y te mostraré.

Devlin lo miró y Lambert asintió.

—¿Te importa? —dijo Mia, en tanto se abría la blusa.

—Kennedy —dijo Lambert y le dio la espalda.

—Pueden abrir los ojos —dijo Kennedy, segundos después, con una sonrisa. En la mano, llevaba una memoria micro USB envuelta en una especie de plástico.

Lambert negó con la cabeza.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó a Mia. Kennedy lo miró confundida.

—¿Eustace?

Mia sonrió.

—No es la más brillante, ¿verdad? No pudo encontrarlo, por eso me llamó.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando? —dijo Kennedy.

—Espera. ¿Dónde lo encontraste?

—¿Por qué crees que está envuelto en polietileno?

Lambert se llevó el palo a la nariz.

—Whisky.

—Siempre en el fondo de una botella.

—Devlin, toma declaración a la Srta. Helmer. El acuerdo se mantiene por ahora, Mia. Si la historia se hace pública en las próximas 24 horas, serás arrestada y acusada —una vez que Devlin se llevó a Mia, prosiguió dando órdenes—. Quiero que registren cada rincón de este lugar. Necesitamos saber dónde se esconde Eustace y por qué —recordó lo que le había dicho el asesino—. Eustace me mencionó algo sobre la costa. Avísenme si encuentran algo relevante.

La oficina de Eustace Sackville estaba aún más desordenada que la sala de estar. Lambert contó cinco vasos de vidrio, y cada uno apestaba a malta. Había montones de libros y papeles esparcidos por las estanterías que rodeaban el escritorio. Encendió el ordenador del hombre y se sorprendió de poder acceder directamente al escritorio. Conectó la memoria USB con la esperanza de seguir teniendo suerte. El ordenador era antiguo, y el ventilador funcionaba con dificultad mientras accedía a los archivos de la unidad.

En la pantalla, apareció una lista de más de cien archivos. Lambert hizo doble clic en el primer archivo y se consternó al ver que se le pedía que introdujera una contraseña. Probó con otros diez archivos al azar, pero siempre recibió el mismo mensaje. Estaba a punto de rendirse cuando se fijó en los últimos siete archivos. La primera letra de cada archivo formaba un acrónimo que se desplazaba por la página en línea vertical. El acrónimo decía: BLAKE.

Lambert entregó la memoria USB a Kennedy.

—Lleva esto a los técnicos, es de alta prioridad. Necesito que examinen todos los archivos. Avísame cuando hayan terminado aquí.

—¿Adónde vas?

—Mejor que no lo sepas.

Kennedy hizo una pausa.

—¿Esa llamada tenía algo que ver con esto? —preguntó.

—¿Qué?

—La llamada. En la cafetería. Un segundo estamos hablando, al siguiente recibes una llamada y vienes hacia aquí.

—Coincidencia —dijo Lambert antes de salir del piso.

Lambert condujo a través del tráfico de hora pico, bajo el túnel de Rotherhithe hacia Blackheath. Ya sabía que Sackville estaba investigando a Blake, y estaba seguro de que el periodista había dejado las siglas en los archivos por alguna razón. Sackville, Dempsey y Blake estaban relacionados, de alguna manera. Tenía que volver a hablar con Laura Dempsey para ver qué sabía de Blake.

Pasó una hora antes de que se detuviera frente a la casa de Blake, con la adrenalina por las nubes. Estuvo por llamar al timbre cuando lo empujaron por la espalda.

Tropezó hacia delante, perdió el equilibrio y tuvo que amortiguar la caída con las manos. Cogió el spray de pimienta del cinturón. Se giró para enfrentarse a su atacante y se preparó para un nuevo golpe.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Sargento? —preguntó al hombre que estaba de pie sobre él, tapándole el sol.

El Sargento Harrogate le tendió la mano. Lambert la cogió mientras luchaba contra el impulso de utilizar el spray de pimienta, y dejó que Harrogate lo pusiera de pie.

—Lo siento, señor, pero no puedo permitir que hable con Blake. Creo que su superior le ha ordenado que lo deje en paz.

Los dos oficiales se separaron unos centímetros. Harrogate estaba tenso, listo para la confrontación. Lambert se sorprendió por el valor del hombre. Se había enfrentado a un superior, por no mencionar la forma en que lo sorprendió y lo empujó al suelo.

—Estoy investigando a Blake en relación con un asesinato —le dijo al oficial subalterno.

—Eso está muy bien, señor, pero no hablará con él sin que yo lo permita —dijo Harrogate,

con sorna al decir “señor”.

Lambert contó los segundos para no golpearlo y sacarle la sorna del rostro.

—Estoy dos rangos por encima de ti.

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, mi jefe está otros dos por encima de usted y ahí es donde recibo mis órdenes.

—¿Qué es tan importante sobre Blake que quieres impedirme entrar?

—No estoy en libertad de decirlo.

La insolencia de Harrogate empezaba a cansarlo. Sabía que las cosas podían ir en dos direcciones.

—Vamos a dejar esto claro. Si decido volver a pulsar ese timbre, ¿intentarás impedírmelo?

Harrogate se mantuvo desafiante, sin apartar los ojos de Lambert. Estaba sin aliento, y su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Antes de que lo haga —dijo, traicionando el más mínimo rastro de miedo—, puede que quieras hablar con el Superintendente Jefe Tillman.

—¿Y por qué?

—Él sabe todo sobre la situación aquí y por qué no puedes hablar con Blake.

Él sacudió la cabeza y maldijo en voz baja. Una cosa era ir en contra del Sargento y de quienquiera que fuera, y otra muy distinta ir en contra de Tillman.

—Vamos a llegar al fondo de esto, Sargento.

Harrogate se encogió de hombros y él volvió a su coche. Enfrentarse a Blake de nuevo podía esperar.

Lambert condujo de vuelta a su apartamento, todavía conmocionado por su enfrentamiento con Harrogate. Era el típico comportamiento de Tillman, que le causaba problemas tras bastidores.

Se duchó, se cambió y decidió conectarse al Sistema antes de salir a tomar una copa. Tillman era el único oficial que tenía autoridad para supervisar sus búsquedas, pero aun así se sentía reacio a buscar al padre de Kennedy. Sin importar las limitaciones de Tillman como oficial, la diligencia no era una de ellas. Lambert sabía que el hombre estaba monitoreando todo; vería que él había hecho la búsqueda y era posible que exigiera una explicación. Lambert podría intentar hacerlo pasar por mera curiosidad, pero Tillman era un hombre difícil de engañar. También existía la posibilidad de que lo que estuviera ocurriendo entre Tillman y Kennedy le impidiera a Tillman acercarse a él.

Decidió que era un problema futuro y entró en la búsqueda. Aunque el Grupo ya no existía, parecía que no se habían puesto limitaciones al Sistema. En cuestión de segundos, aparecieron todos los detalles sobre el Ayudante del Jefe de Policía Kennedy. Por lo general, alguien de su rango no podría acceder con tanta facilidad a esos datos sin pasar por innumerables obstáculos.

Como había sugerido el asesino, el Ayudante del Jefe seguía trabajando en North Shields. El hombre, antiguo miembro de la Met, se había trasladado al norte hacía unos treinta años. El archivo del Sistema era detallado, con cientos de páginas. En él, figuraba el ascenso de Kennedy en el escalafón y todos los casos que había denunciado desde que era policía de patrulla, hacía más de treinta años atrás.

Lambert estaba en posición de hacer una búsqueda del hombre, y cruzar esa búsqueda con todos los que estaban siendo investigados en el caso Sackville y Dempsey. A pesar de ser Ayudante del Jefe de Policía, Kennedy no estaría al tanto de la búsqueda. Solo Tillman y uno o dos superiores anónimos tendrían acceso a esa información.

Guardó las búsquedas sin enviar la solicitud y se desconectó del Sistema.

Habían pasado más de dos meses desde la última vez que había ido a tomar una copa, después de haberse autoimpuesto la abstinencia. Ahora, no se le ocurría nada mejor que sentarse al sol a beber una cerveza helada.

—¿Cómo supe que te encontraría aquí? —dijo una voz cuando estaba a punto de entrar en el bar.

Por primera vez en días, Lambert sonrió.

—Sarah —dijo. La Detective en Jefe Sarah May le devolvió la sonrisa. Se había cambiado la ropa de trabajo y llevaba un vestido pálido de verano que le llegaba por encima de las rodillas. Tenía el pelo oscuro suelto sobre los hombros.

Con el sol brillando detrás de ella, Lambert pensó que no había visto una imagen tan espléndida en meses.

—Veo que tus habilidades de investigación siguen siendo de primera —dijo él.

—Esto es búsqueda de personas para principiantes —dijo May—. Una vez que supe tu dirección, el siguiente paso fue encontrar el bar más cercano. No es tan difícil. Entonces, ¿me invitas a una copa?

Entraron y el local estaba abarrotado de clientes.

—¿Te das cuenta de que esto es pura coincidencia? —dijo— Hace meses que no bebo.

—Ahórratelo y tráeme un vino blanco. Nos vemos fuera.

Lambert bebió un buen trago de su pinta en la barra y pidió otra en tanto esperaba a que llegara el vino de May. El trago le produjo un efecto inmediato y la tensión acumulada empezó a escapar de su cuerpo.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —le dijo a May, que había encontrado un sitio en la terraza a la sombra de un árbol.

—¿Qué, y estropear la sorpresa? En realidad estoy aquí por trabajo, he decidido tomarme la tarde libre. Háblame de este nuevo caso —dijo.

Lambert bebió otro trago y los problemas del caso se fueron desvaneciendo. May se acercó a él y su muslo se apretó ligeramente contra el suyo. Ya sabía lo de Eustace Sackville. La puso al tanto sobre Laura Dempsey y los padres de la mujer.

—Suenan complicado —dijo ella—. Sí que los eliges.

—¿Complicado? —dijo él, que se deleitaba con el humor que veía en los ojos de May—. A veces parece que me eligen a mí.

Hablaron y le contó lo de Mia Helmer y la memoria USB que tenían los técnicos. Decidió omitir por el momento los detalles de su conversación con el asesino.

—¿Así que Sackville ha desaparecido?

—Tal vez. No responde a las llamadas.

—¿Pero crees que Blake está involucrado?

—Está involucrado de alguna manera. Como es normal, no estoy al tanto de toda la información. Me han dicho que no hable con él de nuevo a menos que tenga evidencia real.

No había visto a Sarah en más de un mes, pero era como si nunca se hubieran separado. Estaba relajado en su compañía. Solo deseaba saber cómo decírselo.

—¿Me vas a enseñar tu nuevo apartamento? —preguntó ella.

Lambert se bebió el resto de la bebida de un trago.

—Es bastante horrible —dijo, y la guio hasta el lugar.

Él se olvidó de todo durante las siguientes horas.

—Esto me recuerda a cuando era estudiante —dijo May. Se tumbaron juntos en la cama matrimonial, encima de las sábanas. Él sentía el calor del cuerpo de ella, y el aire de la habitación estaba pegajoso por la humedad.

—¿Te refieres a holgazanear por la tarde? —preguntó Lambert.

—Sí, eso, y a mi entorno.

—Es solo temporal —dijo Lambert, que la empujó juguetonamente y salió de la cama. Se acercó a una ventana y descorrió las cortinas, en un intento en vano de que entrara un poco de aire fresco en la habitación por la pequeña ventana.

—¿Cómo van las cosas con Sophie? —preguntó Sarah en tanto se envolvía en la sábana de arriba.

—Ya ha vuelto a casa. Y la bebé está bien, en todo sentido.

—¿Ha mencionado algo sobre ustedes dos?

—¿Nosotros dos? —dijo Lambert.

—Vamos, Michael. Sabes que ella todavía te quiere como parte de su vida.

—No estoy seguro de eso —dijo él.

—¿Por qué te habría invitado al hospital, si no?

—No es mi hija, Sarah.

—Lo sé, pero es la hermana de Chloe. Todavía hay una vida ahí para ti, si la quieres.

Lambert sintió que toda la tensión volvía a su cuerpo. No estaba seguro de lo que Sarah quería de él, ni de la mejor manera de responder a lo que había dicho. No era propio de ella buscar consuelo, pero tal vez eso era lo que quería desde el principio.

Como si leyera sus pensamientos, Sarah se acercó a él. Le puso la mano en la barbilla y le levantó la cabeza.

—No quiero deshacerme de ti, tonto. Lo último que quiero es que vuelvas con ella, pero hay cosas más importantes que considerar.

Le besó los labios húmedos y salados de sudor.

—¿Te quieres duchar? —sugirió.

—Adelante. Yo voy a tomar algo.

Lambert abrió la ducha en su posición más baja hasta que el antiguo grifo empezó a escupir gotas de agua fría. Minutos después, sonó el timbre de la puerta. Cerró la ducha y se secó. Se puso la bata y regresó a la sala de estar a tiempo para ver a Sarah vestida con su ropa interior y una camiseta conduciendo a una desconcertada y sonriente Matilda Kennedy a la habitación.

Lambert se paró en la habitación principal y se apretó más la bata.

—Veo que has conocido a la Detective en Jefe Sarah May —le dijo a Kennedy, que seguía con cara de perplejidad. Las dos mujeres se miraron e intercambiaron sonrisas.

—Siento interrumpir. Intenté llamar, señor.

—¿De qué se trata?

—Hemos conseguido descifrar los archivos. El equipo técnico está trabajando en ellos mientras hablamos, pero he encontrado información que puede ser útil para localizar a Eustace Sackville.

—Bien, dame diez minutos para cambiarme.

—¿Quieres té? —le dijo Sarah May a Kennedy.

—Estoy bien, gracias. Creo que esperaré abajo. Fue un placer conocerte.

—Lo mismo digo —dijo Sarah. Una vez que Kennedy se fue, agregó—. Es simpática —Lambert no respondió y comenzó a cambiarse—. Mucho más guapa de lo que dijiste.

—No he dicho nada sobre su aspecto —dijo él.

—Y bastante joven.

—No he dicho nada —protestó.

—Solo bromeaba.

Lambert se puso la chaqueta.

—¿Puedes quedarte? —le preguntó.

—Lo siento —dijo May, que se inclinó hacia él y le besó la mejilla—. El deber me llama. Estaré en Londres los próximos días. Te avisaré cuando salga para Bristol.

—Me parece bien.

—No pongas esa cara —dijo May, poniéndole la mano en la mejilla—. Llámame cuando las cosas se hayan calmado un poco.

—De acuerdo —dijo Lambert—. Puedes salir por tu cuenta, supongo.

—Por supuesto. No soy Detective en Jefe por nada, ya sabes.

Kennedy lo estaba esperando fuera de su edificio, apoyada en su coche nuevo.

—Borra esa sonrisa de tu cara —le advirtió Lambert.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—No dije nada.

—Pero sigues sonriendo.

Se pasó lentamente la mano por la boca y la sonrisa desapareció.

—Uno de los archivos tenía algunas fotos. Viejas, creo, de la luna de miel del Sr. y la Sra. Sackville. Reconocí el lugar: Broadstairs, en Kent. Investigué un poco y encontré un parque de caravanas. Al parecer, los Sackville han estado allí todos los veranos durante los últimos treinta años. Pensé que podríamos ir y echar un vistazo ahora. Solo está a una hora de distancia, más o menos.

—Solo quieres probar tu coche nuevo, ¿no? —dijo él al subir al asiento del copiloto.

—Le di las llaves de mi último coche a alguien y nunca lo volví a ver.

—Basta de charla, vamos.

El sol se había puesto cuando llegaron a Broadstairs.

—Tal vez deberíamos haber esperado hasta mañana —dijo Kennedy mientras conducían por las carreteras secundarias hacia el parque de caravanas. Era una noche despejada y, lejos de la contaminación de la ciudad, el cielo estaba cubierto de estrellas.

—Ya estamos aquí.

El parque de caravanas que utilizaba Sackville estaba en un terreno privado, reservado a los propietarios de las caravanas estáticas. No había área de recepción, por lo que no habían podido llamar con antelación. Kennedy condujo el coche por un camino de tierra y aparcó en un aparcamiento improvisado. El lugar no estaba iluminado, así que Lambert utilizó su linterna para ver por dónde iba.

—¿Qué número es?

—Cincuenta y ocho —dijo Kennedy.

Una bruma de insectos seguía la luz de la linterna. Las caravanas habían visto días mejores. El duro resplandor de la luz revelaba estructuras oxidadas que necesitaban pintura. Lambert oyó el suave rumor del mar, un ruido de fondo que competía con el incesante parloteo de los saltamontes.

—Aquí —dijo Kennedy y señaló una caravana estática rectangular situada cerca del borde de un acantilado.

Lambert recorrió la estructura con la linterna. Cuatro aros horizontales adornaban la caravana, líneas alternativas de color marrón y blanco sucio. Lambert encendió la linterna debajo de la caravana y dio un salto hacia atrás cuando algo salió de la sombra y se escabulló entre la maleza, junto al borde del acantilado.

—¿Qué demonios ha sido eso?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Un zorro?

Él llamó a la puerta principal y su mano cedió en el suave plástico. Nadie respondió, así que alumbró con la linterna a través de una ventana lateral.

—Alguien está usando el lugar. Veo algunos cartones de comida para llevar —miró más de cerca—. Parece una copia del periódico de hoy.

—¿Cuál?

—El de Sackville.

—¿Qué debemos hacer?

—¿Qué hora es? —preguntó Lambert.

—Las diez y cuarenta y cinco.

—Esperamos hasta que cierren los pubs.

Lambert apagó la linterna. Ambos se sentaron al borde del acantilado, con la luz de la luna rebotando en el mar.

—Romántico —dijo Kennedy—. Hablando de eso...

—No estoy seguro de que debamos seguir esta línea de conversación —dijo él.

—Vamos, señor, cuéntame.

—Nada que decir.

La mujer se calló por unos segundos.

—¿Ella es la agente con la que trabajaste en el asunto del Cazador de Almas?

—Ahora es Detective en Jefe.

Un sonido los sobresaltó, alguien tropezando al caminar. La figura parecía estar cantando un ruido desafinado que a Lambert le sonó como una mala interpretación de “Danny Boy”.

—¿Sackville? —susurró Kennedy.

—No lo sobresaltemos.

Se pusieron de pie. Él agarró su linterna pero no la encendió. La figura apareció. Tenía que ser Sackville. Reconoció la forma del cuerpo del hombre. Bajo, fornido, con un vientre cada vez más prominente. Ambos tuvieron que reprimir una carcajada cuando Sackville tropezó y cayó al suelo, soltando una retahíla de improperios en el aire nocturno.

—Lleva una botella —comentó ella.

El hombre bebió un trago de la botella y buscó en su bolsillo la llave de la caravana. Lambert sabía que no había forma fácil de anunciar su presencia. Encendió la linterna.

—Eustace, no te alarmes. Soy Michael Lambert.

La táctica no funcionó. Sackville quedó atrapado en el resplandor de la luz por un momento mientras sopesaba sus opciones. Tomó su decisión: dejó caer la botella, soltó un grito de desesperación al estrellarse contra los escalones de piedra, y echó a correr por el sendero.

—Eustace —llamó Lambert, divertido y exasperado. Corrió tras él, mientras el periodista resbalaba a cada paso. Él estiró la mano y tiró del hombro de Sackville, en tanto evitaba un torpe intento de puñetazo.

—Jesús, ¿quieres calmarté? Soy Lambert.

Sackville se agachó, con las manos en las rodillas, y vomitó. Lambert retrocedió unos pasos, el olor lo abrumó.

—Eso no está bien, Eustace.

Sackville se levantó, con una línea de vómito goteando de su boca. Usó la manga de su chaqueta para limpiársela.

—Eres una sorpresa de la que podría prescindir —dijo.

El periodista los condujo a la caravana, donde Lambert intentó hacerles un café.

—Ya conoces a mi colega, la Sargento Kennedy.

—Encantado, disculpa el desorden.

Lambert encontró tres vasos de plástico y los llenó de café instantáneo.

—Bebe, Eustace.

—¿Cómo me has localizado aquí? —Sackville parecía realmente preocupado. La implicación era clara: si ellos podían encontrarlo, entonces otras personas también.

—¿De quién te escondes, Eustace?

—Creo que lo sabes.

—Blake.

Sackville hizo una mueca en tanto bebía el café.

—¿Podrías ponerle un poco de licor a esto por mí?

—No lo creo, estás al borde de la incoherencia.

Lambert le habló de los archivos que encontraron en su apartamento.

—¿Mia entró por la fuerza?

—Eso creemos.

—¿Pero no tiene los archivos?

—No, nosotros los tenemos. Los estamos revisando ahora. Dime, ¿qué tienes sobre Blake?

—Nada que pueda probar. Le conté a Mia una historia encubierta. Sus supuestos rivales en realidad son sus colegas. Al menos, él cree que lo son. Croatas.

—¿Tráfico? —preguntó Kennedy.

Sackville asintió.

—Cada vez que me acerco a la verdad, alguien desaparece. Y después Moira...

Empezó a sollozar. Llanto agitado y desesperado, el sonido de días de angustia siendo liberado.

—¿Conoces al Sargento Harrogate? —preguntó Lambert, y notó la mirada de sorpresa de Kennedy.

—Sé de él. Sé que está investigando a Blake de alguna manera.

—¿Cuánta información tienes sobre Blake, Eustace? ¿Suficiente para que le quite la vida a Moira?

—Podría escribir un libro sobre Blake, pero no podría probar nada.

—¿Hay algo nuevo? ¿Algo que podría haberlo provocado? —preguntó Kennedy

—No. Pero si lo hubiera, ¿por qué coño no me mató?

Lambert tocó el hombro de Sackville.

—Podría haber sido alguien del otro lado, sus supuestos colegas, los croatas. El mensaje podría ser para beneficio de todos. “Métete con nosotros y tu familia estará en peligro”.

—Podría ser. No me extrañaría nada de esos bastardos enfermos.

—¿Y qué hay de Laura Dempsey? —dijo Kennedy.

—¿Seguro que no sabes nada de ella, Eustace?

Sackville negó con la cabeza.

—Envíame todo lo que tengas sobre ella, e investigaré un poco. Veré si tiene alguna conexión. Parece improbable.

—Gracias, Eustace. ¿Estás seguro de que quieres quedarte aquí? Como dije antes, podríamos llevarte a un lugar seguro.

Eustace Sackville miró al desorden de la caravana.

—Tal vez no sería tan mala idea.

Sarah se había ido cuando él volvió a su dormitorio. Después de dejarlo, Kennedy llevaría a Sackville a la estación, donde arreglarían un alojamiento seguro para el periodista.

Localizar a Sackville había creado más preguntas de las que había resuelto. Lambert hizo otra búsqueda en El Sistema para tratar de averiguar el interés de Harrogate por Blake, pero no aparecía ninguna investigación activa. Fuera lo que fuera lo que Harrogate tramaba, era encubierto, aunque no tanto como para que un periodista no lo hubiera descubierto.

Lambert cogió una botella de vodka de la mini nevera de la cocina y se sirvió una medida. El primer sorbo le irritó la garganta; el líquido ácido no sabía a nada, pero le produjo una oleada de relajación. Se sirvió una segunda ración y se sentó en la cama donde aquella misma tarde había dormido Sarah May. Las sábanas arrugadas formaban una aproximación de su figura dormida.

Se dio cuenta de que hacía tiempo que no hablaba con Sophie. Recordó el trauma de los primeros días con Chloe, el cambio radical de su rutina y sus hábitos de sueño, y se preguntó cómo lo estaría llevando ella. Tenía a su madre como compañía, pero no era lo mismo. Decidió que iría a visitarla a primera hora de la mañana, por muy difícil que fuera ver a la nueva bebé en casa, durmiendo donde antes había dormido Chloe.

Se bebió un tercer trago y apagó la luz. El vodka había sido un error, no le dejaba dormir. Estaba a medio camino entre el sueño y la conciencia. En su cabeza se sucedían las imágenes de los últimos días, un collage aleatorio de distorsiones. La nueva bebé de su mujer, Eustace Sackville tropezando en el camino hacia su caravana, Kennedy en la cafetería, los padres de Laura Dempsey solos en su hogar, el Sargento Harrogate atacándolo en la puerta de la casa de Blake. Su mente bailaba con escenarios y pensamientos a medida que intentaba conciliar el sueño. ¿Sabían los señores Patchett que habían asesinado a sus nietos y a su yerno, y que su hija estaba sola en el mundo? Pensó en el asesino, que seguramente no era Curtis Blake, a menos que estuviera disfrazando su voz o, lo que era más probable, utilizando un intermediario para llamarlo en los momentos más importantes, como si de algún modo estuviera siguiéndole la pista.

Los pensamientos y las preguntas aparecían y desaparecían, su mente estaba demasiado cansada para aferrarse a un solo pensamiento el tiempo suficiente para analizarlo por completo.

En algún momento debió de quedarse dormido. El incesante pitido de su teléfono lo arrancó de su descanso. Aturdido, palmeó la cama para buscarlo, con el cuerpo empapado en sudor. Lo encontró en la mesilla de noche, y antes tiró el vaso de la noche anterior.

—Sí —gritó en el auricular, y se dio cuenta de que debía de haber puesto el despertador en

algún momento.

Eran las seis de la mañana. Se duchó y se cambió, llamó a Kennedy y le dijo que se encargara del informe matinal del equipo nocturno.

Tras un corto trayecto en coche, se sentó frente a su antigua casa y esperó. Los trabajadores de la ciudad ya estaban levantados y dejaban a sus hijos en el colegio, los chicos con camisas grises, las chicas con vestidos a cuadros, en sus clubes de desayuno antes de coger sus trenes a la ciudad. Sophie se había quedado en casa hasta que Chloe empezó el preescolar, había vuelto a tiempo parcial al bufete cuando Chloe tenía tres años y a tiempo completo cuando su hija empezó el colegio. Sophie se hizo socia antes de que Chloe dejara la escuela infantil.

Un padre llevaba de la mano a una niña que daba saltitos con la mochila al hombro, y Lambert tuvo que reprimir una lágrima al recordar cuando llevaba de la mano a Chloe y la acompañaba por el mismo camino hasta el mismo colegio.

La puerta principal se abrió y Sophie asomó la cabeza por la puerta para comprobar que el camino estaba despejado, y salió en bata a recoger la leche y el pan que había en el umbral. Lambert cogió la bolsa de pasteles que había comprado en la panadería local y se dirigió a su antigua casa. Golpeó la puerta, absurdamente nervioso.

—Oh —dijo Sophie al abrir la puerta, solo con la cabeza visible—. Michael.

—Lo siento, puedo volver después. Pasaba por aquí y pensé...

—No, no seas ridículo. Es solo una sorpresa. Pasa, pasa.

Lambert la siguió por el pasillo hasta la cocina. Hacía unos meses que vivía aquí, pero ahora el lugar parecía un sitio que no conocía o al que no pertenecía. Tras la llegada de Chloe, habían ampliado la cocina. Estaban abiertas las grandes puertas acristaladas que daban a un jardín de listones de madera, donde la madre de Sophie disfrutaba del sol matutino. A la sombra del comedor, la bebé dormía en un cochecito nuevo.

—Oh, Michael —dijo la mujer, que imitó a su hija.

—Glenda.

—¿Quieres café?

—Gracias. He comprado algunos dulces —dijo, y levantó la bolsa.

—Estupendo —dijo Sophie, cogiéndole la bolsa y regresando a la cocina.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Glenda cuando Sophie se marchó. Nunca habían tenido la mejor de las relaciones. Glenda, al igual que su hija, era una abogada de alto nivel que nunca había aprobado su trabajo. Sophie le había contado, al principio de su relación, que había llegado a decirle que lo dejara. Supuestamente, ser la mujer de un policía no era vida para su hija. La relación se había agriado tras la muerte de Chloe, por la cual que ella seguía culpando a Lambert.

Él prefirió ignorar el insulto latente.

—Yo también me alegro de verte, Glenda. ¿Cómo está William?

—Bien. Tiene que valerse por sí mismo. Imagino que disfruta de su libertad.

Apuesto a que sí, pensó Lambert. El padre de Sophie siempre había estado un poco más dispuesto a la línea de trabajo de Lambert. Dirigía una pequeña empresa de contabilidad y había conseguido jubilarse antes. Pasaba la mayor parte del tiempo entre los clubes locales de tenis y de vela. Lambert había bromeado a menudo con Sophie sobre que cualquier lugar habría sido preferible a pasar el tiempo en casa.

Glenda le sonrió. No le había quitado la vista de encima desde que llegó. Era su manera de tratar a la gente, una forma pasiva y agresiva de evaluar a las personas y ponerlas en su sitio. Su

desagrado era demasiado evidente.

—¿Por qué estás aquí, Michael?

—Estoy visitando a Sophie, y a...

—Jane.

—Sé el nombre de la niña, Glenda. Sophie me pidió que me mantuviera en contacto, así que lo hago.

—Sophie no sabe lo que quiere —contestó con los dientes apretados.

—Bien, café y pasteles. Una mañana gloriosa y una niña dormida. El paraíso —Sophie le puso delante una taza humeante de café y el plato de pasteles en el centro de la mesa.

Glenda se recostó en su silla y sonrió.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo? —preguntó, como si la última conversación no se hubiera producido—. Debe ser extraño, después de tanto tiempo fuera.

—Es como si nunca me hubiera alejado.

—¿Eso es bueno? —preguntó Sophie.

Lambert pensó en lo fácil que se había adaptado a la rutina improvisada, a los horarios tardíos e impredecibles. Pensó en las cosas que había presenciado y lo rápido que su mente era capaz de aceptar las atrocidades.

—Buena pregunta —se inclinó sobre la mesa y cogió una manzana del plato. Estaba a punto de darle un mordisco cuando Glenda le tendió una servilleta—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Sophie.

—Bien. Jane tiene el sueño pesado. De momento —la mujer tocó la mesa de madera.

Lambert no se atrevía a preguntar por Jeremy Taylor.

—¿Cómo ha ido el trabajo?

—Me las enviaron —dijo Sophie, señalando un gran ramo de flores sobre la mesa del comedor—. Son geniales, como siempre.

Se imaginó a Taylor arreglando una colección en el trabajo y eligiendo las flores para su mujer.

—Todo esto es un poco extraño —dijo él.

Glenda suspiró, pero él ignoró a la mujer que ponía los ojos en blanco.

—Mamá, tal vez podrías ir a ver a Jane.

—Pero si está dormida.

Sophie le dio a su madre una mirada de advertencia que solo ella podía lanzar.

—Bien. Me esfumaré, ¿por qué no?

—Una alegría como siempre —dijo Lambert una vez que su suegra estuvo fuera del alcance del oído.

—No, Michael, ella ha sido maravillosa. No sé qué habría hecho sin ella.

—¿Es una indirecta hacia mí?

—¿Qué? No. Por supuesto que no lo es.

—Lo siento, no quise decir eso...

—Mira, solo puedo imaginar lo difícil que es, pero hay cosas más extrañas en el mundo.

Lambert imaginó a la familia de Laura Dempsey, inmediata y extendida, con las muñecas cortadas.

—No lo sé. ¿Qué hay de... él...?

—¿Jeremy?

Él asintió. Sabía que se estaba comportando como un adolescente con el corazón roto y, lo

que era peor, sabía lo hipócrita que era por no contarle a Sophie sobre Sarah May.

—Sí, Jeremy —dijo, como si estuviera jurando en una iglesia.

—Ha estado aquí todos los días. Sale a la hora de comer. La empresa le ha dado un permiso de paternidad que empezará pronto.

Las palabras le dolieron. Era demasiado difícil. Sentado en lo que una vez fue su casa, con una mujer que todavía era técnicamente su esposa, discutiendo la baja por paternidad de otro hombre.

—Siéntate, Michael. No quise molestarte —Sophie le puso la mano en el brazo. Él se apartó, lo más suave que pudo.

—No lo has hecho. Tengo que volver al trabajo. Estoy esperando un informe sobre un caso en el que estamos trabajando.

Sophie lo siguió hasta el comedor.

—Ni siquiera te he pedido que la alces —dijo, al mirar hacia el cochecito donde dormía la niña.

Sophie le había dicho que era un padre natural con Chloe. Le encantaba cogerla en brazos cuando era una bebé. Tenía un don para hacerla dormir que había confundido y asombrado a Sophie por partes iguales.

—Ella no es mía, Soph.

—Es la hermana de Chloe —dijo Sophie, con los ojos llorosos.

—Pero no es mía.

Matilda comenzó la sesión informativa de la mañana poniendo al tanto al equipo sobre Eustace Sackville, que se encontraba bajo protección. Solo podía imaginar los gastos.

Había dejado a Eustace Sackville en el piso franco, una casa adosada en el norte de Londres, y había dado instrucciones estrictas a los dos agentes encargados de vigilar el lugar. Como no parecía haber ningún peligro inminente para el periodista, se preguntó cómo se justificarían los gastos. Tillman la había llamado cuando ella conducía hacia su casa. Quería verla, pero ella declinó la invitación porque sabía que tenía que dirigir la sesión informativa.

Ahora solo podía mantenerse despierta. El equipo nocturno tenía poco que añadir, y ella dio las instrucciones para el día, que incluían ir a ver a Noel Whitfield junto con Walker.

—¿Cuál es nuestra principal línea de investigación en este momento? —preguntó Devlin.

Era una pregunta bastante razonable.

—El Detective en Jefe Lambert quiere que consideremos que Dempsey y Sackville están relacionados de alguna manera. Nos centramos en lo que une a Eustace y Laura, más que en lo que une a las víctimas.

—¿Y si no están vinculadas? ¿Y si las víctimas son aleatorias? —dijo Walker, que no pudo resistir involucrarse.

—Entonces estamos perdidos —dijo Matilda, y recibió una oleada de risas de apoyo de los miembros del equipo que salía—. Ahora, todos conocemos nuestros papeles para hoy. Vuelvan aquí a las seis para el informe.

Todos se dispersaron, y Matilda se alegró de ver la sensación de urgencia y entusiasmo. Aunque todo era provisional por ahora, había una sensación de que se estaban acercando. El último paradero conocido de Noel Whitfield era un apartamento en Finchley.

—¿Por qué estamos aquí otra vez, para ser exactos? —preguntó Walker una vez que aparcaron junto a un conjunto de contenedores metálicos altos rebosantes de basura. El apartamento estaba situado en un edificio alto. Al igual que Walker, Matilda sabía que la zona no era demasiado amigable con la policía. A los agentes se les dijo que se acercaran al edificio mínimo de dos en dos, pero idealmente en grupos más grandes.

—Te lo dije. Tenemos que descartar a Whitfield —Kennedy había explicado los detalles del caso Whitfield. Cómo el hombre, representado por el antiguo amante de Moira Sackville, Charles Robinson, había sido absuelto del intento de asesinato de Andrew Haynes. Cómo supuestamente había dejado a Haynes discapacitado, y había hecho que Rebecca Pritty viera cómo torturaba y apuñalaba al hombre de manera repetida.

—No puedo creer que no esté internado. Al fin y al cabo, solo era una tecnicidad —dijo Walker.

Matilda se había reunido con el asistente social de Whitfield. Lo consideraban un caso de riesgo, pero no tenían la capacidad ni el dinero para internarlo, como había aludido el hombre.

Whitfield vivía en el duodécimo piso. Los dos ascensores del edificio no funcionaban y se veían obligados a subir las escaleras.

—Imagínate tener que subirlas todos los días —dijo Walker, más para sí mismo que para Matilda.

—Piensa en los de los pisos superiores.

Los huecos de las escaleras olían como un continuo e interminable urinario, y el calor atrapado en el edificio intensificaba el hedor. La pintura descascarada caía de las paredes cubiertas de grafitis. Piensa en vivir aquí, pensó.

Matilda respiró profundamente el aire fresco al abrir la puerta que daba al piso de Whitfield; una brisa agradable soplaba alrededor del piso que, al igual que el hueco de la escalera, había sido utilizado como retrete improvisado. Las paredes de ladrillo claro estaban manchadas, y Matilda se vio obligada a pasar por encima de un charco de líquido de aspecto desagradable para acceder a la puerta principal de Whitfield.

—¿Lista? —le dijo a Walker, a medida que golpeaba con los nudillos la puerta de madera.

Walker miró a través de la puerta.

—La tele está encendida.

Matilda volvió a golpear.

—Espera —susurró, y pegó la oreja a la puerta.

Walker se llevó la mano al cinturón y la puso sobre la porra extensible. Se relajó cuando la puerta se abrió con un chirrido. Una mujer negra con sobrepeso, envuelta en lo que parecía poco más que una sábana de colores brillantes, estaba de pie en la puerta, con una mano en la cadera.

Matilda le enseñó su placa.

—¿Podemos hablar con Noel Whitfield, por favor?

La mujer suspiró. Miró a Matilda de arriba a abajo dos veces.

—Noel —gritó, sin apartar la mirada.

—¿Qué? —la voz de Whitfield se dirigió hacia ellos, débil y afeminada.

—Alguien te busca.

Matilda miró detrás de la mujer y distinguió una figura que caminaba por el pasillo. La mujer retrocedió y Whitfield apareció en el campo de visión. Solo llevaba puestos calzoncillos, la cara y el cuerpo tan demacrados que Matilda pudo ver con facilidad la forma de su caja torácica y el contorno de las cuencas de los ojos.

—¿Noel Whitfield?

—¿Quién pregunta? —dijo el hombre, con una voz tan suave que era casi inaudible.

Matilda solo se presentó. Walker se inclinó sobre el muro y comprobó que el coche seguía allí. Por lo que parecía, había llegado a la misma conclusión que Matilda: Whitfield no era capaz de cometer los crímenes que le habían ocurrido a Moira Sackville y a la familia Dempsey. Parecía desesperadamente necesitado de nutrición.

—¿Cuándo fue la última vez que dejaste el apartamento? —preguntó Kennedy.

—Estoy fuera de él ahora, ¿no?

—Quiero decir, que lo hayas dejado de verdad. ¿A dar un paseo, o de compras?

—Hago todas sus compras por él —dijo la mujer, aún de pie en pose defensiva.

—Sí, Sally hace todas mis compras. No me gusta salir mucho.

—¿Cuándo fue la última vez, Noel?

—No lo sé, hace tres o cuatro años.

Volvieron a la estación en silencio. Matilda imaginó que Walker se había sorprendido tanto como ella cuando Lambert los juntó como compañeros. Había dejado de ser tan machista desde ese momento, pero Matilda percibía tensión en el hombre cada vez que estaba con él. Lo había notado antes en otras personas. Walker era una bomba de tiempo. Se estaba mordiendo la lengua, y ella sabía que acabaría por estallar. Se frotó la barba cuidada.

—Qué pérdida de tiempo y esfuerzo.

—Al menos podemos quitar a un sospechoso de la lista.

—Sí, claro. Si no fuera una idea tan ridícula, diría que Lambert nos envió a esta búsqueda inútil a propósito.

—¿Lambert?

—Sí, Lambert.

—¿Por qué haría eso?

—Tal vez te quiere fuera del camino. Es su primer gran caso desde que regresó. Podría estar en algo, y quiere llevarse la gloria él mismo.

Ella pensó en la noche anterior, la forma en que Lambert había actuado con Sackville.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Oh, sí, mira la tormenta de mierda que causó en el caso del Cazador de Almas. Cuando salió de línea de esa manera.

Kennedy sabía que Walker estaba tratando de ponerla de su lado. Era tan obvio que resultaba doloroso.

—Yo me guardaría tus opiniones para ti, Walker.

—Perdóname tener una opinión.

—Las opiniones están bien, pero estás siendo desleal.

Walker sonrió.

—No se puede ser desleal con el equipo, ¿verdad?

—¿Qué diablos significa eso?

—Las mismas reglas se aplican a todos —dijo Walker. Bajó la ventanilla del acompañante y miró hacia fuera, indicando que había terminado de hablar.

Matilda sacudió la cabeza y encendió la radio.

Cuando regresaron, la sala de incidentes estaba llena. Incluso Tillman estaba allí, quien la ignoró sin esfuerzo. Conversaba con Lambert, que al menos había levantado la vista cuando ella llegó. Hablaban con otro oficial que ella no reconoció. La sala estaba animada, pero también había una tensión palpable. Ya se había encontrado en esa situación en un caso en el pasado. Todos se daban cuenta de que estaban cerca de descubrir algo, pero de momento era intangible. Matilda sabía que corrían el riesgo de perder la concentración. Había demasiadas posibilidades, demasiados caminos que podían tomar. Ahora era el momento de centrarse en una o dos líneas de investigación, pero esa decisión estaba fuera de su escala salarial por ahora. Lambert dejó de hablar con Tillman y la saludó con la cabeza.

—Este es el Sargento Harrogate, de Crimen Organizado.

Harrogate asintió.

—¿Están investigando a Blake? —preguntó Matilda.

—Así es.

—Entraremos en más detalles durante la sesión informativa —dijo Lambert. Le apretó la mano en la espalda con suavidad y la alejó de Harrogate.

—¿Cómo te fue con Whitfield?

—Es un callejón sin salida. Ha estado encerrado en su apartamento los últimos años. No es más que piel y huesos. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Política, como siempre. Alguien ha hablado con Tillman. Nos advierten que no persigamos a Blake por el momento.

—¿Así que lo que dijo Sackville era cierto? —dijo Matilda.

—Eso parece.

—Pero esta es una investigación de asesinato.

—No creen que sea más importante que su investigación. Ya sabes cómo funcionan las cosas, Kennedy. Según Harrogate, esto es solo la punta del iceberg. Si consiguen lo que quieren, se resolverán cientos de asesinatos sin resolver.

—Es una mierda —dijo Matilda.

—Escucha, solo son directrices. Lo haremos a su manera, pero te prometo que nada nos impedirá atrapar a la persona que queremos.

Lambert echó un vistazo a la sala y, poco a poco, se hizo el silencio.

—Gracias a todos por venir, sé que tienen mucho trabajo. Quería convocar una sesión informativa para ponerlos al día de algunas novedades. Como saben, el Sargento Kennedy y yo nos reunimos con Eustace Sackville anoche. Discutimos sus recientes informes sobre Blake. Parece que Blake ya está siendo investigado por Crimen Organizado. Este es el Sargento Harrogate. Él les explicará más.

Matilda sonrió. Sin siquiera intentarlo, Lambert había puesto de manifiesto su desagrado por Harrogate.

La explicación del hombre fue muy breve. Les dijo que dirigía una operación secreta de tráfico de personas.

—Nada de esto puede salir de esta sala —advirtió a todos.

Matilda echó un vistazo a la sala y se dio cuenta de que el tono del hombre no había sentado muy bien al resto del equipo.

Cuando Harrogate se sentó, Lambert lo miró desconcertado.

—Ya lo han oído, chicos y chicas. Tenemos que aflojar con Blake por el momento. Gracias, Sargento Harrogate, eso es todo.

Harrogate hizo una mueca y miró a su alrededor, claramente descontento por ser despedido delante de todos. Miró a Tillman en busca de apoyo, pero el Superintendente Jefe se limitó a encogerse de hombros.

—Nos vemos —dijo Lambert cuando el hombre abandonó la sala en medio de un coro de risas susurradas.

Lambert intercambió una mirada con Tillman, que se puso en pie.

—Lamentablemente, vamos a hacer lo que ha sugerido Harrogate de momento. Pero no descartamos a Blake aún. Si llega algo concreto, les doy permiso para entrar —dijo Tillman.

—Bien, los dejo que prosigan.

Un jadeo audible de alivio sacudió la sala una vez que Tillman se marchó.

—Devlin, ¿qué tenemos de los archivos de Sackville? —dijo Lambert.

—Empezamos a revisarlos anoche, nos centramos en los archivos que mencionan a Blake. Las investigaciones personales de Sackville respaldan lo que acaba de decir el Sargento

Harrogate, aunque entran un poco más en detalle, para ser justos.

Todos rieron ante el comentario y Devlin sonrió, complacido por la solidaridad en la sala.

—El problema es que el documento tiene más de cuatrocientas mil palabras. Hemos hecho todas las búsquedas cruzadas que se nos han ocurrido para relacionar a todos los implicados en el caso. Pero vamos a tener que sentarnos y leerlas, a la antigua.

—Te dejaré eso a ti —dijo Lambert—. Consigue toda la ayuda que quieras. Divídanlo en secciones pequeñas y empiecen a leer. Nos reuniremos aquí a las siete de la tarde.

—Señor, se supone que debemos asistir a unos tragos con la brigada de homicidios esta noche. El Sargento Sherwood va —gritó uno de los agentes del equipo técnico.

—Creo que los seis asesinatos denunciados tienen prioridad sobre una borrachera —dijo Lambert, antes de añadir—. Dicho esto, no digo que no vayamos, pero volvemos aquí a las siete primero. Hay un vínculo entre las familias Sackville y Dempsey, estoy seguro. Ahora solo tenemos que encontrarlo. Volvemos a las siete.

El equipo se dispersó. Matilda estaba de acuerdo con Lambert, solo deseaba saber cómo encontrar el vínculo.

Lambert se dirigió al escritorio de Kennedy.

—Tendremos que reunir a Dempsey y Sackville en algún momento.

—No le darán el alta del hospital pronto.

—Entonces tendremos que llevar a Sackville. Quiero que hables con Laura Dempsey. A ver si puedes sacarle algo más, aunque tengas que hablarle de Blake, sobre lo que ha estado trabajando Sackville.

—¿Qué pasa con el Sargento Harrogate?

—Ignora a Harrogate. Solo estoy hablando por Tillman y los demás. Habla con ella y dile lo que necesites para sacudir su memoria. Cuanto más lo pienso, más difícil es que esto sea una coincidencia. Está eligiendo a sus víctimas, y hay una razón. Laura Dempsey y Eustace Sackville tendrán que decirnos cuál es esa razón.

Devlin los detuvo cuando salían de la sala de incidentes.

—Señor, alguien en recepción quiere hablar con usted.

Charles Robinson estaba esperando en recepción.

—Detective en Jefe Lambert, Sargento Kennedy. Este es mi colega, Giles Lansdowne.

—¿Qué puedo hacer por usted, Sr. Robinson? —

Había olvidado a Robinson desde que descubrió los cuerpos de los padres de Laura Dempsey. Era obvio que el silencio había molestado al abogado.

—Pensé que era prudente aclarar cualquier pregunta que pudiera tener para mí. La última vez que los vi...

—¿Hay algo que desee decirnos, Sr. Robinson?

Robinson miró a su colega.

—Nada en concreto, pero si tienen algo que preguntarme....

Lambert intercambió una mirada con Kennedy, y notó el atisbo de diversión en sus ojos.

—No tenemos nada que preguntarle por el momento, pero gracias por venir.

Robinson hizo una mueca.

—Debo decir que esto me resulta muy incómodo. Sé cómo son estas cosas, y hubiera esperado un mejor trato.

—¿Cómo son estas cosas? —repitió Kennedy.

—¿Mejor trato? —añadió Lambert.

—Estás tratando de hacerme sentir incómodo, por la razón que sea. Sé que quieres hacerme más preguntas, ¿por qué te acercaste a mí en el Bailey, si no?

—Las cosas evolucionan, Sr. Robinson. Estaremos en contacto si es necesario.

—¿Puedo sugerirte que me llames si quieres hablar más con mi cliente? —Giles Lansdowne entregó a Lambert una tarjeta de presentación dorada.

—¿Cree que necesita representación legal, Sr. Robinson?

—Vamos, Giles. No voy a seguir perdiendo el tiempo.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Kennedy, mientras los dos abogados salieron del edificio.

—Estaba a punto de interrogar a Robinson en Old Bailey cuando pensé en los padres de Laura. Solo se está protegiendo, no quiere que su nombre sea arrastrado por el barro.

—¿Por qué no lo interrogamos?

—Déjalo sudar por el momento. Hablaré con él en mis propios términos. No ha sido comunicativo con nosotros, así que no creo que merezca un trato especial.

—Supongo que Giles Lansdowne no estará presente —dijo Kennedy, con esa mirada de diversión en su cara de nuevo.

—Es muy improbable. Bien, te veré en el interrogatorio.

—Sí, señor.

—Matilda, antes de que te vayas.

Kennedy levantó las cejas al oír su nombre de pila.

—Si hay algo que necesites decirme en cualquier momento, sabes dónde encontrarme.

—Sí, señor.

—Lo digo en serio. Si hay algo que necesites decirme, relacionado con el caso o no, puedes decírmelo con total confianza.

—Es bueno saberlo. Gracias, señor.

De vuelta en su despacho, se conectó al Sistema. Buscó en las publicaciones en redes sociales de Eustace Sackville mediante el acceso remoto. Hizo lo mismo con Laura Dempsey y cruzó las búsquedas. Añadió a Curtis Blake y amplió la búsqueda para incluir búsquedas en Internet y noticias. Si El Sistema tenía un inconveniente, era su eficacia. Las búsquedas sobre personas concretas arrojaban cientos de resultados, demasiados para abordarlos sin horas de trabajo. Lambert intentó limitar la búsqueda, pero se encontró con el obstáculo de no saber con exactitud lo que buscaba. En una de sus carpetas, le esperaban las búsquedas sobre el padre de Kennedy. No estaba convencido de que hubiera nada relevante en los archivos, pensó que era posible que el asesino estuviera intentando desviar su atención.

Llamó al departamento técnico para comprobar si había alguna forma de rastrear llamadas desconocidas en su teléfono.

—Si trae el teléfono, veremos qué podemos hacer —dijo una voz femenina.

—¿Qué posibilidades hay de rastrearlo si quien llama no quiere ser rastreado?

—Si son medianamente competentes, podría resultar muy difícil. Podrían llamar por Wi-Fi y rebotar las direcciones IP por todas partes.

Lambert colgó y tamborileó con los dedos sobre el escritorio, frustrado por lo cerca que estaban. Esperaba que la entrevista de Kennedy con Laura Dempsey le diera algún resultado. Si no lo conseguía, tendría que reunir pronto a Dempsey y Sackville. Estaba convencido de que ambos estaban ocultando algo.

Recorrió la corta distancia que lo separaba del piso franco de Sackville y mostró su tarjeta de identificación a los dos agentes vestidos de civil.

—¿Te gusta tu nuevo entorno, Eustace?

—No me puedo quejar, aunque nos estamos quedando sin malta.

—Apenas pasa del mediodía —dijo Lambert, que hervía la tetera.

—Lo sé.

—Blake cumple 60 años en un par de días. ¿Vas a ir?

Sackville resopló y aceptó la taza de café instantáneo.

—Es oficialmente una fiesta sorpresa, por lo que he oído. Blake hará una gran entrada cuando lleguen los invitados.

—¿Quién va a estar allí?

—Aparte de la familia, todos. Deberías llevar todas tus órdenes de arresto pendientes, tendrías un día de campo.

Lambert pensó en el caso del Sargento Harrogate, y se preguntó si tendría planes para ese día. Sin importar lo que pensara Harrogate y de las órdenes que había recibido de Tillman, la única razón por la que no había vuelto a visitar a Blake eran las llamadas que seguía recibiendo. Era posible que se tratara de una táctica de distracción preparada por Blake, pero Lambert estaba

dispuesto a esperar hasta saber más.

—Así que, hemos empezado a leer tus archivos.

—Bien. No estoy seguro de haberte dado permiso, pero está bien.

—Mucha prosa, Eustace. ¿Podrías ayudarnos a reducir nuestra búsqueda?

—Los archivos sobre Blake están todos ahí. No puedo hacer mucho más, y por lo que parece, tu chico Harrogate tiene todo ese asunto resuelto.

—¿Qué sabes del personal de Blake?

—¿Personal? Ese es un término muy vago. ¿Por qué? ¿Qué estás buscando?

—¿Alguien en quien puedas pensar que sería desleal?

—¿A Curtis Blake? No si tienen sentido común. He oído algunas historias.

Lambert las había oído todas, y en ocasiones había visto las consecuencias. Traicionar a gente como Curtis Blake resultaba en algo más que la muerte. Por lo que él había visto, la muerte era el último acto misericordioso.

—¿Alguien nuevo, alguien de quien no estés seguro?

Sackville miró con desagrado su café instantáneo.

—Dime lo que sabes y pediré algunos suministros. Esto podría ser para tu propio beneficio, Eustace.

—Su equipo está bastante bien establecido. Tu amigo Harrogate sabe todo esto, por cierto. Su círculo interno es principalmente familiar, incluso su contador es un sobrino. Hay gente de fuera que trabaja para él, pero se los sigue de cerca. Los únicos altos cargos que no son de la familia son el abogado y el tipo de seguridad. De hecho, todos los de seguridad son de fuera. Prefiere ex militares. El jefe es Atkinson, luego Wallace y Richards. Hay al menos siete u ocho o más ex militares que trabajan por debajo de Atkinson. Todo el equipo estuvo junto en el Golfo. Todos son ex operativos especiales de un tipo u otro. Por debajo de ese equipo, tienen un subequipo que hace algunos de los trabajos más desagradables.

—¿El abogado?

—Usa una firma. Price y Barker.

Lambert cerró los ojos un segundo y apartó la mirada.

—Su mujer trabaja allí, ¿verdad?

Lo miró fijo, pensativo.

—Seguro que es una coincidencia. ¿En qué departamento trabaja?

—Derecho de familia.

Lambert pensó en su llamada anónima y toda la información que tenía.

—Blake tiene su propio equipo. No es lo que uno esperaría. Blake tiene la impresión de que es legal, así que todos son abogados comerciales. Creo que envían el trabajo criminal afuera.

—¿Supongo que usa a los mayores, los socios?

—Sí, el principal es...

—No me digas —adivinó Lambert—. Jeremy Taylor.

Llamó a Sophie en cuanto llegó al coche.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Solo quería hablar. ¿No ha pasado nada fuera de lo normal en estos días?

—No. Oh, espera, expulsé a una niña pequeña de mi cuerpo hace unos días, pero aparte de eso...

—Muy graciosa.

—Suenas preocupado, ¿pasa algo malo?

No tenía sentido preocuparla sin razón. Que Taylor estuviera involucrado tenía que ser una coincidencia. Según todos los indicios, había estado supervisando el trabajo legal de Blake durante varios años, mucho antes de que Sophie apareciera en escena.

—No, solo me sentía mal por lo de antes. ¿Cómo está Glenda?

—Bien. ¿Qué pasa, Michael? Puedes decírmelo.

—Nada, de verdad. Hablaré contigo más tarde.

El teléfono sonó tan pronto como terminó la llamada.

—Sí —contestó Lambert, sin haber mirado el número.

—Lambert.

Pisó el pedal del freno un poco más fuerte de lo previsto y recibió un bocinazo del coche de detrás. Levantó la mano en señal de disculpa.

Percibió el cambio en la voz del hombre de inmediato. Fue un sutil cambio de tono, casi indescifrable. El asesino sonaba estresado.

—No va a funcionar —dijo la voz—. No vas a convertirme en una especie de broma.

Lambert intentó detenerse e hizo sonar el claxon al coche que tenía delante.

—Más espacio. ¿De qué estás hablando? —gritó por el altavoz. El coche se apartó y Lambert aparcó en una doble línea amarilla y encendió los intermitentes, por lo que recibió una retahíla de bocinazos y gritos de rabia de los demás.

—No te hagas el tonto conmigo, Lambert, sé demasiado sobre ti. Sé que te has reunido con Mia Helmer en más de una ocasión. Te reuniste con ella el otro día en el apartamento de Eustace —Lambert se acordó de cuando sorprendió a la periodista registrando las pertenencias de Sackville y del consiguiente expediente que había revelado sobre la implicación de Curtis Blake en el tráfico. Solo podía suponer que Helmer había filtrado la historia a pesar de las promesas que le había hecho.

—Me he reunido con Helmer, pero no le he dicho que publique ninguna historia —apostó—.

Por lo que tengo entendido, tú la guiaste hasta el lugar en primer lugar.

El asesino hizo una pausa y Lambert necesitó toda su voluntad para no volver a hablar. Se quedó quieto, cada coche que pasaba tenía que maniobrar a su alrededor y rompía el silencio para gritarle obscenidades.

Finalmente, el asesino habló. El tono de tensión de segundos antes había desaparecido, el hombre parecía haber recuperado el control.

—¿Qué importa? —dijo— Estamos entrando en la hora final. Se acerca la hora de la fiesta. Esas tácticas ridículas no me detendrán.

—¿Por qué no me dices la verdad? —dijo Lambert— Dime dónde se equivocó Helmer. Dime de qué se trata todo esto y podremos presentar tu versión de la historia al público. Seguro que no quieres que se digan esas mentiras sobre ti —solo podía adivinar lo que la periodista había publicado—. Dime de qué se trata todo esto —Lambert dudó y decidió seguir apostando—. Dime qué te hicieron Eustace Sackville y Laura Dempsey. Dime qué hicieron para merecer este castigo.

Lambert sintió, en lugar de oír, la respiración entrecortada al otro lado de la línea.

—De verdad no sabes nada, ¿verdad?

—¿Y Curtis Blake? —continuó Lambert, impertérrito.

—¿Qué pasa con él? —rio el asesino, como si la pregunta fuera ridícula—. Te estás agarrando a un clavo ardiendo, señor Lambert. ¿Le has preguntado ya a tu compañera por su padre? En serio tiene problemas con la autoridad, ¿sabes? Pero su último problema va a meterla en graves problemas.

—No cambies de tema. ¿Qué tienes que ocultar? Si se acerca la hora final, como dijiste, ¿por qué no me cuentas?

—Eso sería estropear toda la diversión, Sr. Lambert —dijo el asesino—. Te estaré vigilando —advirtió antes de colgar.

—¿Hola? ¿Hola? —gritó Lambert en el auricular, pero recibió un sonido bajo y monótono en respuesta. Golpeó el salpicadero con el puño antes de sacar su libreta y registrar la conversación lo mejor que pudo. El asesino había hablado en clave. Lambert anotó las partes cruciales: “Se acerca la hora final”, “es la hora de la fiesta”. Tomó nota de lo que el asesino había dicho sobre Matilda, sin mencionar directamente su nombre, sobre sus problemas de autoridad y cómo sus últimos escauceos la habían puesto en grave peligro. Al parecer, ahora tendría que averiguar con quién estaba saliendo, lo que sería incómodo, como poco.

Abrió la puerta del coche y un ciclista dio un volantazo para esquivarlo. Lambert levantó las manos, pero el ciclista no se dio por satisfecho. Dejó la bicicleta en la acera y se dirigió hacia él. Tenía una figura esbelta, vestida con licra negra, y medía al menos 1,80 metros. Su rabia era evidente. Se acercó a Lambert, dispuesto a la violencia, pero se detuvo en el último segundo cuando él se mantuvo firme y lo miró fijo.

—Lo siento —dijo Lambert—. No estaba pensando.

No se inmutó cuando el hombre se acercó un paso. Estaba a punto de llevarse la mano al bolsillo para sacar la tarjeta de la orden judicial, pero decidió no hacerlo. La sangre le retumbaba en el cuerpo, cargada de adrenalina. Le costaba aceptarlo, pero en el fondo deseaba que aquel hombre lo atacara, quería un motivo para desatar la violencia contenida en su interior. Como si lo intuyera, el ciclista se detuvo y retrocedió.

Localizó un quiosco y encontró el periódico para el que en ocasiones trabajaba Eustace Sackville. Lo hojeó en busca de alguna mención de Sackville o Dempsey, pero no encontró nada.

—¿Cuándo llegan los periódicos? —preguntó a la persona que estaba detrás del mostrador.

—A primera hora de la mañana.

—¿No reciben otro lote en cualquier momento?

El chico miró a una mujer que Lambert supuso que era su madre. Se volvió y sonrió a Lambert.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Sabe si hay ediciones posteriores de este periódico?

—Nosotros no tenemos, me temo. Creo que puede encontrar ediciones posteriores en la estación de tren.

—Gracias.

Una vez afuera, Lambert empezó a correr. Supuso que podría haber encontrado la noticia en Internet, si existía, pero quería ver la edición impresa. Pasó a toda velocidad entre los sorprendidos curiosos y corrió hasta llegar a la estación de Charing Cross.

Encontró un segundo quiosco y enseguida vio el periódico. El titular de la portada era distinto del que acababa de ver:

Se titulaba “*Suerte Muerta*”.

“El asesino de una familia siembra el terror en el centro de Londres. Informado por la Redactora Jefe de Crímenes, Mia Helmer.”

Lambert cogió el periódico, maldijo y salió del quiosco sin pagar. La noticia enumeraba los asesinatos de Moira Sackville, el marido y los hijos de Laura Dempsey y sus padres, el señor y la señora Pratchett. Al parecer, Laura Dempsey era afortunada por haber escapado del asesino. Lambert sabía muy bien que había cosas peores que morir.

Helmer había faltado a su promesa. Lambert hojeó las tres páginas que el periódico había dedicado a la historia. Asimiló los vagos detalles y teorías expuestos por la periodista, hasta que llegó a la parte que estaba seguro había desencadenado la indignación del asesino. Al parecer, Mia Helmer se había puesto en contacto con un supuesto experto en asesinatos en serie de Estados Unidos. Según los informes, Graham Milestone era un antiguo perfilador del FBI y, a partir de los imprecisos detalles que le había proporcionado Mia sobre los recientes asesinatos, había formulado un perfil del asesino. Milestone sugirió que el asesino era varón, de mediana edad, desesperadamente solitario y necesitado de atención. Era lo habitual, algo que se le habría ocurrido a cualquier licenciado en criminología.

El artículo continuaba afirmando que el asesino disfrutaba de ver morir a sus víctimas. El periódico incluso le había dado al asesino un apodo poco inspirado, el Observador. El perfilador también tenía sus teorías al respecto. Una línea en particular captó la atención de Lambert.

“Era posible que el asesino sufriera abusos de un familiar cuando era niño.”

Lambert arrugó el papel y maldijo en voz alta, lo que sobresaltó a una anciana que pasaba junto a él en ese momento.

—Lo siento —dijo, comprendiendo lo que había agitado tanto al asesino. Solo esperaba que no le hubiera incitado a acelerar su proceso.

Lambert parecía más agitado de lo normal. Le entregó un periódico y le dijo:

—¿Sabías algo de esto?

Matilda cogió el periódico y lo desdobló, ya que él lo había hecho una bola. Vio el titular de la portada y adivinó el resto.

—¿Helmer? —preguntó.

—Quiero verla mañana a primera hora —dijo él—. ¿Qué sabes de ese tipo que realiza perfiles policiales?

Matilda siguió leyendo para tratar de entender a Lambert. Leyó hasta la parte sobre el perfilador y sus observaciones bastante obvias sobre el asesino, ahora apodado el Observador.

—Nunca he oído hablar de él. Haré algunas comprobaciones.

Él la ignoró y aplaudió las manos. Se hizo el silencio en la sala de incidentes.

—Para los que no lo hayan hecho, lean el artículo de Mia Helmer. Helmer es la editora de Eustace Sackville. Acaba de publicar un artículo sobre el asesino.

Un murmullo de confusión llenó el aire, que Lambert cortó.

—Hablaré con Helmer a primera hora de la mañana. Lo esencial es que Helmer ha acusado al asesino de ser víctima de abusos. No se sabe qué efecto tendrá esto en el asesino, pero tenemos que estar preparados. Es posible que la suposición sea correcta, pero puede que al asesino no le guste que sea de dominio público.

Matilda miró a sus colegas y observó las miradas de duda en algunos de sus rostros. Si Lambert se dio cuenta, y estaba segura de que sí, prefirió no mencionarlo.

—Podemos olvidar la objeción del Jefe de Detectives Harrogate por el momento. Quiero examinar más de cerca a todos los empleados de Blake, presentes y pasados. No podemos interrogarlos todavía, pero si encuentran algún vínculo entre ellos y Sackville o Dempsey, por pequeño que sea, avisen de inmediato.

Matilda vio lo impaciente que estaba Lambert mientras todos leían sus informes. Eran más de las ocho y todos debían estar en el bar local donde el Sargento Sherwood celebraría su despedida tras treinta años en el cuerpo policial. Ella sabía que a Lambert eso no le importaba. Era como si estuviera esperando que ocurriera algo más en el caso, algo a lo que pudiera aferrarse.

—Todos de vuelta a las siete de la mañana —dijo, ante un coro de desaprobación—. Y no se vuelvan locos esta noche —advirtió, como un padre demasiado entusiasta.

—¿Qué le pasa? —dijo Walker, que se acercó a ella cuando Lambert se marchó.

—Solo está ansioso por avanzar en el caso, como deberías estarlo tú —dijo Matilda, antes de

recoger sus pertenencias y alejarse.

Cuando llegó, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Se sorprendió al ver que Lambert ya estaba allí. Supuso que se había ido a casa. Estaba en la barra bebiendo un vaso de whisky y hablando con Tillman, que la ignoraba como siempre.

Se acercó a la barra, a pocos metros de ellos, y se pidió una pinta de cerveza.

—Tráenos una, Tilly —dijo Rebecca Shah, una de las agentes con las que Matilda tenía amistad.

—Te has esforzado para lucir bien —dijo, y le pidió una copa a la mujer. Encontraron un rincón en el bar y chocaron los vasos.

Shah iba de civil y tenía la cara maquillada. En comparación, Matilda se sentía un poco desaliñada. Llevaba la misma ropa de todo el día: unos vaqueros de hace décadas, una blusa ligera y un cárdigan. Lo más cerca que había estado de maquillarse la cara era un chorro de agua fría en los aseos antes de salir.

—Veré a alguien —dijo Shah con una risita mientras bebía su cerveza.

—¿Quién es el afortunado? —dijo Matilda y señaló con la cabeza a un grupo de colegas en el otro extremo del bar.

—¿Es broma? Yo no tocaría a nadie aquí ni con tus manos. No, esta vez he subido el nivel. Nada menos que un abogado.

—Mírate —dijo Matilda—. ¿Va a venir aquí?

—Oh sí, voy a dejar que venga a una habitación llena de policías. He quedado con él más tarde. Tomaré unos tragos con ustedes y luego me iré.

—Tal vez haga lo mismo —dijo Matilda, que sentía el cansancio filtrarse a través de su cuerpo.

—¿Y tú? ¿Ves a alguien en este momento? —dijo Shah.

—No tengo tiempo para frivolidades —dijo Matilda, pues sabía que la verdad no solo escandalizaría a la joven agente, sino que podría hacer que no volviera a hablarle.

—¿Qué desean, señoras? —dijo Walker al acercarse a ellas. Matilda no pudo evitar mostrar su desagrado, y notó que Shah se había dado cuenta.

—Nada para nosotras, gracias —dijo la otra.

—Creo que Matilda puede responder por sí misma, Becky —dijo Walker.

Se había aseado desde la sala de incidentes: se había puesto una camisa nueva, llevaba el pelo engominado hacia atrás, liso como una parodia de un mafioso italiano, y su espesa barba estaba tan perfecta como siempre.

—Nada para mí —dijo Matilda.

—Como quieras —dijo él y se dirigió hacia el bar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Shah.

—Oh, nada.

Rebecca vaciló. Con cara de vergüenza, dijo:

—¿Han...?

—Dios, no —dijo Matilda.

Bebió un largo trago.

—¿Él quiere?

—Es humano —dijo Matilda, entre risas.

—Me temo que yo si he...

—¿Tú y Walker? ¿Cuándo?

—Hace un par de años, cuando me acababa de unir a la fuerza. Ingenua y tonta. Fue solo una noche.

—Lo siento, no quise decir nada cuando dije...

—No, tienes razón —dijo Shah—. Es mejor que alejarse de él.

—Déjame traer más bebidas.

—Mi ronda.

Walker se acercó a ella mientras la agente Shah estaba en la barra.

—Es muy bonita.

Matilda suspiró.

—¿No me ves lo suficiente durante el día? El lugar está lleno de gente, ¿por qué no vas a molestar a otro? —por el rabillo del ojo, Matilda vio que Tillman le echaba un vistazo, pero desvió su atención rápido cuando supo que lo habían pillado mirando.

—Solo estaba siendo amable, Tilly. Jesús.

Era la primera vez que la llamaba así. Solo sus amigos más cercanos la llamaban así, y no le gustó que lo hiciera él.

—Puedes llamarme Kennedy.

Shah volvió con las bebidas y colocó su hombro entre ella y Walker. Los tres permanecieron en silencio un segundo antes de que Walker captara la indirecta y se apartara.

—Él era así conmigo. No aceptaba un no por respuesta —dijo Shah—. En aquel momento me sentí halagada, pero ahora sé que es así con mucha gente.

Matilda había oído los rumores.

—Es inteligente, eso sí. Nunca se pasa de la raya.

Matilda tomó un sorbo de su bebida.

—Basta de hablar de ese imbécil. Cuéntame más sobre tu misterioso abogado.

Acabó quedándose más de lo previsto. Shah se marchó a su cita sobre las nueve y Matilda pasó las dos horas siguientes de conversación en conversación, la mayoría de ellas centradas en el trabajo y en la famosa libido del Sargento retirado. A la hora de cerrar, se encontró inmersa en una conversación con Devlin. Se sintió mareada, a pesar de haber bebido a un ritmo regular a lo largo de la velada.

—Es estupendo formar parte de este equipo. Me siento muy afortunado —dijo Devlin. Mientras hablaba, Matilda se quedó mirando la luz del bar que había sobre la cabeza del agente; la bombilla le iluminaba el pelo y resaltaba su cuero cabelludo prematuramente calvo.

—Trabajar a las órdenes del Detective en Jefe Lambert es un verdadero privilegio —continuó Devlin.

—Oh, estoy de acuerdo —dijo Matilda—. ¿Uno para el camino?

Devlin se encogió de hombros, se tambaleó y tuvo que usar la barra para recuperar el equilibrio.

—La verdad es que no deberíamos —dijo.

—Dos gin-tonic —gritó Matilda al camarero.

—Está cerrado —dijo el camarero, un hombre de edad indescifrable.

—Vamos, George. Es para mí —dijo Matilda.

El camarero negó con la cabeza, pero sirvió las bebidas de todos modos. Devlin se excusó y fue a tropezones a los baños. Matilda echó un vistazo a la poca gente que quedaba y sonrió al ver que Tillman seguía allí, hablando con algún entrometido de la brigada de homicidios.

Borró la sonrisa de su rostro con rapidez y volvió a su bebida. Se bebió el gin-tonic de un

trago. Fue un error. El alcohol le estaba afectando más de lo normal.

—Creo que ya has bebido suficiente, Sargento Kennedy —dijo el camarero.

—Creo que tú ya has bebido suficiente —respondió Matilda, y se dio cuenta de que arrastraba las palabras.

George apoyó ambos brazos en la barra y enarcó las cejas.

—Necesito un poco de aire —dijo Matilda.

—¿Te pido un taxi?

Matilda negó con la cabeza, demasiado cansada para seguir hablando. Cuando se dio cuenta, estaba fuera, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí. Tenía el brazo extendido y llamaba a todos los coches que pasaban como si fueran taxis. Esto no está bien, pensó. Dentro de unas horas, estaría de vuelta en el trabajo con la madre de todas las resacas. Le dolía la cabeza. Se agachó y se quedó mirándose los zapatos. Miró a su derecha y vio otro par de zapatos. Unos zapatos negros inmaculados, brillantes a la perfección.

—¿Qué quieres, Walker? —dijo. Levantó los hombros e hizo acopio de toda la voluntad que tenía para recuperar la sobriedad.

—Solo quería comprobar que estás bien —dijo Walker, que sonaba genuino—. Pareces estar un poco inestable.

Matilda miró a su alrededor. El bar estaba cerrado y las luces apagadas. Un par de agentes estaban apoyados contra la pared y fumaban. Suspiró, aliviada. Entonces fue cuando Walker la rodeó con el brazo y la ira afloró. No debería sentirse aliviada al ver a otros policías. No debería preocuparse por las intenciones de uno de sus colegas. Echó el hombro izquierdo hacia atrás y se deshizo del brazo de Walker.

—Suéltame —dijo, entre dientes apretados.

—Tranquila, Tilly. Solo estoy comprobando que estás bien —lo dijo en voz baja para no llamar la atención.

—No me toques y no me llames Tilly.

—Mira, si no quieres mi ayuda, solo dilo. Puedo conseguirte un taxi. Asegurarme de que llegues bien a casa.

Ella estaba asombrada de que él tuviera la audacia de pensar que esto funcionaría. Incluso en su estado de embriaguez, se dio cuenta de su falsa preocupación, sus palabras suaves y sus gestos amables con las manos. Miró a su alrededor, consternada al ver que los demás agentes habían desaparecido.

—Vete a la mierda, Walker. Tus trucos no funcionarán conmigo.

Fue suficiente para que el verdadero Walker se revelara. La cara de preocupación fue sustituida por la arrogancia gruñona con la que siempre lo había asociado.

—¿Qué? ¿No tengo el cargo suficiente para ti?

Matilda giró el cuerpo para mirarlo.

—¿Qué diablos significa eso?

—Sé cosas, Tilly —dijo él, haciendo hincapié en la palabra Tilly, con la cabeza acercándose hacia la suya como si la desafiara.

Ella resistió el impulso de reaccionar. Era imposible que él supiera lo de Tillman, habían ocultado sus huellas demasiado bien.

—Vale, Walker, como quieras. Sigue viviendo en tu pequeño mundo de ensueño. Puede que hayas engañado a los otros, pero yo mantengo los ojos abiertos y no tendré reparos en hacer que otros lo sepan.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando, pero eso me sonó como una especie de amenaza.

Matilda estaba a punto de responder, estaba a punto de decirle todo lo que había oído hablar de él, cuando una voz salió de la nada.

—Buenas noches, tropas —sonó el barítono familiar.

Walker se tensó al oír la voz, y la arrogancia desapareció en un instante.

—Señor —dijo.

Detrás de ella estaba Glenn Tillman, con los pies separados, listo para la acción.

La sala de incidentes estaba salpicada de cuerpos encorvados en sillas. Al menos dos agentes estaban sentados con la cabeza entre las manos. El aire acondicionado, cuyo suave zumbido era el único sonido en aquel ambiente fúnebre, apenas disimulaba el fétido aroma de la sala. Lambert dejó su carpeta de trabajo sobre la mesa.

—¿Quién ha muerto? —preguntó.

El equipo se colocó en posición, enderezando la espalda, dispuestos a recuperarse de la resaca. Lambert no percibió la actitud general. Era poco profesional, pero llevaban tiempo trabajando a tope y no podía culparlos.

—Bien, supérenlo todos. Volvemos al trabajo. Dejen la resaca para esta noche. ¿Cómo piensa actuar hoy, Sargento?

Kennedy levantó la cabeza. Por el esfuerzo, parecía como si pesara una tonelada. Su voz salió como un débil ronquido. Tomó un trago de agua y lo intentó de nuevo.

—He quedado en ver a Laura Dempsey esta mañana. Como me pidió —añadió, con un deje de acusación.

Lambert asintió. Estaba luchando contra su propia resaca, aunque imaginaba que era la mitad de la que Kennedy estaba soportando. Él tenía sus propios planes para la mañana, que decidió no compartir con el equipo todavía. Repartió más tareas y terminó la reunión antes de que todos perdieran el interés.

—¿Alguien ha visto a Walker? —preguntó antes de terminar.

Los rostros estaban inexpresivos. Kennedy había vuelto a concentrarse en su teléfono, así que él no pudo leer su reacción. Lambert permaneció de pie y se preguntó si le estaban ocultando algo. Al final, cedió.

—Dile que me vea en cuanto llegue.

Tillman tenía poco mejor aspecto que el resto del equipo. Estaba sentado detrás de su escritorio, con un vaso metálico entre las manos.

—¿Has trasnochado? —dijo Lambert.

Tillman torció la cara y un mosaico de arrugas apareció en su amplio rostro.

—Se podría decir que sí. ¿Qué puedo hacer por ti, Lambert?

—Aún no hemos tenido tiempo de hablar del Sargento Harrogate, señor —dijo Lambert, que tomó asiento frente a él.

Tillman gimió y sorbió el líquido caliente de su vaso, dejando escapar un suspiro de satisfacción al dejar la bebida sobre el escritorio. Lambert notó una ligera coloración en los

nudillos de Tillman. El hombre lo sorprendió mirando y apartó la mano.

—¿Qué quieres saber de Harrogate?

Lambert hizo una pausa. Pensó en preguntar por las marcas de los nudillos, pero decidió no hacerlo.

—Quiero saber por qué está impidiendo mi investigación y por qué lo permites.

Tillman resopló, pero él se dio cuenta de que su comentario le había molestado. El antiguo Tillman nunca lo habría permitido. Las cosas habían cambiado desde que Lambert había dejado el Grupo para tomarse un año sabático. Los poderes de Tillman se habían reducido, y Lambert quería insistir. Aunque le doliera a su superior, esperaba provocarle una reacción para obtener respuestas.

—¿Por qué lo permito?

Lambert se encogió de hombros. Tillman apoyó los codos en el escritorio y enlazó las manos.

—Siempre fuiste un cabrón manipulador, ¿lo sabías? —se frotó la cara y resopló aire por la nariz. Lambert percibió una lucha de poder interna en el hombre. Era obvio que había recibido órdenes, pero Lambert conocía la historia de Tillman, y las órdenes eran algo que rara vez le preocupaban—. Te lo dije cuando volviste, Lambert. El Grupo ya no existe. No tenemos los mismos poderes que antes. Harrogate y sus superiores llevan a cabo una operación sobre Blake, que tiene prioridad.

—¿Eres tú? ¿Glenn Tillman?

—Tranquilo, Lambert.

—Bueno, esto es una mierda, señor. Blake es el principal sospechoso de una serie de asesinatos, cada uno más elaborado que el anterior, y se supone que debo pasar a un segundo plano.

—Supéralo, Lambert. Nadie te pide que pases a segundo plano. En cuanto tengas algo concreto, tendrás mi apoyo. Hasta entonces, modifica tu investigación.

—Modificar —resopló. Se sentaron en silencio, solo roto por el sonido de Tillman levantando su bebida y engullendo su contenido—. ¿Harrogate tiene a alguien infiltrado?

Tillman movió la cabeza de arriba abajo mientras pensaba en su respuesta. Lambert ya había trabajado encubierto y conocía el procedimiento. Era probable que Harrogate fuera el contacto del agente encubierto. Solo un puñado de oficiales superiores conocían la identidad del agente.

—No puedo comentar.

Lambert lo tomó como una confirmación.

—¿Sabes quién es? —Tillman lo miró sin comprender. Lambert pensó en el equipo de Blake, en su personal de seguridad y las caras que había visto dentro de la casa. Era toda una hazaña infiltrarse en el mundo de Blake, y era posible que la operación llevara años en marcha. Lambert levantó las manos— De acuerdo. ¿Me vas a decir a quién le diste el puñetazo? —añadió, como una ocurrencia tardía.

—Vete —dijo Tillman.

Kennedy seguía en su mesa cuando él volvió a la oficina principal.

—Tienes muy mal aspecto —le dijo.

—Gracias, señor.

—Pues es cierto.

Kennedy se rio.

—Encantador. Puede que haya bebido demasiado anoche, pero no afectará a mi trabajo.

—Espero que no. ¿Cuándo verás a Laura Dempsey?

—Hablé con la hermana de guardia y arreglamos una visita a las 11 a.m. La Dra. Hughes estará presente. La doctora decidió contarle a Laura sobre la muerte de sus padres anoche. Ha sido puesta bajo cuidados psiquiátricos.

—Jesús, no me sorprende.

Solo podía imaginarlo, y tenía miedo de hacerlo. Había visto pérdidas trágicas en su tiempo en la fuerza, pero nada como esto. Perder a tu esposo y a tus hijos, y que te digan que tus padres también murieron, todos víctimas del mismo asesino, por la misma mano horripilante. Si se trataba de un asesinato por venganza, Lambert se estremeció al pensar lo que Dempsey debía de haber hecho para provocar semejante reacción.

—Vamos —le dijo a Kennedy—. Puedes venir a ver a Mia Helmer conmigo y podemos ir juntos a ver a Dempsey.

Lambert condujo. El humor de Kennedy no había mejorado. Miraba por el parabrisas como si tuviera visión de túnel. Todo el color había abandonado su cara, e incluso su pelo rojo parecía apagado y sin vida.

—¿Has comido?

Kennedy tardó unos segundos en contestar.

—Perdona, ¿qué?

—¿Has comido?

—Tostadas secas.

Lambert no respondió, no quería sermonearla. Había estado en su situación demasiadas veces como para empezar a hacer acusaciones.

—¿Algo que quieras decirme sobre anoche?

Sintió un cambio en la respiración de Kennedy, como si hubiera descubierto algo que ella quería mantener en secreto.

—¿Como qué? —dijo ella, todavía concentrada en la carretera.

—Dímelo tú. No eres la misma chica burbujeante de siempre.

Apartó los ojos de la carretera y lo miró.

—¿Burbujeante? —dijo, con una pizca de diversión en el tono.

—No lo sé. ¿Efervescente? ¿Enérgica? ¿Todavía respiras?

—Solo tengo resaca, señor. Pronto estaré bien.

Lambert asintió.

—¿Sabes dónde está Walker hoy?

Aunque estaba concentrado en conducir, notó que el cuerpo de la mujer se tensó. Anoche había visto a Walker acercarse a ella y a Shah, y la conversación parecía incómoda. Lambert esperaba que asociarlos ayudara a resolver sus diferencias, pero temía que solo hubiera servido para tensar su relación.

—Tiene el teléfono en silencio —dijo ella, volviendo a centrarse en la carretera en señal de que la conversación había terminado.

La entrada a las oficinas del periódico estaba llena de gente apresurada. La temperatura había bajado mucho desde ayer y Lambert se subió la cremallera de la chaqueta.

—Mia Helmer —dijo a una de las recepcionistas mientras mostraba su tarjeta de autorización—. Conocemos el camino.

Nadie los molestó en tanto cruzaban la zona hasta el despacho de Helmer. Las cabezas estaban inclinadas hacia delante, los ojos fijos en la copia que tenían delante, y su presencia no era nada fuera de lo normal.

Lambert no se molestó en golpear. Abrió la puerta de Helmer y entró. Helmer estaba conversando con dos hombres en traje que rondaban los sesenta años y parecían idénticos el uno al otro. Llevaban la cabeza llena de pelo canoso y trajes de sastrería finos que disimulaban bien la considerable circunferencia de sus estómagos.

—¿Qué significa esto? —dijo uno de los dos, que se puso de pie.

Lambert no ofreció ninguna explicación. Solo esperó a que Helmer despidiera a los hombres.

—Están aquí para verme —dijo.

—¿Llamo a seguridad? —preguntó el hombre que se había puesto en pie.

—No, está bien, Lance. Te llamaré enseguida.

Ambos hombres hicieron una mueca al pasar, y el que habló miró a Lambert de arriba abajo con una expresión de desagrado.

—Eso no ha sido muy amistoso, Detective en Jefe Lambert —dijo Helmer una vez que los hombres se marcharon y Kennedy hubo cerrado la puerta.

—Tienes suerte de que no te haya sacado a rastras de esta oficina —dijo él—. Aún.

Helmer puso los ojos en blanco e ignoró la amenaza.

—Sargento Kennedy, ¿cómo está?

Kennedy asintió con la cabeza y tomó asiento. Lambert aflojó la respiración y se sentó a su lado.

—¿Quieres contarme qué demonios está pasando, Helmer?

—¿Café?

—No me pongas a prueba, Helmer. ¿En qué estabas pensando al imprimir esa historia?

La periodista cerró su diminuto portátil. Tenía los dedos largos y las uñas pintadas de un rojo chillón.

—La última vez que comprobé, aún existía algo llamado libertad de prensa.

—La última vez que te vi, habías entrado en la casa de Eustace Sackville de manera ilegal.

—Vamos, Michael. Como bien sabes, estaba comprobando el bienestar de Eustace. La puerta de su apartamento estaba rota. ¿Qué se suponía que hiciera?

—No robar su pendrive.

—Todo es tan blanco y negro contigo. Solo estaba recuperando propiedad de la empresa.

—Dejemos eso de lado por el momento —dijo Kennedy, que habló por primera vez desde que entraron en la oficina—. ¿Por qué publicaste la historia del asesino sin hablar antes con nosotros?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—La razón por la que habrías hecho eso, Helmer, es que era lo profesional. Tu perfil de aficionado podría tener todo tipo de repercusiones indeseadas.

Helmer tamborileó con los dedos sobre el escritorio, y el sonido del hueso sobre el cristal resonó en la habitación.

—¿Qué tipo de repercusiones? —preguntó.

Lambert escuchó las palabras del asesino en su cabeza y volvió a preguntarse si debía compartir la información con alguien. Helmer no habría llegado a la posición en la que se encontraba siendo tan ingenua. Él estaba convencido de que ocultaba algo.

—Dejémonos de tonterías. ¿Por qué no compartiste primero con nosotros la opinión de tu supuesto experto?

Helmer parecía incrédula.

—¿Desde cuándo tenemos que informarte sobre todo lo que hacemos? Si lo hiciéramos,

nunca publicaríamos nada.

—¿Qué sabes, Helmer? ¿Había un segundo archivo que sacaste de contrabando del apartamento de Sackville?

—¿Es siempre tan paranoico? —le preguntó la mujer a Kennedy. Lambert se puso en pie.

—Si estás ocultando algo, Helmer, te arrestaré por obstrucción. Piensa en lo que estás haciendo, por el amor de Dios. Podrías ser responsable de otro asesinato.

Ella se rascó la cabeza.

—No sé a dónde quieres llegar. Claro que compartiré cualquier información relevante para ti. Te mantendré informado, Detective en Jefe Lambert —levantó las cejas, burlándose de él.

—Vamos, Kennedy —dijo Lambert—. Estamos perdiendo el tiempo aquí.

Cuando la agente se levantó, Helmer lo sorprendió al ponerse de pie.

—Te diré una cosa, Detective en Jefe Lambert. Te enterarías de todos modos.

—Continúa.

—Eustace Sackville ha sido suspendido de su trabajo de forma indefinida, sujeto a una investigación interna.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? —dijo Kennedy.

—No puedo decirte más que eso por ahora.

—¿Está relacionado con este caso? —preguntó él.

—Es todo lo que puedo decirte por ahora —repitió Helmer.

—¿Qué demonios es eso?

—Es un bagel para desayunar, ¿a qué se parece? —Lambert hizo una mueca mientras miraba lo que había puesto delante de Kennedy—. Cómete eso y bébete tu café negro y estarás como nueva.

Estaban en el hospital donde Laura Dempsey estaba bajo cuidado psiquiátrico.

—No tienes que estar aquí, señor. Estoy bien —dijo Kennedy.

—No estoy aquí por ti. Si estuviera tan preocupado como para acompañarte, entonces estaría tan preocupado como para sacarte del caso. Ahora que Laura sabe de la muerte de sus padres, creo que es prudente que ambos vayamos a verla. Solo puedo imaginar su estado mental.

Kennedy dio un mordisco a su bagel y una línea de líquido amarillo goteó sobre su plato. Masticó antes de hablar.

—Me sorprendería que estuviera coherente. Imagino que está bajo vigilancia suicida.

—Ese es un proyecto a largo plazo para alguien —dijo Lambert. Una vez más, se preguntó si se trataba de un asesinato por venganza y, de ser así, qué había hecho Dempsey para provocar una respuesta tan salvaje. No es que la venganza fuera siempre en la misma medida. Había visto innumerables casos de asesinatos por venganza, y salvo raras excepciones, siempre eran desproporcionados al delito original.

Kennedy parecía estar disfrutando de su comida. El color estaba volviendo a su cara y estaba cada vez más agitada.

—Es una oportunista —dijo en tanto limpiaba una línea de ketchup de su labio superior.

—¿Helmer?

Kennedy dio un último mordisco y asintió.

—¿Qué crees que quiso decir con lo de Sackville?

—Dios, no lo sé. Solo la conozco desde hace un par de días, pero puedo decir que le gustan los juegos. Hablaré con Eustace más tarde y averiguaré más.

Se reunieron con la Dra. Hughes antes de que les permitieran ver a Dempsey.

—Esto no me gusta —dijo Hughes, con su acento Geordie—. Ha rechazado los sedantes, así que está lúcida, pero es evidente que no se encuentra bien. No quiero que le hablen de sus padres en este momento. No creo que lo haya asimilado del todo. Vio lo que le pasó a su familia, pero pensar en la muerte de sus padres es abstracto por ahora. Es casi definitivo que está en negación, y creo que eso es lo más seguro para ella en estas circunstancias.

—No lo mencionaremos. Tenemos que hacerle un par de preguntas sobre su pasado.

—Pararán en cuanto yo lo diga —dijo Hughes. La inflexión de su voz sugería que el comentario era definitivo.

—Por supuesto —dijo Lambert. Recordó el enfoque más abrasivo del Dr. Patel, maravillado por la diferencia y la reacción que recibió.

Hughes golpeó la puerta y los hizo pasar. Laura Dempsey se incorporó y se cubrió los hombros con la sábana, de modo que solo se le veían el cuello y la cabeza. Su rostro, blanco como un fantasma, parecía carente de emoción. Lambert vio un vacío que resultaba difícil de contemplar. La habitación tenía ese empalagoso olor a hospital con el que Lambert empezaba a estar demasiado familiarizado. Sábanas almidonadas, antisépticos y el olor corporal de Laura Dempsey se mezclaban para crear algo que casi le producía náuseas. Puso la mano en el marco de la cama de Dempsey, sorprendido por la frialdad del metal. Asintió a Kennedy y se dijo a sí mismo que debía recordar por qué estaban allí.

—Laura, me llamo Matilda Kennedy. Soy una Sargento Detective que trabaja en el caso de su familia.

Dempsey giró la cabeza para mirar a Kennedy. Con los ojos muy abiertos y vacíos, la miró como si no se hubiera dado cuenta de que estaba en la habitación.

—No puedo imaginar lo difícil que debe ser esto para usted, Laura. Necesito hacerle unas preguntas, si le parece bien.

Dempsey se encogió de hombros y bajó la sábana. Llevaba una bata de hospital. Lambert observó una erupción oscura en el cuello y manchas en los antebrazos.

La agente sacó un iPad de su bolso y abrió la pantalla.

—Voy a enseñarle una foto, Laura.

El cuerpo de Dempsey se tensó y se subió la sábana por encima de los hombros.

—Por favor, no se preocupe, Laura. Es solo la foto de un hombre que también ha sufrido una pérdida. Se llama Eustace Sackville. ¿Lo reconoces?

Kennedy giró el iPad para que Dempsey pudiera ver la pantalla. A Lambert le resultaba difícil saber si estaba mirando o no, ya que su rostro tenía la misma expresión impasible. Tenía la boca abierta y los ojos parecían mirar al vacío.

—No —dijo.

—Por favor, tómese un segundo para pensar. El señor Sackville es periodista. ¿Ha tratado alguna vez con periodistas?

Por primera vez desde que entró en la habitación, Lambert vio un destello de reconocimiento en los ojos de Dempsey.

—Tratamos con periodistas de vez en cuando en el hospital, pero no lo reconozco.

—Gracias, Laura.

Kennedy mostró otra foto.

—Esta es la esposa del Sr. Sackville, Moira.

—Está muerta.

No era una pregunta, más bien una afirmación. Las palabras salieron monótonas con terrible finalidad.

Kennedy intercambió una mirada con Lambert. Asintió para que continuara y recibió la confirmación de la Dra. Hughes.

—Me temo que sí, Laura.

—¿Fue él? —dijo Dempsey, con la misma voz monótona.

—Eso creemos, Laura. ¿Reconoce a esta mujer?

Dempsey frunció los labios y miró a la agente como si fuera estúpida.

—No —espetó.

—Lo siento, Laura. Una última foto —Kennedy miró de nuevo a Lambert en busca de confirmación. Era una posibilidad remota, pero él pensó que valía la pena intentarlo—. ¿Conoce a este hombre? —preguntó.

Lambert había estudiado a suficientes sospechosos a lo largo de los años como para notar una mirada de reconocimiento. Los ojos de Dempsey se entrecerraron y le pidió que le sujetara el iPad. Le temblaban las manos.

—¿Quién es?

—Se llama Curtis Blake.

Dempsey miró al techo y su piel de porcelana se tiñó de color. Lambert se tensó y no insistió más. Ella hablaría cuando estuviera preparada.

Laura empezó a negar con la cabeza.

—Lo siento. Hay algo en su cara, esos ojos... pero no puedo ubicarlo.

—Creo que es suficiente por ahora —intervino la Dra. Hughes. Dempsey se estaba agitando y ahora parecía el momento adecuado para detener el interrogatorio.

—Gracias, Laura. Ha sido de gran ayuda. En cuanto recuerde algo, llámenos o hable con uno de los agentes que están fuera de su habitación.

Cuando se estaban por ir, Dempsey gritó:

—No es él, si eso es lo que creen —las palabras salieron en un chillido agudo—. Es demasiado viejo. Él era joven, increíblemente fuerte.

—Está bien, Laura. Gracias, agentes —dijo la Dra. Hughes, que los acompañó a la salida y cerró la puerta.

—Reconoció a Blake —comentó Kennedy.

Lambert había estado pensando en lo mismo desde que salieron del hospital. Sentía el volante pegajoso bajo las manos y notaba que le sudaban las palmas, algo poco habitual en él.

—Definitivamente lo reconoció. Cuando volvamos, quiero que busques otras fotos de Blake. Quizás fotos más antiguas. Puede que lo conociera del pasado y no lo reconociera como un hombre mayor. Revisa el historial laboral de ambos. Tenemos que encontrar un momento o un lugar en el que se cruzaran.

La cabeza de Kennedy se movió arriba y abajo en señal de asentimiento. Se había recuperado de la resaca de esta mañana y estaba llena de energía.

—No era apropiado, de todos modos. La interrogaremos más tarde.

Lambert la dejó en la estación y aparcó el coche en el aparcamiento subterráneo. Se detuvo cuando llegaron a la entrada a los ascensores.

—¿No vas a entrar, señor?

—No. Trabaja en las fotos. Volveré en una hora, más o menos. Podemos ir a ver a Sackville juntos. Avísame en cuanto descubras algo.

Kennedy asintió, animada por la confianza que estaba mostrando en ella. Salió del edificio, con la intención de coger el metro a Holborn, cuando fue detenido por uno del equipo.

—Dios, ¿qué te ha pasado?

El Jefe de Detectives Walker estaba vestido con su atuendo normal: traje a medida, camisa y corbata impecables, zapatos lustrados por completo. Todo parecía en su lugar, excepto el moretón negro violáceo que le había descolorido el ojo.

Varias cosas encajaron a la vez. Lambert suspiró, pues temía lo que Walker iba a decir.

—¿Has estado en la guerra, agente?

—Se podría decir que sí.

—Te perdiste el interrogatorio de esta mañana.

—Lo siento, fui a que me revisaran esto —dijo Walker, que se señaló el ojo—. Todavía veo un poco borroso.

—De acuerdo. Bueno, ponte a trabajar. Necesitamos a todos en plena forma para hoy.

—Sí, señor...

Lambert lo interrumpió antes de que tuviera tiempo de terminar su frase.

—Mira, antes de seguir adelante con esto, ¿puedes tomarte un tiempo para pensar? No sé lo que te pasó, ni quién fue el responsable, pero tengo mis sospechas. Si estás a punto de hacer una acusación, te sugiero que tengas cuidado. Supongo que esto sucedió en la fiesta de anoche.

—Sí, señor.

Lambert se pellizcó la nariz. Podría prescindir de esto en este momento.

—Mira, Walker, no te conozco muy bien. Pareces un trabajador diligente, pero tengo la sensación de que enervas a la gente.

Walker quiso intervenir, pero él le detuvo.

—Puede que me equivoque, pero en cualquier caso, creo que deberías pensártelo bien antes de informarme de nada. No quiero que ocultes nada, y si estás convencido de hacerlo, te ayudaré. Sin embargo, creo que necesitas tiempo para pensar. Tendrás mucho tiempo para arrepentirte de cualquier decisión precipitada y emocional. ¿Estás de acuerdo?

—No estoy teniendo una respuesta emocional, señor, y no es solo esto —se tocó el ojo e hizo una mueca de dolor—. Quiero denunciar un comportamiento poco profesional. Puedo acudir a usted o llevarlo a otra parte.

Lambert quiso decirle al agente que se recompusiera porque había preocupaciones más importantes en ese momento, pero se dio cuenta de que si lo hacía, sus palabras podrían acabar siendo utilizadas en su contra.

—De acuerdo, Walker. En cuanto me digas lo que quieres decirme, será público. No habrá vuelta atrás. Te pediré un informe ahora o puedes irte a casa, esperar veinticuatro horas y volver a examinar la situación entonces.

Walker se balanceaba, tenía los labios fruncidos y la cara enrojecida.

—Está bien, pero no voy a cambiar de opinión.

—Bien. Vete a casa y descansa un poco. Podemos vernos mañana a la hora de comer.

—Sí, señor.

El metro estaba lleno de gente acalorada y con poca ropa. Debería haber estado concentrado en el caso, pero solo podía pensar en el ojo morado de Walker y las marcas en los nudillos de Tillman. Seguro le había hecho un favor a Walker al no tomar el informe todavía; sería un error enfrentarse a Tillman. A menos que hubiera testigos y Walker pudiera probar que el ataque no fue provocado, Tillman escaparía al castigo. Conocía a demasiada gente, y sabía demasiado sobre esa gente, como para que un incidente así tuviera algún efecto perjudicial en su carrera. Si Walker presentaba una denuncia oficial, acabaría arrepintiéndose. Habría oídos comprensivos, pero Walker tendría dificultades para recuperar la confianza de sus colegas. No debería ser así, pero lo era, y con suerte Walker entraría en razón en las próximas veinticuatro horas.

Lambert sintió un subidón de adrenalina al entrar en el edificio de Price and Barker Solicitors. No recordaba la última vez que había estado en el edificio. Debía hacer más de tres años, antes de la muerte de Chloe y de que todo cambiara.

Tal vez no era su decisión más sabia, pero quería ver a Taylor cara a cara. Hablar con el abogado era un conflicto evidente, y debería haberse llevado a Kennedy con él, pero nadie en el cuerpo conocía la situación de Sophie y Taylor, y él no iba a volverla pública.

Se acercó al mostrador y pidió hablar con Jeremy Taylor. La mujer delgada que estaba detrás del mostrador le sonrió con amabilidad y le preguntó si tenía una cita.

—Dígale que Michael Lambert ha venido a verlo.

Si la mujer reconoció su nombre, lo ocultó bien.

—Me temo que no ve a nadie sin cita previa. Quizá si pudiera decirme de qué se trata.

Él le mostró su tarjeta de autorización.

—Lo intentaré —dijo ella, después de echarle un par de miradas a la cara para ver si coincidía con la foto.

—Gracias —dijo Lambert y se sentó en uno de los sofás de cuero de la recepción.

Se sorprendió cuando, cinco minutos más tarde, apareció Jeremy Taylor. Pensó que habría enviado a su asistente personal a recibirlo. Lambert se levantó, consternado al ver que su corazón se aceleraba. Taylor vestía un traje oscuro imaculado. Parecía tan reticente como Lambert se sentía. No le ofreció un apretón de manos, lo que no le sorprendió después de su último encuentro.

—Michael —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

Lambert esperaba poder dejar a un lado sus sentimientos hacia Taylor y su relación con Sophie, pero verlo de nuevo en persona le hizo darse cuenta de que todo era demasiado reciente. Luchó contra la creciente oleada de adrenalina en su cuerpo y el absurdo deseo de golpear al hombre.

—Estoy aquí por un asunto policial. Me gustaría hablar contigo sobre uno de tus clientes, Curtis Blake.

—Oh —dijo Taylor, confundido por un instante—. Bien. Sígueme, por favor.

Lo siguió hasta los ascensores y se sintió aliviado cuando varias personas se les unieron. Al llegar a la planta de Taylor, estaban solos en el ascensor.

—Aquí estamos —dijo el hombre cuando se abrieron las puertas.

Lambert salió a la alfombra de felpa de la última planta y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Dejó que el aliento se le escapara por la boca mientras seguía a Taylor.

—Aquí estará bien —dijo Taylor, y abrió la puerta de una sala de conferencias—. Por favor, toma asiento. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

La mayor parte del espacio de la sala de conferencias estaba ocupada por una gigantesca mesa ovalada, con más de veinte sillas en la periferia. Lambert sacudió la cabeza y movió uno de los asientos con respaldo de cuero.

—Entonces, ¿se trata de Curtis Blake? Sabes que estoy obligado por la confidencialidad del cliente.

Lambert intentó quitarse de la cabeza la imagen de Taylor con la hija de su mujer en brazos. Necesitaba concentrarse. Ignoró la última declaración de Taylor.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el Sr. Blake?

Taylor miró hacia arriba.

—Personalmente, diez, tal vez doce años. Creo que lleva más tiempo en el bufete. Es uno de nuestros clientes más antiguos.

—¿Y qué hace para él, con exactitud?

Taylor frunció el ceño.

—Pensé que era obvio.

—Ya sé que son sus abogados, pero ¿qué especialidad jurídica le ofrecen?

—¿Te das cuenta de que esto es muy inapropiado?

—¿Quieres hablar conmigo sobre qué es inapropiado?

El hombre se sonrojó y Lambert lamentó el exabrupto.

—El señor Blake tiene varios intereses. Cuando se tiene una organización tan grande como la suya, hay una serie de ramificaciones legales. Lo representamos en todos los ámbitos, desde el personal hasta los contratos de construcción.

Lambert frunció los labios y asintió al compás de los rápidos latidos de su corazón.

—Y si se descubre algo... inapropiado, ¿harían la vista gorda?

—No estoy seguro de lo que insinúas, pero puedo asegurarte que esta empresa nunca se involucraría en nada poco ético o ilegal.

—Debes conocer la reputación de Blake, Jeremy.

Taylor se encrespó al oír su nombre de pila.

—Por favor, dime de qué se trata esto. ¿Está el Sr. Blake bajo algún tipo de investigación? Si es así, deberás volver a convocar esta reunión en un lugar más apropiado.

Lambert consideró contarle sobre los asesinatos. No sabía si escandalizaría a Taylor, o si el hombre mantendría la fachada de compostura que le gustaba presentar. No estaba muy seguro de por qué estaba aquí. Taylor no podía divulgar detalles específicos sobre los negocios y el estilo de vida de Blake, Lambert lo había entendido antes de llegar. ¿Estaba allí por trabajo, o para evaluar a Taylor? ¿O para ver qué tipo de hombre era el padre de la hermana de Chloe?

Temía que fuera lo segundo.

—Bien, veo que esto es una pérdida de tiempo.

Se puso de pie y Taylor reflejó sus acciones.

—No quería que pasara nada de esto —dijo. El hombre parecía nervioso, su mirada no alcanzaba la suya.

Para Lambert era difícil admitirlo, pero no era su culpa. Él se había distanciado de Sophie tras la muerte de Chloe. Habían dormido en habitaciones separadas y habían funcionado como poco más que compañeros de piso durante mucho tiempo. Compañeros de piso con una tragedia compartida. No podía culpar a Sophie por buscar consuelo en otra parte, como tampoco podía

culpar al hombre que tenía delante.

—Me doy cuenta de eso —dijo Lambert—. Me costará un poco acostumbrarme. Gracias por tu tiempo, puedo ir solo a los ascensores.

Una vez afuera, pensó en entrar en el pub más cercano y aliviar su creciente tensión con unas copas. En lugar de eso, optó por una cafetería y pidió un Americano y una magdalena con múltiples semillas que le daban la ilusión de ser saludable.

Demasiadas distracciones, pensó mientras se conectaba al Sistema. Con el ojo morado de Walker y su imprudente encuentro con Taylor, corría el riesgo de que el caso se le escapara de las manos. Sacó su cuaderno y empezó a escribir. A veces, los métodos antiguos eran los mejores. Enumeró las víctimas, luego las tachó y escribió los nombres de los dos miembros supervivientes. Eustace Sackville y Laura Dempsey, antes llamada Laura Patchett. Estaba seguro de que ellos eran la clave.

Escribió otro nombre: Curtis Blake. Dempsey había reconocido la foto de Blake. Dempsey, Sackville y Blake estaban relacionados. Si descubría la conexión, estaba seguro de que todo se esclarecería.

Le esperaba un mensaje en El Sistema. Tras la muerte de Moira Sackville, había hecho una búsqueda nacional de muertes sospechosas con heridas en la muñeca. El informe había llegado. Era una lectura interesante. La mayoría de las muertes fueron fallidas, o intentos de suicidio inoportunos.

Leyó los informes de cuatro adolescentes que se habían quitado la vida en el último mes, encontrados en sus bañeras. Las declaraciones de los padres eran desgarradoras. Las mismas frases se repetían una y otra vez. “No teníamos ni idea. Fue un grito de auxilio. Parecía tan feliz. La queríamos tanto. Si hubiéramos llegado antes”. Otro caso fue el de una mujer que se había cortado la muñeca con un cúter por accidente mientras trabajaba, seccionándose una arteria y muriendo, ante la perplejidad de sus compañeros.

Solo un caso fue marcado como posible investigación de asesinato. Hacía seis meses, un hombre llamado Neil Lennox había muerto mientras dormía, en Gloucester. Lennox estaba jubilado y vivía solo. Le habían cortado las dos muñecas, con marcas verticales similares a las de Moira Sackville y las víctimas de Dempsey. Su cuerpo no fue descubierto hasta pasadas 48 horas, cuando un cuidador no pudo acceder a la casa del hombre para acudir a su cita semanal. El informe del patólogo sugería que Lennox podía haber tardado hasta seis horas en morir. Aunque no había señales de que hubieran entrado a robar, en un registro exhaustivo de la casa no se había encontrado nada que pudiera haber causado las heridas sufridas por Lennox.

Lambert cerró los ojos e imaginó a un frágil anciano agonizando. En la visión, había una segunda figura: el asesino sentado enfrente y observando el fruto de su primer intento. Quizá todo era una coincidencia o una ilusión por su parte, pero cuando siguió leyendo, Lambert no pudo ocultar la creciente sensación de que lo que estaba leyendo era un gran avance.

Lennox no solo había sido policía, sino que había trabajado en la Metropolitana durante más de treinta años. Lambert cerró el portátil de golpe.

Regresó a la comisaría, convencido de que, de algún modo, Lennox era el eslabón perdido entre Dempsey y Sackville.

Matilda compró un bocadillo en la cantina y volvió a su mesa. La sangre aún le retumbaba en los oídos. Había engañado a Lambert haciéndole creer que se le había pasado la resaca, pero seguía presente. Al menos ahora podía trabajar. Cuando salió del apartamento de Tillman esa mañana, le costó poner un pie delante del otro.

Dios, ¿qué la había poseído? Debió haber bebido mucho más de lo que pensaba. Recordaba haberse bebido un último gin-tonic cuando el bar estaba a punto de cerrar, pero pensaba que se había comportado bien el resto de la noche. La noche había dado un vuelco en un instante. Lo que más recordaba era haber vomitado en el baño de Tillman, que el hombre había mostrado un lado compasivo que ella no había experimentado antes, y el enfrentamiento previo.

Era como si estuvieran de prestado. Walker aún no se había presentado a trabajar, pero todo cambiaría cuando lo hiciera. Él se había negado a dejarla sola, y cuando llegó Tillman, se asustó. Le había dicho a Tillman que se metiera en sus asuntos y lo había empujado en el pecho. Tillman detuvo la discusión al darle un puñetazo en el ojo. Walker cayó al suelo y se alejó corriendo como un perro apaleado. Walker había atacado a Tillman, ella estaba lo bastante lúcida para haberlo presenciado, pero era su palabra contra la de él. Los agentes que había visto momentos antes habían desaparecido.

Normalmente, eso sería suficiente, pero cuando Walker se fue, les gritó:

—Sé sobre ustedes dos.

Volvió a mirar el expediente de Blake. Para ser un supuesto jefe del crimen, había tenido muy pocos encontronazos con la policía. En los últimos treinta años, había habido varias investigaciones, pero Blake solo tenía una anotación en su expediente, una condena por posesión de hace más de veinte años. Llevaba cinco onzas de marihuana cuando fue interrogado por un agente por otro caso. Imprimió el expediente y buscó en el resto. Intentó concentrarse, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a la noche anterior. Cuanto más pensaba en ello, más artificiales le parecían los hechos. El puñetazo de Tillman estaba justificado hasta cierto punto, pero había algo en el comportamiento de Walker que no encajaba. Matilda cerró los ojos e intentó aferrarse al recuerdo borroso. No conseguía localizarlo, pero tenía la sensación de que Walker había provocado a Tillman a propósito.

—Quería que Tillman le pegara —susurró para sí.

Devlin apareció en su mesa y le entregó el informe que había impreso.

—¿Un caso sin resolver? —preguntó.

—Algo así. ¿Has visto a Walker hoy?

—No, no he salido de mi escritorio en todo el día. Mucho trabajo.

—Así estamos todos. ¿En qué estás trabajando?

—Sigo revisando los viejos informes de casos de Sackville. Cosas fascinantes.

—Eso es genial, Devlin, pero ¿algo de eso se relaciona con nuestra investigación?

Devlin apretó las mejillas. Era una crítica innecesaria, pero ya no podía retractarse.

—Volveré a ello, entonces —dijo.

Matilda leyó el archivo, pero seguía distraída por lo de anoche.

—Kennedy, sala de incidentes.

Matilda levantó la vista y vio a Lambert sobre el escritorio. Cogió el expediente y lo siguió a la sala, preguntándose si Walker ya habría hablado con él.

Se sintió aliviada al ver a Devlin y al resto del equipo también en la sala. Lambert se sentó y les pidió que hicieran lo mismo. Siempre parecía tan fresco, como si hubiera descansado bien por la noche. Solo sus ojos lo delataban. Parecían perdidos, atormentados. Ella había visto esa mirada en innumerables oficiales a lo largo de los años, pero con Lambert era algo más, no solo el estrés del caso. De vez en cuando, lo sorprendía mirando al vacío. Era como si a veces se olvidara de sí mismo, como si le faltara una parte.

Lambert pidió un informe a cada uno de ellos antes de hacer su revelación.

—Pedí un informe poco después del asesinato de Moira Sackville y acaba de llegar. Buscaba modus operandi similares, como el informe Whitfield del que Charles Robinson nos informó tan amablemente. Sin embargo, me centré en las heridas de Moira Sackville en específico. A saber, los cortes verticales en sus muñecas. Uno es bastante interesante.

Lambert pulsó un interruptor y apareció un informe del caso en la pizarra del fondo de la sala. El expediente estaba en una presentación de diapositivas. A las cinco páginas, apareció en la pantalla la fotografía de un anciano. Lambert detuvo la presentación. Neil Lennox, un antiguo detective de la Metropolitana. Su cuerpo fue descubierto hace seis meses en su casa de Gloucester.

Pulsó un botón. En la pantalla apareció una imagen del frágil brazo de Lennox. El miembro, bronceado y con manchas hepáticas, había perdido el color. Lambert volvió a pulsar y apareció una imagen de las muñecas de Lennox. Unas gruesas ronchas irregulares recorrían en zigzag el brazo, como si alguien le hubiera cortado la carne.

—Se desangró, como los demás. Es probable que haya estado vivo por seis horas. No se encontró el arma homicida en la escena.

—¿Hubo algún testigo? —preguntó Matilda.

—No, al menos ninguno se presentó. El cuerpo fue encontrado cuarenta y ocho horas después. Fue encontrado en la cama. No estaba atado. No hay señales de que alguien presenciara el ataque.

—¿Qué estás pensando, señor?

—Tengo que hablar con el SIO sobre el caso, pero creo que este hombre fue posiblemente la primera víctima del Observador. Quizá una prueba.

—¿Y él era el testigo? —dijo Kennedy.

—Sí.

—Yo conduzco. Sigues teniendo mal aspecto —dijo Lambert, una vez que estuvieron fuera.

Matilda no pudo discutir. Él se había puesto en contacto con el SIO del caso Lennox y habían acordado encontrarse en una estación de servicio de la M4, a las afueras de Reading.

—¿Lograste encontrar otras imágenes de Blake que podamos utilizar para refrescar la

memoria de Dempsey? —preguntó él mientras estacionaba.

Ella le contó el historial de Blake. Su única detención por posesión de marihuana.

—Supongo que Lennox no fue el agente que lo detuvo.

—Eso sería conveniente, pero no. Un tal Sargento Garvey, si la memoria no me falla.

—No se puede tener todo, supongo. Entonces...

Matilda se tensó. Se estaba convirtiendo en la peor resaca de su vida, y no entendía por qué. Estaba aletargada y podía sentir el alcohol en su organismo. Esperaba que Lambert no pudiera olerlo. Ella mantenía la vista al frente y el movimiento del coche le producía náuseas.

—Vi al Sargento Walker esta mañana.

La adrenalina inundó su cuerpo. Ella sintió la respiración en la garganta.

—¿Ah, sí? —dijo, después de lo que parecieron minutos.

—Sí. Se ve un poco peor.

—No sería el único hoy.

—No, pero es el único con un ojo morado.

Matilda se congeló y luego se giró para mirar a Lambert, que mantenía los ojos en la carretera.

—No voy a pedirte la verdad, Kennedy, pero si sabes algo sobre por qué tiene un ojo morado, y si estás involucrada de alguna manera, quiero que consideres tus opciones con seriedad.

Matilda volvió su mirada a la carretera.

—Veré a Walker mañana por la mañana. Si tienes algo que decirme, hazlo antes.

La Inspectora Andrea Elwin los esperaba en la estación de servicio.

—Gracias por aceptar encontrarnos a mitad de camino —dijo Lambert.

Elwin asintió. Su rostro tenía una estructura ósea afilada, casi severa, agravada por el pelo corto que acentuaba la forma puntiaguda de su nariz y barbilla. No sonreía.

—De todas formas, estaba de camino a casa. ¿Estabas interesado en el caso Lennox?

—Sí. El modus operandi del asesinato encaja con un caso en el que estamos trabajando en este momento.

—Lo he oído. El Observador. Incluso nosotros recibimos las noticias tan lejos de Londres.

Era posible que la mujer estuviera haciendo una broma, pero había signos de humor en su mirada.

—Pero no es el mismo modus operandi, ¿verdad? —continuó Elwin.

—El informe del patólogo sugeriría que las heridas sufridas por el Sr. Lennox eran consistentes con las de Moira Sackville y la familia Dempsey —dijo Kennedy.

—Pero hubo un testigo de esos asesinatos. Al asesino le gustaba que alguien viera su trabajo. Además, esposó a las otras víctimas.

—En el caso de Sackville y la familia inmediata de Laura Dempsey, sí. Pero los padres de Dempsey, los Patchett, fueron asesinados sin testigos. Al menos no uno que conozcamos, aunque como menciona, fueron esposados.

—De todos modos, es la primera incursión en el caso Lennox. Fue un completo callejón sin salida. A Lennox le sobrevivió un hijo que no ha hablado con él en 20 años y vive en Australia. Lennox tenía un par de amigos bebedores con los que se veía de vez en cuando, pero eso es todo. Vimos a la cuidadora que dio la alarma. Admitió que tenía poco tiempo para él. Creo que sus palabras fueron “un viejo, arrogante y sexista bastardo”, pero no lo mató. No hay señales de allanamiento, así que supusimos que él abrió la puerta al asesino. No había señales de lucha, pero

era un anciano débil. Habríamos pensado que fue un suicidio, pero no había señales de un instrumento que hubiera causado sus heridas.

Lambert ya había leído el informe, así que no le estaba contando nada nuevo.

—Para ser sincero, me interesa más lo que has averiguado sobre los antecedentes de Lennox.

Elwin sacó el labio inferior y le lanzó una mirada casi caricaturesca.

—Ya veo, ¿en concreto?

—¿Comprobaste su historial laboral? —preguntó Kennedy.

—Por supuesto. Contactamos con sus antiguos colegas de la Met, aunque la mayoría ya no están con nosotros —Elwin cogió el expediente que había traído. Se lamió el índice y hojeó sus notas—. Hablamos con Doug Lindsay, que era agente en la época en que trabajaba Lennox. Dejó el cuerpo hace veinticinco años, pero tenía un gran recuerdo de nuestro hombre. No son buenos recuerdos. Parece que el Sr. Lennox era un poco matón, y quizá no el más recto de los oficiales.

—¿Algo significativo? —preguntó Lambert.

—Sugerencias de sobornos, hacer la vista gorda, ese tipo de cosas. Nada más significativo que eso. O al menos no según el Sr. Lindsay. No tenía muchas cosas positivas que decir del hombre.

—¿Crees que había un posible motivo de venganza? —preguntó Kennedy.

Los ojos de Elwin se abrieron de par en par. Era claro que estaba desconcertada por la pregunta.

—¿Qué crees, Sargento? No había nada. Ni ADN, ni huellas dactilares, solo un suicidio sangriento sin arma homicida. Investigamos la posibilidad de venganza. Empezamos por lo local, lo más reciente, y extendimos nuestra red, pero era como buscar una aguja de un pajar. ¿Por dónde empezar?

Lambert conocía muy bien la situación.

—Bueno, gracias por tu ayuda.

—Puedes quedarte con esto —dijo Elwin y le entregó el expediente—. ¿Crees que el culpable es tu hombre?

—Pronto lo sabremos.

—¿Me mantendrás informada?

Elwin aún sostenía el expediente. Lambert entendió las palabras.

—Sí. Tu ayuda se mencionará en el informe —dijo.

De vuelta en la comisaría, Lambert convocó a todo el mundo a la sala de incidentes y los puso al tanto sobre Lennox, convirtiéndolo en la prioridad número uno.

Incluso Tillman peregrinó desde su despacho. Se quedó de pie en la parte trasera de la sala, con los brazos cruzados, mientras Lambert escribía tres nombres en la pizarra. Sackville, Dempsey, Lennox.

—La teoría actual es que los tres están relacionados. Creo que Lennox fue la primera víctima del asesino. El trabajo fue menos limpio que con los otros —dijo, y mostró las imágenes de la herida mortal de Lennox en la pantalla—. Tenemos que averiguar la relación entre estos tres. No son víctimas al azar.

—¿Y Curtis Blake? —preguntó Devlin, que había crecido en la estima de Lambert a medida que avanzaba la semana.

—Cruza todo con él en particular, ya que Sackville y Dempsey no han podido establecer ningún vínculo explícito.

Asignó roles a todos, pero se reservó la mayor parte del trabajo. Tenía que volver a hablar con Sackville y Dempsey. Tenía la persistente sensación de que uno de ellos, o los dos, le ocultaban algo. Por el momento, era intangible. Ninguno de los dos tenía motivos evidentes para mentirle, pero aun así le preocupaba.

Lambert despidió a todos y volvió a su escritorio. No había tenido noticias del Observador desde que se publicó el artículo en el periódico. Intentó no darle demasiada importancia y se negó a pensar en la amenaza del asesino.

Estaba a punto de llamar a Kennedy cuando la vio entrar en el despacho de Tillman. Había llegado a confiar en ella a lo largo del caso. Todavía era posible que Tillman le hubiera pedido que lo vigilara, pero eso era más culpa de él que de ella. Lo que más le preocupaba era que ella tuviera algún tipo de aventura con Tillman. Aunque ambos eran solteros, la revelación de una aventura podría ser devastadora para sus carreras, en especial si tenían en cuenta el problema adicional de Walker. Lambert le había dado la oportunidad de ser sincera con él. Si lo hacía, él podría ayudarla en caso de que Walker la acusara. No hablaría con Tillman sobre el asunto.

Era una distracción frustrante, y decidió dirigirse al piso franco de Sackville sin ella. Sophie llamó a medida que él se abría paso entre el tráfico de la hora punta. Una ráfaga de lluvia surgió de la nada, gruesos chorros de agua golpearon su parabrisas. Puso el limpiaparabrisas a la máxima velocidad y las escobillas de goma chirriaron contra el cristal en tanto encendía el sistema de altavoz.

—Hola, Soph. ¿Todo bien?

—Hola, Michael. ¿Tienes un segundo?

—¿Qué pasa? —dijo él, que percibió una pizca de preocupación en su voz.

—En realidad no es nada. Bueno, tal vez sí. No sé...

—Está bien, Sophie. Cuéntame desde el principio.

Sophie hizo una pausa. Parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Tu madre sigue ahí? —preguntó.

—Está en camino.

Las palabras eran cortas, fuera de sincronía.

—Dime, Sophie —dijo, lo más bajo posible.

—Como dije, tal vez no sea nada. Fui a abrir la puerta trasera y vi que seguía abierta. Juré que la había cerrado anoche. La revisé al menos dos veces, ya sabes cómo soy.

En todos los años que la conocía, siempre había sido muy estricta con la seguridad. No era tan obsesiva, pero estaba al límite.

—Bueno, que no cunda el pánico. Seguro que no es...

—Michael, si estás a punto de decir algo acerca de que está relacionado con la bebé, puedo asegurarte que no estoy perdiendo la cabeza —dijo, con el control volviendo a su voz.

—No, no iba a decir eso —dijo Lambert, inseguro de qué decir.

—De todas formas, cuando intenté cerrar la puerta, no pude.

—¿Qué quieres decir con que no pudiste?

—Lo que he dicho. La cerradura está rota. Cuando metí la llave, no había nada a lo que agarrarse. Odio la idea de que alguien haya estado en nuestra casa.

La lluvia caía con más fuerza sobre el parabrisas, por lo que Lambert era incapaz de ver más allá de un par de metros por delante. Respiró hondo. Tal vez no era nada, pero no podía arriesgarse.

—¿Se han llevado algo?

—No, nada ha sido perturbado. Tampoco se activó la alarma, así que imagino que es solo un problema con la cerradura.

—Llama a un cerrajero. De emergencia, si es necesario. Asegúrate de revisar las cerraduras de todas las puertas y ventanas. No te preocupes por el costo. Tengo un compromiso ahora, pero iré directamente después.

—Me siento ansiosa, Michael.

—No te preocupes, es solo una de esas cosas. A la gente la asaltan. Asegúrate de que la alarma funciona. Llama al cerrajero por ahora, e iré lo antes posible.

Sophie colgó y Lambert llamó a Devlin de inmediato. Le dijo que enviara un coche patrulla a casa de Sophie y que esperara instrucciones.

CUANDO LLEGÓ AL PISO FRANCO, Sackville ya estaba medio incoherente. Lambert intercambió miradas con uno de los guardias, que se limitó a encogerse de hombros.

—Es lo único que hace. ¿Quiere que lo detengamos a partir de ahora? —preguntó el agente.

Sackville estaba desplomado en el sofá viendo un oscuro programa de detectives de los años setenta. Sostenía un vaso lleno de whisky de malta en una mano, y con la otra se rascaba el estómago.

—Deberíamos, pero si tenemos en cuenta por lo que ha pasado... ¿Quizá deberíamos vigilarlo un poco?

—Sí, señor —murmuró el oficial y salió de la habitación.

—¿Qué bebes, Eustace?

—Hola, Michael —dijo Sackville, que levantó su vaso y derramó parte del contenido sobre su camisa. Intentó poner su cuerpo en una posición más respetable, pero el esfuerzo resultó demasiado para él. Se quedó tumbado de lado y le sonrió a Lambert. Él se acercó al sofá y lo ayudó a sentarse.

—Dame eso un momento —dijo y arrancó el vaso de whisky de las manos de Sackville.

El hombre lo miró fijo, como si acabara de insultarlo. Segundos después, su concentración había disminuido.

—Michael —dijo, otra vez.

—Jesús, ¿cuánto de esto has bebido?

Sackville sonrió y separó las manos un metro.

—Más o menos esto.

Lambert ordenó al oficial que preparara una cafetera.

—Que sea fuerte —dijo. Quería sermonear a Eustace, decirle que no estaba honrando a Moira al beber hasta caer en el olvido, pero cómo iba a sermonear a un hombre que no tenía nada. Se sentó en silencio y observó el drama que se desarrollaba en la televisión. La obligatoria persecución de coches mantuvo su interés durante un rato mientras contaba los distintos modelos de coche, ahora inexistentes.

Pasó una hora antes de que pudiera hacer entrar en razón a Sackville. Casi tuvo que obligarlo a beberse el café e incluso ahora el hombre arrastraba las palabras al hablar.

—Ha habido algunas novedades, Eustace.

—¿Ah, sí?

—Me encontré con Mia Helmer de nuevo.

—Qué suerte.

—Me dijo que te habían suspendido.

Los ojos de Sackville se abrieron de par en par, numerosas líneas se extendieron por su frente.

—¿Qué? ¿Suspendido? ¿Qué demonios?

—Lo siento, Eustace. No me dio los detalles. ¿Se te ocurre por qué?

—Porque es una celosa... Ah, qué importa. No me gustaría volver allí ahora. ¿Qué sentido tiene?

A pesar del arrebato, Lambert pensó que Sackville no estaba tan sorprendido. Sus protestas eran una especie de espectáculo, exacerbado por la ingesta de alcohol. Helmer había mencionado que Sackville llevaba meses sin proporcionar escritos, y Lambert supuso que por fin se había hartado, aunque se maravilló por su sincronización.

Lambert abrió la tapa de su iPad y buscó una foto.

—¿Conoces a este hombre, Eustace?

Sackville sacó unas gafas de una mesa auxiliar. Se las puso y entrecerró los ojos para ver la imagen en la pantalla.

—No, ¿debería?

La foto era de Neil Lennox, tomada por su cuidadora semanas antes de su muerte. Lennox no salía bien en la foto, su rostro estaba demacrado. Debajo de los ojos hundidos y los labios

costrosos, le colgaba piel del cuello.

Lambert buscó la foto del archivo policial de Lennox. Era asombroso el daño que el tiempo había causado. En la vieja foto, el hombre parecía sano y en forma.

—Este es él hace treinta años.

Sackville se ajustó las gafas y se quedó mirando la foto. Sus ojos se dilataron y se movió en su asiento.

—Me acuerdo de él. El Sargento Lennox. Desagradable.

—Buena memoria, Eustace. ¿Desagradable?

El hombre se quitó las gafas y enfocó lo mejor que pudo a Lambert.

—Porque eso es lo que era. Era un tipo desagradable. Él estaba en la toma, las manos en todo tipo de bolsillos. Intenté... —Sackville sacudió la cabeza y sus ojos se humedecieron— digamos que no le gustó que cuestionara sus acciones.

—¿Hiciste un reportaje sobre él? No lo encontramos en sus archivos.

Sackville sacudió la cabeza.

—Nunca lo habrían publicado. ¿Crees que yo publicaría una historia sobre uno de los tuyos? Por Dios. Tendría que haber asesinado a alguien a plena luz del día para que yo tuviera una oportunidad de hacerlo. Tenía algo de información sobre él, pero nada que pudiera publicar o corroborar.

—¿Qué clase de información?

—Te lo acabo de decir. Sobornos, ese tipo de cosas. Era endémico, pero Lennox estaba metido con gente malvada. Todo el mundo lo odiaba, incluso su propio equipo, y eso que la mayoría eran como él. ¿Puedo beber ahora? Malos recuerdos y todo eso.

Lambert le sirvió una pequeña medida de malta. Sackville cogió la bebida, aspiró profundo y se la bebió de un trago.

—Está muerto, Eustace.

—Bien —dijo él—. Lo siento, es un poco insensible, pero no era un buen hombre, Michael.

—No es lo que quise decir. Está muerto. Igual que Moira, igual que la familia Dempsey. Le cortaron las muñecas.

Sackville se puso de pie con dificultad y se dirigió al tablero lateral, donde tomó la botella de whisky. Bebió largo y tendido, hizo una pausa para respirar y volvió a beber.

—¿Cuándo? —dijo, con la respiración acelerada.

—Hace seis meses.

—¿Igual?

Lambert le quitó la botella. Si lo dejaba beber más esta noche, le convenía irse a casa.

—Creemos que sí. Parecía un suicidio, pero no había arma homicida. Es posible que haya sido el primer asesinato.

Sackville se desplomó en el sofá y sus ojos parpadearon con rapidez. Lambert solo podía adivinar qué pensamientos enloquecidos pasaban por su cabeza.

—No lo entiendo.

—Tienes que pensar, Eustace. ¿Qué los une a ti, a Lennox y a Laura Dempsey?

—¿Crees que se trata de mí?

—¿No es así? ¿Crees que el asesino le guardaba rencor a Moira y te dejó vivir por eso? ¿Crees que quería a toda la familia Dempsey muerta a excepción de Laura Dempsey?

—Así que es culpa mía —a Sackville se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No. No te pongas sensible conmigo, Eustace. Tienes que pensar. ¿Qué los une a ti y a

Dempsey, y a ambos con Lennox?

Un gruñido apareció en el rostro de Sackville, una frialdad que Lambert no había visto antes en él. El alcohol lo había cambiado y él temía que la conversación hubiera terminado.

—Me imagino que mucha gente quería a Lennox muerto, y Dios sabe que yo nunca he sido el mejor hombre. ¿Pero por qué Moira? ¿Qué hizo ella?

—¿Qué hay de Blake? ¿Conocía a Lennox de alguna manera?

La botella de whisky resbaló de la mano de Sackville mientras sus ojos se cerraban. Lambert se acercó y la atrapó a tiempo. Inclino el bulto de Sackville en una improvisada posición de recuperación. Después de volcar el contenido de la botella en el fregadero de la cocina, llamó al oficial.

—Vigílalo. Está intentando matarse. No se permite más alcohol en esta casa, ¿entendido?

El oficial asintió. Lambert miró por última vez a Sackville.

—¿Qué diablos hiciste, Eustace? —le preguntó a la figura dormida.

Lambert llamó a Kennedy desde el coche.

—Necesito que dirijas la reunión de esta noche. Quiero las notas de Sackville escudriñadas en busca de detalles sobre Lennox. ¿Hemos tenido alguna coincidencia en los viejos casos de Lennox?

—Nada todavía, pero he localizado a su antiguo colega, Doug Lindsay. He quedado con él mañana a las diez. Está en Londres por el día. Eligió encontrarse en Leicester Square, de todos los lugares.

—Mándame un mensaje con los detalles y nos encontraremos de antemano. Llama al hospital y dile a la Dra. Hughes que volveremos mañana después de nuestra reunión con Lindsay. Reúne toda la información sobre Blake y Lennox. Necesitamos fotos, en especial de Blake cuando era más joven. A ver si podemos ayudarla a recordar.

Pensó en el Observador mientras conducía hacia la casa de Sophie. Hacía tiempo que no se ponía en contacto con él. Aunque un robo normal era más probable, Lambert no podía dejar de pensar que el Observador había roto la cerradura de la puerta de Sophie. Quizá fue orquestado para desviar su atención. Sin duda era eficaz, pero no podía correr el riesgo. Lambert había supuesto que el asesino observaba como una forma de venganza, pero ¿y si había algo más? ¿Y si tenía que estar cerca del sufrimiento para estimular su propia respuesta emocional? Potencialmente, la necesidad de venganza podría satisfacerse con una lista finita de personas. Pero si obtenía algún tipo de satisfacción de su propia reacción a los asesinatos, su lista de víctimas podría ser interminable y le resultaría más fácil añadir a alguien como Sophie.

Un agente de civil lo detuvo cuando recorría el camino hacia su antigua casa. Lambert le mostró su tarjeta de identificación.

—Lo siento, señor —dijo el agente.

—¿Algo sospechoso? —preguntó Lambert.

—No, señor. Hemos revisado la parte de atrás. Hay acceso a la casa desde un pequeño camino de tierra, pero no vimos ningún daño en la valla. Para ser honesto, señor, no estamos seguros de por qué estamos aquí. Un cerrajero está en la casa ahora.

—¿Comprobaron sus credenciales? —dijo Lambert, que controló su creciente pánico en tanto tocaba el timbre.

—Claro que sí, señor.

—Bien, no te muevas —dijo y miró en dirección al coche del agente.

Lambert se sintió aliviado cuando una Sophie de aspecto desaliñado abrió la puerta, con una

niña dormida sujeta a su pecho mediante un portabebés. La mujer tenía la cara más pálida de lo que él recordaba, la piel hinchada con puntos rojos.

—Hola —dijo. Le dio la espalda y caminó por el pasillo.

La madre de Sophie estaba en la cocina-comedor, estudiando el trabajo del cerrajero con ojo crítico. Miró a Lambert con desdén, como si él fuera el culpable de la puerta rota.

El cerrajero dejó de trabajar y asintió a Lambert.

—Es un poco raro —le dijo a él, sin que le preguntaran—. Parece que el pestillo se ha roto, ¿ves?

Le mostró a Lambert un trozo de metal roto que no tenía ningún sentido para él.

—¿Por qué es raro?

—En realidad no es algo que ocurra de la nada, o no que yo recuerde.

Él notó la expresión de preocupación en la cara de Sophie.

—¿Es posible que haya sido manipulado?

El hombre gruñó y se frotó la barbilla mientras reflexionaba sobre el asunto.

—No lo creo. Tendrían que haber abierto la carcasa, y no hay señales de que eso haya ocurrido.

—¿Así que podría ser mala suerte?

—Debe ser —dijo el cerrajero, como si cualquier otra cosa estuviera más allá de su imaginación—. De todos modos, esto le servirá de momento.

Movió la manija de la puerta arriba y abajo, y cerró y abrió la puerta dos veces.

—Gracias por venir, Michael —dijo Sophie una vez que el cerrajero se hubo marchado—. Sé que estoy siento tonta —desabrochó el portabebés, con la bebé dormida. La levantó de su cuerpo y la colocó en un cochecito en el suelo de la cocina.

—Disculpen —dijo la madre de Sophie, que levantó el cochecito y salió de la cocina. Sophie estaba a punto de llorar. Ya había visto esa expresión en su cara en innumerables ocasiones.

—¿Cómo has dormido? —preguntó Lambert. Quería consolarla, abrazarla y ofrecerle su ayuda, pero ya no estaba seguro de los límites—. Siéntate, prepararé un té —le dijo, sin nada más que ofrecerle.

Sophie sonrió y se sentó en una de las sillas del comedor.

—Debo estar viendo a un nuevo Michael. No recuerdo la última vez que te ofreciste a hacerme té.

—No seas así. ¿Té blanco?

—Por supuesto —dijo ella y sonrió de nuevo, como si todas sus preocupaciones hubieran desaparecido por el momento.

Preparó el té y se sentó junto a ella. Se preguntó si algún día llegaría a aceptar la situación. Estaba sentado en una habitación que solía ser suya, con la mujer que aún era su esposa.

—¿La bebé está durmiendo bien?

—No tan mal. Me levanto dos veces por noche para darle de comer, pero aparte de eso, duerme bien y mamá se ha portado muy bien —ella vaciló, un gesto con el que Lambert se había familiarizado en los últimos tres años. Desde la muerte de Chloe, ambos habían tenido que andar de puntillas alrededor del otro, temerosos de decir algo equivocado.

Él esperó y le dio espacio para hablar si quería, pero ella bebió su té y guardó silencio.

—Estoy seguro de que no hay de qué preocuparse sobre la puerta.

Sophie asintió.

—Lo sé, pero gracias por venir. Te lo agradezco mucho. Mamá preparó algo de cenar,

puedes quedarte si quieres.

Tal vez fue la separación, o su autocompasión, pero Lambert no podía leer las señales. No estaba seguro de si ella en realidad lo quería allí, y no quería quedarse más de la cuenta.

Recorrió la casa, comprobando las cerraduras de puertas y ventanas. Incluso revisó las lámparas, los techos y las paredes. Echó un vistazo superficial para ver si había algo fuera de lo normal.

—Gracias por venir —volvió a decir Sophie, mientras lo acompañaba por la puerta principal —. Lástima que no pudieras quedarte.

—En otra ocasión.

Lambert respiró hondo y se acercó al coche patrulla sin matrícula.

—¿Cuándo volverán? —preguntó al agente con el que había hablado antes.

—Nos dijeron que esperaríamos aquí hasta que nos relevaran. Ya hemos pasado la hora del turno, pero....

—De acuerdo, dame treinta minutos y me haré cargo —dijo Lambert.

Las vigilancias eran aburridas en el mejor de los casos, y a pesar de esto, prefería estar solo. Estaba fuera de horario y nadie sabía que estaba aquí. Había comprado algunas provisiones en el supermercado local y ahora le tocaba esperar, sin saber a qué.

LEYÓ EL PERIÓDICO y evitó los artículos sobre el Observador, para empezar. Cada vez más, la prensa se centraba en crear una sensación de miedo y no se sorprendió cuando leyó los artículos. La información era completamente exagerada. Sin corroboración alguna, Mia Helmer declaró que no había relación directa entre las víctimas. *Suerte Muerta*, repitió. Según ella, se trataba de una simple casualidad, quién fue asesinado y quién quedó vivo. También podría haber dicho que el Observador estaba ahí fuera esperando y que todo Londres era una víctima potencial. Arrugó el periódico y lo tiró en la parte trasera del coche en tanto las farolas de la coche se encendían.

Lambert estudió a cada persona que pasaba por delante de la casa de Sophie, pero sabía en el fondo que el Observador no se dejaría ver con tanta facilidad. ¿Por qué demonios estaba aquí? No podía justificar el costo de la presencia de otros agentes, pero tampoco podía estar aquí todo el tiempo. Quería que el asesino lo llamara para confirmar sus sospechas de que tenía vigilada la casa de Sophie, pero su teléfono no sonaba. Decidió que había llegado el momento de dormir un poco. Cerró los ojos y trató de alejar los pensamientos sobre el caso al pensar en Sarah May, la única parte positiva de su vida en ese momento. Recordó el tiempo que habían pasado juntos en Bristol, mientras ambos se recuperaban de su terrible experiencia en el caso del Cazador de Almas. A pesar de aquel trauma, el tiempo que pasó con ella fue el más tranquilo que recordaba desde hacía mucho tiempo. Se prometió que la llamaría mañana. Quería que las cosas entre ellos fueran más permanentes, y para eso tenía que ofrecerle algo. Aunque no estaba seguro de qué. Un golpeteo en la ventanilla lateral lo despertó. Llevó la mano a su bastón extensible mientras se adaptaba a la oscuridad y a la figura que lo miraba.

—Jesús, Kennedy, ¿estás intentando provocarme un infarto?

Kennedy saltaba de un pie a otro, con dos tazas de café en la mano. Lambert asintió al asiento del copiloto y la agente se sentó.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Kennedy le entregó una taza y colocó la otra en el portavasos. Se abrazó a sí misma a medida

que se balanceaba de lado a lado para mantener el calor.

—Maldito frío hace ahí fuera. ¿Qué le ha pasado a Rostron?

—¿Rostron?

—El Jefe de Detectives Rostron. Lo asignaron aquí hace un rato. Me dijo que te había visto aquí.

—¿Lo hizo?

Kennedy tomó un trago.

—¿Algo que debería saber?

Lambert sonrió satisfecho. ¿Qué podía decirle? ¿Que el Observador lo había estado llamando? ¿Que le preocupaba absurdamente que su mujer y la hermana pequeña de su hija estuvieran siendo vigiladas mientras ellos hablaban? Al final, se acercó a la verdad todo lo que pudo.

—Es posible que la puerta trasera haya sido rota anoche. Llamé a un cerrajero, pero pensé en vigilar por si acaso.

—¿Planeas quedarte aquí toda la noche?

No creía que Kennedy se creyera del todo la historia, pero no iba a discutir con él.

—Unas horas más, sí.

—¿Serás capaz de mantenerte despierto?

—Ahora sí —Kennedy parecía cansada. Había sido un día largo para ambos—. Vete a casa y descansa un poco.

—Puedo quedarme contigo. Ya sabes, si quieres.

—Estoy seguro de que tienes mejores cosas que hacer con tu tiempo.

Esperó a que hablara, estaba seguro de que lo había encontrado para contarle algo, seguro sobre Walker y Tillman.

Kennedy no respondió. Ella se sentó y miró fijo a la calle desolada.

Era reconfortante tenerla en el coche, pero no podía permitir que ambos estuvieran cansados para el día siguiente.

—Ve a dormir, Kennedy. Tenemos que ver a Laura Dempsey después de ver a Lindsay. Lo hiciste bien la última vez. Estoy seguro de que obtendremos las respuestas que necesitamos.

Ella estuvo por decir algo, pero se controló.

—Sí, señor —dijo.

—Oh, y Matilda —dijo Lambert cuando ella estaba a punto de cerrar la puerta.

—¿Señor?

—Gracias por el café.

Lambert no volvió a dormir. Consiguió leer tres cuartas partes del libro de bolsillo que había comprado en el supermercado. Se sintió agradecido cuando notó movimiento en la ventana del salón a las seis de la mañana. Sophie siempre había sido madrugadora, y vio cómo su silueta abría las persianas. Pensó en llamar a la puerta, pero se preocuparía si supiera que él había estado fuera toda la noche. En lugar de eso, le envió un mensaje de texto para comprobar que todo iba bien, al que ella respondió de inmediato.

Dejó el coche y se dirigió al restaurante barato de Croydon Road, donde solía darse un capricho en ocasiones cuando aún vivía en la casa. El local ya estaba lleno de trabajadores que se saciaban de carbohidratos y proteínas antes del largo día que les esperaba. Lambert pidió un desayuno inglés e intentó centrarse en el periódico que había comprado en el quiosco de al lado. Su pulso se aceleró cuando sonó su móvil. Miró la pantalla y no supo si alegrarse o no de que no fuera un número desconocido.

—Lambert.

—Señor, soy Walker.

Él hizo una pausa y se preguntó si su día estaba a punto de empeorar antes de que realmente comenzara.

—Walker. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Pensé en hacerle saber que estoy de vuelta en el trabajo, señor. El ojo está mucho mejor.

Lambert dejó escapar un suspiro.

—Habla con Devlin, hay mucho que hacer —dijo antes de colgar.

Después del desayuno, condujo hasta el centro de Londres. No era la forma ideal de viajar, pero no podía dejar el coche en casa de Sophie. Aparcó en un minúsculo aparcamiento subterráneo cerca del Southbank y cruzó el puente hasta Charing Cross antes de dirigirse a Leicester Square. Tomó asiento en uno de los bancos de la plaza y esperó a Kennedy. Hacía años que no visitaba la zona. Estaba más tranquilo de lo que sería por las tardes, las chillonas luces de neón de los cines parecían perdidas y deslucidas en la grisura del día.

Devlin llamó para confirmar que Walker había vuelto al trabajo. No sabía nada más de Walker. Lambert estaba seguro de que solo estaba esperando el momento oportuno. El ojo morado podría no tener nada que ver con Tillman y Kennedy, pero si Tillman lo había golpeado, así que él estaba seguro de que Walker utilizaría el incidente en su beneficio. Walker tenía una vena maquiavélica, y después de que el caso terminara, Lambert se aseguraría de que fuera trasladado a un departamento diferente. En el mejor de los casos, a otro lugar.

—Ah, la portadora de regalos —dijo Lambert cuando Kennedy se acercó con otro café—. La gente hablará si sigues mimándome así.

—Toma —dijo ella, que le dio la taza aún caliente. Parecía más fresca que anoche. Llevaba el pelo pelirrojo recogido en un moño y tenía la piel pálida. Llevaba una bufanda estampada alrededor del cuello y un largo abrigo de invierno abotonado.

—¿Dónde hemos quedado con él?

—Justo allí —dijo Kennedy, y señaló la fachada de una cafetería.

Lindsay apareció veinte minutos después. Un hombre mayor vestido de tweed que iba acompañado de una mujer de edad similar. Levantó la cabeza cuando se presentaron. La mujer era su esposa, Eileen.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó, sin tomar asiento todavía.

—Media hora, como mucho —dijo Kennedy.

—Vale. Media hora, Eileen —le dijo a su mujer y se sentó a la mesa.

—Gracias por tomarse la molestia de vernos —dijo Lambert.

Lindsay asintió. Tenía un aire de autoridad que no tenía tanto que ver con la edad como con su personalidad, que Lambert imaginaba había moldeado por su paso en el cuerpo policial.

—¿Están trabajando en este caso del Observador?

—Sí.

—Y quieren hablarme sobre Lennox.

—Sí, Sr. Lindsay, pero es muy confidencial por ahora. ¿Sabe cómo murió Lennox?

—No hasta que la Sargento Kennedy me llamó. Ni siquiera sabía que estaba muerto. ¿Cree que fue este tal Observador?

—Es posible.

Lambert vio un destello en los ojos de Lindsay, una sensación de emoción.

—Entonces, ¿qué necesitan de mí?

Kennedy abrió su iPad.

—Como habrá leído, ha habido seis víctimas hasta ahora, siete si cuenta a Lennox. ¿Le parece bien verlas?

Lindsay frunció el ceño y le cogió el iPad.

—La primera víctima fue Moira Sackville, esposa de Eustace Sackville. Luego el marido y los dos hijos de Laura Dempsey, y por último los padres de Dempsey, el señor y la señora Patchett.

Lindsay recorrió las imágenes, con una mirada de mórbida fascinación.

—¿Sackville y Dempsey fueron obligados a mirar?

Lambert asintió.

—Laura Dempsey vio morir a su marido y a sus hijos, pero no a sus padres.

—Pequeñas misericordias, ¿eh?

—¿Significa esto algo para usted?

El hombre colocó el iPad sobre la encimera.

—No, ¿debería?

—¿Nunca vio algo así en su tiempo con Lennox?

Lindsay entrecerró los ojos.

—Por desgracia, he visto cosas peores, pero no recuerdo un modus operandi así. Conozco a Eustace Sackville, o al menos lo conocí hace unos veinte años. Era un joven periodista demasiado ansioso cuando yo trabajaba con Lennox.

—¿Tuvo mucho trato con él?

—La verdad es que no. Era un poco bocazas, por lo que recuerdo. Lennox lo odiaba. Por otra parte, odiábamos a la mayoría de los periodistas.

—¿Había visto antes a Laura Dempsey? —preguntó Kennedy, que encontró una foto más reciente de Laura en el iPad.

Lindsay negó lentamente con la cabeza.

—Es posible, pero ya sabes cómo es. He conocido a miles de personas.

Kennedy le mostró una foto de una Laura Dempsey mucho más joven.

—Su nombre de soltera era Patchett.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Qué puede decirnos sobre Lennox? ¿Sabría por qué alguien querría hacerle daño de esta manera?

—Sí, me temo que sí. No era el mejor de los hombres. Abusaba de su poder, y lamento decir que yo estaba implicado en eso porque en ocasiones hice la vista gorda. Yo no era parte del grupo. Solían tolerarme, pero nunca me uní a sus jueguitos.

—¿Juegos?

Lindsay miró a Lambert.

—Sabes de lo que hablo. ¿Cuánto tiempo llevas en la fuerza? ¿Veinte años? Imagino que entonces no estaba tan mal, pero ya te habrás enterado de lo que pasaba antes. Un policía corrupto a veces se salía con la suya.

—¿Por ejemplo? —preguntó Lambert.

—De todo.

—Entonces, ¿Lennox estaba involucrado en actividades criminales?

—No voy a dejar constancia de nada, no importa si ese hombre está muerto o no. La vida es demasiado corta. Lo es ahora, y lo era entonces. Por eso me fui. Ya no distinguía la línea.

—¿Sabe algo de Lennox desde que se fue?

Lindsay levantó la barbilla en señal de desafío.

—Lo veía. Pasaba de vez en cuando para ver cómo estaba. Quería ver si yo hablaba de lo que pasó, pero ya lo había superado. Conocí a Eileen y tuvimos hijos. No iba a poner eso en peligro.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace mucho tiempo. Quizá veinte años. Solo fui una amenaza potencial durante un año, más o menos.

—Una última cosa. ¿Alguna vez se cruzó con un hombre llamado Curtis Blake?

Kennedy le entregó la foto de archivo de Blake. Lindsay negó con la cabeza.

—Lo siento. Odio decirlo, pero ya soy un anciano. Nunca pensé que diría eso. Mi memoria ya no es lo que era.

—Está bien, Sr. Lindsay. Gracias por tomarse el tiempo para vernos.

Todos se pusieron de pie y se dieron la mano.

—Miren, si les sirve de ayuda, revisaré algunos de mis viejos cuadernos. Guardé la mayoría, no sé por qué. Mi esposa me llama acaparador. Echaré un vistazo, a ver si encuentro alguno de esos nombres.

Eileen estaba esperando afuera. Lambert notó su cara de preocupación cuando el hombre salió de la cafetería. Lindsay le agarró la mejilla y ella sonrió. Le cogió la mano y se adentraron en el creciente número de turistas.

EL OBSERVADOR LLAMÓ mientras Lambert conducía hacia el hospital. Kennedy había cogido su propio coche, así que estaba solo cuando respondió a la llamada. Era absurdo, pero fue un alivio volver a oír su voz. Le reconfortó saber que el hombre seguía ahí fuera, aunque no tuviera ni idea de dónde estaba.

—Has estado ocupado —dijo el Observador.

—Es un trabajo complejo —dijo Lambert.

—Estás empezando a unir los puntos. Te tomó algún tiempo, pero felicitaciones.

Lambert tenía dos opciones: podía ignorar todo lo que el hombre decía, o seguirle la corriente. Eligió lo segundo.

—¿Te refieres a Lennox?

El Observador respiró hondo.

—Lennox. Un hombre encantador. No cambió, ni hasta el final. Fue un placer verlo morir.

Era la primera vez que el hombre confesaba directamente un crimen.

—¿Qué te hizo?

El Observador emitió un sonido, una imitación de una risa.

—No voy a hacer tu trabajo por ti, Lambert. Te gustará saber que no trato a todos con los mismos parámetros. Aprecio el hecho de que no hayas revelado nuestras conversaciones.

—Entonces dame algo para seguir.

—Ya te he recompensado por tu honestidad, Lambert.

—Hablo en serio.

Volvió a reír con el mismo sonido hueco.

—¿Cómo están Sarah May, Matilda Kennedy y su papá? ¿Están a salvo? ¿Cómo está tu esposa, Michael? Sigue siendo tu esposa, ¿no? ¿Cómo está la bebé?

Cada pregunta era como un puñetazo en el estómago. El calor se extendió por el cuerpo de Lambert. ¿Cómo podía saber todos esos detalles sobre su vida? Se necesitarían las habilidades de vigilancia de más de una persona para mantener semejante registro. Lambert pensó en el caso del Cazador de Almas y en el equipo que el asesino había tenido a su disposición durante años. ¿Era posible que el Observador también tuviera un equipo trabajando para él?

—Te has quedado callado, Lambert.

—Solo pensaba.

—Un penique por tus pensamientos.

Tantas cosas se agolpaban en la cabeza de Lambert que, aunque quisiera, no podría compartir sus ideas. Intentó un último acercamiento. Era desesperado, pero por el momento no había nada más que hacer.

—Cuéntame la historia. Dime qué pasó, por qué estás haciendo esto. Terminemos aquí. Dijiste que confiabas en mí. Déjame honrar esa confianza.

El asesino hizo una pausa antes de responder, como si leyera un guion.

—Algunas cosas no se pueden deshacer, Lambert. Mejor no te metas. Ah, y Lambert. La próxima vez que necesites un cerrajero, avísame. Conozco a un gran tipo.

Lambert llamó a Devlin desde el hospital y le dijo que pusiera un coche patrulla frente a la casa de Sophie.

—Si se va, diles que la sigan.

Oyó las dudas de Devlin. Tenía que dar una razón para asignar tanto personal, pero no iba a decirle nada. Él sabía que debía obtener la aprobación de Tillman, pero no iba a decírselo al joven Jefe de Detectives.

—Tienes mi autorización, Devlin. Adelante.

—Sí, señor.

Lamentó el arrebató, pero la conversación con el Observador lo había desconcertado. Lambert se sentía vulnerable y no había nada que pudiera hacer al respecto por el momento. La amenaza estaba implícita. No quería compartir los detalles de sus conversaciones. Podía poner a Sophie bajo custodia protectora, pero no podía poner a todos los que conocía, y sacar a Sophie de la ecuación solo desviaría al asesino hacia otra persona. Los mantendría bajo vigilancia por ahora.

Se encontró con Kennedy en la sala.

—Detective en Jefe Lambert, Sargento Kennedy —dijo la Dra. Hughes, que les dio la bienvenida fuera de la habitación de Laura Dempsey, con un acento que hacía difícil descifrar si la calidez era genuina—. La Sra. Dempsey ha estado recibiendo atención psicológica. Todavía se encuentra en un estado muy frágil. Estoy de acuerdo con esto, pero si no es completamente necesario, le pido que lo posponga.

—Entraremos y saldremos lo más rápido posible. El asesino sigue suelto, y la Sra. Dempsey podría ser lo más cercano que tenemos para identificarlo —dijo Lambert.

Laura Dempsey estaba sentada en su cama. Se sorprendió al verla leer un libro. Él no había sido capaz de concentrarse en nada durante más de un par de minutos tras la muerte de Chloe. Habían pasado meses antes de que cogiera un libro. Pasaba horas frente al televisor, pero las palabras y las imágenes eran poco más que ruido blanco. Era alentador ver que Laura podía escapar, aunque fuera por un rato, a otro mundo.

Dempsey cerró el libro. Tenía mejor aspecto que la última vez que la habían visto, un toque de color en la piel y los ojos frescos, casi acogedores.

Kennedy se acercó al lado de la cama.

—Siento molestarla de nuevo, Laura. Solo queríamos hacerle unas preguntas —la agente sonaba compasiva y genuina. Lambert no estaba seguro de que él se hubiera mostrado tan

comprendido.

—Pregunta —dijo Dempsey.

Kennedy le mostró una foto del Sargento Lennox en su iPad.

—¿Reconoce a este hombre?

La mujer cogió el iPad.

—¿Debería? Esta foto es de hace años —dijo, pero sus ojos no se apartaban de la pantalla—.

¿Está muerto? —preguntó, cuando al fin apartó los ojos de la imagen.

Kennedy asintió.

—¿De la misma manera? —dijo Dempsey, conteniendo las lágrimas.

—¿Lo reconoces?

Dempsey empezó a llorar. Se secó las lágrimas con cortos movimientos furiosos.

—Lo siento —dijo, como si tuviera algo por lo que disculparse—. Creo que me acuerdo de él. Ya sabes que hay cosas que se te quedan grabadas. Sus ojos son de otro color, ¿ves?

Lambert no había notado la diferencia de color en los ojos del hombre. Un ojo era marrón, el otro avellana.

—¿Era policía? —dijo Dempsey.

Kennedy miró a Lambert con ojos llenos de optimismo.

—Correcto —dijo él. No quería hacerle preguntas todavía. Quería que el relato fuera su propio recuerdo, sin preguntas capciosas.

—No sé su nombre. Vino a la residencia donde trabajé por primera vez. Lo vi dos, quizá tres veces.

La paciente miró a Kennedy en busca de apoyo. Kennedy sonrió y asintió.

Lambert podría haberle gritado. Dempsey se estaba tomando su tiempo con la revelación, como una maestra narradora. El color de su piel cambió al recordar lo sucedido. La Dra. Hughes se dio cuenta y se acercó a la cama. Dempsey se rascó la nuca.

—Estaba investigando unos problemas en la residencia. Hubo algunas acusaciones. Las investigó, pero no llegó a nada.

Hughes se acercó a su paciente.

—¿Cuáles eran las acusaciones, Laura? —preguntó Lambert.

Ella negó con la cabeza.

—Yo... —dudó, y de la nada vomitó sobre la cama.

—Eso es todo por ahora —dijo Hughes. Los acompañó a la salida y llamó a una enfermera.

Cuando Lambert salió de la habitación, vio a Laura mirar el charco de vómito sobre las sábanas con total confusión, como si acabara de exorcizar alguna forma de vida alienígena de su interior.

Lambert convocó a todos a la sala de incidentes a medida que volvían del hospital. Necesitaba dejar todo claro en su mente. La revelación de Laura fue el primer vínculo directo entre las víctimas sobrevivientes. Ella había conocido a Lennox antes, y eso era suficiente para Lambert.

A pesar de eso, tenía que mantener la mente abierta. Había demasiadas cosas en la periferia, sin explicar. Nadie podía ser eliminado en este momento, y tenía que asegurarse de que el caso no solo siguiera su ruta prevista.

Cuando regresaron, la sala de incidentes estaba llena de expectación. Devlin saltó hacia él.

—Tengo detalles del hogar infantil donde trabajaba Laura Dempsey. Se llamaba St. Matthew, en Dalston. Ahora es un asilo. Tenemos equipos investigando a todos los antiguos miembros del personal y estamos tratando de localizar los nombres de los niños que vivían allí. El ayuntamiento no encuentra ningún expediente de la época en que era un hogar infantil.

Lambert cogió el expediente. Le impresionó la iniciativa y la rapidez de los resultados. Recompensó a Devlin con una leve inclinación de cabeza.

La sala se silenció cuando Lambert se dirigió al centro del despacho.

—Como saben, tenemos una conexión directa entre tres de las partes implicadas en el caso —en la pizarra de asesinatos, trazó un vínculo entre Laura Dempsey y el ex policía Neil Lennox. Dibujó una segunda línea entre Lennox y Sackville—. Toda nuestra atención se centra ahora en explorar estos vínculos y ampliarlos. Devlin, ¿dónde estamos con las notas de Eustace Sackville?

Devlin se puso de pie, con creciente confianza.

—Estamos revisando sus informes del período en que Laura Dempsey trabajaba en la residencia. Claro que hemos buscado en sus archivos datos sobre Dempsey, Blake, Robinson, Whitfield, etc... ahora sobre Lennox y el hogar infantil. El nombre Lennox aparece varias veces, pero como detective en casos que Sackville reportó.

—Revisa cada uno de esos casos en detalle. Esta mañana nos reunimos con uno de los antiguos colegas de Lennox, el Sargento Lindsay. Añádelo a la lista también.

—Sí, señor.

Lambert continuó asignando tareas. Walker estaba presente, el moretón en su ojo todavía maduro.

—Walker, investiga más sobre Robinson y Whitfield. Whitfield en particular. Sé que está incapacitado en este momento, pero no quiero descartar su participación aún.

La decepción en la cara de Walker era palpable. Sabía que lo estaban dejando de lado y, por ahora, eso era lo que Lambert quería. Lambert miró furtivamente a Kennedy, cuyo rostro

permanecía impasible.

Ella se acercó a él cuando terminó la reunión.

—¿Vamos al hogar infantil?

—¿St. Matthew? Ahora es una residencia de ancianos —dijo Lambert.

—Devlin está teniendo dificultad para encontrar detalles del consejo.

—Bien, haré una cita para después del almuerzo. Tengo algunas cosas que hacer.

De vuelta en su oficina, Lambert comenzó a leer los archivos que había descargado sobre el padre de Kennedy. Se concentró en el período en que Laura Dempsey trabajaba en el hogar de niños. Sin estar seguro de lo que buscaba, buscó menciones a Lennox, Sackville, Dempsey, Robinson y la residencia.

Dedicó treinta minutos a la búsqueda antes de decidir que había demasiados datos como para hacer ningún tipo de incursión. Estableció una serie de búsquedas cruzadas que vinculaban al Ayudante del Jefe con todos los implicados en el caso, y se detuvo. ¿Era esto lo que el Observador quería que hiciera? Si pudiera encontrar algo relevante sobre el hombre, estaba seguro de que no lo acercaría más a la búsqueda del asesino. Sería demasiada coincidencia que el padre de Kennedy estuviera involucrado en algo relevante. Estaba convencido de que era una táctica de distracción. ¿Por qué otra razón el Observador le daría tal información? Guardó las búsquedas que había hecho y cerró la sesión, negándose a distraerse más.

Encontró a Kennedy en la cantina. Estaba comiendo sola.

—¿Me puedo unir? —le dijo al colocar su almuerzo en la mesa frente a ella. Kennedy asintió y siguió comiendo.

—He concertado una cita en el edificio que solía ser el hogar de los niños para la una y media —dijo—. Ahora es una residencia de ancianos, así que no estoy seguro de lo que sacaremos de ahí.

Kennedy terminó su almuerzo y empujó su plato una pulgada hacia adelante.

—Curtis Blake cumple años este fin de semana —dijo.

—Eso he oído.

—Sesenta. Una fiesta sorpresa, por lo que dicen.

Lambert se preguntó si la fecha tendría algún significado.

—Eso me da una idea. Te veré en St. Matthew —dijo antes de ponerse de pie y salir de la habitación.

Matilda vio marcharse a Lambert y pidió su tercer café de la mañana. Solo llevaban trabajando juntos por unas semanas, pero en ese breve tiempo había llegado a confiar en él y a respetarlo. Algo que no podía decir de la mayoría de las personas con las que había trabajado.

Lo de Tillman se le estaba yendo de las manos. Volvió a pasar la noche en su casa. Había un lado de Tillman que nunca mostraba en el trabajo, nunca se atrevería. Era un lado cariñoso, casi vulnerable. Sin embargo, estaba dispuesto a compartir esa parte de sí mismo con ella, y a ella le resultaba cada vez más atractiva. No sería la primera oficial subalterna que se acostaba con un superior, pero había protocolos y, si los pillaban, ambos sufrirían las consecuencias, aunque imaginaba que él se llevaría la peor parte de cualquier investigación sobre su relación. No quería dejarlo, pero cada vez que veía a Lambert, sentía que debía decírselo. Solo esperaba que él no lo considerara una traición si finalmente se revelaba la verdad.

Sintió que alguien la seguía mientras volvía a su mesa. Volvió a sentarse, sin sorprenderse al ver la figura del Sargento Walker ante ella. Le entraron ganas de suspirar, pero mantuvo una actitud positiva. No se dejaría intimidar por aquel hombre, menos en su lugar de trabajo.

—Tenemos que hablar —dijo Walker, que se sentó sin ser invitado.

Matilda levantó la cabeza y no ocultó que estaba mirando el ojo derecho de Walker, en específico la mancha negra y morada que lo rodeaba. La mano de Walker se tocó involuntariamente la piel amoratada y se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho. Regresó la mano a la mesa y su rostro se contorsionó en una mueca.

—¿Apruebas la obra de tu novio? —dijo él.

Matilda se tensó. Walker había llamado “novio” a Tillman. No quería provocar demasiado a Walker, pero él tenía que darse cuenta de que no era tan fácil ponerla nerviosa.

—Me estabas acosando. No aceptabas un no por respuesta —argumentó ella.

—¿Yo? Solo intentaba ayudarte. Tú eras la que estaba ebria.

Parecía tan incrédulo que tal vez creía las mentiras que estaba diciendo. Tenía razón en que estaba borracha. Ella había estado pensando más y más al respecto durante las últimas cuarenta y ocho horas. Había bebido mucho, pero su inestabilidad de aquella noche y su posterior amnesia no eran normales.

Tillman se lo había explicado. Su explicación paternal de que eso a veces ocurría la había enfurecido.

—Sí que dices tonterías, Walker.

—Pregúntale a cualquiera, Kennedy. Estabas borracha esa noche. Bebías gin-tonics como

agua.

—Incluso si eso es cierto, no te da una excusa para acosarme.

Walker resopló.

—Cree lo que quieras.

—Lo haré —dijo Matilda—. ¿No hay nada más que decir?

Walker no se movió. Con la espalda recta, plantó las manos sobre la mesa y siguió mirándola. Algunos de sus colegas de las otras mesas habían dejado de hacer lo que estaban haciendo y miraban en su dirección, tal vez en busca de algún enfrentamiento que les alegrara el día.

Walker había justificado su ojo morado al decir que había recibido un codazo en un partido de fútbol sala, pero no muchos le creyeron. Al menos tres agentes preguntaron a Matilda dónde se había golpeado Walker, y este enfrentamiento público no favorecía a ninguno de los dos.

—¿De qué se trata todo esto, Walker? —dijo ella, con los dientes apretados.

—Es fácil cegar a alguien, Kennedy. En especial si eres su oficial superior.

Matilda se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos.

—¿Por qué, entonces? —dijo en voz baja—. ¿Por qué siempre estás encima de mí?

Walker sonrió.

—Porque detesto el abuso de poder —dijo, una vez más con una sensación de rectitud—. Te estaré vigilando, Kennedy.

Matilda permaneció sentada mientras Walker se alejaba. Ignoró las miradas de sus compañeros de trabajo y fingió consultar mensajes en su teléfono.

El Observador lo estaba dirigiendo y trasladando de una casa a otra, de proteger a Sophie a preocuparse por el padre de la Sargento Kennedy, cuando su atención debería estar en otra parte.

Lambert buscó lo positivo. Debía de estar cerca de la verdad. Ahora tenían un vínculo, por tenue que fuera, entre Lennox, Sackville, Laura Dempsey y el hogar infantil. A continuación, tenía que interrogar a Sackville, y luego a Dempsey.

Tillman lo esperaba en su despacho, recostado en su silla como desafiando a la gravedad.

—¿Ya lo has atrapado? —dijo.

Lambert ignoró el comentario frívolo.

—Tengo que ver a Harrogate.

Tillman se incorporó y se quejó por el esfuerzo. Parecía más elegante que de costumbre. Llevaba un traje que él no había visto antes, el corte sugería que estaba hecho a medida. Tenía una camisa impecable, con la corbata a rayas apretada contra la garganta.

Se preguntó a quién trataba de impresionar.

—Ya hemos hablado de eso, a menos que tengas algo más para mí.

—Hay una fiesta sorpresa de cumpleaños para Blake este fin de semana.

—No es una sorpresa si lo sabes.

Lambert esperó un momento. Quería calibrar la reacción de Tillman a lo que tenía que decir a continuación.

—En realidad fue Kennedy quien se enteró de la fiesta —mintió.

Tillman ni siquiera se inmutó.

—Eso me recuerda, ¿por qué estabas investigando al padre de Kennedy?

—No cambies de tema, Glenn.

El hombre se rascó la barbilla. Lambert era la única persona por debajo de su rango que podía tutearlo. Había aprendido a usar ese honor con moderación.

—Bien, hay una fiesta. Seguro que Harrogate ya lo sabe. Hablaré con su equipo y te diré si quiere hablarlo contigo.

—Sí, señor —dijo Lambert, que se puso de pie.

—No tan rápido, toma asiento. El padre de Kennedy, el Ayudante del Jefe de Policía.

Lambert se sentó y trató de no sonreír por haber sido atrapado.

—Sí.

—No seas bromista. ¿Por qué la búsqueda en El Sistema? Estas cosas a veces me sobrepasan, en especial cuando se trata de alguien como él.

—Solo era curiosidad.

Tillman sonrió.

—¿Curiosidad? ¿Por qué no me preguntaste, en lugar de crear un registro?

—¿Hay algo que necesitas decirme, señor?

Tillman rechinó los dientes.

—Esa no es la cuestión. La pregunta es: ¿qué es lo que no me estás diciendo?

—Como dije, solo curiosidad por saber con quién trabajaba. Aunque ahora siento más curiosidad.

—Solo olvídate de esa curiosidad por el momento y concéntrate en el caso.

—Sí, señor.

Lambert volvió a ponerse de pie y estaba en la puerta cuando Tillman volvió a hablar.

—Por cierto, trasladaré a Walker.

Él asintió y pensó que ése era un problema para otro momento.

Volvió a su despacho y decidió cuál sería su siguiente paso. Si por él fuera, volvería a visitar a Blake, pero por ahora era más problemático de lo que valía. Inquieto, salió de su despacho, se dirigió a la cantina y pidió un café. Se puso en contacto con los agentes que vigilaban su casa y volvió a pensar en la última llamada que había recibido del Observador. Cómo el asesino parecía tener ojos en varios sitios a la vez. Lambert echó un vistazo a la sala, a los agentes y al personal civil, y pensó en el tipo de persona que podía llevar a cabo semejante vigilancia que podía saber dónde estaba él en cualquier momento. Un profesional, sin duda, pero había algo más. ¿Podría haber más de una persona implicada en los asesinatos? ¿Podría el asesino ser parte de un grupo, incluso? Si era así, ¿qué clase de grupo podía tener los recursos para piratear los teléfonos móviles de la policía, para vigilar a un oficial superior y al mismo tiempo a su familia?

No le resultó tan fácil como esperaba disipar su teoría inicial. Un equipo profesional, con grandes capacidades de vigilancia, podría describir con facilidad al Grupo o a algún subconjunto desconocido.

En una ocasión, Lambert había formado parte de un equipo que vigilaba las actividades de un equipo corrupto de anti vicio en el suroeste de Inglaterra. Si se trataba de un equipo de ese tipo, era evidente que trabajaba con un objetivo distinto, pero ya se había topado con demasiados agentes corruptos como para descartar por completo esa posibilidad.

El único otro equipo en el que podía pensar en ese instante era la mini milicia instalada en el complejo de Curtis Blake.

Un oficial uniformado, Thornton, se acercó y rompió su proceso de pensamiento.

—Siento molestarlo, señor. Ha habido un pequeño incidente. Pensé que debía saberlo.

Thornton era un Sargento de guardia de entre cincuenta y sesenta años. Parecía nervioso, cosa rara en él. Tenía una personalidad distante y cínica. A Lambert le sorprendió que algo pudiera molestarlo.

—No me mantenga en suspenso, Sargento.

—Sí. Es Eustace Sackville, señor.

Lambert dejó el café en el escritorio y le prestó toda su atención.

—Acabo de recibir una llamada de Holborn. Parece que ha habido un altercado y han detenido al Sr. Sackville.

LOS FUMADORES MERODEABAN FUERA del edificio y miraban a Lambert mientras entraba en la comisaría. Se saltó la cola y mostró su tarjeta de orden de detención a la Sargento, una mujer de aspecto hastiado y mirada distante.

—¿Tiene detenido a Eustace Sackville?

—Sí —dijo la Sargento, sin tener que echar un vistazo a la hoja de arresto—. Está durmiendo.

—Necesito hablar con el oficial que lo arrestó.

—Tome asiento.

Lambert respiró hondo. Estaba a punto de preguntar por el oficial de guardia de mayor rango cuando una cara conocida lo rescató de un arrebato.

—Lambo —gritó una voz y acalló los murmullos generales de la multitud que esperaba.

El Inspector Wallace Greig estaba de pie con la mano en la cadera. Tenía la cabeza llena de pelo blanco y llevaba un par de gafas con montura de acero.

—No me digas que te has estado ensuciando las manos, Wally —dijo Lambert al acercarse al hombre.

—Dios, no —dijo Greig, con un marcado acento de Glasgow—. Vi cómo llevaban al pobre Eustace a las celdas. Me enteré de lo que le había pasado y busqué su caso. Después de mucha limpieza de seguridad, descubrí que tu banda está al mando. Ven, pasa.

Lambert siguió al hombre hasta la zona diáfana de oficinas de la comisaría. Greig había engordado al menos un par de kilos desde la última vez que lo vio, hacía más de diez años. Entonces era Inspector y, al parecer, su carrera se había estancado. Llevaba un traje barato de aspecto desgastado, y su camisa, que debía ser blanca, se había desteñido en un gris apagado.

—¿Te traigo un café?

—Estoy bien, Wally.

—Bien, hijo —Greig le dio una palmada en la espalda—. Buscaré al joven vivaracho que se llevó a Eustace. ¿Por qué no te reúnes con nosotros en la sala de interrogatorios?

Greig regresó dos minutos después, seguido de un agente uniformado que parecía estar atravesando el último arrebato de la pubertad. Su piel era un campo de batalla de hoyos y llagas rojas. Sus pálidos ojos verdes recorrían la habitación como si lo hubieran traído para interrogarlo.

—Agente Brenton. Primer mes en el trabajo, ¿eh, hijo?

—Sí, señor —respondió.

—¿Qué puedes decirme, Brenton? —dijo Lambert y señaló un asiento.

Brenton miró a Greig, que asintió, y tomó asiento. Estuvo por abrir su cuaderno cuando Greig se lo arrebató de la mano.

—Contrólate, hijo. Dile al Detective en Jefe Lambert lo que ha pasado. Usa tu maldita memoria.

Lambert reprimió una sonrisa cuando Brenton empezó a hablar.

—Nos llamaron al despacho Byrne Lyle esta mañana temprano, creo que a las once y veinte. El jefe de cámaras había informado de un disturbio y yo estaba en las intermediaciones. Cuando llegué, vi a un hombre, ahora identificado como Eustace Sackville, tratando de atacar a uno de los miembros del personal del despacho.

—Lo atacaste tú solo, ¿verdad, hijo? —dijo Greig con sarcasmo.

—¿Estabas solo? —preguntó Lambert.

—No entremos en eso, ¿vale? —dijo Greig— El supervisor de Brenton estaba gastando un penique en ese instante, ¿no es así, Brenton?

—Sí, señor.

—Y el hombre al que estaba atacando es Charles Robinson, ¿verdad? —adivinó Lambert.
Los ojos de Brenton se abrieron de par en par.

—Sí, señor.

—¿Esperabas esto? —preguntó Greig.

—No del todo. Se supone que Sackville está en custodia preventiva.

—¿Necesitas hablar con él? —preguntó Greig.

—Por favor. ¿Puedes darme cinco minutos? Necesito leerle la ley antidisturbios.

—Vamos, hijo, ya basta de heroicidades por hoy —dijo Greig. Sacó a Brenton de la habitación y cerró la puerta.

Lambert suspiró y llamó al Sargento Wilkinson, quien se supone que se ocupaba de Sackville. El agente respondió.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

Él ocultó su incredulidad.

—Solo quería saber cómo estaba Sackville. ¿Cómo está?

Wilkinson se quedó en silencio.

—¿Qué quiere decir, señor? Usted nos dijo que lo liberáramos.

—¿Yo les dije?

—Su despacho, señor.

Lambert agarró su teléfono y sus nudillos blanquearon con el esfuerzo. Consiguió mantener el tono.

—Así que mi oficina llamó y les dijo que era seguro liberar a Sackville de protección.

—Sí, señor.

—¿Me estás tomando el pelo?

Wilkinson se quedó en silencio.

—Fue el Jefe de Detectives Devlin, señor.

—¿Devlin te llamó?

—Señor, no sé de qué se trata todo esto. Devlin llamó. Hicimos todas las comprobaciones necesarias. Llamé a los dos números, me dieron y recibí confirmación. Pensé en llamarlo, pero no quería hacerle perder el tiempo.

Lambert dejó de apretar el teléfono. ¿Era posible que las llamadas entre Wilkinson y la oficina hubieran sido hackeadas?

—¿Qué hicieron con Sackville?

—Lo llevamos a su casa, según sus instrucciones. No entró en el edificio, sino que se dirigió directo al pub. Yo no estaba en posición de discutir con él.

El Observador estaba jugando con él.

—Después de que cuelgues, lleva tu teléfono a tu estación, donde será recogido. Quiero que vuelvas al piso franco y asegures el edificio. Enviaré un equipo.

Lambert colgó. No hubo respuesta de Devlin, así que llamó a Tillman y le explicó la situación.

—Cogeré el teléfono personalmente y enviaré un equipo técnico ahora mismo para revisar la casa. ¿De verdad crees que el asesino ha orquestado esto? ¿Sabes la cantidad de perspicacia y conocimientos son necesarios para hacerlo?

Era demasiado tarde para contarle ahora a Tillman lo de las llamadas.

—Alguien está interfiriendo.

—¿Sackville está a salvo?

—Está durmiendo en la celda.

—Organizaré otro piso franco. Esta vez, no nos arriesgaremos.

Greig lo esperaba fuera de la sala de interrogatorios.

—Despertamos a Sackville. Está un poco atontado, el pobre bastardo. ¿Quién puede culparlo? ¿Dices que Robinson se acostaba con su esposa?

—Eso parece.

—El cabrón se lo merece entonces. Supongo que por eso no quiere presentar cargos. Prefiere que le den una paliza a que manchen su nombre.

—Su nombre ya está manchado —dijo Lambert, que siguió a Greig a la celda.

—Mierda —dijo Sackville cuando él entró en la habitación. Estaba sentado de espaldas a la pared de piedra, abrazado a una manta. Tenía el pelo revuelto y los ojos hundidos y dibujados.

Lambert lo miró con recelo.

—Déjame con él —le pidió a Greig.

—Siento haberte hecho perder el tiempo, pero Robinson se lo merecía.

Lambert se sentó en el bloque de acero, frío e implacable.

—Eso no me importa, Eustace. ¿No te sorprendió que te dejáramos ir?

Sackville entrecerró los ojos.

—Un poco. Pero sé cómo son los presupuestos con ustedes, y supuse que no corría peligro. Al menos, no en tu opinión. Pensé que habías hecho acto de presencia. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Ha habido algunas novedades desde la última vez que hablamos. Quizá puedas ayudar.

Sackville bebió un trago de agua.

—La resaca está haciendo efecto. ¿Cómo está Robinson?

—No presentará cargos.

—Muy bien por su parte —dijo Sackville animado, y se levantó de la cama de metal antes de volver a caer.

—Olvídalo, Eustace. Ya está hecho. Volvamos al Inspector Lennox. ¿Recuerdas a uno de sus colegas? ¿Un Jefe de Detectives llamado Lindsay?

Sackville lo consideró por un momento.

—Vagamente. Creo que dejó el cuerpo policial. Dejamos de seguir los casos de Lennox cuando Trev recibió esa paliza. Solo informábamos de sus supuestos éxitos —fue a beber otro sorbo de agua, pero el vaso estaba vacío—. ¿De qué se trata esto, Michael?

—Lindsay te recuerda, Eustace. Y Laura Dempsey recuerda al Sargento Lennox.

La cara de Sackville perdió el color.

—¿Puedes traerme más agua? —preguntó, con las manos temblorosas.

Lambert llamó a la celda e hizo la petición al guardia uniformado.

—¿Cómo lo conocía ella?

—¿No puedes decírmelo, Eustace?

Sackville negó con la cabeza.

—Escucha, soy demasiado viejo y tengo demasiada resaca para estos juegos. Ya te dije que nunca he visto a Dempsey. Al menos, no recuerdo haberla conocido. Dime la conexión.

La puerta de la celda se abrió y el guardia le dio a Lambert dos vasos de agua. Lambert le dio el agua.

—Laura recuerda que Lennox visitó su trabajo.

No le dijo a Sackville que no tenía más información y que compartir ese recuerdo había hecho recaer a Dempsey.

Sackville bebió el segundo vaso. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Lambert esperó a que hablara, pero la mente del hombre había divagado. Su balanceo se intensificó y su atención se centró en la pared de enfrente.

—Eustace —dijo.

Sackville saltó.

—Lo siento, me perdí en mis pensamientos.

—Laura Dempsey y el Sargento Lennox, Eustace. ¿Cuál es la conexión?

—Te lo dije, nunca he oído hablar de Laura Dempsey.

—Solía llamarse Laura Patchett.

Sackville sacudió la cabeza.

—Supongo que has revisado mis viejas notas.

—Sí.

—Y ninguna coincidencia.

Lambert levantó la voz.

—No, pero eso es irrelevante. Tu vida entera no está en esos archivos, ni siquiera son tus notas detalladas. Es solo una copia acabada.

Sackville se encogió de hombros.

—Te ayudaría, Michael, si pudiera. El nombre no me resulta familiar.

Lambert no sabía si Sackville mentía o no. Dudaba que el periodista se conociera a sí mismo.

—Laura Dempsey recordó que Lennox visitó St. Matthew, donde ella solía trabajar cuando tenía veinte años.

—¿Eso es todo?

—Le causó una gran reacción.

Se imaginó su cara pálida, el vómito en su ropa de cama, la visión de la Dra. Hughes terminando la entrevista.

—Sácame de la miseria, Lambert. ¿Dónde trabajaba?

—Trabajaba en el hogar de niños St. Matthew.

Habría sido fácil pasar por alto el sutil cambio en la cara de Sackville. Lambert notó los ojos entrecerrados y el ligero tic de su boca.

—¿Conoces el lugar?

Sackville se rascó el muslo y enderezó la espalda en señal de atención. Era como si su resaca se hubiera evaporado en un instante.

—Recuerdo el lugar, aunque no recuerdo a ninguna Laura Dempsey, o Patchett. ¿Qué era? ¿Enfermera?

—Sí.

—Nunca pude hablar con la enfermera. Inexperiencia, supongo.

—¿De qué estás hablando, Eustace?

—Iba a ser mi primera exclusiva. Recibí una pista anónima. Creo que era de la policía, pero nunca lo sabré.

Lambert se puso de pie, su lenguaje corporal sugería que Sackville fuera al grano.

—De acuerdo. Había informes de que algunas de las adolescentes de la casa estaban siendo utilizadas.

—¿Utilizadas?

Sackville suspiró, todo su cuerpo temblaba.

—Prostitución. Alguien estaba sacando a las chicas de la casa. Todo el mundo hacía la vista gorda. Creo que Lennox fue al hogar de niños e interrogó al personal, pero no se molestó en continuar la investigación.

—¿Y tú?

Las lágrimas llegaron antes que las palabras. Goteaban por las mejillas manchadas de barba de Sackville.

—Tenía una especie de informe. Incluso hablé con algunos de los pobres chicos.

—¿Por qué no se publicó?

Cada centímetro del periodista temblaba.

—Me advirtieron que no lo hiciera, y en aquel momento era demasiado cobarde para seguir adelante.

—¿Quién te lo advirtió, Eustace?

Sackville se puso rígido. Miró a Lambert por primera vez en los últimos minutos.

—Blake. Curtis Blake.

Lambert se agarró la cabeza con las manos.

—¿Blake? —Sackville asintió— ¿Dirigía una red de prostitución desde ese hogar de niños?

—Era parte de su operación, estoy seguro.

Lambert volvió a sentarse. No era de extrañar que Laura Dempsey tuviera una reacción tan visceral a su interrogatorio.

—¿Cómo impidió Blake que publicaras la historia?

Sackville se levantó y empezó a desabrocharse la camisa. Se la quitó y le dio la espalda a Lambert: la carne de su espalda estaba manchada y descolorida, varias marcas de incisión se entrecruzaban en su piel, y el resto de la carne de su espalda era tejido quemado.

—Jesús, lo siento —dijo Lambert.

El hombre se vistió.

—He observado a ese hombre durante años. Los despiadados son los que triunfan. Por eso estaba haciendo un último intento de escribir una historia sobre él, pensé que no tenía nada que perder.

—¿Tienes la historia en alguna parte?

—Tengo otro archivo —dijo Sackville, con la mirada baja—. ¿Crees que Blake está detrás de esto? ¿Crees que...?

—No sé qué pensar en este momento. ¿Dónde está el archivo, Eustace?

Sackville le dijo dónde había escondido el archivo en su casa.

—Volverás a la custodia preventiva.

Wilkinson lo esperaba fuera de la habitación con Greig.

—Lo siento, señor —comenzó a decir antes de que Lambert lo detuviera.

—No deben perderlo de vista ahora, y necesita ser trasladado a otra casa —Lambert sacó su tarjeta y escribió un número de seis dígitos en ella—. Sackville no debe ser liberado a menos que se le ofrezca el código. No lo solicite.

Salió de la estación y se dirigió a la casa de Blake. De camino, llamó a Lindsay y le dejó un mensaje contándole lo de Lennox y la casa de los niños. Era posible que el agente retirado supiera algo de lo que había ocurrido en esa época. A continuación, llamó a Devlin para confirmar que no había dado permiso para que Sackville abandonara su protección.

—No, señor —dijo Devlin, que sonaba preocupado.

—Refuercen las medidas de seguridad —dijo Lambert, sin revelar el código que le había dado a Wilkinson. Tendría que haber una investigación interna en algún momento. De algún

modo, el Observador se había infiltrado en el sistema telefónico. Colgó y, veinte minutos después, estaba en Hampstead.

No necesitaba el permiso de Harrogate para hablar con Blake y no iba a pedirlo. Lennox, Dempsey, Sackville y Blake estaban relacionados con el hogar infantil, y Blake era el único que aún no había sufrido. O era responsable de alguna manera, o su familia estaba en peligro. Se reservaría el juicio hasta que hubiera hablado con el hombre.

Aparcó a dos calles de distancia y recorrió a pie la corta distancia hasta la casa de Blake. La calle estaba desierta. Si Harrogate se estaba escondiendo, lo estaba haciendo muy bien. Llamó al timbre de la puerta de acero y sonrió a la cámara, pues sabía que era observado.

—Detective en Jefe Lambert. Quiero ver al Sr. Blake.

—¿Tiene una cita, Sr. Lambert? —la voz del interior era familiar. Lambert la reconoció como la del jefe de seguridad de Blake, Will Atkinson.

—No tengo una cita, pero es en el mejor interés del Sr. Blake si me ve ahora. No quiero tener que volver con una orden.

Apoyó las manos en las frías puertas de acero, que eran de resistencia industrial con extremos dentados. Cinco minutos más tarde, Lambert vio la figura trajeada de Will Atkinson caminar hacia él, flanqueado por dos de sus ex secuaces de la milicia.

—Esto es muy poco ortodoxo, pero el señor Blake lo recibirá —dijo Atkinson al abrir las puertas. Tenía una sonrisa de satisfacción en la cara, pero sus dos guardias de flanco tenían un rostro pétreo, sin apartar los ojos de Lambert.

Oyó que la puerta se cerraba tras él mientras cruzaba el camino de grava. Una mujer menuda con un vestido ajustado estaba entrando en la parte trasera de un BMW negro, y el conductor le abría la puerta. Cuando el conductor cerró la puerta, miró a Lambert con cara de confusión y le sostuvo la mirada durante unos largos segundos. Una vez que el conductor desvió su atención hacia el contacto del coche y el volante del coche, Lambert continuó mirando para asimilar toda la información que podía. La esbelta figura del conductor, los parches de calvicie en el cuero cabelludo, el pronunciado contorno de su nariz y la oscuridad de sus ojos.

—¿Vienes? —dijo Atkinson. El jefe de seguridad lo condujo al mismo vestíbulo que antes—. Espera ahí.

Lambert permaneció de pie y sostuvo la mirada de Atkinson hasta que el hombre acabó por retirarse. Los preparativos de la fiesta ya estaban en pleno apogeo. A través de las puertas del jardín, Lambert vio a un equipo de hombres levantando una enorme carpa en los terrenos. Si era una sorpresa, estaba mal disimulada.

Una mano tocó a Lambert en el hombro y aplicó un poco de presión antes de retirarla.

—Sesenta, si te preguntas —dijo Blake—. Se supone que es una sorpresa, pero no puedes invitar a trescientas personas a tu casa y mantenerlo en secreto, ¿verdad?

—Supongo que no.

Blake llevaba vaqueros y una camiseta oscura, con los pies cubiertos solo por unas sandalias.

—Sabes que eres bienvenido cuando quieras, Detective en Jefe Lambert. No hay necesidad de amenazas.

—Dile eso a tu personal.

Blake no sonreía.

—Sin embargo, estoy ocupado, así que si pudiéramos centrarnos en el propósito exacto de esta visita.

Lambert reconoció la táctica. Los sutiles cambios de perspectiva, de acogedor a impaciente,

de vago a específico, todo diseñado para mantener al sujeto desprevenido e incómodo. Él lo había usado muchas veces en interrogatorios.

—¿Podemos ir a un lugar privado?

Blake se frotó la cara, y la piel suelta de la cara se estiró y distorsionó sus rasgos.

—Sígueme.

El despacho de Blake era tan ostentoso como el resto de la casa. Una enorme mesa antigua de roble ocupaba el centro del escenario. El hombre se sentaba en un sillón de cuero verde detrás del escritorio. Detrás de él, había un cuadro enmarcado en oro de una mujer sentada en un banco. El resto de la habitación estaba decorada en madera dorada.

—Hoy he vuelto a reunirme con Eustace Sackville —dijo Lambert, que tomó asiento sin ser invitado.

Blake suspiró.

—¿Otra vez?

—Me enseñó algo que me pareció muy interesante.

—Dame el gusto.

Lambert contó hasta diez en su cabeza.

—Su espalda.

—¿Su espalda, dices?

—Sí, lo que queda de ella.

—Creo que estamos teniendo dos conversaciones separadas, Detective en Jefe Lambert. No tengo idea de lo que estás hablando.

—Yo creo que sí, Sr. Blake. Pero en caso de que no, déjame explicarte.

Blake se reclinó en la silla y levantó las piernas para apoyar las sandalias en el escritorio.

Lambert le habló de la investigación de Sackville sobre el uso de niñas de St. Matthew como prostitutas. Se guardó el resto de la información para evaluar la reacción de Blake.

El hombre mantuvo su pose relajada. Sacudió la cabeza, con una falsa expresión de decepción en el rostro.

—¿Esto fue hace veinte, treinta años?

Lambert no respondió.

—¿Pero tienes un informe policial de esa época? Imagino que hubo una denuncia, algunos arrestos —se sentó en su silla y la mirada sarcástica fue sustituida por una dureza pétrea—. ¿No? ¿Quieres decir que todo lo que tienes son tonterías inventadas de un periodista fracasado? Tengo que preguntártelo, ¿por qué coño me haces perder el tiempo?

Lambert ignoró los comentarios.

—Llamaron a un oficial a la hogar de infantes, ahora que lo mencionas.

El hombre apartó la mirada y murmuró para sí mismo.

—Tal vez lo recuerdes. ¿El Detective Lennox?

Tal vez se lo imaginó, pero juraba que vio un destello de reconocimiento en Blake.

—También puedes haber oído que el Sargento Lennox está ahora muerto.

—¿Ah, así? —dijo Blake y apoyó los codos en el amplio escritorio.

—Su cuerpo fue descubierto hace seis meses. Sus muñecas cortadas horizontalmente hasta que se desangró. ¿Te suena?

Esta vez no se equivocó. Blake entrecerró los ojos, con un leve tic en los labios. Esperó a que hablara, pero el hombre se contuvo. Sus ojos recorrieron la habitación y sus dedos traquetearon sobre el escritorio.

—¿Tienes idea de por qué alguien querría matarlo después de todos estos años? ¿Al agente al que llamaron para investigar la explotación infantil en el hogar de niños?

—Ni idea —dijo Blake, su voz era apenas un susurro.

—O por qué alguien querría matar a la esposa de un periodista que investigaba el mismo caso. ¿Un periodista que, casualmente, estaba escribiendo un artículo en el que se mencionaba tu nombre?

Blake enrojeció y una vena verde apareció en el lado izquierdo de su frente.

—¿Qué demonios quieres decir, Lambert? ¿Crees que lo hice yo? ¿Crees que esperé treinta años para matar a un viejo policía? ¿Y por qué demonios mataría a la esposa de Sackville? No tiene sentido.

Lambert estaba de acuerdo, pero no iba a decirlo.

—Eres lo único que une a los dos en este momento, Sr. Blake.

—Vete a la mierda —dijo Blake, incrédulo.

—Tú y Laura Dempsey. Conoces a Laura Dempsey, ¿verdad? Su marido y sus hijos fueron asesinados delante de ella. Sus padres fueron asesinados la misma noche.

Él se encogió de hombros.

—Lo que sea, mierda.

—Te diré lo que sea —dijo Lambert, que luchaba por contener su temperamento—. Laura Dempsey trabajaba en el mismo hogar cuando Lennox hizo una visita. Ella era responsable de la atención médica de esas niñas. De esas niñas que tú prostituías.

Antes de decirlo, supo que había ido demasiado lejos.

—Vete a la mierda —dijo Blake, que levantó su teléfono—. Atkinson, sácalo de mi casa.

Atkinson estaba allí segundos después. Fue a tocar a Lambert, pero se detuvo en seco.

—Me voy —dijo Lambert—. Deberías pensar, Blake, quién es el responsable de estas muertes si no eres tú.

—Sácalo.

Sonrió satisfecho. Caminó lo más despacio posible fuera del despacho, y dijo:

—Si yo fuera tú, me preocuparía mucho ser una persona clave de esa época que aún no ha sufrido una... pérdida.

Lambert oyó los gritos e insultos durante todo el camino hasta las puertas de acero.

Lambert aparcó el coche en el aparcamiento subterráneo de la estación. Estaba a punto de entrar en el ascensor cuando oyó que alguien lo llamaba.

—Lambert —gritó la voz, llena de acusación.

Se quedó quieto y dejó que la voz se acercara. El hombre al que pertenecía parecía inestable. Llevaba un traje gris con camisa y corbata desparejadas, con zapatos marrones desgastados y sin lustrar. Sus ojos desorbitados se clavaron en Lambert mientras se acercaba y, en el último segundo, se dio cuenta de que no iba a detenerse.

El Sargento Harrogate iba a atacarlo. Lambert tuvo que torcer el cuerpo por la fuerza del impacto, el Sargento le miró el hombro y tropezó dos metros hacia delante.

—¿A qué demonios estás jugando, Harrogate?

El hombre le dio la espalda durante unos segundos antes de girarse y atacarlo de nuevo, con el rostro contorsionado por la rabia. Lambert ya había tenido suficiente. Cuando Harrogate se acercó, todavía demasiado rápido e inestable, él se inclinó hacia delante y le asestó un fuerte puñetazo en la garganta. Harrogate cayó como si le hubieran disparado. Lambert se encorvó y sentó al hombre.

—No te asustes —le dijo cuando Harrogate intentaba inhalar aire de su garganta con desesperación.

Un par de agentes uniformados echaron un vistazo, vieron a Lambert y fingieron no haber visto nada. Sostuvo a Harrogate mientras recuperaba el aliento:

—Levántate —ordenó, y tiró de su cuerpo para que se pusiera en pie.

El hombre se inclinó sobre sus rodillas y resopló.

—¿Quieres decirme qué demonios crees que estás haciendo? —interrogó.

—Se te ordenó que no te acercaras a Blake —dijo Harrogate, con voz áspera y seca.

—A menos que fuera completamente necesario. Eso no es excusa para agredir a un oficial superior.

Harrogate se levantó con las rodillas, su rostro ceniciento. Tosió y escupió un bulto de flema sanguinolenta sobre el pavimento.

—Denúnciame si quieres. Lo has jodido de todas formas.

—No he jodido nada. Si dejas de ser tan obstinado, existe la posibilidad de que trabajemos juntos.

El hombre lo siguió hasta las oficinas.

—Siéntate —dijo Lambert tras cerrar la puerta de su despacho. Harrogate se sentó, con los

brazos cruzados en una última muestra de desafío—. He visitado a tu hombre.

Harrogate fingió sorpresa, pero Lambert sabía que había ganado la pelea.

—El conductor. Cuerpo ágil. Extraños parches de calvicie en el cuero cabelludo. Nariz puntiaguda.

Se quedó inmóvil.

—Me di cuenta por la forma en que me miraba. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Harrogate parpadeó.

—Cinco años.

Cinco años encubierto. No era de extrañar que Harrogate fuera tan protector.

—¿Lo has estado manejando todo este tiempo?

—Sí. Hemos estado tratando de reunir pruebas sobre la operación de Blake. Hemos hecho algunas detenciones indirectas de los croatas con los que trabaja Blake, pero no podemos ir a por todas. Se asustan con facilidad, podrían cambiar con quién trabajan. Por eso puede que hayas jodido cinco años de trabajo.

—No lo creo.

—¿No lo crees? No entiendes cómo trabaja esta gente. Tendrán a Blake bajo vigilancia las 24 horas. Si te ven entrar otra vez, se alarmarán. Podrías haber puesto a nuestro hombre en peligro. Apenas hablo con él, es demasiado arriesgado. Con razón se enojó al verte.

Lambert no se lo creyó. Decidió darle a Harrogate otra oportunidad. Le explicó en detalle la situación actual, lo que Blake le había hecho a Sackville, lo que se le había acusado de hacer en el hogar de niños.

—Eso no me sorprende del todo.

El encuentro había conmocionado al Sargento. Por primera vez desde que lo conoció, Lambert sintió respeto por él, a regañadientes.

—¿Ahora qué hacemos? —le preguntó, mientras se levantaba para marcharse.

—Trabajaremos juntos. Informarnos mutuamente de nuestros movimientos, algo que deberíamos haber hecho desde el principio.

Harrogate dudó, como si quisiera compartir algo.

—De acuerdo.

—Y no me vuelvas a hacer una jugada así, Sargento Harrogate.

LAMBERT ENCONTRÓ a Kennedy y fueron en coches separados a Dalston. El antiguo hogar de niños, St. Matthew, era ahora una residencia de ancianos. Él había llamado a la residencia antes y había solicitado una reunión con la propietaria, Joanne Kendrick, que parecía desconcertada por la petición. Los recibió cuarenta minutos más tarde. Kendrick, una mujer pequeña y de aspecto nervioso, transmitía más autoridad por teléfono, y a Lambert le sorprendió que alguien con tan poca presencia pudiera ser dueña de un negocio así. Era posible que solo estuviera nerviosa debido a su profesión. La visión de una tarjeta de autorización a menudo hacía las cosas más extrañas a la gente, los hacía actuar fuera de lo normal y les daba un sentimiento de culpa.

El despacho de Kendrick estaba desordenado y parecía deteriorado.

—¿Puedo traerles té o café? —preguntó.

Ambos agentes negaron con la cabeza. Lambert permaneció en silencio e intercambió alguna que otra sonrisa con la mujer.

—Bien. Me temo que esta mañana me ha pillado un poco desprevenida, Detective en Jefe Lambert. Me ha sorprendido su llamada y no he entendido bien lo que me decía —Kendrick había recuperado la compostura en los minutos que llevaban en el despacho y su nerviosismo inicial se había evaporado.

Lambert volvió a explicarle la situación y se dio cuenta de lo endeble que eran las razones para estar allí.

—Corrígeme si me equivoco, Detective en Jefe Lambert, ¿pero tu visita tiene que ver con algo que puede o no haber ocurrido hace treinta años?

Él asintió.

—Me doy cuenta de que esto requiere un salto de imaginación, pero podría ser muy relevante para una investigación de asesinato actual.

La mujer los estudió a cada uno por turno, como si se tratara de una broma elaborada.

—¿Se dan cuenta de que compramos este edificio hace quince años? Y no creo que haya albergado niños en más de veinte años. Cuando lo compramos, estaba prácticamente abandonado.

—Estamos tratando de encontrar detalles de los ocupantes del hogar infantil durante el período que hemos mencionado —dijo Kennedy—. Cuando usted llegó, ¿había algún archivo todavía aquí? ¿Algún registro?

Kendrick se pasó la lengua por la boca y procedió a sorprender a ambos.

—Es posible que este sea su día de suerte —dijo—. Después de tu llamada, hablé con mi marido. Le conté lo que habías dicho, al menos lo que yo había entendido.

Lambert se inclinó hacia delante y una oleada de adrenalina llenó su torrente sanguíneo.

—Bueno, estoy parafraseando, pero dijo algo así como “tal vez ahora podamos deshacernos de todas esas cosas en el ático”.

Esperaron en el vestíbulo de la casa mientras uno de los empleados iba a buscar una escalera a los jardines. Kennedy parecía rebosar de energía, sus piernas rebotaban arriba y abajo a un ritmo inaudito. Lambert arrastró los dedos por el sillón de tela, el tejido era áspero y picado. Pensó en las personas que se habían sentado antes en el sillón, futuros residentes que esperaban a que les enseñaran las instalaciones de la residencia con sus hijos. Los residentes que habían tocado la misma tela y ya no existían.

—¿Qué esperas encontrar? —le preguntó a Kennedy.

—¿Un nombre?

—No te hagas ilusiones. Dudo que tuvieran registros detallados, e incluso si los tuvieran...

—Detective en Jefe Lambert, estamos listos para ti.

Kendrick apareció de entre las sombras y, a su lado, un hombre gigante agarraba una escalera de aluminio retráctil como si estuviera hecha de aire.

No se hicieron presentaciones. Lambert siguió a Kendrick y al gigante por tres tramos de escaleras, seguido de cerca por Kennedy. Caminaron por un estrecho pasillo, sobre una raída alfombra marrón, hasta que se situaron bajo una pequeña abertura rectangular en el techo.

—Esto podría ser un poco estrecho —dijo el gigante, que extendió la escalera y la apoyó contra la pared. Subió, tambaleándose a cada paso, y empujó a través de la abertura. Pasó su cuerpo por el agujero y desapareció de la vista.

—¿Usan mucho el lugar? —dijo Lambert.

Kendrick soltó una carcajada.

—No asumo ninguna responsabilidad si subes allí. No hemos usado el lugar desde que nos

mudamos. Mi marido no sabía qué hacer con todos los archivos que quedaban. Deberíamos haberlos tirado. Llamamos al ayuntamiento y nos prometieron que vendrían a buscarlos, pero nunca aparecieron. Los guardamos por si acaso.

Una luz apareció desde arriba, seguida de la cara sonriente del gigante.

—Qué polvoriento —dijo al bajar de nuevo por la escalera.

El desván era más grande de lo que había imaginado. Cabían al menos un par de habitaciones, y estaba lleno de cajas cubiertas de polvo. Las cajas más cercanas a la entrada del desván estaban fechadas; la última databa de hacía solo dos años, lo que iba en contra de lo que Kendrick les había dicho acerca de no utilizar el área. Lambert se dirigió a la parte trasera del espacio y se golpeó la cabeza contra una viga baja. Kendrick les había advertido sobre las tablas del suelo, así que él pisó con la mayor ligereza posible. Una sábana con motivos florales cubría un montón de formas. Lambert levantó la sábana y una nube de polvo se levantó en el claustrofóbico espacio. Sacó una linterna y examinó las cajas que había debajo. Con una tosca escritura de rotulador, alguien había escrito: “Archivos del Hogar Infantil St. Matthew”.

—Kennedy —susurró al abrir la primera caja. Hojeó el contenido, pilas de cartas y facturas, y se la entregó a Kennedy con emoción en sus movimientos. Le pasó un expediente tras otro a la agente, sin saber a qué se debía su urgencia, hasta que encontró algo que hizo que se le parara el corazón. Era un expediente titulado “Residentes”.

Abrió la cubierta. En la primera página, había una fotografía en blanco y negro de una chica que no sonreía. Junto a la foto, en caracteres desiguales, estaban los datos de la chica. La niña se llamaba Janice Raymond. Tenía siete años. No tenía hermanos. No tenía padres.

Lambert sostuvo el expediente y luchó contra un sorprendente impulso de llorar por la niña que ahora sería muchos años mayor que él, y hojeó el resto de las páginas. Nombres de niños y niñas, huérfanos o procedentes de hogares con problemas. Tal vez era su imaginación, pero veía la soledad y la sensación de abandono en cada foto.

Le dio la carpeta a Kennedy y sacó la siguiente de la caja. Era igual, fechada el año anterior. El descubrimiento lo había llenado de energía, y escudriñó el contenido de la caja hasta llegar a la siguiente. No sabía por qué, pero estaba seguro de haber hecho un descubrimiento importante.

Trató de mantener la emoción fuera de su voz y dijo:

—Llama a Devlin. Tenemos que llevar esto a la estación.

Tardaron casi dos horas en recuperar todos los archivos y subirlos al coche, incluso con la ayuda del gigante. Matilda estaba cubierta de sudor y tenía la boca llena de polvo con un agrio sabor metálico.

—Me vendría bien un trago —dijo Devlin, lo que la tomó por sorpresa.

Ella condujo hasta un autoservicio y pidió dos platos enormes.

—Van a ser una tarde y una noche muy largas —le dijo a Devlin mientras comían hamburguesas y patatas fritas y bebían a sorbos sus bebidas frías. No dejaba de pensar en Janice Raymond, la primera niña sin sonrisa de las fotos.

—Bueno, tira eso. Nos vamos.

Era el final de la tarde. Había vuelto el buen clima, y los londinenses no sabían qué ropa ponerse.

Su teléfono sonó mientras aparcaba bajo el edificio de la estación.

—Ve a buscar ayuda para llevar los archivos —le dijo a Devlin, antes de coger la llamada.

—Matilda Kennedy —dijo la voz al otro lado.

Comprobó el número del teléfono, que era desconocido.

—¿Quién llama? —dijo. Mantuvo un tono neutro, pero pensó que algo no iba bien.

—Soy yo. Al que tu prensa infantil llama el Observador.

Iba a hacerle una señal a Devlin, y al final se detuvo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Tal vez era un engaño. Le sorprendió que alguien pudiera obtener su número de móvil, pero no era algo inaudito.

—Puedes hablar con tu jefe, Detective en Jefe Lambert. Reitera la advertencia que le di.

La sangre retumbó en sus oídos.

—¿Qué advertencia?

El hombre hizo una pausa.

—Dile que he llamado.

—Dime cuál fue la advertencia —dijo ella, desesperada por mantener al hombre al teléfono.

—Dile solo a él, Matilda. Nadie más debe saberlo. Ah, y Matilda, pregúntale por qué ha estado investigando a tu padre.

El apartamento de Charles Robinson era más modesto de lo que esperaba. Situado en Hither Green, formaba parte de un edificio nuevo de tres plantas cerca de la estación.

Después de dejar a Kennedy en St. Matthew, Lambert había llamado al despacho de Robinson y había quedado con el abogado en el lugar. El hombre había sonado resignado por teléfono, como si la pelea con Sackville le hubiera quitado toda la energía. Robinson lo recibió en la puerta. Estaba vestido de forma casual, con pantalones ligeros y un jersey. La falta del atuendo de negocios parecía privar al hombre de su carisma. Parecía más pequeño de lo que recordaba, con la piel más arrugada y el pelo fino y despeinado.

—Lambert —dijo el hombre a modo de saludo, su voz tenor galesa carecía de su vitalidad habitual. Le tendió la mano, que él estrechó al mantener el contacto visual, tratando de no fijarse en el moretón que se extendía por su rostro.

—Señor Robinson, gracias por recibirme.

—¿Necesito a mi abogado? —dijo Robinson, que se ría para sí mientras se retiraba por el pasillo hacia una sala de estar diáfana.

El apartamento era engañoso. El salón de Robinson se extendía en ambas direcciones y ocupaba todo el ancho del edificio. El suelo de roble, de aspecto caro, se extendía por toda la extensión, que estaba forrada de estanterías inmaculadamente ordenadas.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No, gracias. No le robaré mucho tiempo.

—Siéntate, por favor —dijo Robinson y señaló uno de los sofás.

Encima de una falsa chimenea colgaba un óleo, una representación impresionista de un barco en medio de una tormenta. Todo en la habitación era prístino, pero frío. A Lambert le recordó el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas.

—¿Se trata de Eustace?

—En parte.

El abogado se frotó el ojo.

—Le dije a ese joven oficial que no quería presentar cargos.

—No, está bien. Dejaré eso entre ustedes dos. Esto tiene más que ver con Moira.

Robinson se desplomó en la silla de enfrente.

—Tal vez necesite a mi abogado.

—Si quiere hacer esto más formal, Sr. Robinson, por mí está bien. Pero no creo que sea necesario.

Él hombre dudó. Se cruzó de brazos y abrazó su cuerpo.

—Pregúntame.

—Me dijo que su relación con Moira terminó hace algún tiempo, pero ¿no fue así?

—¿Qué te hace decir eso?

—Ese moretón en su cara, para empezar. Eustace sabía que lo de ustedes seguía, ¿no?

—Eso parece. Debes pensar que soy una especie de monstruo, pero Moira me aseguró que su relación física con Eustace estaba muerta mucho antes de que yo llegara. Moira buscaba algo que él no podía darle. Entiendo por qué él quiso hacerme esto —dijo Robinson, que se frotó de nuevo el ojo—. Está destrozado por lo que le pasó a su mujer y yo soy un objetivo razonable, lo acepto.

—Nos mentiste, Charles.

Robinson se frotó la barbilla y asintió.

—No debería haberlo hecho. Entré en pánico y pido disculpas.

—¿Así que todavía estabas en una relación con Moira?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Era algo puramente físico. Nada de mini escapadas románticas o cosas así. Solo nos veíamos una o dos veces al mes, y era normal que por sugerencia de ella.

—¿Y Moira era una amante dispuesta? —preguntó Lambert. Se incorporó e inclinó hacia Robinson.

El hombre se enderezó.

—¿Qué quieres decir con eso, “amante dispuesta”?

—No quiero entrometerme, Charles, pero por lo que tengo entendido, las cosas entre Moira y tú eran un poco más aventureras que la relación que Moira tenía con su marido.

Robinson sonrió, como si estuviera al tanto de alguna broma privada.

—Sí, las cosas eran “aventureras”, como tú dices. Moira y Eustace no tenían vida sexual, así que cualquier cosa sería aventurera en comparación —Robinson suspiró, con la respiración entrecortada—. Lo siento, no debería haber dicho eso. Moira amaba a Eustace. No me amaba a mí.

—Charles, tengo que preguntarle, y esto es importante. ¿Moira terminó con usted antes de morir?

Robinson parecía confundido.

—Eres interesante, Lambert, lo reconozco. No, habíamos planeado encontrarnos esta semana. Hoy, de hecho. Se suponía que me encontraría...

—Continúa —dijo Lambert.

—Nada, habíamos planeado encontrarnos.

Él consideró dar por terminada la reunión. Quería que se grabara la siguiente parte de la conversación, pero necesitaba respuestas ahora, así que siguió adelante.

—Lo vieron merodeando fuera de la biblioteca de Moira, Charles. Tenemos un testigo independiente. Llevabas una sudadera con capucha.

Robinson se levantó y se echó a reír. Se acercó a una vitrina y se sirvió una copa de brandy.

—¿Me acompañas?

Él negó con la cabeza.

—Juego de roles, señor Lambert. A Moira le encantó.

—¿Juego de roles?

—Fue idea suya. Quería que la acosara.

—Vamos, Charles.

Robinson engulló su brandy de un trago.

—Lo juro. Ella sabía que yo estaba allí. Solía seguirla a casa cuando Eustace estaba fuera. Tuve que dejar de ir a la biblioteca cuando Moira pensó que uno de sus colegas empezaba a sospechar.

—¿Tiene alguna forma de comprobarlo?

Robinson sirvió un segundo brandy.

—Por supuesto que no.

Lambert se frotó la frente.

—De acuerdo, Charles. Así que la seguía a casa. ¿Entonces qué?

—Ella tenía una llave para mí. Yo la esperaba en el apartamento —empezó a rebuscar en algunos cajones—. Toma —dijo, y arrojó un juego de llaves.

Lambert cogió el juego de llaves.

—¿Sabe cómo luce esto, Charles?

El abogado terminó su segundo trago. Parecía un hombre derrotado.

—¿Por qué crees que entré en pánico?

—¿Por qué no nos dijo lo de las llaves, Charles?

—Fue mi error. Estaba en shock y no pensaba con claridad.

—¿Algo más que deba saber?

Robinson bajó los ojos.

—Solía obligarme a usar una máscara.

—Tal vez ha llegado la hora de que llames a tu abogado —dijo Lambert.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo llamaré ahora. ¿Puedes llevarme tú, para evitar el alboroto?

—Ahórreme algo de tiempo, ¿vamos a encontrar algo incriminatorio aquí?

Robinson se enderezó y sacó pecho. Por un momento, pareció el abogado seguro e imperturbable que habían conocido en su despacho.

—Por supuesto que no. Yo no maté a Moira, si eso es lo que estás sugiriendo. Éramos amantes. Éramos amigos. Imagino que lo que encuentres será incriminatorio, al menos para mi carrera. La echaré de menos. La jubilación se avecina —dijo, y alargó la última palabra mientras enfatizaba su acento galés.

—Seremos lo más discretos posible —dijo Lambert.

Kennedy había habilitado una segunda sala de incidentes en la comisaría. Fotos de niños se alineaban en las paredes de la nueva sala, que en coincidían con sus homólogos adultos. Lambert empezó a leer los nombres en las hojas: Joss Balfour, ahora maestro de escuela en Northumbria. Mark Fran, fallecido, murió a los veintiún años, de suicidio. Meredith Wyatt, fallecida a los veintiocho años, suicidio. Linda Farrell, dada por desaparecida hace quince años. Rolf Fleming, desempleado, de Newport, Gwent.

—Tenemos equipos rastreando a cada uno de ellos. Claro que no sabemos lo que estamos buscando. Hemos empezado a separarlos por años de residencia —dijo Kennedy, sin hacer contacto visual.

Lambert la puso al tanto sobre Charles Robinson.

—Tenemos un equipo registrando su casa en este momento. Lo interrogaremos más tarde. Luego, necesitaremos a Laura Dempsey aquí. Quiero que revise la lista.

Kennedy suspiró.

—No va a suceder, señor. Hablé con la Dra. Hughes. Dempsey está fuertemente sedada y estará bajo cuidados psiquiátricos durante la próxima semana, como mínimo.

Él se frotó la cara.

—¿Qué sucedió aquí? ¿En qué estaba involucrado Dempsey?

—Devlin ha buscado algún caso sin resolver, pero no aparece nada sobre el hogar infantil. Nada oficial.

—¿Nada de nada? Dempsey dijo que Lennox visitó el lugar.

—Bueno, o no informó al respecto o el archivo se ha perdido.

Tendría que volver a hablar con Dempsey, a pesar de las protestas de la Dra. Hughes.

—¿Qué espera que encontremos, señor?

Algo en el tono de Kennedy sugería que estaba fuera de sí.

—Aún no estoy seguro. Podríamos estar buscando a la primera víctima —dijo, pero en realidad estaba pensando que podrían estar buscando al asesino.

—Me pondré a ello, señor.

Lambert le permitió alejarse para empezar. Ella lo había estado llamando “señor” desde que él regresó a la comisaría, y lo había hecho más por obligación que por reverencia. La detuvo cuando estaba a medio camino de la sala de incidentes.

—A mi despacho, Kennedy, en quince minutos.

Ella se detuvo a escuchar las instrucciones, sin volverse para mirarlo, y se alejó sin

responder.

Lambert cogió una caja de archivos de la mesa, se los llevó a su despacho y empezó a buscar entre los antiguos residentes de St. Matthew. Todos sus pensamientos se centraron en Blake. Blake había estado dirigiendo algún tipo de red de prostitución desde el hogar infantil, y se había preocupado lo suficiente como para haber torturado a Sackville para asegurar su silencio. Dempsey había trabajado allí. Y ahora, años más tarde, el oficial que había sido enviado a investigar la denuncia también fue encontrado muerto. Lo que Lambert necesitaba ahora era algún tipo de motivo factible. El motivo facilitaría la investigación, pero ¿podría haber un motivo real en estos casos? Si era Blake, ¿necesitaba un motivo para matar a la mujer de Sackville, y a la mujer y los hijos de Dempsey? Las cicatrices en la espalda de Sackville sugerían que Blake era un sádico del más alto nivel. Era concebible que hubiera estado cometiendo esos crímenes fuera del radar policial durante los últimos treinta años y que solo hubiera empezado a cometer errores ahora.

Sacó un expediente de la caja. El rostro hosco de Sean Keir, un chico de quince años, le devolvió la mirada. Keir había sido ingresado en un centro de acogida a los tres años, tras la muerte de su madre por una enfermedad hepática. El chico tendría cinco años más que Lambert. Lambert sabía que averiguar qué ocurría en aquel hogar y qué relación había entre Dempsey y Sackville le daría las respuestas. Encontraría esa información, aunque para ello tuviera que localizar a todos los antiguos residentes de aquel desdichado lugar.

Un golpe en la puerta lo distrajo. Kennedy entró, sin ser invitada.

—¿Querías hablar conmigo?

Lambert volvió a colocar el archivo en la caja.

—Toma asiento.

Kennedy lucía enfadada. Se sentó con los brazos cruzados, petulante como una adolescente frente al director.

—¿Arreglamos lo que sea que esté pasando? —dijo Lambert.

—Dímelo tú.

Él respiró hondo.

—Estoy completamente perdido, Matilda. ¿He hecho algo para molestarte?

Kennedy le sostuvo la mirada de una manera que nunca la había visto antes. Era como si lo estuviera evaluando, buscando un signo de falsedad. Lambert se preguntó si tendría algo que ver con Tillman o Walker. Al final, ella cedió.

—¿Por qué no le preguntas a mi padre?

Lambert negó con la cabeza.

—Maldito Tillman —dijo en voz baja.

—¿Qué tiene que ver Tillman con esto?

Fue su turno de detenerse y evaluar a Kennedy.

—Bien, Kennedy, deja de dar rodeos y dime qué te han dicho y quién te lo ha dicho.

—Debería ir a ver a Tillman.

—¿Qué sabes, Kennedy? —dijo Lambert, alzando la voz.

Ella vaciló. Estaba atravesando alguna lucha interna en su interior.

—Sé que te ha llamado —dijo.

—¿Quién? —preguntó él. Empezaba a entender.

Kennedy tiró del mechón de pelo rojo de su hombro.

—El Observador.

Permanecieron sentados en un silencio incómodo e intercambiaban miradas de vez en cuando, cada uno esperando a que el otro hablara.

—¿Cuándo te llamó? —preguntó Lambert.

—Hoy mismo. ¿Cuánto tiempo llevas hablando con él?

—Me llamó poco después de la muerte de Moira Sackville.

—¿Por qué no compartiste la información? Debería denunciarte —dijo ella, con los ojos llenos de acusación.

Lambert relajó su postura. Estaba seguro de haber tomado la decisión correcta.

—Hizo amenazas directas contra Sophie y la familia, lo que me preocupaba. Pero, sobre todo, temía perder todo contacto con él si revelaba detalles de nuestra conversación. Tenía unos conocimientos impresionantes.

Kennedy retrocedió y sacudió la cabeza. Lambert se preguntó qué le había dicho Tillman. Sin importar qué le hubiera dicho, ella parecía haber acudido a él primero.

—¿Crees que esa excusa te ayudaría si Tillman se enterara?

No sonó como una amenaza, pero Lambert sabía que el potencial estaba allí en la voz de Kennedy.

—Hice lo que creí era mejor, Kennedy. No fue personal.

—Suenas como si fuera personal —dijo Kennedy—. Me parece que obstaculizaste toda la investigación por tu egoísmo.

Lambert respiró hondo. Era posible que tuviera razón. Era poco probable que hubiera sido tan indulgente si los papeles se hubieran invertido. Por el momento, seguía teniendo acceso indirecto al asesino, y eso acabaría siendo su perdición.

—Dado que se ha puesto en contacto contigo directamente, me ha dado permiso para hablar de todas nuestras conversaciones contigo. Se está volviendo arrogante, y eso nos ayudará a atraparlo. Si quieres llevar esto a los superiores, adelante, pero considera las implicaciones.

La agente se mordió el labio inferior, sin apartar la mirada de Lambert.

—¿Has estado investigando a mi padre?

—Empecemos por el principio —dijo Lambert.

Le contó todas las conversaciones con el asesino, desde la primera llamada desconocida a su teléfono hasta la última llamada, que sugería que el asesino había entrado en casa de Sophie.

Kennedy estiró la espalda.

—¿Nos ha estado vigilando? —dijo, que sonaba más impresionada que otra cosa.

—Eso parece.

—Bien. Primero lo primero, quiero saber que tiene que ver mi padre con esto.

—No estoy seguro de que sea nada. He leído el expediente de tu padre. El asesino insinuó nepotismo, pero no me lo creo. Sé que eres una oficial de policía muy fuerte. ¿Hay algo que necesites decirme?

Ella levantó la vista, pensativa.

—Es una táctica de distracción, tiene que serlo.

Lambert estuvo de acuerdo, pero quería confirmación extra.

—¿Estás segura?

—Bueno, nos ha hecho hablar al respecto. Me preocupaba no poder confiar en ti, y a ti te preocupaba no poder confiar en mí. Es divisivo, y nos distrae. Nos ha desviado a los dos de donde deberíamos centrar nuestra atención.

—¿No hay nada que deba saber, entonces? ¿Nada que pueda surgir más tarde?

Kennedy frunció el ceño.

—Por supuesto que no. No hay nada que saber. Mi padre es un buen policía. Es honesto y respetado, y ha tenido una carrera llena de éxitos. Claro que me ayudó con mi solicitud, e imagino que no ha perjudicado el desarrollo de mi carrera el hecho de estar emparentada con él, pero ahí acaba todo.

Lambert asintió.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

—Seguimos adelante. Necesitamos hacer un registro formal del contacto del asesino con nosotros, en caso de que sea necesario para futuros registros. Yo enlistaré mis conversaciones con él en un archivo encriptado, tú haz lo mismo.

—¿Crees que todas sus conversaciones contigo son una táctica de distracción?

—Es más que eso, más que solo una amenaza a Sophie —dijo Lambert. Comenzó a articular algo que solo había considerado a medias antes.

—No era la voz de Blake la que escuché.

—No.

—¿Software de alteración de voz?

—No lo creo. La voz no suena computarizada. No creo que sea Blake quien nos ha estado llamando.

—¿Un intermediario?

—Es posible, en especial con toda la vigilancia que Blake tiene a su disposición. No tiene sentido hacer hipótesis en este momento. Procesemos todos los archivos de St. Matthew y veamos adónde nos llevan. Encontremos algo sobre lo que podamos interrogar a Laura Dempsey. Por ahora, ocupémonos de Charles Robinson.

El cambio de aspecto de Robinson era dramático. Afeitado y vestido con un traje a la medida, era un hombre diferente al que llevaba pantalones de pana y jersey. Giles Lansdowne había llegado y estaba hablando con Robinson cuando Lambert entró en la sala de interrogatorios. No parecía muy contento en tanto Lambert encendía la cinta y repasaba los preliminares, para luego presentarse y afirmar que Robinson estaba aquí por voluntad propia.

Lansdowne estuvo por protestar, pero Robinson le puso la mano en el brazo.

—Está bien, Giles, terminemos con esto de una vez.

Lambert relató la conversación que había tenido en el piso de Robinson. El hombre confirmó todo, a pesar de las protestas de Lansdowne.

—Sr. Robinson, como usted acordó, hemos registrado sus propiedades y nos hemos llevado varios objetos para examinarlos.

Devlin coordinaba el registro. Había recuperado dos máscaras de cuero de las instalaciones de Robinson, que habían sido enviadas para su análisis.

—Como discutimos en el apartamento, usted nos ocultó cierta información al principio de esta investigación. Si tiene algo más que decirnos, Charles, tiene que hacerlo ahora. Una cooperación total sería de gran ayuda en esta coyuntura.

—No tengo nada que ocultar, Sr. Lambert.

—Ya ha hecho perder tiempo a la policía —intervino Kennedy.

—Discúlpeme, pero mi cliente no ha perdido el tiempo en absoluto —dijo Lansdowne, con el rostro coloreado.

—Nos dijo que su relación con Moira había terminado, lo que claramente no era el caso.

—No tenía ninguna obligación de divulgar detalles sobre sus asuntos privados.

Era el turno de Kennedy para indignarse.

—¿Sus asuntos privados con una víctima de asesinato?

—Sigamos adelante —dijo Lambert. Le entregó un archivo al colega de Robinson—. Hay algunas imágenes desagradables ahí, Charles.

—Si hay algo de Moira, no puedo mirar.

Robinson parecía molesto ante el pedido, pero Lambert no se dejó intimidar con tanta facilidad.

—Abre el archivo, Charles.

Robinson miró a Lansdowne antes de abrir la cubierta del archivo y revelar una foto del marido de Laura Dempsey.

—Es el mismo *modus operandi* que Moira, Charles. Sigue viendo.

—Oh, Jesús —dijo Robinson al estudiar las imágenes de los dos hijos de Dempsey.

—Laura fue obligada a ver morir a los tres, Charles. La acompañaba un hombre con una máscara —mientras hablaba, buscó información en el rostro de Robinson, un indicio de reconocimiento o incluso un atisbo de orgullo por su trabajo. Todo lo que vio fue pena y miseria. Lambert pasó la página siguiente a una imagen de Laura Dempsey—. Trabajaba en un hogar para niños, St. Matthew, en Dalston. ¿Te dice algo?

—No —dijo Robinson, que hojeaba una serie de fotos de los antiguos residentes del lugar.

Una vez más, Lambert buscó un indicio de reconocimiento, pero no vio nada.

—¿Conoces a Laura Dempsey, Charles?

—No.

—De verdad, ya es suficiente. Creo que vamos a terminar esta conversación ahora —dijo Lansdowne—. Es claro que se está agarrando a un clavo ardiendo. Mi cliente ha admitido una aventura con la Sra. Sackville. No ha infringido ninguna ley y, a menos que usted tenga algo de lo que quiera acusarlo, nos vamos.

Lansdowne se puso de pie, pero Robinson permaneció sentado.

—Mira, me disculpo si te he hecho perder el tiempo en esto. Debí haberte dicho sobre Moira y yo. Haré lo que sea para ayudarlos a encontrar al responsable de matar a Moira, pero no fui yo.

Ya había oído muchas veces esas súplicas de inocencia, pero el hombre no tenía con qué sostenerlas.

—Quiero que su cliente se presente en esta comisaría una vez al día —le dijo a Lansdowne.

—Cualquier cosa para ayudar —dijo Lansdowne, con una sonrisa sin humor extendiéndose por su rostro.

Lambert pasó el resto de la tarde y la noche encerrado en su despacho para revisar los historiales de los antiguos residentes del hogar infantil. Era un trabajo traumatizante: una foto en blanco y negro y un resumen instantáneo de la vida de cada niño. Analizaba cada expediente con minuciosidad, leía los escasos detalles una y otra vez, y buscaba una frase o palabra que le llamara la atención. Sería muy fácil pasarlo por alto, y había ordenado que cada expediente fuera leído por al menos tres agentes distintos para asegurarse de que no se le escapaba nada.

En la sala de incidentes, Kennedy había colocado cinco fotos de antiguos residentes en la pizarra, cada foto de una adolescente distinta.

—Todas tienen antecedentes penales por prostitución —le dijo a Lambert.

—¿En el momento o después?

—Todas después. He conseguido contactar con una de las chicas, Melissa Brady. Vive en Plaistow. Me reuniré con ella esta noche.

—Bien. Me quedaré aquí y trabajaré en la última caja. ¿Quieres que Devlin vaya contigo?

—No, creo que debo ir sola.

Lambert se sentó en la cantina y empujó su comida alrededor de su plato. Llamó a Sophie, que le confirmó que todo estaba bien en la casa, y se puso en contacto con el equipo que vigilaba la casa y con el segundo equipo que se ocupaba de Sackville. Mantuvo una conversación apresurada con Sarah May, que trabajaba en Londres. Le prometió que se pasaría por su casa esa noche, si tenía tiempo. Lo más sensato ahora sería volver a casa y dormir un poco, pero él estaba demasiado inquieto. Volvió al despacho y siguió buscando en los historiales. Se sentía como un intruso en el dolor privado de cientos de niños.

Jake Lincoln le devolvió la mirada en la fotografía, la misma mirada triste que los demás.

Lambert introdujo su nombre y fecha de nacimiento en El Sistema y se sorprendió cuando aparecieron tres posibles resultados. Lambert hizo clic en cada uno de los tres archivos hasta encontrar una coincidencia. Lincoln vivía en Kent y trabajaba de forma temporal como conserje en una escuela a través de una agencia de contratación. Imprimió los datos y lo añadió al expediente. Repitió el proceso con Seth Grant, que ahora vivía en Putney, y Celeste Rush, ahora en Dover.

Era demasiado lento.

Un golpe en la puerta lo distrajo del último expediente, el de Gayle Kimball, fallecida hacía veintidós años. Había supuesto que todos los agentes se habían ido por la noche.

—Entre.

—Señor, ¿podemos hablar?

Lambert volvió a concentrarse en su expediente.

—No es el mejor momento, Walker.

—Es importante, señor.

—A menos que tenga una relevancia directa con el caso, no tengo tiempo.

—Quiero hacer una queja, señor. Pensé que debía hablar con usted antes de hacerlo oficial.

—Siéntate.

Lambert dejó el expediente con un suspiro. Kimball tendría que esperar por el momento.

—Ya hemos pasado por esto, Walker.

—¿Oíste que me transfieren?

—¿Por eso quieres quejarte?

—No, creo que deberías saber de qué se trata la queja.

El hematoma en el ojo de Walker se había desvanecido a un amarillo sucio.

—Mi consejo no ha cambiado. Lo mejor sería que te olvidaras de todo esto, te trasladaras a otro departamento y siguieras con tu carrera.

Walker movió el nudo perfecto de su corbata hacia el botón superior.

—Es abuso de poder. No deberían trasladarme por esto.

—Puede que no, pero tienes que aprender a jugar. Si empiezas a causar problemas ahora, solo será perjudicial para tu carrera. Transferirte podría ser beneficioso.

Lambert no se sentía del todo cómodo dando ese consejo. No le agradaba Walker, pero si Tillman era el responsable del ojo morado, él tenía razón. A Lambert no le gustaba el abuso de poder en ninguna de sus formas. Pero cosas peores pasaron, y Walker terminaría en una posición insostenible donde sus compañeros no lo respetarían.

—Nunca cambia, ¿verdad? Es un club de viejos amigos —dijo Walker, que se inclinó hacia él y el olor amargo del alcohol lo alcanzó.

—Walker, vete a casa y arréglate. Si quieres presentar una queja formal, vuelve mañana y habla conmigo cuando estés sobrio. Me aseguraré de que se siga el debido proceso.

Walker se dirigió hacia la puerta con inseguridad y la cerró con un portazo. Lambert cerró el portátil y un collage de luciérnagas llenó su despacho. Se abrió paso entre las imágenes alucinantes y siguió el camino trazado por Walker. Consiguió llegar a la puerta justo a tiempo.

Se encerró en la habitación y cayó al suelo dormido.

Lambert se limpió la línea de baba de la barbilla, con la cara apoyada en la dura alfombra gris de su despacho. Se frotó los ojos y se incorporó. No podía seguir así. Si no hubiera conseguido cerrar la puerta del despacho a tiempo, alguien lo habría encontrado desplomado en el suelo. Las alucinaciones y los desmayos eran tan constantes como siempre, pero ahora que había vuelto al trabajo, tenía que estar más atento a cuándo podían producirse y asegurarse de que no estaba trabajando. Si se descubría su enfermedad, los médicos relacionarían los episodios con el estrés del trabajo, y eso podría confinarlo a una función administrativa. La única persona a la que le había contado sobre las alucinaciones era Sarah May, ni siquiera Sophie lo sabía. Sarah le había sugerido que buscara un médico privado y se hiciera un chequeo anónimo. Se prometió a sí mismo que lo haría en cuanto terminara el caso.

Abrió la puerta de su despacho. La sala de incidentes estaba desolada y una única luz de neón iluminaba el espacio abierto. Eran las cuatro y media de la madrugada. Se dirigió a la cocina y agradeció que alguien hubiera dejado la cafetera encendida. Se sirvió una taza e hizo un gesto de dolor por el sabor a quemado. Tiró el líquido por el fregadero y preparó una nueva cafetera.

De vuelta al despacho, continuó investigando sobre los antiguos ocupantes del St. Matthew. Era un trabajo obsesivo, mundano y sin garantías de éxito. Resumía gran parte de su vida en el cuerpo policial. La mayoría de la gente no entendía la realidad de su trabajo: las interminables horas de investigación, la administración, las salidas en falso y los giros equivocados. Este era el verdadero trabajo, la base que hacía posible todo lo demás.

Ivy Rickard, muerto a los veintisiete años. Suicidio.

Matthew Larder, ahora agente de policía residente en Leamington Spa.

Lambert recogió un último expediente. Tendría que volver al apartamento para ducharse y cambiarse de ropa, así que éste sería el último por esta mañana. Elaine Jacobson. La foto mostraba la sonrisa de una típica adolescente. La carpeta era más pesada que la mayoría de las demás.

Abrió la cubierta y su mano empezó a temblar al ver la foto de la página siguiente.

Era hora pico cuando Matilda tomó el metro en dirección a Plaistow, al este de Londres. Se unió a la multitud de cansados viajeros que regresaban a casa y pasó la primera parte del trayecto pegada al pecho de un hombre de negocios con traje.

Fue un alivio desembarcar en la estación, con el aire tranquilo y húmedo, y dar un corto paseo hasta el bloque de apartamentos donde vivía Melissa Brady.

Un hombre al que había visto en el metro se dirigía en su dirección, unos pasos por detrás. Su ansiedad había aumentado con las revelaciones de Lambert sobre sus conversaciones con el Observador. Ya había redactado un registro de su propia conversación con el asesino y la posterior con Lambert. Como él le había sugerido, había encriptado el archivo y lo había cargado en un pendrive personal que llevaba consigo. Mientras caminaba, pensó en la aparente capacidad del Observador para estar en muchos sitios a la vez, siempre un paso por delante.

Se agachó, fingió ajustarse la cremallera de la bota y esperó a que el hombre pasara junto a ella. Vestido con ropa informal, Kennedy se fijó en las zapatillas retro del hombre. Siguió de cerca el avance del hombre, que continuó por la carretera sin mirar atrás ni una sola vez. Su propia formación en vigilancia le había sugerido que eso era irrelevante; si el hombre era bueno en lo que hacía, nunca miraría atrás. Si formaba parte de un equipo, consideraría que se había descubierto su tapadera y delegaría la tarea a otra persona.

Kennedy escudriñó las inmediaciones. Una pareja de adolescentes caminaba de la mano por la carretera en dirección contraria. Una anciana que empujaba un cochecito anticuado los seguía. Detrás de ella, un nuevo flujo de gente acababa de salir de la estación de metro y se dispersaba en varias direcciones.

Decidió que estaba siendo paranoica y continuó. Brady vivía en un piso bajo, cuyo exterior estaba decorado con losas cuadradas de colores y podría haberse confundido con el exterior de un colegio. Matilda llamó al timbre. Contestó una voz de mujer.

—Hola, ¿es Melissa Brady?

—Sí, pasa.

La puerta se abrió a unos pasillos muy iluminados que a Matilda le recordaron a los de un hotel económico. Dobló una esquina y vio a una mujer de pie en el umbral que observaba el pasillo con un movimiento nervioso de la cabeza.

—Pasa —le susurró.

Matilda entró en el interior poco iluminado del apartamento de Melissa Brady, y con la mano rozó las paredes lisas. Brady la condujo a una pequeña cocina que también era sala de estar. Una

televisión de pantalla plana colgaba de una de las paredes blancas, que dominaba el espacio y atraía la atención de Matilda.

—Gracias por tomarse la molestia de acceder a verme —le dijo y mostró su tarjeta de autorización.

—La verdad es que me sorprendió un poco —dijo Melissa, que encendió un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

Matilda negó con la cabeza mientras la mujer chupaba con avidez su cigarrillo, con la cara convertida en un mosaico de arrugas.

—Siéntate. ¿Quieres té?

—No, gracias.

—¿O vino? —dijo Melissa. Se sirvió lo que parecía una segunda ración de una botella de chardonnay de marca de supermercado.

—Sigo en servicio.

Se sentaron y Matilda pudo distinguir su tenue reflejo en el cristal negro de la mesa del comedor.

—De nuevo, gracias por acceder a verme —Melissa dio una segunda calada al cigarrillo, el movimiento era casi un acto de desesperación.

—Hacía mucho tiempo que no pensaba en ese lugar. No quería hacerlo, si te soy sincera. ¿De qué se trata esto?

—Nada serio. Estamos localizando a algunas personas con las que tenemos que hablar, que estuvieron en el hogar infantil en esa época. De momento, estamos trabajando con una lista de antiguos residentes.

Brady dio otra calada antes de hablar. Estaba claro que fumar no le hacía ningún favor. Según su expediente, tenía cuarenta y tres años, pero la piel de su cara, y en particular la del contorno de los ojos, la hacía parecer mucho mayor. Miró a Matilda con desconfianza.

—¿Residentes? —dijo con una carcajada.

En su bolso, Matilda llevaba una foto de Melissa de niña. Era difícil equiparar el rostro sonriente de la joven de la fotografía en blanco y negro con la mujer que tenía delante. Parecía que le había ido bien. El apartamento era bastante bonito, bien decorado y limpio. Podría haber sido mucho peor, si tenía en cuenta sus antecedentes.

—Los niños que vivían en la casa.

Melissa apagó el cigarrillo.

—Yo tampoco lo llamaría hogar. ¿A quién buscas?

—A nadie en particular. Estamos trabajando en nuestras listas y tratando de localizar a todos. Hemos hablado con varias personas.

Matilda sintió que la conversación se le escapaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la casa, Melissa?

La cara de la mujer se torció de confusión mientras encendía un segundo cigarrillo.

—Estuve allí desde los ocho años. Me separaron de mi madre —ella había leído el expediente de Brady. Su madre era una drogadicta habitual. Los servicios sociales la habían investigado durante varios años y le habían quitado a Melissa en numerosas ocasiones. Al final, su madre había sido condenada a dos años de prisión por su participación en un robo a mano armada y Melissa había ido a parar en el hogar infantil.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Hasta los dieciséis años. Conseguí un trabajo en una lavandería y logré escapar de allí.

—Sé que esto debe ser difícil, pero ¿podría contarme un poco sobre el hogar?

Dio otra calada.

—Solo si dejas de llamarlo hogar.

—Lo siento.

—Mira, podría haber sido peor, lo admito. Algunos de los guardianes eran bastante amables, pero éramos muchos niños, y muchos con problemas. No terminas en un lugar así a menos que tengas algún tipo de problema o que seas muy desafortunado. Se podría haber separado a la mayoría de nosotros en huérfanos y problemáticos. Algunos eran los de toda la vida, otros estaban de paso.

—¿Vivían en dormitorios?

—Sí. Caótico. Montones de nosotros por habitación.

Matilda se imaginó la escena: una habitación de niñas perdidas, asustadas y solas en la oscuridad.

—¿Puede contarme algo más sobre las cuidadoras, Melissa? ¿Hubo alguna cosa que viera? ¿Algo que no fuera correcto?

A Brady le temblaba la mano cuando levantó la copa para beber un trago de vino y luego cogió el cigarrillo.

—¿Qué quieres saber en realidad?

Matilda miró a Brady, a la chica asustada que se escondía tras la fachada de piedra.

—Hemos recibido informes muy serios sobre irregularidades cometidas en el hogar infantil durante el período en que usted estuvo allí. Sé que puede resultar difícil, pero ¿recuerda algo parecido?

Brady sacó su botella de vino del refrigerador.

—¿Seguro que no puedo tentarte con una copa?

—No, pero gracias.

Brady se bebió la mitad de la copa de un trago.

—¿Por dónde empezar? Algunos de los guardianes eran amables, pero otros no. Había castigos, y no creo que fueran legales ni siquiera entonces.

Matilda se inclinó.

—¿Le pasó algo a usted?

—Yo fui una de las afortunadas. Soporté algún que otro manoseo de los adolescentes mayores, pero nada de los adultos, gracias a Dios.

—¿Y los demás?

Brady estiró el cuello hacia delante y luchó contra el lagrimeo de sus ojos.

—Había de todo. Algunas de las chicas mayores desaparecían por la noche. Cuando volvían, eran diferentes. Algunas tenían regalos, baratijas baratas. Realmente patético —dijo Brady, que ahora reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Alguna vez se le acercó alguien fuera de casa?

—Una vez, en mi decimoquinto cumpleaños. Un par de tipos solían merodear por la casa todo el tiempo. Les suministraban cosas a las chicas. Cigarrillos y alcohol, cosas más duras a veces. Uno de ellos empezó a hablarme, me dijo que era bonita y ese tipo de cosas. Fingió que quería llevarme a cenar y comprarme regalos.

—¿Y usted se negó?

—Lo intenté y él no insistió, aunque lo intentó un par de veces más. Luego conseguí el trabajo y me fui de allí.

—¿Te dejaron irte con dieciséis años?

—Tuve suerte. Mi tía también trabajaba en la lavandería. Me mudé con ella hasta que encontré una habitación. Ahora está muerta, junto con mamá. Ya no tengo familia.

—Siento oír eso.

—Sí.

—Siento presionarte con esto, Melissa, pero he visto tu historial.

—Sabía que esto era una mierda. ¿De qué se trata?

—Estamos investigando una acusación de una red de prostitución en el hogar infantil.

—Pero eso no tiene nada que ver conmigo. Ya me había ido hacía mucho tiempo cuando me arrestaron por eso. Seguía trabajando en la lavandería y necesitaba más dinero. Me atraparon en mi segunda noche, un policía encubierto. Acepté los cargos y no volví a hacerlo. Fue lo mejor que me ha pasado.

—Vale, lo entiendo. ¿Y las otras chicas? ¿Ustedes siguieron en contacto?

Brady negó con la cabeza.

—No podía. Necesitaba cortar por lo sano, era la única manera.

Matilda mostró a la mujer una foto de Blake de aquella época.

—¿Era éste el hombre que se le acercó?

Brady estudió la imagen como si fuera un artefacto perdido.

—No me acuerdo. Lo siento.

Esa noche, Matilda se acostó en la cama y pensó en lo que le había dicho Melissa. Había insinuado lo que equivalía a un abuso sistemático en la institución, y ella creía que el lugar debía ser investigado a fondo. Decidió que hablaría con Lambert para que encargara la investigación a un equipo de casos sin resolver. A su lado, Glenn Tillman estaba tumbado de espaldas, con la considerable anchura de su pecho al aire mientras dejaba escapar de vez en cuando el gruñido de un ronquido. Había cedido y lo había visitado después de conocer a Melissa, pues la necesidad de no estar sola pesaba más que su preocupación por la relación con su superior. Le dio un codazo en las costillas y él se puso de lado, frotándose la zona donde le había golpeado. Treinta segundos después, los ronquidos regresaron.

Apagó la lámpara de la mesilla, reconfortada por la oscuridad. Intentó dormir, pero volvía una y otra vez al caso. La voz del Observador seguía fresca en su mente. Había intentado destruir su relación de trabajo con Lambert. Ella había llamado a su padre de camino a casa de Tillman; le había sorprendido oír de ella y seguro había notado la preocupación en su voz. Era reconfortante hablar con él. Esperaba que Lambert tuviera razón, que el Observador estuviera tratando de distraerlos, y que su padre fuera una distracción destinada a desviar su atención del caso principal. No estaba convencida de que Lambert creyera del todo en su propia teoría, ni creía que estuviera siendo totalmente sincero con ella acerca de todo.

En cuanto al hombre que yacía a su lado, él sabía que Lambert había investigado a su padre. Tillman había insistido en que sus vidas privadas y profesionales se mantuvieran separadas, y ella había estado de acuerdo, pero eso fue antes de que mencionaran a su padre. Quería abordar el tema con él, pero eso involucraría a Lambert, lo que llevaría a preguntas que no estaba preparada para responder.

El grito estrangulado de una zorra en celo la sobresaltó y provocó una oleada de adrenalina en su organismo. Era ridículo estar tan nerviosa. Se acercó a la ventana, se asomó por las cortinas al mundo crepuscular y no pudo evitar preguntarse si el asesino la estaría observando.

—¿Quieres dormirte? —dijo Tillman, antes de volver a su sueño impregnado de ronquidos.

Matilda se arrastró junto al gigantesco hombre, el tacto de su piel era cálido y húmedo contra la suya, pero se alegró de tenerlo a su lado. Cerró los ojos y durmió profundamente hasta que sonó el teléfono, a las cuatro y media de la madrugada.

Pulsó el botón verde del teléfono y salió de la cama para no despertar al dormido Tillman.

—¿Lambert? —preguntó ella, como si estuviera soñando.

—Ve a la oficina, Kennedy. Creo que encontré a la primera víctima.

Lambert aún sostenía el expediente de Elaine Jacobson cuando Kennedy llegó, cuarenta minutos después de haberla llamado. Estaba sin aire, vestida con los mismos vaqueros y camiseta que llevaba ayer.

—Toma —dijo Lambert, entregándole el expediente.

Estudió la cara de Kennedy. Sus ojos se entrecerraron y sus labios se apretaron mientras leía y releía el registro del último día en la tierra de Elaine Jacobson.

—Dice suicidio —dijo ella al devolverle el expediente.

Él volvió a mirar las fotos, con las imágenes grabadas para siempre en su cerebro. Elaine había sido encontrada muerta en el cuarto de baño del hogar infantil, la mañana del diez de junio de 1985. El expediente decía que se había suicidado. Junto a su cuerpo se encontró una hoja de afeitar oxidada. Ambas muñecas habían sido cortadas de forma horizontal. El veredicto del forense fue muerte por desangramiento.

—Sé lo que dice. ¿Leíste quién descubrió el cuerpo?

Kennedy asintió.

—La enfermera jefe, Laura Patchett, Laura Dempsey. Esto es increíble. ¿Qué crees que significa?

Lambert no había estado pensando en otra cosa desde que la había llamado hacía cuarenta minutos, pero no estaba cerca de una respuesta.

—Tenemos que volver a hablar con Laura para averiguar si cree que fue un suicidio. Tenemos que localizar a cualquiera que estuviera cerca de Elaine Jacobson en ese momento, incluso a cualquiera que estuviera en el hogar cuando murió. ¿Qué hay de la mujer que conociste anoche?

Kennedy cotejó sus notas.

—Melissa era un par de años más joven en ese momento, pero estaba allí.

—Entonces estoy seguro de que se acuerda. Ve a verla ahora. Hablaré con el hospital para asegurarme de que Dempsey esté lúcida.

Lambert llamó al hospital y quedó con la Dra. Hughes a las nueve y media de la mañana. Volvió corriendo al apartamento, se duchó y se cambió en minutos, y llegó al hospital con tiempo de sobra. Pensó en la coincidencia de fechas. Mañana se cumplirían treinta años de la muerte de Elaine Jacobson. Tal vez fuera una coincidencia, pero también sería el sexagésimo cumpleaños de Curtis Blake. ¿Habría estado el hombre celebrando su cumpleaños aquella noche y probando un método de asesinato que parecía un suicidio? Una cosa era cierta: las heridas de

Elaine coincidían con las infligidas a Moira Sackville, la familia Dempsey y el Inspector Lennox.

Laura Dempsey había sido trasladada a otra sección del hospital. Lambert recorrió los pasillos con olor antiséptico y dejó atrás las lentas figuras de pacientes y visitantes, hasta que llegó a la sala donde tenían a Dempsey.

La Dra. Hughes lo estaba esperando. Se sorprendió al ver que la mujer vestía ropa informal.

—Día libre —dijo ella, como si le leyera el pensamiento—. Algo así.

—Lamento hacer que vinieras.

—No, tenía que estar aquí de todos modos. ¿Es absolutamente necesario?

—Me temo que sí. La Sra. Dempsey puede tener información vital para encontrar al asesino de su familia.

—Tendrá que hacerlo rápido, acaba de recuperarse de su última visita.

Lambert siguió a la mujer hasta la habitación. Laura Dempsey estaba sentada viendo la televisión. Cerró los ojos al verlo, y su mano buscó el mando a distancia.

—Hola, Laura.

Ella asintió. Había perdido peso alrededor de la cara. Sus pómulos eran más prominentes y sus ojos estaban nublados por gruesas bolsas. Lambert tomó asiento junto a su cama.

—Lamento hacerla pasar por esto otra vez. Hemos descubierto información adicional —le enseñó la foto de portada de Elaine Jacobson. La chica de quince años estaba a días o semanas de morir en esa foto—. ¿La reconoces?

Dempsey cogió la carpeta y Lambert vio que algo cambiaba en ella. Era diferente a antes. La última vez, había entrado en pánico y se había perdido. Esta vez suspiró, casi derrotada.

—Sí. La recuerdo.

Lambert intercambió miradas con la Dra. Hughes, que asintió dándole permiso para continuar.

—¿Puede decirme el nombre de la chica?

—Elaine. Jacobson, creo. Murió en St. Matthew. Yo llamé al forense.

—¿Qué más puede decirme?

Dempsey se encogió de hombros.

—¿Qué hay que decir? Uno de los chicos la encontró por la mañana. Uno de los guardias me llamó. Estaba fría, su sangre estaba negra en las baldosas blancas —Dempsey hablaba con monotonía, sin emoción.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerta?

—Es probable que toda la noche. Se registró presente a la hora de acostarse. Debió salir a hurtadillas en mitad de la noche.

—¿Usted llamó a la policía?

—Creo que estaban allí cuando llegó la ambulancia.

—¿Recuerda al oficial?

—No. Fue hace mucho tiempo. Creo que había dos oficiales.

Lambert se rascó la nuca.

—¿Alguien sospechó más allá de un suicidio?

—¿Qué? La hoja de afeitar estaba junto a ella, cubierta de sangre.

—Vale, Laura —Lambert volvió a intercambiar miradas con la Dra. Hughes. La médica fruncía el ceño—. Una cosa me confunde.

Laura lo miró fijo por primera vez desde que había llegado.

—¿Qué? ¿Crees que hay un vínculo con esta chica? Esto fue hace años y años. El hogar era

un lugar deprimente, para todos —dijo.

—¿Cuántos suicidios presenció en el hogar, Laura?

Era imposible creer lo que le estaba diciendo. Algo así habría dejado una impresión permanente en ella. El color subió a sus mejillas.

—Tres, si quieres saberlo. Hubo tres suicidios exitosos cuando yo trabajaba en el hogar: Elaine, Sandi Corey y Trevor Gibbs. Sandi también se cortó las venas. Trevor se ahorcó en el dormitorio. Lo acosaban. He vivido con esas tres muertes toda mi vida. Estuve allí solo dos años, y fueron los peores dos años de mi vida. Nunca se me ocurrió que pudieran estar relacionadas con lo que le ocurrió a mi familia.

Lambert ignoró la indignación de la mujer. Recordó la última vez que la había visitado en el hospital, la conversación que le había provocado una recaída.

—¿Por qué cree que Elaine se suicidó, Laura?

Dempsey se dio la vuelta, cruzada de brazos. Hughes le dio una mirada de advertencia, pero él no iba a detenerse ahora.

—Sabemos que algunas de las chicas estaban siendo utilizadas, Laura —dijo, y notó cómo la mujer se retorció al oír las palabras—. ¿Elaine estaba siendo utilizada, Laura? ¿Lo sabías, Laura? ¿Por eso te sientes culpable?

—¿Qué se supone que debía hacer? —Laura gritó las palabras con una rabia incontrolada—. Era tan joven. Las chicas venían a mí con sus heridas. Me contaban lo que les hacían hacer y yo lo denunciaba. Intenté ayudarlas. Creí que se había acabado.

—¿A quién se lo contaste?

—A los guardias, a los dueños del hogar.

—¿A la policía?

Laura negó con la cabeza.

—Pero la policía vino —empezó a llorar y la Dra. Hughes hizo ademán de detener la entrevista, pero Lambert levantó la mano.

—¿De quién era amiga Elaine, Laura?

Laura negó con la cabeza, todavía llorando.

—Por favor, dime de quién era amiga, Laura. Cualquier nombre podría ayudar.

La dejó llorar un rato. Estaba mitigando su sentimiento de culpa por la muerte de Elaine y la de sus hijos y su marido.

—Había un chico —dijo—. La adoraba, nunca se separaba de ella, aunque era mucho más joven. Tres o cuatro años más joven. Él sabía lo que estaba pasando —empezó a llorar de nuevo, con sollozos cortos y resignados—. Lo siento mucho. Él me contó lo que le pasaba a Elaine. Dijo que había un hombre que les daba regalos a las chicas y las sacaba. Me dijo que una noche la siguió y la vio subir al coche de un desconocido. Todo es culpa mía. Lo comprendo. Debería haber hecho algo al respecto, pero era demasiado joven e ingenua.

Lambert la compadecía, pero lo que decía no excusaba su falta de acción. Ahora había pagado un precio terrible.

—¿Cómo se llamaba el chico, Laura?

Dempsey se secó las lágrimas y sus ojos eran dos círculos rojos en una cara mortalmente pálida.

—Neil Barnes.

—Bien, es suficiente por ahora, Michael —dijo Hughes, que se acercó a Dempsey.

Lambert asintió, su interés ya se había desviado hacia Neil Barnes. Se detuvo al llegar a la

puerta.

—¿Cómo era Neil, Laura?

—Era un chico dulce. Adoraba a Elaine. Casi hasta la obsesión, era muy intenso.

—¿Tenía mal genio?

—No que yo recuerde. Estaba más desesperado por protegerla.

—¿Qué pasó con él después de su muerte?

—Estaba devastado, como es de esperarse. Creo que nunca tuve la oportunidad de hablar con él. Me fui unas semanas después.

—Bien. Gracias, Laura.

—Crees que Elaine fue asesinada, ¿no?

La mujer había sufrido de una manera terrible, pero Lambert se sentía desgarrado por su falta de acción en el hogar infantil. Al igual que él, ahora quería respuestas. Él quería respuestas para encontrar al asesino, y ella quería respuestas para aliviar su culpa.

—Gracias de nuevo —dijo, antes de salir de la habitación.

Lambert llamó cuando ella se iba de casa de Melissa.

—Un minuto —le dijo a la mujer—. ¿Señor?

—¿Sigues con Melissa Brady?

—Ya me iba.

—¿Recuerda el incidente?

—Más o menos.

—Pregúntale si conocía a un chico llamado Neil Barnes. Al parecer, era amigo de Elaine Jacobson.

Matilda recordó el nombre. Había procesado el expediente del chico ayer. Colgó y le hizo la pregunta a Melissa. La mujer no se había tomado bien su regreso. Entró corriendo en el apartamento como antes, avergonzada o asustada de hablar con alguien de la policía. Había sido menos comunicativa que la noche anterior. Recordó el aparente suicidio de Elaine, pero se negó a dar más detalles.

—Me acuerdo de él. Era más joven, solía seguir a Elaine.

—¿Algo que pueda decirme sobre él?

—Nada más que eso. Cambió un poco después de su muerte, se volvió un poco callado. Creo que ella era su única amiga de verdad. Era buena con él.

—Tiene mi número, por si recuerda algo más.

Melissa asintió y cerró la puerta.

Volvió a tener la sensación de que la seguían mientras regresaba a la estación de Plaistow. Sabía que el Observador estaba ahí fuera, por lo que sospechaba de todo el mundo y miraba el teléfono como si estuviera por sonar. Esperó en la parada de metro de la línea District para ir a la ciudad y volvió a llamar a Lambert, le contó lo que Melissa le había dicho.

Lambert la puso al corriente de su reunión con Laura Dempsey.

—Encontrar a Neil Barnes es nuestra prioridad ahora, aunque nos hemos metido en un callejón sin salida con él.

—¿Cómo es eso?

—No hay registro de él desde que dejó la casa. Estamos intentando algunas búsquedas adicionales ahora.

—De acuerdo, volveré pronto.

Un hombre la siguió en el metro y se sentó a su lado, a pesar de que el vagón estaba casi vacío. Tenía sobrepeso y respiraba agitadamente con la boca abierta. Matilda suspiró y se sentó

en un asiento vacío a mitad del vagón. El hombre parecía ajeno a todo, su atención se centraba en su iPhone. Cuando él dejó el tren en Stepney Green, ella respiró hondo y se relajó. Estaba dándole demasiadas vueltas a las cosas y entrando en pánico cuando no era necesario. El equipo la esperaba en la estación. Habían colocado una foto de Neil Barnes en el centro de la pizarra. La imagen granulada mostraba a un niño de no más de diez años. Era una de las pocas imágenes que habían encontrado en las que un niño sonreía. Lambert le hizo señas para que se acercara.

—Aún no lo hemos encontrado. Sigo esperando un par de resultados. Todas las personas con las que hables a partir de ahora tienen que ser interrogadas en relación con Neil Barnes.

Volvió a su escritorio y vio que le esperaba un correo electrónico de Glenn Tillman. No era propio de él contactarla en horas de trabajo. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba y abrió el mensaje. Era breve y directo.

“Ven a mi despacho en cuanto recibas esto.”

Se puso de pie, mientras el resto del equipo se afanaba con los portátiles y los puestos de trabajo. No pudo evitar mirar a Lambert y se sintió culpable por hablar con Tillman sin su permiso. Era ridículo, si tenía en cuenta que había pasado la noche en la cama de Tillman.

La puerta de su despacho estaba cerrada y se oían voces desde el interior. Llamó una vez y esperó. Estaba nerviosa desde la llamada del Observador, desconfiaba de todo el mundo. Como Lambert había sugerido, ese era el objetivo, pero seguía sin poder quitarse de la cabeza el hecho de que el asesino lo hubiera hecho cuestionar a su padre.

La puerta del despacho de Tillman se abrió, y el hombre se puso en posición de firmes cuando salieron cuatro altos cargos de la Metropolitana, entre ellos el Comisario Jefe, para su asombro. Ninguno de los agentes reconoció su presencia. Pasaron de largo, con cara de piedra, y Matilda no pudo evitar preguntarse qué querían de Tillman.

Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Quería verme, señor? —dijo.

Tillman se había retirado a su escritorio, su aire natural de autoridad no se había visto mermado por los oficiales superiores.

—Cierra la puerta —dijo.

Matilda miró hacia el pasillo mientras cerraba la puerta, de nuevo abrumada por la culpa de algo que en apariencia era inocuo.

—Ha habido novedades —dijo él.

A Matilda siempre le había impresionado la forma en que Tillman podía separar su vida personal de la privada. En la oficina, era como si nunca hubieran pasado tiempo a solas.

Todos los encuentros tenían que ver con el trabajo. Tanto, que en ese momento tuvo que recordar que había pasado la noche anterior en el apartamento de aquel hombre.

—Voy a hablar con Lambert después de ti, así que no hay secretos aquí. Puede que necesite que hagas un trabajo encubierto mañana por la noche. Quería saber cómo te sentías al respecto antes de seguir adelante.

—¿Está relacionado con el caso del Observador? —preguntó Matilda.

—En parte —dijo Tillman—. Recibirás un informe completo una vez que haya hablado con Lambert. Necesitamos a alguien dentro de la fiesta de Blake. ¿No has acompañado a Lambert en ninguna de sus visitas a la casa de Blake?

—No.

—¿Entonces no hay razón para que conozca tu identidad?

—Supongo que no. ¿Por qué debo estar allí? ¿Cómo vas a hacerme entrar?

El labio superior de Tillman se curvó hacia arriba. No era el aspecto que más le favorecía.

—¿Has trabajado alguna vez de camarera? —preguntó, inexpresivo.

—La verdad es que no.

—No es servicio de lujo ni nada. Solo bebidas, canapés, ese tipo de cosas.

Matilda se encogió de hombros.

—¿Canapés?

Ella no podía ver lo que se podía ganar de estar en el interior en la fiesta de Blake. El hombre era un criminal profesional y era poco probable que revelara detalles de su trabajo en una ocasión así.

—Me llamaste solo para decirme esto —dijo ella.

—En parte. Sé que quizás no quieras contestar, pero ¿qué te ha parecido la forma en que Lambert ha llevado el caso?

—Ya hablamos de esto, Glenn. Me sentí incómoda al principio y más ahora al informar sobre mi oficial superior.

—Vale, vale, lo entiendo. Lo creas o no, estoy actuando en una capacidad oficial ahora. Necesito saber si has visto algo raro en sus acciones o en su comportamiento.

Matilda pensó en aquella noche en la que Tillman había golpeado a un compañero en la cara y, aunque lo había apreciado en ese momento, era irónico que ahora hiciera esa pregunta sobre Lambert.

—Está haciendo su trabajo, y lo está haciendo de una manera profesional.

—Bien, eso es todo por ahora —Tillman señaló la puerta.

Matilda se levantó y salió, dejando la puerta abierta.

Lambert había visto a Kennedy salir del despacho. Ahora tenía que confiar en ella. Ella sabía que el Observador lo había llamado y ambos habían acordado no revelar la información. Aun así, había mirado a su alrededor para ver quién la observaba mientras se dirigía al despacho de Tillman.

En la pantalla de su ordenador se mostraban imágenes de Elaine Jacobson en un pase de diapositivas. Había veintisiete fotos de la chica. Veinticuatro de ellas eran fotografías de su cadáver. Lambert no parpadeaba a medida que la pantalla pasaba de la adolescente medio sonriente de la fotografía oficial a dos fotografías tomadas en el interior del hogar, donde la joven había estado desprevenida, sin saber que la habían fotografiado. En una, estaba sentada sola leyendo un libro. En la otra, estaba sentada con un grupo de chicas, con las rodillas apoyadas en el pecho, capturada en un momento de despreocupada alegría, cuya ilusión fue destruida por la cuarta foto. Su cuerpo blanco y pálido agazapado en la esquina del cuarto de baño de baldosas blancas, con un charco de líquido negro rodeándola. Luego, los primeros planos: las líneas dentadas en cada muñeca, sus delgados brazos pálidos, la horrible vacuidad de sus ojos. Su cuerpo en la autopsia, la sangre limpiada de sus muñecas, las incisiones fotografiadas de cerca. Lambert sacudió la cabeza y apagó la presentación. Le resultaba demasiado cercano. Ver el potencial malgastado de una adolescente solo podía hacerle pensar en Chloe y en cómo le habían arrebatado cruelmente su potencial.

Activó el siguiente archivo, que solo contenía una foto del niño de diez años, Neil Barnes, a quien hasta el momento había sido imposible de localizar.

Lambert se quedó mirando la imagen. Aún no sabía si Elaine Jacobson se había suicidado o si era la primera víctima del Observador. Le costaba creer que el niño de diez años que tenía delante pudiera haber sido el responsable de la muerte de la niña, pero volvía una y otra vez a la imagen.

Tenían que encontrarlo. Tanto Laura Dempsey como Melissa Brady habían dicho que era amigo íntimo de Elaine Jacobson. La prioridad por ahora era intentar localizar a Barnes y averiguar todo lo posible sobre Elaine Jacobson. El chico podría recordar a Blake.

Kennedy volvió a su escritorio. Parecía avergonzada, y él no pudo evitar preguntarse qué secretos había estado discutiendo con Tillman. Estaba a punto de llamarla a su oficina cuando Tillman lo llamó por la línea interna.

—A mi despacho en diez minutos —informó Tillman—. Tenemos compañía. Asegúrate de que tus notas sobre este maldito caso del Observador están al día, ya que tendrás algunas

preguntas que responder.

Tillman colgó antes de que Lambert pudiera discutir. Confiaba lo suficiente en su trabajo como para no revisar sus notas. Diez minutos más tarde, estaba fuera del despacho de Tillman. Se sorprendió de verlo merodear por el pasillo en tanto lo esperaba en la puerta del despacho.

—¿De qué se trata, Glenn?

—Pronto lo sabrás —dijo Tillman, y bajó la voz—. Escucha, Michael, sé sensato cuando estemos aquí. Te van a interrogar sobre Curtis Blake y tu investigación sobre él. Si por mí fuera, esto no pasaría. No es una reprimenda, pero ha habido un incidente.

—¿Quién está ahí? —dijo Lambert, que señaló hacia la puerta.

—El Jefe de Policía, Harrogate y el jefe de Harrogate, el Superintendente Jefe Tyler.

—Jesús —dijo Lambert—. ¿Qué se supone que he hecho?

—Bueno, cuando visitaste a Blake ayer, viste a uno de nuestros agentes encubiertos.

—En realidad, él me vio a mí —dijo Lambert—. Se lo mencioné a Harrogate.

—Su nombre es Sargento Sawyer, y ha desaparecido.

Nadie se levantó cuando entró en el despacho de Tillman. Tillman hizo las presentaciones, empezando por el Jefe de Policía William Mooney, que apenas reconoció su presencia.

—Siéntate, Michael —dijo Tillman. Él se sentó con los brazos cruzados.

—He puesto al día al Detective en Jefe Lambert sobre la desaparición del Sargento Sawyer. Como le dije fuera, Michael, es solo una reunión informal.

—No parece muy informal.

El Jefe de Policía de Harrogate, Tyler, habló por primera vez desde que Lambert entró en la oficina. Al igual que el Jefe de Policía, iba vestido de gala. La camisa y el traje de chaqueta le quedaban un poco ajustados al cuerpo, como si hubiera engordado.

—El Sargento Harrogate me informa que usted fue la última persona que vio al Sargento Sawyer.

—Lo vi, pero no fui la última persona en verlo. No tenía ni idea de que era un agente encubierto. Tenía mis sospechas y se las planteé a Harrogate.

—Cuéntame lo que pasó con exactitud —dijo Tyler.

—Acababa de llegar a la casa de Curtis Blake. Su equipo de seguridad me estaba acompañando a la casa cuando hice contacto visual con el hombre que creo que es Sawyer. Intercambiamos una mirada y parecía un poco asustado de verme.

—¿Y qué estaba haciendo en ese momento? —dijo Tyler.

—A punto de entrar en un coche ejecutivo, un BMW. En cuya parte trasera estaba la mujer de Curtis Blake.

—¿Qué pasó después de eso?

—Entré a ver a Blake. Cuando salí, el auto ya no estaba.

—La cosa es, Lambert, que no hemos visto ni oído de Sawyer desde entonces. Se suponía que se reportaría con Harrogate ayer por la tarde.

Miró a Tillman y se encogió de hombros.

—Eso no es inusual, ¿verdad? No va a ponerse en contacto con Harrogate si está ocupado con su trabajo en casa de Blake.

Tyler miró al Superintendente, que asintió con la cabeza.

—El cuerpo del Sargento Jason Sawyer fue encontrado en un polígono industrial cerca de Enfield esta mañana temprano. Le habían decapitado la cabeza —Tyler miró a Lambert, como si de alguna manera fuera culpa suya.

—¿Por qué demonios no se me informó de esto? —dijo Tillman— Lo siento, Michael, no lo sabía.

Él levantó la mano hacia su jefe.

—Ay, Dios mío. Es horrible. Lamento mucho oírlo.

—¿Lamentas oírlo? —dijo Harrogate, que se puso de pie— Se te advirtió que no fueras a la casa de Blake y mira lo que pasó.

—Siéntate, Harrogate —dijo el Jefe de Policía. Era la primera vez que hablaba. Lambert había olvidado que el hombre era de Escocia hasta que oyó su acento profundo y retumbante. Parecía como si su voz estuviera atrapada en su garganta.

—Le aseguro que no lo he descubierto. Me miró e hicimos contacto visual. Como ya he dicho. Parecía un poco asustado al verme, pero lo disimuló bastante bien. Nadie más estaba mirando.

—¿Qué demonios sabes? —dijo Harrogate— Blake tiene cámaras por todo el edificio. Habrá visto su intercambio una y otra vez.

Lambert miró primero a Tillman y luego a Tyler. No iba a defender su posición ante un advenedizo que estaba por debajo de él.

—Aquí pasa algo más. Tiene que haberlo. Aunque Blake sospechara, no ejecutaría a un agente y abandonaría su cuerpo a plena luz del día. Un vistazo a su historial sugiere que es un poco más sutil que eso.

—¿Dónde estás en el caso del Observador? —preguntó el Jefe de Policía.

Pensó en la mejor manera de responder, pues sabía que cualquier cosa que no fuera “lo encontramos” sonaría ineficaz.

—Hemos descubierto dos pistas muy importantes —respondió. Era el único tipo de lenguaje que un hombre como Mooney entendería, aunque no fuera del todo sincero.

—¿Blake es sospechoso?

—Blake está involucrado —dijo él.

—Cuéntamelo todo —dijo Mooney.

Lambert pasó los siguientes veinte minutos recapitulando el caso, omitiendo solo el detalle de que el Observador lo llamó a él y a Kennedy.

—El informe de la autopsia de Elaine Jacobson proclamó su muerte como suicidio, ¿correcto? —dijo Mooney, una vez que Lambert hubo terminado de hablar.

—Correcto, señor, pero sus heridas eran casi idénticas a las sufridas por Moira Sackville, el Sargento Lennox y la familia Dempsey.

—¿Así que cree que el Observador puede haber matado a Elaine Jacobson hace tantos años y haber vuelto treinta años después? Suena muy similar al último caso en el que trabajaste. ¿No es un poco de coincidencia, Detective en Jefe Lambert?

Lambert había notado la conexión con el Cazador de Almas, que había empezado a matar después de un paréntesis de veinte años, aunque éste era un conjunto de circunstancias diferente.

—Solo puedo ir donde me lleven las pruebas. En este momento, me concentro en encontrar a Neil Barnes.

—He oído suficiente —dijo el Jefe de Policía.

Todos los ojos se posaron en el hombre que tenía la mano en la barbilla, sumido en sus pensamientos.

—Necesito que trabajes estrechamente con el Superintendente Jefe Tyler y el Sargento Harrogate. Como saben, mañana es la fiesta de Blake. Es posible que los competidores de Blake

o sus colaboradores, como quiera verlos, fueran responsables de la muerte del Detective Sawyer. Quiero encontrar a los responsables. Si estás tan interesado en investigar a Blake, puedes ocuparte de esto al mismo tiempo que de los asesinatos del Observador.

—Glenn te informará de los detalles, Lambert —dijo Mooney.

Harrogate y Tyler siguieron a Mooney en silencio. Tillman los siguió y cerró la puerta cuando salieron.

—¿Qué demonios ha sido todo eso? —preguntó Lambert.

Tillman negó con la cabeza y se sentó.

—Saben que los croatas fueron los responsables de la decapitación, es su modus operandi. La verdad es que yo no sabía nada.

—¿Qué es eso de trabajar con Harrogate?

—Si pudiera ser de otra manera, Michael, lo sería. Han pedido que Kennedy esté presente en la fiesta de Blake mañana por la noche. Le consiguieron un puesto de trabajo para el personal de camareros.

—¿Así que ella ahora trabaja para Tyler y Harrogate?

—Trabaja para todos nosotros. Es por eso que Mooney quiere que trabajes con Harrogate. ¿No ha ido contigo a ver a Blake?

—No.

—Entonces, ¿no la reconocerá?

—No lo creo, a menos que nos haya investigado. ¿Es realmente necesario, Glenn?

—Ha trabajado encubierta antes. Tiene aptitudes para ello, y así seguimos siendo parte de la investigación.

Lambert cedió. Comprendió, decepcionado, que Tillman no podía hacer nada al respecto.

Lambert salió del despacho de Tillman sin volver a su escritorio. Bajó en ascensor y abandonó el edificio. Estaba agradecido de que nadie hubiera intentado detenerlo, y un poco decepcionado por no haberse encontrado con Harrogate para poder echarle la bronca. El encuentro le había recordado las razones por las que era reacio a volver a su puesto en la NCA: la política y los juegos mentales. Estaba claro que Tyler era amigo del Superintendente y le había pedido un favor para que estuviera presente. Era la única forma de conseguir que Tillman se rindiera así. Casi habían dicho que Lambert era responsable de la muerte del agente encubierto, Sawyer. Había sido una falta de respeto, arrastrarlo de esa forma para interrogarlo, en especial con un oficial subalterno presente.

Volvía a llover, el tiempo de junio iba de un extremo al otro. Lambert se detuvo en un bar llamado The Railway y pidió una pinta de cerveza que se bebió casi de un trago.

—Otra —le pidió a la camarera, que parecía aburrida.

Pagó y se llevó su bebida a un rincón del local, desde donde podía ver la entrada principal. Tomó un sorbo de la segunda copa y luego la apartó. Necesitaba mantener la cabeza despejada. Ya se había encontrado en estas circunstancias antes, con rangos superiores que creían saber más. Ahora era el momento de pensar con lógica, sin emociones.

En este tipo de casos, el motivo era a menudo inexistente. Si el Observador había matado a esa joven hace tanto tiempo y lo había hecho parecer un suicidio, entonces era posible que le hubiera cogido el gusto. Su único motivo sería el deseo de matar, y tal vez la necesidad de que alguien lo observara. Por lo que Lambert sabía, el Observador podría haber estado activo durante años. La experiencia también le dijo a Lambert que era posible que el asesino no trabajara solo. Si también se añadía el hecho de que alguien, que parecía ser el Observador, había estado llamando a Kennedy y a él, el panorama estaba más que enturbiado.

Con Kennedy fuera del caso para asistir a la fiesta, era poco probable que ese panorama se aclarara pronto. Lambert dio un último trago a la cerveza y tomó una decisión: mañana trabajaría con Harrogate y se aseguraría de que Kennedy estuviera a salvo en la fiesta de Blake, pero después todo estaba decidido. Primero, tenía que estar en un sitio.

El piso franco era una casa adosada poco imponente. A Lambert le hubiera gustado un poco más de seguridad, pero el presupuesto ya era escaso. Había llamado antes, así que el oficial de guardia no se sorprendió al verlo.

—Me temo que ha vuelto a beber —dijo el hombre.

Lambert puso los ojos en blanco, pero sabía que poco podían hacer. Privar a Sackville del

alcohol en ese momento no era una opción.

—Tómate un tiempo libre —le dijo al agente—. Estira las piernas y vuelve aquí en treinta minutos.

Sackville estaba tumbado en el sofá viendo las noticias, con un vaso de whisky en la mano. Miró a Lambert antes de regresar la vista al televisor, con los párpados tan caídos que casi tenía los ojos cerrados.

—Voy a hacer café —dijo él.

—No te molestes —dijo Sackville.

—Al menos deja la bebida, Eustace, antes de que la derrames.

El periodista giró la cabeza hacia él, tan despacio que resultaba cómico.

—Oblígame.

Lambert rio entre dientes y se sentó en el sillón junto al sofá. Le habría preguntado a Sackville cómo estaba y cómo se las arreglaba, pero la pregunta sería redundante. Una mirada al hombre le dio toda la información que necesitaba. Sackville estaba haciendo poco más que existir y, si seguía así, no lo haría por mucho tiempo.

—Necesitamos conseguirte ayuda, Eustace.

El hombre levantó su vaso.

—Aquí tengo toda la ayuda que necesito, gracias.

Lambert encendió su iPad.

—Una cosa más para que mires, Eustace. Deja la bebida un momento.

Sackville suspiró.

—Bien —dijo, y dejó su vaso de whisky en el suelo.

Le mostró una foto de Elaine Jacobson.

—Elaine Jacobson era una antigua residente de St. Matthew. Encontraron su cadáver hace casi exactamente treinta años. Tenía dos cortes en las muñecas.

Sackville cogió el portátil y miró la foto de la adolescente.

—¿Ha estado pasando todo este tiempo?

—No estoy seguro. El patólogo llegó a un veredicto de muerte por suicidio... pero como he dicho, no estoy seguro —Lambert cogió el iPad y recorrió las fotos del cadáver de Jacobson hasta llegar a la única foto de un niño de diez años—. Neil Barnes —dijo, y le devolvió el iPad al periodista.

Vio el reconocimiento en los ojos de Sackville. Agarró con fuerza el iPad, como si su solidez dependiera de la fuerza de su agarre.

—Conozco a este chico —dijo, mientras sacudiste la cabeza.

—¿Lo conociste?

—Una vez vino a mi despacho, yo no me lo podía creer. Debía de tener nueve o diez años. Empezó a llorar. Me suplicó que interviniera, ya sabía que yo estaba investigando a Blake. Me dijo que una amiga suya era una de las chicas de Blake. Pensó que yo podría detenerlos.

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué podía hacer, Lambert? Blake ya me había advertido. Tenía a la policía de su lado. Le dije que se fuera.

A Lambert se le erizó la piel. Le arrancó el iPad a Sackville.

—¿Has visto esto, Eustace? —dijo, y le mostró a Sackville las imágenes del cadáver de Elaine Jacobson: el rostro inexpresivo de la joven, el espantoso contraste de su piel blanca y la sangre roja—. Ella fue la primera, Eustace. ¿Debías saberlo?

Eustace miró a la chica, y es posible que estuviera transponiendo una imagen de su esposa en el cadáver.

—No tuve nada que ver con ese lugar después de esto —se levantó la camisa, como si Lambert hubiera olvidado las heridas que le infligió Blake—. No me habría enterado de un suicidio. Seguro que lo ocultaron.

—Pero no lo ves, Eustace. Ahí es donde empezó todo. Por eso Moira está muerta, por eso mataron a la familia Dempsey.

El periodista se estiró y cogió su vaso.

Lambert se levantó y le arrebató el vaso de la mano, que voló contra la pared y se hizo añicos.

—Si descubro que sabías lo de Elaine Jacobson, volveré por ti, Eustace.

Sackville se negó a mirarlo a los ojos.

Dejó al hombre viendo su televisor, sin esperar a que volviera el agente que hacía de niñera. El hombre le había demostrado algo que sospechaba desde hacía tiempo. Ahora estaba convencido de la identidad del Observador.

Matilda estaba sentada en el despacho con el Superintendente Jefe Tyler y el Sargento Harrogate y repasaba su papel por enésima vez. Era la mañana del sexagésimo cumpleaños de Curtis Blake y esperaba que Lambert ya hubiera llegado. La había llamado anoche, después de visitar a Eustace Sackville. Sonaba distante, como si su mente estuviera en otra parte. Se suponía que debía estar en la reunión ahora para repasar quién estaría presente en la fiesta y trabajar en planes secundarios y terciarios, en caso de que ella tuviera problemas.

—Un repaso más al personal —dijo Harrogate y le entregó una carpeta repleta de fotos y textos.

Le pareció un poco exagerado. Iba a pasar la noche encubierta, pero solo como camarera. Su papel era observar y escuchar. Ya había memorizado la lista del personal de Blake, su personal oficial (equipo de seguridad, contadores y abogados) y los miembros no oficiales. Matilda enumeró textualmente los nombres de todos los que figuraban en la lista, sin abrir el expediente.

—Bien —dijo Tyler.

—Los croatas —intervino Harrogate.

Tyler y Harrogate sabían menos sobre la banda croata con la que se suponía que Blake estaba confabulado. Harrogate le había mostrado los detalles de una operación de cinco años sobre la banda, que creían implicada en el tráfico de chicas jóvenes desde Croacia para trabajar en Londres y sus alrededores. Creían que Blake los había ayudado a establecerse en la ciudad, pero parecía que la relación se había agriado. Sawyer había estado suministrando información a cuentagotas en ese sentido, información que había desembocado en su brutal asesinato.

Era difícil evitar la sensación de que los dos hombres se aferraban a un clavo ardiendo. No le correspondía a ella decirlo, pero enviarla como agente encubierta olía a desesperación. Comprendía la necesidad de no quedarse de brazos cruzados y el deseo de vengar la muerte de Sawyer, pero no parecía haber ningún plan viable. Era más un caso de aparecer y ver qué pasaba. Matilda tendría un micrófono y les avisaría si los croatas hacían acto de presencia. Le parecía improbable, pero les seguía el juego y obedecía instrucciones en las que no creía.

—Dalibor Perko, Mijo Babić, Jakon Petric.

Estuvo despierta hasta la madrugada memorizando los nombres, los casos y los presuntos delitos. La operación de los croatas era hábil y cautelosa. Le parecía poco probable que asistieran a la fiesta de Blake. Si la relación seguía en pie, podrían enviar a uno o dos de sus agentes como muestra de buena fe. Si la relación estaba destruida, como se temía, no le parecía factible que fueran. Por todo lo que había leído, los croatas trabajaban por debajo del radar, así que no

iniciarían una guerra territorial con Blake, o al menos no de una manera tan pública.

Lambert llegó justo cuando Tyler terminaba.

—Qué bueno que nos acompañes, Lambert —dijo, sin poder ocultar su burla.

—Le pediré los detalles a Kennedy —respondió Lambert, incapaz o no dispuesto a disculparse por su tardanza.

—Tienes que estar en la agencia en menos de una hora —dijo Tyler tras mirar su reloj. Recogió sus archivos y se marchó, seguido por Harrogate.

—Te adoran —dijo Matilda.

—No es mi operación y no voy a perder el tiempo en ella.

—Me parece justo. ¿Has localizado a Neil Barnes?

Matilda solo había accedido a ir de incógnito por la posibilidad de que Blake estuviera involucrado de algún modo y que la operación sacara a la luz al asesino.

—No, es un fantasma. Desapareció —Lambert recogió los archivos—. ¿Has estudiado todo esto?

—Sí.

—¿Qué esperan que ocurra? ¿Guerra de pandillas en Hampstead?

—No estoy segura de que sepan qué esperar. Creo que es más esperanza que otra cosa.

—¿Supongo que no te ha vuelto a llamar?

Matilda negó con la cabeza. El Observador solo la había llamado una vez.

—¿A ti?

Él respiró hondo.

—No. ¿Has tenido entrenamiento con armas?

—Por supuesto.

Kennedy había estado en El Grupo antes de que se disolviera, donde todos recibían entrenamiento con armas de fuego.

—Necesitas estar armada esta noche.

—¿Tyler no ha sugerido nada?

—No tiene autorización. Lo confirmaré con Tillman y lo haré oficial, pero creo que el Observador tiene algo planeado para esta noche.

Ella no estaba segura. Ir armada conllevaba sus propios peligros, como ser descubierta, por ejemplo.

—¿Y si me registran?

Lambert se frotó la barba de un día en la cara. Era lo más estresado que lo había visto desde que empezó el caso. Sus ojos se entrecerraron al considerar la situación.

—Puede que tengas razón, a mí me cachearon cuando fui allí. ¿Estarás en contacto por radio?

—Si no te conociera mejor, señor, diría que estás preocupado.

Nunca había visto a Lambert así, no pensaba con claridad.

—Solo usa la cabeza. Mantente en contacto y sal de ahí si hueles problemas.

—Mejor me voy, necesito cambiarme de ropa.

Lambert asintió y ella salió de la oficina. Había un silencio incómodo entre ellos.

Una hora más tarde, estaba dentro de la zona cerrada de la casa de Curtis Blake, que era aún más grandiosa de lo que le habían hecho creer. Intentó entablar amistad con algunos de los camareros. La mayoría se conocían entre sí, pero había conocido a un par de chicas que trabajaban por primera vez para la agencia.

En ese momento, estaban en la parte trasera de la casa, en una zona empedrada junto a la

entrada de las cocinas. Dos agentes de seguridad de Blake vigilaban la puerta, vestidos con trajes idénticos y gafas de sol, como los típicos agentes de la CIA.

—¿Qué es esto? —dijo una de las empleadas de la agencia, una joven fornida que parecía estar fuera de su zona de confort con un vestido negro ajustado. Tenía los brazos repletos de tatuajes y el pelo rapado, salvo por un mechón negro que le sobresalía por el lado derecho del cuero cabelludo.

Los guardias la ignoraron y el personal empezó a inquietarse. Segundos después, el más alto de los dos guardias levantó la mano.

—Necesito que armen dos filas —dijo.

—¿Qué demonios? —cuestionó la mujer tatuada.

—Una palabra más y estás fuera —dijo el guardia. La mujer parecía haber recibido una bofetada. Miró a sus colegas en busca de apoyo, pero el resto del personal se negó a mirarla a los ojos, ya que la promesa de una tarifa por hora inflada era demasiado atractiva para arriesgarla.

Los guardias cachearon a todos los empleados antes de permitirles la entrada. Dos de los empleados fueron enviados de regreso, ambos hombres de unos veinte años, y los guardias se negaron a dar una razón por qué. El más alto de los guardias detuvo a Matilda y la obligó a extender los brazos y las piernas. Sus manos ásperas revisaron prácticamente todas sus partes. Se quitó las gafas de sol e hizo ademán de mirarla. Era una forma barata y obvia de mostrar dominación, pero la táctica había funcionado con el resto del personal, que esperaba sometido en la zona de la cocina.

—Estoy dentro —susurró ella, con la esperanza de que las grabadoras de minutos cosidas a su ropa siguieran funcionando.

La lluvia golpeaba el parabrisas mientras Lambert, sentado en el coche, reflexionaba sobre lo que Sackville le había dicho. Ahora estaba convencido de que Neil Barnes era el Observador.

Se dio cuenta de que había estado analizando mal la muerte de Elaine Jacobson. Ella se había suicidado. Se suicidó porque nadie escuchó las quejas de Neil Barnes.

Barnes había ido a ver al Detective Lennox y se había quejado de lo que pasaba en el hogar infantil, pero había sido ignorado.

Acudió a Eustace Sackville, que había estado escribiendo un artículo sobre el hogar y la red de prostitución que Curtis Blake dirigía desde allí, pero Sackville lo decepcionó. Por pura cobardía, se negó a publicar la historia.

Y, por último, Laura Dempsey, la enfermera del hogar, que sabía lo que les ocurría a Elaine y a las otras chicas. Neil Barnes había acudido a la mujer, que también había hecho la vista gorda.

Y debido a la falta de acción de esas tres personas, Elaine Jacobson se había suicidado.

Lambert se preguntó si Barnes habría encontrado a la chica la mañana siguiente, si habría sabido lo que ella planeaba hacer. En cualquier caso, el efecto en la vida del chico había sido dramático. Lambert creía que había pasado el resto de su vida vengando la muerte de Elaine. Mató a Lennox como prueba, con el mismo método que Elaine había usado para suicidarse.

Una vez que se desahogó, pasó a Eustace Sackville. Mató a la esposa de Sackville y obligó a Eustace a mirar. Luego hizo lo mismo con Laura Dempsey. Mató a toda su familia y de nuevo la obligó a observar su obra. Eustace y Laura estaban ahora como el asesino, completamente solos.

El asesino le había dicho a Lambert que era como él, y ahora entendía por qué. Sin hija y con una futura ex esposa, Lambert estaba solo en el mundo. Pero el asesino implicaba más: Lambert aún tenía a Sophie y a su bebé, aún tenía a Sarah May. La comparación era una advertencia. Solo faltaban unas horas para la fiesta de Curtis Blake, y él sabía que tenía que encontrar la verdadera identidad de Neil Barnes antes de eso.

Se conectó al Sistema e intentó todas las búsquedas imaginables. Era obvio que Barnes no usaba su verdadero nombre. Seguramente se lo habría cambiado a los dieciocho años, y en aquella época no existían registros escritos de cambios de nombre. Era más fácil de lo que la gente imaginaba cambiar de identidad y deshacerse del pasado, y así sería imposible seguirle la pista a Barnes. Lambert rasgó con los dedos el revestimiento de cuero del volante, la lluvia seguía golpeando el parabrisas del coche con un ritmo constante. Necesitaba pensar, despejar la mente. El Observador debía de tener acceso a equipos de vigilancia. Era posible que formara parte de un equipo, como Lambert había pensado con anterioridad. Intentó disipar la idea de que

el Observador fuera un miembro de la policía, aunque eso explicaría en cierto modo por qué siempre iba un paso por delante. Lambert llamó a un colega del departamento técnico, Lee Chamberlain, que le debía un favor.

—Voy a enviarte algunos archivos de voz —le dijo al hombre—. Esto debe ser extraoficial.

—¿Y qué quieres que haga con ellos? —preguntó Chamberlain.

—Sé que es una posibilidad muy remota, pero intenta rastrearlos en la base de datos de voces.

—Esa base de datos de la que hablas es casi inexistente. Puedo analizar la voz. Darte una idea de la edad, el dialecto, cualquier peculiaridad en el patrón del habla. Eso es lo mejor que puedo ofrecerte.

—¿Puedes hacerlo en la próxima hora?

—Como favor, empezaré a trabajar en ello ahora, pero no es un trabajo sencillo.

—Solo escúchalos, a ver si puedes detectar algo inusual.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

Lambert envió los archivos y estaba a punto de hacer una segunda llamada cuando su teléfono sonó. Esperó a que sonara tres veces, controló la respiración y se preparó para la conversación. Contestó, pero no habló.

—Silencios malhumorados —dijo el Observador—. Déjame adivinar: Sackville por fin te ha contado toda su historia. Crees que sabes quién soy.

—Sé quién eres, Neil —respondió Lambert.

El Observador soltó una risita, un sonido no exento de genuina alegría.

—Debo confesar que te admiro, Lambert. Me sorprende que lo hayas descifrado tan rápido. ¿Cómo lo hiciste? ¿Los archivos de St. Matthew?

—Esto puede terminar ahora, Neil. Te has vengado de las personas que te lastimaron. Terminemos aquí antes de que alguien más salga lastimado.

—Tal vez no lo entiendas, después de todo —dijo el Observador, que ahora levantaba la voz.

—Eras amigo de Elaine Jacobson. Eustace y Laura te fallaron. Lo entiendo, aunque no entiendo lo que les hiciste.

—No terminará hasta que todos los responsables hayan pagado el precio.

—¿Te refieres a Curtis Blake? —preguntó Lambert.

—¿A quién más?

—¿Y crees que vas a llegar a su familia? Ahora sé lo que quieres, Neil, y haré todo lo que esté en mi poder para detenerlo. Eustace y Laura no mataron a Elaine, Neil. Te fallaron y lo entiendo, pero no dejaré que muera más gente inocente.

Lambert se dio cuenta de que no tenía sentido tratar de razonar con el hombre. Su vida había quedado manchada por lo que le había ocurrido a Elaine Jacobson, y unas cuantas frases bien escogidas por teléfono no iban a deshacer todo ese daño. Pero quería que se lo pensara dos veces antes de atacar a la familia de Blake. Esperaba que esa ligera indecisión lo llevara a cometer errores.

—Creo que hemos llegado a entendernos, Lambert. Escucha lo que tengo que decir y lo entenderás por completo.

Lambert paró el coche y esperó. Intentó controlar su respiración, con el corazón golpeándole en el pecho.

—Sé que has enviado esas grabaciones de voz, pero sé que aún no has hecho oficiales nuestras conversaciones. Pero tengo planes de contingencia, Lambert. Planes de contingencia

que te afectarán directamente. Si algo me pasa, no podré detenerlos. ¿Estamos de acuerdo?

Estuvo por responder, pero el Observador continuó hablando.

—Recuerda que al principio dije que éramos iguales. Eso no es del todo cierto, ¿verdad, Lambert? Sigues casado, a pesar de esa hija bastarda. Sales con esa encantadora policía. No estás totalmente solo en este mundo —el Observador hizo una pausa—. ¿O sí? —agregó, antes de colgar.

Lambert se tomó unos minutos para serenarse. Esta vez, la advertencia del Observador fue específica. No tenía tiempo para pensar en la conversación. Aparcó y marcó otro número.

—Entonces, ¿estás vivo? —dijo Sarah May, que contestó al segundo timbrado.

—Se podría decir que sí —dijo Lambert. Se frotó la cabeza e intentó organizar el millón de pensamientos que le rondaban por la cabeza—. Sé quién es el Observador.

—No pareces muy contento —dijo ella.

—Lo último que sé de él es que era un niño de diez años.

—Ya veo.

—¿Sigues en Londres?

—Sí. ¿Qué pasa, Michael? Suenas extraño.

—Escucha, necesito que me hagas un favor. Quizá no sea nada, pero creo que Sophie puede estar en peligro.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya a verla?

Le sorprendió por un momento la facilidad con que Sarah aceptó lo que le pidió, sin dudar ni preguntar.

—Si no te molesta. Si pudieras vigilarla, pero que no sepa que la estás vigilando.

—¿Debería estar atenta a algo en particular?

—En realidad no, solo cualquier cosa fuera de lo común. Ya sabes lo que hay que hacer. Pero ten cuidado, Sarah.

—Lo tendré. ¿Estás seguro de que todo está bien?

Lambert suspiró y tomó una decisión:

—Puede que solo esté siendo sobreprotector, pero creo que deberíamos sacarla a ella y a todos de la casa. Al menos hasta que termine lo de Blake.

De nuevo, May no lo cuestionó.

—La llevaré a ella y a la bebé a mi hotel. Sé que no es el momento de hablar al respecto, pero ¿sabe lo nuestro?

Sarah había visto a Sophie una vez. Había sido durante el caso del Cazador de Almas. Sarah lo había estado investigando y había visitado a Sophie en su lugar de trabajo. Él no le había hablado a su ex mujer de los últimos meses con Sarah, y ahora sentía como si hubiera traicionado a Sarah al no contárselo a Sophie. Como si ella fuera un secreto sucio.

—Lo siento, Sarah, no se lo he dicho.

—No seas tonto, Michael, eso no importa. Concéntrate en el caso y cuídate.

Colgó, pero deseó poder contarle más. Con Sophie protegida, se dirigió a Hampstead, donde el equipo se había preparado para la fiesta de Blake. Reconoció una de las furgonetas de vigilancia, que era una de las preferidas de Tillman. Se detuvo a tres calles de distancia y llamó a Tillman. La puerta lateral se abrió al pasar y Lambert entró en la furgoneta. Tillman estaba en el reducido espacio junto a Harrogate y su Jefe de Supervisión, Tyler. La llegada de Lambert había contribuido poco a aliviar la tensión palpable en el interior. Ninguno de los hombres lo saludó cuando se sentó, solo Tillman reconoció su presencia con una mirada llena de acusaciones.

—Kennedy está dentro —dijo Harrogate en tanto le entregaba unos auriculares—. Está recibiendo instrucciones de seguridad.

El sonido de los auriculares era, más que nada, ruido blanco. Más allá del traqueteo del parloteo general, Lambert distinguió de fondo una voz clara y singular que daba instrucciones.

—No fue tan fácil. La registraron al entrar —le informó Tillman.

Lambert miró a Tillman, cuyos ojos se habían entrecerrado. Los micrófonos que le habían colocado eran lo suficientemente pequeños como para ser indetectables, pero Kennedy no tenía forma de oírlos.

—¿Y el teléfono? —preguntó Lambert.

—Confiscado.

—Mierda.

Se sentó en el silencio de la furgoneta escuchando el ruido blanco de sus auriculares, y se debatió si debía compartir la información que tenía sobre Neil Barnes o no. Harrogate y Tyler estaban allí por otra razón, y dudaba que algo de lo que pudiera decirles ahora cambiara su enfoque. Esperaban hacer un avance en la operación de tráfico de Blake, y aunque no podía condenarlos por ello, temía que hubiera una preocupación más acuciante.

—Creo que deberíamos evacuar la fiesta —dijo Lambert.

Tyler se quitó los auriculares.

—¿Has perdido la puta cabeza?

Lambert no respondió y miró a Tillman en busca de apoyo. El hombre se desabrochó el botón superior.

—¿Te importaría decirnos por qué? —preguntó.

No estaba seguro de cuánto podía decirles. La amenaza del Observador había sido evidente. Sophie estaba en peligro si el asesino no conseguía lo que quería, pero tenía a Sarah May vigilándola y no podía justificar no proteger los cientos de vidas que había dentro.

—Blake llegará en treinta minutos —dijo Tyler.

—No voy a permitir que jodas esta operación.

Lambert miró al hombre.

—¿Qué operación? Esto es solo un capricho de vigilancia. Esperas que aparezcan los socios de Blake, o sus rivales, tú dirás. ¿Y luego qué? ¿Crees que Kennedy va a escuchar algo?

—Uno de mis oficiales está muerto, Lambert.

—Mira, me doy cuenta de eso. Pero...

—Pero nada —interrumpió Harrogate.

—Tómense todos unos segundos. Michael, ¿por qué quieres evacuar el grupo? —preguntó Tillman.

Miró a cada uno por turno y concluyó que no iba a haber evacuación.

—Creo que Curtis Blake puede estar en peligro. O al menos, su familia.

Les habló de Neil Barnes y de su teoría de por qué Lennox, Moira Sackville y la familia Dempsey habían sido asesinados.

—¿Así que ahora crees que Blake es una víctima potencial, no el asesino? —dijo Harrogate. La voz del hombre estaba impregnada de sarcasmo, y Lambert estuvo a punto de sacarlo a rastras de la furgoneta, sin tener en cuenta a los oficiales superiores presentes.

—¿Cómo vamos con el rastreo de Neil Barnes? —preguntó Tillman, que hizo caso omiso de la discusión.

Lambert se encogió de hombros.

—El rastreo termina en su adolescencia.

—Jesús —dijo Tyler—. ¿Esperas que evacuemos la casa de Blake y que declaremos que lo hemos estado vigilando por esta teoría a medias? ¿De dónde los sacas, Tillman?

Tillman estaba inmóvil. Lambert se daba cuenta de que Tyler era su superior, pero también

sabía que Tillman examinaría la situación y llegaría a sus propias conclusiones, independientemente de sus lealtades. Contarles sobre sus conversaciones con el Observador podría haber bastado para convencer a Tillman, pero no podía arriesgarse a compartir esa información. La advertencia del Observador había sido clara al respecto.

—Lo siento, Michael. No hay suficientes razones para dar ese paso, ¿comprendes?

Estuvo de acuerdo. Si alguien más hubiera propuesto la idea, él la habría rechazado. Incluso si les hubiera contado sobre sus conversaciones con el Observador, dudaba que hubiera podido convencerlos. Volvió a colocarse los auriculares y escuchó a Matilda Kennedy hablar con una compañera dentro de la casa, al tiempo que los ponía al corriente de la situación a ellos.

—Es mucho más grande de lo que esperaba —dijo Kennedy.

—Sí, enorme —dijo su compañera, pero era claro que estaba decepcionada.

—En esta sala principal deben caber casi doscientas personas.

—Sí.

—¿Te has fijado en los guardias?

—Sí, uno de ellos prácticamente me toqueteó al entrar. Hablaré con la agencia cuando esto termine, con doble horario o sin él.

—¿Has visto cómo vigilan cada entrada del vestíbulo principal y están apostados en cada una de las puertas de la casa? Al final de la escalera principal, junto a los lavabos —dijo Kennedy, que ignoraba a su compañera.

—Si —dijo la mujer tras volver por un momento al presente—. Ahora que lo dices, es un poco raro.

—Me pregunto si estarán armados —dijo Kennedy.

—¿Con armas? —preguntó la otra, asustada.

—Solo me lo preguntaba —dijo Matilda. Hizo una pausa para indicar que pensaba que iban armados—. Estoy bromeando. No estaría permitido, ¿verdad?

Tillman escuchaba con atención y miró a Lambert ante la mención de armas.

—Tenemos dos unidades de respuesta armadas listas —susurró, como si eso fuera a tranquilizar a Lambert.

Mientras Kennedy continuaba con su narración, Lambert se conectó al Sistema y empezó a escanear las copiosas notas del caso, desesperado por encontrar un vínculo con Neil Barnes. Miró los perfiles de Charles Robinson y Noel Whitfield. Escaneó otros nombres. Prue McKenzie, la mejor amiga de Moira Sackville. Sandra Levinson, la bibliotecaria con la que Moira había trabajado. Lucy Marshall, colega de Laura Dempsey en el hospital. Mia Helmer, la jefa de Eustace Sackville en el periódico.

Cuando nada encajó, empezó a buscar en los archivos cargados de los huérfanos y niños de St. Matthew. Ante él aparecieron fotos de Elaine Jacobson y otras almas perdidas, incluida Melissa Brady, a quien Kennedy había entrevistado.

Una foto de Neil Barnes apareció en la pantalla. El Observador cuando tenía diez años, su vida a punto de cambiar irrevocablemente por la muerte de Elaine Jacobson, la hermana que nunca tuvo.

En su oído, Kennedy hablaba con uno de los guardias de seguridad.

—¿A quién esperas, a la familia real? —preguntó ella.

—Por favor, déjeme hacer mi trabajo, señora —dijo el hombre, con la paciente autoridad de un soldado entrenado.

A Lambert se le ocurrió una idea absurda mientras escuchaba. La voz del soldado le recordó

a la autoridad que había oído en una de las personas a las que había entrevistado. No era la voz en sí, sino la cadencia general y el patrón del habla.

Cargó el archivo del ex policía Sargento Lindsay. Recordó el encuentro en Leicester Square, la forma digna en que Lindsay describió su turbulenta época en el cuerpo. La corrupción que había presenciado de primera mano frente a su superior, el Inspector Lennox. Como muchos oficiales de su edad, Lindsay había trabajado en las fuerzas armadas antes de entrar en el cuerpo. Era un ex infante de Marina real que había pasado cinco años en servicio activo antes de volver a la vida civil.

Lambert se desplazó por los registros del hombre hasta llegar a un espacio en blanco de dieciocho años. Se había alistado en la Marina cuando cumplió dieciocho años, pero no había ningún registro, al menos no actual, de su vida anterior a esa fecha. Llamó a Devlin.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre Lindsay antes de que se alistara en la Marina. Necesito registros escolares, y una copia de su certificado de nacimiento sería ideal. Y envía un coche a su casa de inmediato. Quiero interrogarlo, pero sé discreto y educado.

Era una posibilidad remota, y era posible que se estuviera guiando por pensamientos sobre el caso del Cazador de Almas, pero no había nada que perder en ese momento.

Tillman le hizo una señal para que saliera afuera. Los ojos de Lambert tardaron un par de segundos en adaptarse a la luz del sol cuando Tillman cerró la puerta lateral.

—¿Qué demonios está pasando? —cuestionó.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

Era claro que el calor de la furgoneta había afectado a Tillman. Su camisa ajustada estaba empapada de sudor.

—Parece que me paso media vida laboral dándote el beneficio de la duda, Lambert. Este asunto de Neil Barnes, ¿de verdad te lo crees?

—¿Qué es lo que no me creo? Explica todo, los asesinatos por venganza reflejan el aparente suicidio de Elaine Jacobson.

—¿Y la familia de Jacobson?

—Era huérfana de nacimiento.

—¿Qué hay de los dueños originales del hogar de niños? ¿Los tutores o cuidadores, o lo que coño fueran?

—Hay registros de todos, la mayoría ya no están con nosotros.

—¿Y crees que Barnes quiere atacar a Blake a continuación?

—Sería la conclusión natural.

—Pero si está siguiendo el mismo modus operandi, entonces irá por la familia de Blake.

—Creo que sí, pero tal vez elija a Blake para una atención especial.

—Jesús, este tipo de mierda te persigue, Lambert. Pensé que sería un simple caso de asesinato, y ahora tenemos múltiples víctimas y un policía muerto.

Lambert estuvo por protestar que la muerte del policía no tenía nada que ver con su investigación, pero no tenía más energía para hacerlo.

—¿Crees que Kennedy está en peligro? —preguntó Tillman, con un sutil cambio en su voz.

—¿Qué pasa entre ustedes dos, Glenn?

Tillman negó con la cabeza, resignado.

—Debería haber sabido que lo descubrirías.

—No soy solo yo. Walker quiere denunciarte.

—No te preocupes por ese imbécil. Tengo suficientes trapos sucios sobre él.

—Ten cuidado, Glenn.

—No te preocupes por mí. ¿Qué le decías a Devlin?

—El Sargento Lindsay. Era el oficial subalterno de Lennox. No tenemos información de su familia antes de que cumpliera dieciocho años y se uniera a la Marina. No creo que salga nada de esto, pero estoy seguro de que, si encontramos a Neil Barnes, encontraremos al asesino. Lindsay puede saber más de lo que dice.

La puerta de la furgoneta se abrió y Harrogate asomó la cabeza.

—Blake ha salido de su hotel. Debería llegar en los próximos veinte o treinta minutos.

Se produjo un cambio de ambiente en la casa. Uno de los empleados de la agencia convocó a todos los trabajadores en la cocina y les informó que Blake y su esposa llegarían en los próximos treinta minutos. La fiesta iba a ser una sorpresa, pero se servirían bebidas a los invitados hasta la llegada de Blake. Matilda recibió una bandeja con copas de champán y salió al comedor.

Escuchó las conversaciones, desesperada por encontrar una señal de que su papel allí no era inútil. Nadie parecía preocupado por la cantidad de seguridad, estaban demasiado ocupados disfrutando del champán gratis.

Los hijos de Blake estaban en el pasillo, cada vez más excitados por la inminente llegada de sus padres. Ella sabía sus nombres por sus archivos: Jessica, de quince años; Mitchell, de doce; Josh, de siete; y Melody, de cinco. Los cuatro brillaban de expectación. Los niños eran ajenos a los crímenes de su padre, al menos por ahora. Por un segundo, Matilda se sintió como una intrusa que se colaba en un feliz momento familiar.

Uno de los empleados de seguridad la arrancó de su arrepentimiento.

—Tú, vuelve ahí dentro —dijo el hombre. Por los archivos, lo reconoció como Atkinson, el jefe de seguridad de Blake.

—Lo siento, me he perdido —dijo.

Atkinson no le quitó los ojos de encima a medida que ella volvía a la sala principal. Ella sintió su mirada fija mientras se daba la vuelta y servía más champán a los invitados, que la trataban como si fuera invisible.

—Supongo que el Sr. Blake no tardará en llegar —le dijo a su colega en la cocina, en beneficio de sus verdaderos colegas que, con suerte, seguían escuchando.

—Cuanto antes acabe esto, mejor —dijo la mujer—. Estos tipos me dan escalofríos. ¿Alguien te ha dado ya las gracias?

—No —dijo Matilda—. Me pregunto a qué se dedica este tal Blake. Supongo que todos los invitados son familiares y amigos. Nadie parece fuera de lugar.

La mujer la miró como si fuera extraña.

—No estoy segura de lo que quieres decir. Como sea —dijo y cogió otra bandeja de copas de champán.

Matilda sabía que su equipo lo entendería. No había rastro de los croatas, y cada vez era menos probable que aparecieran ahora. Cogió una de las bandejas, con mitad copas de champán y mitad zumo de naranja, y regresó a la zona principal. El equipo de seguridad parecía tenso. Atkinson comprobaba personalmente cada punto de salida y daba su aprobación a los guardias.

La tensión se debía a la llegada de Blake. Matilda supuso que sería el momento en que los croatas atacarían, si eso era lo que habían planeado, con Blake al descubierto.

Con la atención de Atkinson puesta en los guardias, Matilda dejó la bandeja y salió al pasillo. Al pasar junto a uno de los guardias, mantuvo el paso firme y la mirada al frente, como si perteneciera a la zona. El guardia dudó y siguió caminando.

Los hijos de Blake estaban junto a la puerta, todavía emocionados. Al comprobar que nadie la observaba, Matilda subió al segundo piso. Si la paraban, diría que estaba buscando el baño. Susurró al equipo los detalles de su ubicación. Al final de la escalera, giró a la izquierda y vio la espalda de un guardia situado fuera de una habitación a su derecha. Ella caminó por el rellano hasta perderse de vista.

Mientras avanzaba por el pasillo, comprobó que todas las puertas estaban cerradas. Desde la ventana, podía ver el gran camino que conducía a la entrada de la casa. Afuera aún era de día, y el cielo estaba nublado.

—Dos guardias en la entrada y dos en la puerta —susurró—. No sé si están armados.

Oyó pasos en la escalera y continuó por el pasillo, tanteando cada puerta a medida que avanzaba. Estaba dispuesta a utilizar su búsqueda de un baño como excusa. Dobló otra esquina y se encontró con un segundo tramo de escaleras, que subió al oír el sonido de una radio en el rellano superior. Quiso quitarse los zapatos para atenuar el sonido al chocar contra la madera pulida de la escalera, pero parecería demasiado sospechoso si la descubrían.

—Ah, un segundo tramo de escaleras —susurró, como sorprendida.

No había nadie detrás de ella. Se acercó al final de la escalera y se asomó al segundo pasillo, más pequeño. El sonido procedía de una habitación situada a unos metros a su derecha. Salió al rellano, agradecida por la frondosa alfombra. Empujándose contra la pared, se escabulló por el pasillo hasta llegar a la entrada de la habitación.

La radio emitía éxitos de los años ochenta. Bajo el sonido prominente, oyó el zumbido de la electricidad. Tenía que ver qué había en la habitación, pero sabía que un paso más revelaría su ubicación. Miró detrás de ella. Convencida de que no la observaban, asomó la cabeza por la entrada de la habitación, dispuesta a decirle a quienquiera que estuviera allí que se había perdido.

Como esperaba, la sala era un centro de seguridad. Un guardia estaba sentado mirando una pared llena de pequeñas pantallas de televisión. Estaba de espaldas a ella, y desde su posición ventajosa, podía ver los numerosos lugares de la casa: la entrada cerrada con sus dos guardias, el camino de entrada y la entrada a la casa propiamente dicha, numerosas vistas del interior de la casa, incluida la cocina y al menos cinco cuartos de baño separados. Matilda se maravilló de lo paranoico que debía de ser Blake para tener vigilado cada rincón de la casa. Incluso las habitaciones de los niños estaban vigiladas.

Estaba a punto de retirarse cuando algo llamó su atención en los televisores situados a la izquierda del guardia. La imagen de la pantalla cambiaba del interior al exterior del edificio. Reconoció el exterior.

El guardia giró sobre su silla para mirarla, con una sonrisa en la cara.

—Te he estado observando, señorita. ¿Crees que vas a poder robarnos?

Matilda se quedó helada, feliz de que la considerara solo una ladrona en potencia. Se puso frente al hombre.

—No, claro que no. Solo buscaba el baño.

—Sí, claro —dijo el guardia, justo cuando un segundo guardia le puso una mano en el hombro.

—¿Adónde me llevan?

El segundo guardia le sujetaba el hombro y el brazo con un fuerte pellizco.

—A algún sitio donde no puedas causar problemas.

—Bien, me voy a casa —contestó ella, mientras él la guiaba escaleras abajo hasta el rellano del primer piso.

—Todavía no, no lo harás —dijo el hombre. La acompañó por el rellano del primer piso hasta una habitación vigilada por un tercer guardia.

—Otra para ti —dijo el segundo guardia.

El Guardia Tres se hizo a un lado y el Guardia Dos guio a Matilda dentro de la habitación con un suave empujón.

Otro miembro del personal de la agencia estaba dentro de la habitación, sentada en una cama matrimonial.

—¿Qué haces aquí? —dijo Matilda una vez que la puerta de la habitación se cerró de golpe.

—Me han pillado husmeando —dijo la chica, que no tendría más de dieciocho años. Estaba apoyada en el cabecero de la cama, con las piernas cerca del cuerpo.

—¿Te han hecho algo?

—No, ¿por qué? No creerás que son...

—No, no. Lo siento, no quería asustarte. No se van a arriesgar a hacer nada así.

—¿Qué has hecho? —preguntó la chica, y bajó las piernas para que quedaran estiradas sobre la cama.

—También me pillaron husmeando —empezó a hablar para el equipo—. Bueno, creo que estamos en el primer piso en un dormitorio de invitados. Giré a la derecha en la parte superior de las escaleras, y fue tres puertas más abajo.

—Um, supongo que sí —dijo la chica.

—Hay al menos un guardia fuera, y solo nosotras dos en la habitación.

La chica la miró como si estuviera loca.

—¿Planeas escapar o algo así?

Matilda probó la ventana.

—La ventana está cerrada y tiene tres barrotes de acero bloqueando la entrada.

Se sentó en la cama a pensar, con la esperanza de seguir en contacto por radio.

—¿Crees que aun así nos pagarán? —preguntó la chica.

Lambert estaba sentado en la furgoneta escuchando a Kennedy. Los cuatro hombres intercambiaron miradas de preocupación.

—Deberíamos sacarla —dijo Tillman.

—¿Por qué? Solo piensan que estaba robando —dijo Harrogate.

No recordaba nunca haber oído a un oficial subalterno hablarle así a Tillman. Aunque el hombre era de otro equipo, estaba tentando a la suerte. No eran las palabras en sí, sino la forma en que las decía.

—Escucha, hijo, si vuelves a hablarme así, te sacaré de esta camioneta y te enseñaré a no hacerlo. ¿Entendido?

Harrogate se encogió de hombros, mientras Tyler estudiaba la pantalla del portátil como si no estuviera allí. Tillman era un hombre grande, pero podía moverse rápido cuando era necesario. Antes de que Lambert se diera cuenta, Tillman estaba estrangulando a Harrogate.

—¿Entiendes ahora, muchacho?

El oficial se estaba poniendo morado. Tyler miró a Lambert en un patético intento de que interviniera.

—Uno de mi equipo está en peligro y yo tomaré una decisión en cuanto al riesgo, ¿entiendes?

Harrogate movió la cabeza arriba y abajo todo lo que pudo. Tillman lo soltó al clavar su cara en el lateral de la furgoneta.

—Bien, calmémonos todos —dijo Tyler.

Tillman se sentó, con el pecho agitado, sin apartar la mirada de Harrogate.

—Tienes razón. Es tu decisión, Glenn. Sin embargo, estoy de acuerdo en que no se ha descubierto su tapadera. Si entramos ahora, sabrán que los hemos estado vigilando y los Croatas no aparecerán —dijo Tyler.

—No van a aparecer de todos modos —comentó Lambert.

Los cuatro hombres se sentaron en la furgoneta, en silencio. Lambert seguía con los auriculares puestos y escuchaba a Kennedy hablar con su compañera de cautiverio. Frente a él, estudiaba El Sistema. Había algo fuera de su alcance. Ojeó las fotos de los invitados en la casa de los Blake, de los miembros de la banda croata, y luego centró su atención a los antiguos residentes de St. Matthew. No estaba seguro de lo que buscaba. Sin nada más a lo que aferrarse, esperaba que el azar de la búsqueda resultara en algo.

—Esperaremos —dijo Tillman—, pero quiero a nuestros equipos de respuesta preparados. A

la primera señal de peligro para Kennedy, entramos.

Devlin lo llamó.

—Señor, Lindsay está bajo custodia. En Nottingham Central. Por lo que dicen, no está contento.

—¿Van a hablar con él?

—He preparado a su equipo. Estaré allí en conferencia telefónica para completar cualquier detalle.

—Buen trabajo, Devlin. Mantenme informado.

Una foto de Neil Barnes apareció en su pantalla. Lambert congeló la imagen.

—¿Quién demonios eres? —dijo. Amplió la imagen y estudió cada píxel en busca de una pista. Los ojos color avellana del chico, un leve zigzag de sangre en el blanco del ojo derecho, la ligera curvatura del labio inferior, las pecas de las mejillas y la frente, un leve corte en la ceja izquierda. ¿Alguna de estas características lo habría acompañado hasta la edad adulta?

—DESCUBRÍ una oficina llena de pantallas de televisión, así es como me encontraron —susurró Kennedy a su compañera—. Es probable que tengan esta habitación vigilada, así que ten cuidado con lo que dices.

—¿Crees que nos están escuchando? —preguntó la chica.

—Puede ser.

—Bastardos enfermos. No nos informaron nada sobre esto. Definitivamente hablaré con la agencia.

—Yo también —dijo Kennedy—. Algo raro está pasando aquí. Si no sonara demasiado loco, diría que están encerrando a todos adentro en vez de mantener a la gente fuera.

Lambert se detuvo, se puso el auricular en la oreja y levantó la mano para hacer una señal a los otros agentes.

—¿Qué quieres decir? —dijo la chica.

—Piénsalo. ¿Crees que podrías irte? No quieren que trabajemos aquí, pero no nos han mandado a casa. Es como si no quisieran que nadie se fuera.

Lambert oyó a Kennedy suspirar. Le estaba hablando directo a él.

—No creo que solo vigilen esta casa. Creo que también vigilan otros lugares. Creo que saben dónde está la gente.

—¿Qué? —cuestionó la chica.

—¿De qué está hablando? —preguntó Tyler.

—¿Lambert? —dijo Tillman.

La mano de Lambert seguía en el aire. Estaba mirando la foto de Neil Barnes e intentando reconciliar lo que Kennedy estaba diciendo. ¿De verdad podía ser tan simple? Era tan obvio que no se lo había planteado antes.

Tecleó un nombre en El Sistema, el nombre de un hombre que había conocido en dos ocasiones. Una imagen apareció en la pantalla. Lambert pellizcó la pantalla y se acercó a la ceja izquierda del hombre. Si no lo hubiera buscado, no habría distinguido la marca. Era la más mínima discrepancia, el legado de una cicatriz de la infancia.

—Tenemos que impedir que Blake llegue a la casa —dijo Lambert.

La furgoneta se quedó en silencio.

—Ahora —gritó Lambert—. ¿Dónde está? Detenlo sin las luces, si es posible.

—¿De qué se trata esto? —cuestionó Harrogate.

—Solo hazlo —dijo Tillman.

Tyler asintió a Harrogate.

—Está en West End Lane, West Hampstead. Tenemos un coche sin identificar siguiéndolo —dijo el Sargento.

—Haz que detengan el coche. Usa las luces si es necesario.

—¿Quieres decirme de qué va esto? —preguntó Tillman.

—Dame un segundo —dijo Lambert, que estaba hojeando las notas sobre el hombre que creía que era Neil Barnes—. Jesús.

Le entregó el archivo a Tillman.

—¿Will Atkinson? Este es el jefe de seguridad de Blake —dijo Tillman.

—Sí —Lambert presionó un botón y la pantalla se dividió—. Creo que también es Neil Barnes —con las fotos una al lado de la otra, el parecido era más pronunciado, pero Lambert seguía señalando la cicatriz de la ceja.

—¿Cómo hiciste la conexión?

—Algo que dijo Kennedy. Ahora todo tiene sentido. Atkinson se unió a las fuerzas a los dieciocho años. Sin antecedentes escolares. Ningún antecedente antes de los dieciocho, por lo que he visto. Puede haberse cambiado el nombre con facilidad en algún momento.

Tillman le enseñó el expediente a Tyler, que parecía perplejo.

—El objetivo ha cambiado —dijo Tillman.

—Éxito —dijo Harrogate—. Tenemos el coche. ¿Y ahora qué?

—Trae a Blake y a su esposa. Glenn, vamos a necesitar respuesta armada y servicios de emergencia en el lugar —dijo Lambert.

—¿Qué crees que tiene en mente?

—Creo que planeaba matar a la familia de Blake esta noche. Se cumplen treinta años del día en que encontraron el cuerpo de Elaine Jacobson. Creo que esperaba la llegada de Blake para empezar a matar. Kennedy dice que el lugar es como una fortaleza. Quiere que todos lo presencien.

—¿Y ahora?

—Ahora, ponemos a todo el mundo en su sitio y esperamos.

Lambert salió de la furgoneta, sorprendido por la ligera capa de niebla que cubría el lugar. Todavía tenía un auricular puesto y estaba escuchando a Kennedy.

—¿Cuántas pantallas había? —preguntó la compañera de Kennedy en su oído.

Tillman y Tyler lo habían seguido fuera de la furgoneta y estaban hablando por teléfono para organizar sus equipos. Harrogate seguía dentro, sin duda resentido por el cambio de planes.

—Al menos treinta, pero no solo de esta casa. Vi otras imágenes —dijo Kennedy.

—¿En serio? ¿Como qué?

—Una comisaría que conozco, una casa en Beckenham.

—Beckenham. ¿Cómo sabes eso?

—Tengo un amigo que solía vivir allí.

Lambert ya estaba llamando a Sarah May.

—Sarah, hemos identificado al Observador. Creo que tiene la casa vigilada. Enviaré un equipo a la casa. No me digas dónde estás, en caso de que la llamada esté siendo monitoreada, pero ¿está todo bien?

—Sí, todo bien aquí. Sophie y Jane están a salvo.

—¿Has leído los antecedentes de este tipo? —le preguntó Tillman una vez que colgó— Impresionante, ¿no?

—Inició como un experto en explosiones, más tarde se volvió jefe de vigilancia.

—No presagia nada bueno —dijo Lambert.

Atkinson había dejado el ejército hacía diez años y había creado su propia empresa de seguridad. Por lo que Lambert pudo averiguar, llevaba cinco años trabajando para Blake, tras la misteriosa desaparición de su antiguo jefe de seguridad. Lambert se maravilló del nivel de planificación que Atkinson debía de haber puesto en el proyecto: asegurarse el puesto de jefe de seguridad y esperar todos estos años para llevar a cabo su venganza, en el aniversario de la muerte de Elaine Jacobson.

—Blake debería estar aquí en cinco minutos —dijo Harrogate, que salía de la furgoneta.

—Ubicaremos equipos cerca de la casa —dijo Tillman.

—Manténganlos fuera de vista —dijo Lambert—. Es capaz de cualquier cosa.

—¿Crees que su equipo sabe lo que ha planeado? —preguntó Tillman, tras llegarlo a un costado.

—Todos estaban en las fuerzas con él. La mayoría lleva diez años trabajando para él. Harán lo que se les diga. Estoy seguro de que hay un pago de por medio.

A lo lejos, Lambert oyó el chirrido de neumáticos al acercarse un coche sin matrícula. Se detuvo frente a la furgoneta y dos agentes de civil salieron del coche.

—El señor y la señora Blake están en la parte de atrás, señor —le dijo uno de los hombres a Tyler.

Lambert intervino.

—¿Les has dicho por qué los has parado?

—No. Y no están contentos.

—Que salgan.

Blake salió del coche y tendió la mano a su esposa.

—Debería haberlo adivinado —dijo, al ver a Lambert.

—Sr. Blake. Sra. Blake. Superintendente Jefe Tillman y Superintendente Jefe Tyler —dijo Lambert, negándose a presentar a Harrogate.

—Jesús, es un honor. Has sacado la artillería pesada para evitar que asista a mi propia fiesta

sorpresa. Qué maravilla. No guardas nada de rencor, Lambert.

—Esto no tiene nada que ver con rencor. Tienes que seguirme a la camioneta, necesito mostrarte algo.

Tyler y Harrogate querían seguirlos dentro de la camioneta, pero Lambert sabía que las emociones estarían a flor de piel. Podía sentir la ira contenida en ambos hombres. Estar solos en los estrechos confines de la furgoneta sería un paso demasiado lejos. Bastaría con mencionar a Sawyer para que cualquiera de los dos reaccionara.

—Señor, creo que es mejor que hable con el señor Blake a solas —dijo. Le estaba dando la opción a Tyler.

El Superintendente respiraba de forma entrecortada por la nariz, con la mirada clavada en Blake.

—Hablares más tarde —le dijo al hombre.

—Cristo, ¿cuál es su problema? —preguntó Blake una vez que estuvieron dentro de la furgoneta.

Lambert aún oía a Kennedy en el oído izquierdo, aunque no decía mucho, salvo algún comentario a su acompañante. Abrió el iPad y le mostró a Blake una foto de Will Atkinson.

—Sí. Conozco a mi propio jefe de seguridad.

Lambert se desplazó hasta una imagen de Neil Barnes.

—Atkinson de niño.

Blake se encogió de hombros.

—No tengo tiempo para esto, Lambert. Tengo que ir a una fiesta, si no te importa.

Tomó el hombro de Blake y empujó con fuerza. Solo entonces sintió lo insustancial que era el hombre. Su traje era acolchado y el cuerpo que había debajo era casi esquelético, carente de músculos.

—No creo que sus caminos se hayan cruzado nunca, pero Atkinson era conocido antes como Neil Barnes. Era un niño de diez años. Vivía en St. Matthew. Conoces St. Matthew, ¿verdad, Curtis?

—¿Qué es esto? —dijo Blake.

—Neil Barnes era amigo de Elaine Jacobson. La recuerdas, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando.

—No estoy buscando una confesión, Blake. Sé que solías prostituir a las chicas de ese hogar infantil. Tal vez no pueda probarlo, pero sé que lo hacías. Will Atkinson también lo sabe. Hace años fue a pedir ayuda, ayuda para detenerte. El Sargento Lennox, Laura Dempsey, Eustace Sackville, todas figuras de autoridad que le fallaron. ¿Sabes lo que le hizo a toda esa gente, Blake?

El hombre empezó a temblar y el color se le fue de la cara. Su piel estaba casi translúcida, el blanco de sus ojos nublado en sangre.

—¿El Observador?

—Tiene tu casa cerrada. Su equipo ha asegurado todas las salidas. ¿Están armados, Blake?

—Jesús, los niños.

—¿Están armados, Curtis?

—Sí, están armados, carajo. Por supuesto que están armados.

—¿Seguirán las órdenes de Atkinson?

Una mirada de lucha había vuelto a las facciones de Blake.

—Sabía que era un error. Lo investigamos a él y al equipo. Historial ejemplar, pero sabía que

era un riesgo. ¿Tiene a los niños?

—Creemos que sí. Necesito que me digas todo lo que sepas sobre la operación de seguridad. Cualquier debilidad, en especial cualquier cosa que Atkinson no supiera.

Blake negó con la cabeza.

—Él diseñó todo. La vigilancia, las trampas.

—¿Las trampas?

—¿Qué importa eso ahora? Parte de la zona está minada.

Lambert miró al hombre.

—¿Hablas en serio?

—El hombre es un experto en explosivos. Oh, Dios, solo puedo imaginarlo.

La puerta de la camioneta se abrió y Tillman se metió atrás. Lambert le transmitió toda la información.

—No me jodas. ¿En qué coño estabas pensando? —dijo Tillman, y su voz hizo eco en el interior de la furgoneta. Abrió la puerta hacia el exterior— Harrogate.

—¿Señor?

—Saca a este cabrón de aquí y empieza a trabajar en todos los detalles sobre su operación de seguridad.

—¿Qué pasará con mis hijos? —preguntó Blake, mientras Tillman lo arrastraba fuera de la furgoneta.

—¿Qué pasa, Curtis? ¿Qué pasa con los niños? —gritó la mujer de Blake a medida que Harrogate se lo llevaba.

Como respuesta, sonó el teléfono de Lambert. Número desconocido.

—Hola, Atkinson —dijo Lambert.

La línea se quedó en silencio. Lambert esperó, y Tillman, Tyler y Harrogate lo miraban. Se había levantado una brisa, y un escalofrío lo recorrió en tanto esperaba la respuesta del Observador.

—Enhorabuena. Lo has resuelto —su voz era la misma de siempre, el tono mesurado y sin acento, una variación de la forma en que Atkinson había hablado cuando él lo conoció en casa de Blake.

—¿Qué quieres, Atkinson?

—Creo que tienes algo que me pertenece.

Lambert no estaba de humor para juegos. Su prioridad era la seguridad de todos en la casa de Blake, en especial sus hijos y Matilda Kennedy.

—Blake está aquí, sí.

—Te advertí que no interfirieras, Lambert. ¿No te lo dije al principio?

Tillman, que estaba escuchando junto con los otros oficiales, lanzó una mirada acusadora a Lambert.

—¿Qué quieres, Neil?

—Te voy a decir lo que va a pasar, Lambert. Se acabó el tiempo de negociación.

Lambert lo ignoró, pues se negaba a ceder el control de la conversación.

—La casa está asegurada, aunque creo que ya lo sabes. Tenemos a los hijos de Blake aquí. Nadie es consciente de la situación todavía, pero eso cambiará pronto.

Lambert miró a Blake, que discutía con su mujer.

—¿Estás ahí, Lambert? Esto es importante.

—Estoy aquí.

—Nada se me escapa, Lambert. ¿Crees por un momento que no descubrí a tu Sargento infiltrada hoy? Fue un intento bastante patético, ¿no te parece? En especial después de lo que le hice a tu último agente encubierto.

Tyler dio un paso hacia él y asintió de manera frenética.

—¿Mataste al Sargento Sawyer?

—He sabido de él durante los últimos dos años. Se estaba acercando, así que lo eliminé. ¿Pensaron que fueron los croatas?

—Tienes que entregarte, Atkinson. Conozco tu historia y entiendo tus razones, pero esto tiene que acabar aquí.

Atkinson se rio.

—¿Conoces mi historia? ¿La entiendes? ¿Cómo respondiste cuando te dijeron que entendían lo de tu hija? ¿Crees que lo entendían? ¿Empatizaron de verdad?

—No, creo que no. Dime, Neil. Dime la verdad.

Atkinson suspiró.

—Elaine fue la única familia que tuve. Eso es todo lo que necesitas saber —dijo, con la voz medida a la perfección, como si estuviera conteniendo sus emociones.

—Hacer daño a toda esa gente no la traerá de vuelta, Neil. Entiendo eso.

—No planeo lastimar a nadie más que a aquellos que se lo merecen. Envía a Blake y a su esposa aquí, y nadie más saldrá lastimado.

—No puedo hacer eso, Neil.

—Entonces voy a empezar a ejecutar a su familia uno por uno. Y si planeas enviar a las dos unidades de respuesta que veo en mis pantallas, te advierto que la casa está cargada de explosivos. Supongo que has leído mis archivos.

La escena se estaba descontrolando. Los invitados pronto se inquietarían y no tardarían en darse cuenta de que algo estaba mal.

—Tienes que darme algo, Neil.

—Te voy a dar una opción y solo una. Envía a Blake y a su esposa ahora, y liberaré a su hija más pequeña. Los otros se quedan conmigo.

—Vamos, Neil, eso no sucederá. Si quieres a Blake, libera a todos los niños.

—Él tiene que sufrir como yo sufrí. Cinco minutos, o el mayor muere.

—Carajo —dijo Lambert cuando Atkinson colgó.

—Necesitamos un negociador—intervino Tyler.

—No hay tiempo para eso —dijo Lambert—. ¿Tenemos tiradores con miras en la casa?

—Harrogate, hazte cargo de eso ahora —ordenó Tyler.

—¿Quieres decirme qué diablos está pasando? —dijo Blake al acercarse.

—Te diré lo que está pasando —dijo Tillman, que se aproximó al hombre—. Por tu culpa, una casa llena de gente, incluidos mi oficial y sus hijos, corren grave peligro.

Blake tensó sus músculos faciales y siguió caminando hacia Lambert.

—¿Qué quiere?

—Los quiere a ti y a tu mujer en la casa —informó Lambert.

—Apuesto a que sí, joder.

—Ofreció un intercambio.

—¿Qué?

—Tu hija menor, Melody.

Blake se inclinó ante el nombre de su hija menor.

—Cristo —murmuró.

A pesar de todo lo que había hecho, Lambert sintió una punzada de compasión por el hombre.

—¿Y los otros tres?

Lambert negó con la cabeza. Blake se irguió.

—Lo haré, pero Mary no vendrá. Dile eso y tenemos un trato.

El hombre se acercó a su mujer y le contó lo que pasaba. Ella lo miró como si hubiera hecho un chiste inapropiado y empezó a gritar, dar puñetazos y patadas a Blake, que se quedó quieto mientras le llovían los golpes.

—Francotiradores de largo alcance en posición. Tenemos ojos en las puertas delantera y

trasera —dijo Harrogate.

Atkinson habría planeado cualquier eventualidad. No les dejarían un tiro abierto.

—¿Vamos a enviarlo a la casa? —le dijo Lambert a Tillman. Era una pregunta de procedimiento, pero ambos sabían que era una afirmación.

La esposa de Blake había dejado de patear y permitía que su marido la abrazara. Blake susurró algo y ella trató de aferrarse a él, que ahora se alejaba.

—Cuidela, agente —dijo Lambert al conductor del coche sin matrícula que los había detenido.

—Vamos —dijo Blake.

—Yo manejaré —anunció él—. Blake, siéntate atrás.

—Te seguiremos en la camioneta —dijo Tillman.

—Vas a darme un arma, ¿verdad? —dijo Blake, pero Lambert negó con la cabeza— No puedes dejarme entrar desarmado.

—¿Qué crees que vas a hacer con un arma contra un equipo de soldados?

—Si puedo llegar a Atkinson, podría acabar todo esto.

—Es demasiado tarde para eso, Blake.

Atkinson llamó cuando se acercaban a la casa.

—¿Tenemos un trato?

Lambert detuvo el auto.

—Blake ha accedido a tomar el lugar de su hija. La esposa se queda aquí. Deja ir a la niña. Dile que camine hasta la puerta principal y Blake se reunirá con ella.

Atkinson no respondió y, por un segundo, temió que hubiera colgado.

—Si alguien más sigue a Blake por la entrada, Kennedy será ejecutada de inmediato, seguida por los niños de Blake. No habrá segundas oportunidades.

—Entendido.

Atkinson colgó. Cuando Lambert salió del coche, oyó un forcejeo al otro lado de su auricular.

—Tú, ven aquí —le dijo una voz a Kennedy.

—Estás armado —respondió ella para beneficio de Lambert. Sonaba calmada y bajo control, lo cual servía un poco de consuelo.

—Tiene un micrófono —dijo una segunda voz—. Encuéntralo.

—No —dijo Kennedy. Sonaba como si estuviera forcejeando con uno de los guardias. Segundos después, la línea se cortó.

—Mierda —dijo Lambert.

—La niña ha sido liberada —dijo Harrogate, que había salido de la furgoneta con Tillman y Tyler—. La tenemos vigilada ahora, está caminando lentamente hacia la entrada.

—Será mejor que vayas, Blake.

—Dame un arma, por piedad.

—Haremos lo que podamos —dijo Lambert—. Vete.

Blake dudó antes de alejarse. Él lo siguió veinte pasos por detrás para asegurarse de que el hombre no huyera. Se mantuvo en la sombra y pudo ver cómo Blake introducía el código de las puertas de acero.

—¿Papá? —se oyó una voz confundida y distante.

El hombre se agachó, besó a su hija y le susurró algo al oído.

—Mamá —dijo ella y salió por la entrada de la casa. La puerta se deslizó hasta cerrarse.

Lambert se acercó a la niña, que se detuvo y quedó inmóvil.

—Melody —murmuró—. Me llamo Michael. Soy policía y amigo de tu padre —le enseñó su tarjeta de identificación, como si eso fuera a convencer a la niña—. Tu mamá te está esperando. ¿Puedes venir conmigo?

Blake tenía la cara pegada a la puerta de acero.

—Está bien, cariño. Ve con el policía.

La niña cogió la mano de Lambert, mientras Blake se daba la vuelta y empezaba a caminar hacia la casa.

—Ojos en Blake —dijo Harrogate cuando Lambert entregó a la niña a uno de los agentes de civil.

—Blake se acerca a la puerta. La puerta está abriéndose —describió Harrogate.

—Acabamos de enviar a un hombre a la muerte —dijo Tyler, señalando lo obvio.

La respuesta de Lambert fue ahogada por el estruendo de una explosión en la casa. Se protegió los oídos del ensordecedor sonido, a medida que el calor y el humo de la explosión llenaban el aire nocturno.

La explosión fue suficiente para que Lambert cayera al suelo. Se levantó, pero una segunda y una tercera explosión volvieron a derribarlo.

Tillman, Tyler y Harrogate también fueron alcanzados y estaban esparcidos por la calle.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó Tillman en tanto ayudaba a Lambert a levantarse—. Todas las unidades de respuesta ahora —gritó en su radio.

—¿Estás bien, Glenn? —preguntó Lambert. Los ojos de su superior estaban hundidos y carecían de ánimo. Hablaba por la radio, pero actuaba por impulso— Creo que estás en shock.

—Mentira. Vamos.

Se detuvieron en la entrada de la casa de Blake, demasiado aturdidos para moverse. Una mitad de las puertas reforzadas había sido completamente volada por la explosión y la segunda mitad colgaba de sus bisagras. Delante de ellos, la casa de Blake estaba iluminada como una hoguera. Mientras miraban, el lado izquierdo de la casa se desmoronaba y las maniáticas llamas se aferraban al edificio, para luego desvanecerse a medida que un espeso enjambre de humo negro se expandía hacia ellos.

—Matilda —dijo Tillman, y se preparó para avanzar hacia la casa.

Lambert lo detuvo con el brazo. Incluso desde esta distancia, el calor era increíble. Le corría el sudor y la piel estaba a punto de ampollarse.

—No podemos —dijo, mientras llegaba el primero de los camiones de bomberos. Era uno de los beneficios de tener coches de emergencia preparados.

Antes de que pudiera detenerlo, Tillman se lanzó a correr tras la trayectoria del coche de bomberos. Lambert lo siguió, con movimientos lentos y pesados. Sus pulmones luchaban contra la niebla de humo que le impedía la vista y las lágrimas calientes le corrían por la cara.

Tenía que ser un error. Atkinson quería que Blake sufriera. Era el Observador. Quería ejecutar a la familia de Blake ante sus ojos, quería ver cómo Blake miraba, quería encontrar algo de consuelo en su brutal venganza. La explosión no habría satisfecho su sed de sangre. O fue un error, o de alguna manera se las arregló para escapar con Blake antes de la explosión.

—Intenten asegurar el perímetro —dijo por la radio, con los brazos agitando el humo cada vez más caliente—. Atkinson puede tener planeada una ruta de escape —nadie respondió, y en la penumbra sin visión, Lambert no sabía si la radio funcionaba—. Tillman —gritó. Sus palabras fueron tragadas por el humo y el atronador sonido de las llamas trepando por el edificio.

La luz penetrante del camión de bomberos lo guio hacia delante hasta que se encontró en el patio delante de la casa. Chorros de agua entraban en la fachada de la casa, absorbidos por las

llamas como si fueran combustible. Algunos de los asistentes a la fiesta habían escapado de la casa y se arremolinaban en la fachada como muertos vivientes. Los paramédicos estaban en el lugar y perseguían a los invitados, atendiendo primero a los silenciosos.

Lambert localizó a un jefe de bomberos que gritaba órdenes desde el lateral de uno de los camiones.

—¿Cuál es el estado? —preguntó, tras mostrar su tarjeta de orden.

—La parte delantera de la casa está jodida. Muy inestable. Tenemos que sacar a los supervivientes. Un tercio de la planta superior se ha derrumbado, no he visto nada como esto antes. Es una explosión escenificada. Tenemos que sacar a todos de aquí.

Lambert escudriñó las figuras, desesperado por una señal de Kennedy o Tillman. No podía irse ahora. Dio las gracias al oficial y se adentró en la penumbra. Llegaban más coches, ambulancias y patrullas de policía. Se movió por el lado derecho de la casa, con la piel ardiendo y las fosas nasales luchando contra el olor acre del humo. Cada movimiento era dificultoso, hasta que llegó a la parte trasera de la casa. Un equipo secundario de bomberos ya estaba en el lugar y un equipo de médicos atendía a otro grupo de supervivientes.

—Kennedy —gritó al aire en tanto se abría paso entre los heridos y los muertos.

Un hombre yacía en el suelo, envuelto en una manta de papel de aluminio, con dos médicos haciendo todo lo posible por sedarlo. Su rostro era un parche burbujeante de ampollas y su piel estaba ennegrecida más allá del reconocimiento. Una mujer rodeaba con el brazo a otra más joven a la que le faltaba la mano izquierda. Lambert se agachó y palpó el cuello de la mujer en busca de pulso, y luego le levantó la cabeza. Tenía los ojos sin vida desde hacía tiempo. A su alrededor se sucedían escenas similares. Quería parar, pero tenía que encontrar a Kennedy y a Tillman.

Detuvo a dos agentes uniformados.

—¿Han visto a Tillman? —preguntó.

—No, señor.

Un grupo de bomberos salió de una entrada lateral, cada uno con una máscara, y uno de ellos llevaba un cuerpo.

—Detective en Jefe Lambert. ¿Es seguro entrar ahí?

—Si entras ahí, no volverás —dijo uno de los oficiales, que se quitó la máscara—. El humo te atraparé, si es que algo no se derrumba sobre ti.

—Una agente de mi equipo estuvo allí. Estaba encerrada en un dormitorio del primer piso la última vez que supimos de ella.

El bombero negó con la cabeza.

—Lo siento, los pisos superiores están prácticamente destruidos. Sabremos más cuando se apague el fuego principal, pero no tiene buena pinta.

—¿Qué dijo?

El bombero se fue y Lambert giró para encontrarse con la fuente de la voz: Tillman. Su camisa estaba desabrochada y rasgada en la manga. Sus ojos asomaban a través de una capa de ceniza, desprovistos de emoción.

—Vamos, Glenn, hay que hacerte un chequeo —dijo Lambert, que guio a su jefe hacia una de las ambulancias.

Tillman se encogió de hombros.

—Hemos encontrado a uno del equipo de Atkinson. Tyler lo está interrogando.

Había perdido la noción del tiempo desde la explosión. La escena de la casa de Blake le

parecía de ensueño y se cuestionaba su propio bienestar mental.

—Por lo que nos dijo, la explosión no era parte del plan. Cree que la mayoría de los hombres de su equipo estaban en la casa y murieron.

—¿Y Atkinson?

—Aún no hay señales. En cuanto se apague el fuego, empezaremos a contar los cadáveres —Tillman hablaba con su habitual profesionalidad, como si no estuviera allí.

—Voy a revisar los terrenos en la parte trasera de la casa. Deberías ir a que te revisen.

—Creo que ya tienen bastante trabajo. Vamos —dijo Tillman. Se abrieron camino, moviéndose contra una fuerza invisible.

El resplandor del fuego iluminaba la parte trasera de la casa. Los asistentes a la fiesta estaban sentados en la hierba, con la misma mirada distante que había visto en Tillman grabada en sus rostros.

El terreno se extendía en la distancia, una línea de árboles marcaba el límite. Lambert encendió su linterna y el haz de luz penetró en la oscuridad, la tierra vasta y vacía. Examinó el perímetro y avanzó hasta que divisó la silueta de una figura que parecía estar trepando por algún tipo de valla.

—Ahí —dijo, y señaló la figura.

—Vamos —dijo Tillman—, debe haber una razón por la que intenta escaparse.

Avanzaron por la hierba, con la linterna brillando delante de ellos. Incluso con la ayuda de la luz, tropezaron en la hierba llena de agujeros. Lambert trataba de no pensar en las minas que Blake había dicho que estaban plantadas en el suelo.

—Sigue ahí —dijo Tillman, con la respiración entrecortada. La figura seguía trepando por la valla, como si estuviera atascado o descansando—. Ve tú, yo me voy.

Lambert intentó correr, pero sus pulmones no funcionaban bien. Le dolían los miembros, que eran más pesados de lo que recordaba. Corría como si estuviera en una pesadilla tratando de escapar de un enemigo, donde las leyes normales de la física no se aplicaban.

El fugitivo parecía tener el mismo problema. Lambert se acercó al objetivo, que seguía en equilibrio sobre la valla. El hombre estaba atrapado en una red y sacudía la pierna izquierda de manera frenética en un intento de escapar.

Lambert se detuvo a veinte metros de la figura y encendió la linterna. La figura se volvió hacia el haz de luz, como un animal atrapado por los faros.

—¿Atkinson? —preguntó Lambert, que trató de no retroceder.

Lo que quedaba de Atkinson le gruñó. Se le habían quemado los labios y la mitad de la cara. Era un milagro que aún se moviera. Incluso desde esta distancia, Lambert podía ver sus encías reveladas y el indicio del hueso de la mandíbula bajo la carne derretida. De alguna manera, tiró de su pierna izquierda libre y cayó sobre la valla.

—No te muevas.

Corrió hacia la valla, con un dardo de adrenalina impulsándolo a seguir.

Atkinson se había levantado y se alejaba. Se le había quemado la camisa de la espalda, con trozos pegados a la carne como un collage absurdo. Lambert no tuvo que correr para alcanzarlo. El hombre se movía por puro instinto, y no duraría mucho.

—Deja de moverte, Neil. Puedo conseguirte ayuda.

Atkinson se desplomó en el suelo. Sus pantalones estaban rasgados en la pierna, con un corte de seis o siete pulgadas en su muslo derecho.

—Te dije que éramos parecidos —dijo, tosiendo, con la voz distorsionada casi hasta resultar

irreconocible.

Sacó el spray de pimienta y las esposas, aunque Atkinson tenía más posibilidades de morir que de escapar.

—No somos iguales.

—Los dos estamos aquí. Ambos solos. Ambos sin nadie.

Lambert se cernía sobre la figura desplomada. El pelo de Atkinson estaba chamuscado, grandes burbujas se habían formado en su cuero cabelludo.

—¿Dónde está Kennedy?

—La trasladamos antes de la explosión. Esto no estaba previsto. Lo creas o no, no quería que nadie inocente resultara herido —la risa de Atkinson se convirtió en una tos áspera mientras escupía al suelo un trozo de moco empapado en sangre—. Eso no puede ser bueno.

—Todo lo que has hecho es dañar a gente inocente, Atkinson. ¿A dónde la has llevado?

—No eran inocentes, debes reconocerlo.

Era inútil intentar razonar con él. Pidió asistencia médica por radio.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Te lo dije, el equipo fue a trasladarla cuando supe que tenías a Blake.

—¿Y la familia de Blake?

—Todos muertos, espero. Estaban en el frente de la casa, donde estaban los explosivos.

—¿Por qué tenías explosivos allí en primer lugar?

—Para Blake, al final, una vez que hubiera sufrido lo que yo sufrí. Ella solo tenía catorce años cuando la hizo trabajar para él. Yo tenía ocho. Era mi hermana. Me cuidó desde el primer día que llegué.

—¿Blake no te recordaba?

—¿Cómo iba a hacerlo? Yo tenía diez años cuando ella murió. Él no se involucró en ningún asunto sucio. Solo lo vi una vez en la casa, pero recordé su cara. ¿Sabes que hoy es el día?

—Treinta años desde que Elaine Jacobson se suicidó. Eso no explica sus acciones. Moira Sackville y la familia Dempsey, ellos no tuvieron la culpa.

Atkinson estaba temblando.

—Eustace y Laura tendrán toda una vida para considerarlo, ¿no?

Apareció el equipo médico, acompañado por Tillman.

—Encontraron a Kennedy. Estoy de vuelta —dijo.

Una mirada a Tillman fue suficiente para saber que las noticias no eran buenas. Los ojos del hombre eran animados de nuevo, y su atención se centraba en Atkinson.

Estudió a Tillman mientras los paramédicos atendían al herido.

—¿Dónde está?

—La han llevado a urgencias. Quemaduras extensas. Puede que haya perdido un ojo.

—Deberías irte. Yo puedo procesar a Atkinson.

Tillman apretó la mano.

—No se irá de aquí, Michael.

Lambert ya había estado en esa situación. Años atrás, había rescatado a Tillman de un grupo que lo mantuvo cautivo durante dos días. Después de ser rescatado, Tillman tomó el arma de Lambert y ejecutó al captor que lo había torturado. Él lo había cubierto entonces, pero no podría protegerlo ahora si intentaba algo.

—¿Te harás cargo? —dijo Lambert.

—Llévate a los paramédicos —dijo Tillman.

Los paramédicos habían atado a Atkinson a una camilla.

—No estás pensando con claridad, Glenn. Atkinson no sobrevivirá a la noche, y si sobrevive, su vida está acabada. Si intentas algo ahora, también habrá arruinado tu vida.

Tillman lo ignoró, el shock se había apoderado de él. Metió la mano en su chaqueta y sacó la pistola.

Los paramédicos estaban de espaldas, atendiendo al herido. Cuando Tillman apuntó con el arma, Atkinson esbozó una sonrisa inexpresiva a través de la mascarilla.

Lambert no sabía si Tillman lo haría, pero no podía arriesgarse. Roció a Tillman en los ojos con el spray de pimienta, y el hombre cayó al suelo con un grito. Lambert le quitó la pistola mientras el hombre caía, y se la metió en la chaqueta antes de que los paramédicos pudieran verla.

—Se le ha disparado el spray de pimienta —le explicó a los paramédicos. La mujer intercambió una mirada con su colega antes de atender a Tillman.

Él se agachó mientras la mujer aplicaba líquido refrigerante en los ojos de Tillman.

—Ocúpate de él. Yo ayudaré a tu colega a llevar al otro hombre a la ambulancia —dijo Lambert.

Atkinson parecía decepcionado cuando Lambert levantó la camilla.

Lo observó durante todo el trayecto mientras llevaban su cuerpo a través de los campos situados en la parte trasera de la casa en ruinas de Blake. Era difícil imaginar que Atkinson había sido una vez aquel niño de diez años, pero tendido en la camilla, con el rostro deformado hasta resultar irreconocible, Lambert vislumbró esa inocencia malgastada cuando el hombre lo miró por última vez antes de cerrar los ojos para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Gracias de nuevo a tanta gente que me ha ayudado a escribir *Suerte Muerta*:

A todo el equipo de HQ Digital por su apoyo y ánimo. Un agradecimiento especial a mi maravillosa editora, Charlotte Mursell, por su perspicacia y su inagotable apoyo.

A todos los increíbles blogueros y críticos por promocionar *Mirada Muerta*. Son demasiados para nombrarlos, pero gracias de corazón por todas y cada una de las reseñas. Hay tantos blogs estupendos por ahí.

A Alexia Capsomidis por su ayuda en la promoción de *Mirada Muerta* y por las numerosas ventas que ha conseguido.

A Michael Brolly, por prestar su nombre de pila de nuevo.

A todos mis amigos y familiares, que me apoyaron tanto con sus comentarios sobre *Mirada Muerta*, y por su apoyo continuo.

A Ann Eardley, por su ejemplar corrección de pruebas.

A mis hijos, Freya y Hamish, por estar ahí.

Y, como siempre, a Alison, por su ojo experto y su fe inquebrantable.

ACERCA DEL AUTOR

Matt Brolly is an emerging author of sports-themed thrillers. This is Matt's eighth book.

SOBRE EL AUTOR

FOTO © 2019 LISA VISSER



Tras licenciarse en Derecho, donde se interesó por el Derecho penal, Matt Brolly cursó un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Glasgow. Es el autor más vendido de las novelas policíacas del Detective en Jefe Lambert, Dead Eyed, Dead Lucky, Dead Embers, Dead Time y Dead Water, y del thriller de Lynch y Rose The Controller. Además, es autor de la aclamada novela policíaca Zero. La primera novela de la serie policíaca de la Inspectora Louise Blackwell, The Crossing, se publicó en 2020. Matt también escribe libros infantiles con el nombre de M. J. Brolly. Su primer libro infantil fue The Sleeping Bug. Matt vive en Londres con su mujer y sus dos hijos. Puedes encontrar más información sobre él en www.mattbrolly.com o siguiéndole en Twitter: @MattBrollyUK.